

Leyendas históricas



Luis Capella Toledo



Leyendas históricas

Luis Capella Toledo

Colección Santa Marta 500 años



Leyendas históricas / Luis Capella Toledo. -- Primera edición. -- Santa Marta (Colombia) : Editorial Unimagdalena, 2026.

1. recurso en línea: archivo de texto: PDF. (Colección Santa Marta 500 años)

ISBN 978-628-7904-17-0 (impreso) -- 978-628-7904-13-2 (pdf) -- 978-628-7904-16-3 (epub)

1. Colombia -- Historia -- Independencia, 1810-1819. 2. Santa Marta (Colombia) -- Historia. 3. Magdalena (Colombia : Departamento) -- Historia. 4. Leyendas históricas colombianas. 5. Héroes de la Independencia -- Colombia. 6. Historia y literatura. I. Universidad del Magdalena. Editorial Unimagdalena. II. Título.

CDD: 863.4

Primera edición, abril de 2026

2026 © Universidad del Magdalena. Derechos Reservados.

Editorial Unimagdalena

Calle 29H3 n.º 22-01

Edificio de Innovación y Emprendimiento

(57 - 605) 4381000 Ext. 1888

Santa Marta D.T.C.H. - Colombia

editorial@unimagdalena.edu.co

<https://editorial.unimagdalena.edu.co/>

Colección Santa Marta 500 años

Rector: Pablo Vera Salazar

Vicerrector de Investigación: Jorge Enrique Elías-Caro

Coordinadora de Publicaciones y Fomento Editorial: Angélica María Cortés Martínez

Diseño editorial: Luis Felipe Márquez Lora

Diagramación: Jeynner Kevin Páez Vélez

Diseño de portada: Andrés Felipe Moreno Toro

Pintura de portada: *El Panteón de los Héroes* (1898), óleo sobre tela de Arturo Michelena. Galería de Arte Nacional, Caracas, Venezuela

Editor literario: Clinton Ramírez C.

Corrección de estilo: Ricardo Adrián Tete Mieles

Santa Marta, Colombia, 2026

ISBN: 978-628-7904-17-0 (impreso)

ISBN: 978-628-7904-13-2 (pdf)

ISBN: 978-628-7904-16-3 (epub)

DOI: <https://doi.org/10.21676/9786287904170.9786287904132>

Hecho en Colombia - Made in Colombia

La UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA, en su calidad de editora y titular de derechos patrimoniales de autor, y en su propósito de contribuir con la difusión y divulgación del conocimiento, la producción intelectual y la educación, dispone autorizar la reproducción impresa así como su distribución, reproducción digital y puesta a disposición de la totalidad o parte del presente libro de manera libre y gratuita, en tanto se mantenga la integridad del texto y se dé la correspondiente cita a sus autores y mención institucional. No se autoriza la realización de versiones derivadas ni traducciones o adaptaciones. Queda prohibida la comercialización o venta a cualquier título de este material.



Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad de los autores y no comprometen al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni generan responsabilidad frente a terceros.



Colección Santa Marta 500 años

Así como no se conoce el valor y belleza de la perla hasta que, abierta la concha que la ocultaba, se deja ver ella a todas luces hermosa; así la provincia de Santa Marta, por más rica, fecunda y preciosa que sea, permanece en nuestros días oculta, y quedará para siempre poco estimada por no conocida si no se rasgara el velo de la ignorancia que la encubre [...].

Antonio Julián: *La Perla de la América,
provincia de Santa Marta.*

A través de esta colección, la Editorial Unimagdalena conmemora el quinto centenario de la fundación de Santa Marta dando testimonio de su exuberante naturaleza, rica historia y prolíficas manifestaciones culturales, para que las presentes y futuras generaciones conozcan, admiren y preserven la perla más hermosa del Caribe colombiano.

Querido(a) lector(a):

Como presidente ejecutivo del Banco de Desarrollo de América Latina y el Caribe (CAF), pero especialmente como samario, es un gusto presentar junto a la Universidad del Magdalena la primera reedición de una serie de libros esenciales e icónicos sobre la historia de la ciudad de Santa Marta, su tradición cultural y sus extraordinarios espacios.

Con ocasión de los primeros 500 años de fundación de la ciudad, se nos abre una oportunidad inigualable para conectar con una maravillosa identidad histórica que se nutre de diversas vertientes.

Este hito presenta una oportunidad propicia para hacer de la literatura una hoja de ruta que nos reencuentre con nuestras raíces.

El reencuentro con la historia y la esencia supone un impulso valioso y necesario para proyectarnos hacia el futuro. Es esta la oportunidad para enviar un mensaje de optimismo a un mundo cruzado por crisis simultáneas, promoviendo visiones complementarias entre espacios geográficos, procesos históricos y visiones del mundo.

La promoción del desarrollo sostenible, la cultura y la generación de bienestar para cada vez más personas son caminos para proyectar hacia adelante todos los valores que nos unen.

Repasar los procesos históricos y las construcciones culturales que han dado forma a nuestra identidad contemporánea como ciudad, implica también repasar la forma en que hemos construido nuestra identidad como nación y región.

Se trata de un ejercicio valioso, necesario y constructivo en tiempos en los que el encuentro, la construcción colectiva y la promoción de consensos a partir de intereses comunes se plantean como los únicos caminos viables para superar los desafíos que nos plantea la historia.

Esta es una conmemoración de nuestras raíces y de las inmensas posibilidades que la historia abre ante nosotros. En buena hora esta reedición nos permite sumergirnos en la lectura del pasado para navegar con decisión hacia un futuro lleno de posibilidades.

Sergio Díaz-Granados
Presidente ejecutivo de CAF

Contenido

Luis Capella Toledo: de los campos de batalla a la batalla por las letras	8
Introducción.....	31
Prólogo	39
LEYENDAS HISTÓRICAS.....	41
El general Manuel Piar	42
En el Bajo Magdalena	62
Ramón Sierra	98
El Brujo.....	119
Un soneto	129
El peñón de Caro.....	135
El canónigo Macenet.....	150
Un ordenanza infame	153
¡Cosas de Sucre!.....	158
Castillo Rada.....	161
La sombra negra	171
José Antonio Anzoátegui.....	178
Candelario Obeso.....	184
La serrana de Anco	190
El héroe de Tenerife	195
La eficacia de un filtro.....	206
El coronel Cuervo.....	213
Por un abanico.....	217
Por una página.....	222
Lo que la historia llama un naufragio.....	226
El general López y el general Durán	235
Los botones de oro del Libertador	236

El almirante Brión	247
Bigote y pera	251
El coronel Rondón	259
Bomboná	293
El combate del lago de Maracaibo	298
Ante el busto de un héroe	309
Las lágrimas de Piñango.....	312
El teniente Lucas Morelo.....	322
El indio y la mariposa.....	324
Hermanos que no se parecen.....	327
La quebrada de Padilla	337
Horóscopo.....	341
¡Siquiera supo morir!.....	343
La viuda del teniente Tecla.....	345
Por diez pesos de ocho décimos.....	356
La cruz del Redentor.....	365
Una suposición	377
El carácter de algunos próceres.....	385
Castigo de un traidor.....	391
Don Mariano Ospina.....	393
Por una confiscación.....	397
El Hato de Juana de Ávila.....	399
El Palomo Blanco	404
Los generales de Colombia	411
Bolívar y el último cacique.....	417

Luis Capella Toledo: de los campos de batalla a la batalla por las letras

Clinton Ramírez C.¹

Luis Capella Toledo nació en Santa Marta el 17 de septiembre de 1838, ocho años después de la muerte de Simón Bolívar en San Pedro Alejandrino. En las calles y solares de la pequeña ciudad caribeña aún podían apreciarse las huellas recientes del devastador terremoto de 1834².

La política y la guerra ocupaban las conversaciones de los principales de la ciudad al nacer él. Tenía menos de un año cuando la República de la Nueva Granada, presidida por José Ignacio de Márquez, asistiría a la primera guerra civil de su incipiente vida independiente: la guerra de los Supremos (1839-1842). La confrontación surgió cuando el Gobierno autorizó suprimir y vender templos y conventos para crear y financiar escuelas públicas. La disposición, como relatan los libros de historia, suscitó la reacción de los religiosos y sería hábilmente aprovechada por los enemigos de Márquez para levantarse en armas, más cuando José María Obando, opositor y posible candidato presidencial a nombre del partido de Santander, fue llamado a juicio, acusado de la autoría intelectual de la muerte,

1. Economista, escritor, docente del Programa de Literatura y Lengua Castellana de la Universidad del Magdalena. Se desempeña como asesor de la Editorial del mismo centro de educación superior.

2. El sismo, de una magnitud de 6,5 Mw, sucedió el 22 de mayo. Más de un centenar de edificaciones civiles coloniales fueron destruidas. La reconstrucción de la ciudad, siguiendo modelos arquitectónicos republicanos, tardó más de un siglo. La catedral, la iglesia de Santo Domingo, la Aduana y el Seminario resultaron afectados por este terremoto.

nueve años atrás, del mariscal José Antonio Sucre (1830). Promovida en el sur por un grupo de caudillos (partidarios de José María Obando), la revuelta pronto cubrió valles, ríos, montañas y costas del país. Juan Antonio Gutiérrez de Piñeres se sublevó en Cartagena, Tomás Herrera en Panamá y, en Santa Marta y Ciénaga, la revolución suprema contó con el liderazgo del exbolivariano Francisco José Carmona, a quien se unió Juan José Nieto (Fals Borda, 2002). Había razones entonces para que al final de la década de 1830 las noticias de levantamientos y guerras monopolizaran el ambiente en calles, salones y despachos curales de Santa Marta.

El destino militar

Nueve años después de concluida esta contienda, en 1851, con la derrota de los rebeldes Supremos, tendría la oportunidad de participar como ayudante en la revolución del general Eusebio Borrero³. Tenía 13 años y estudiaba en el Seminario de Santa Marta. ¿Qué hacía? Ejercitarse los fines de semana en el manejo de las armas y en estrategias de combate. Según escribió Rogelio García, a partir de ese momento y hasta el estallido de la revolución de José María Melo, en 1854, el joven Luis asistió cada domingo a ejercicios doctrinales y fue ascendido a sargento primero de la segunda Compañía del Batallón Santa Marta (Introducción, 1884, p. III). Por sus acciones en la defensa de su ciudad natal, en julio del mismo año, el gobernador de la provincia, Eduardo Salazar, solicitó y obtuvo del vicepresidente de la República, José de Obaldía, su ascenso a alférez: distinción que le permitió ingresar en calidad de activo al Ejército de la Nación (p. IV).

3. Este general conservador lideró una sublevación en la provincia de Antioquia debido a la abolición de la esclavitud decretada por el gobierno liberal de José Hilario López. La guerra se extendió a distintas regiones de la Nueva Granada. Iniciada en mayo, terminó en septiembre con la derrota del partido de los terratenientes sublevados.



Luis Capella Toledo (s. f.). Anónimo. Tomado de la cuarta versión del libro *Leyendas históricas* (1948), Editorial Minerva.

Sería el principio de una activa carrera militar y política, que lo llevó a combatir, en los siguientes años, al lado de figuras como Joaquín Posada Gutiérrez, José María Rodríguez, Juan José Nieto y Santos Gutiérrez. En los escasos tiempos de paz, que los hubo, residiendo en Bogotá, continuó sus estudios en los colegios del Rosario y San Bartolomé, centros de estudios en donde inicia su comercio con la literatura y la historia.

Justo en 1863, por petición de Tomás Cipriano de Mosquera, a cargo de la Cartera de Guerra, Capella ascendió a coronel de la Unión. En su vida militar conoció la derrota, el destierro y su nombre fue borrado y vuelto a inscribir en el escalafón militar. Participó en la sangrienta batalla de San Juan del César. Sus méritos durante las batallas de Usaquén y la Toma de Bogotá le valieron el ascenso

al grado de general de división y de general de las milicias de siete estados de la Unión (pp. VI-X).

Además de haber sido diputado, gobernador de la provincia de Santa Marta, secretario general y presidente del estado soberano del Magdalena, fue miembro de la Convención de Rionegro, vicepresidente de la Cámara de Representantes y presidente del Senado.

El destino de las letras

La vida en el ejército le permitió conocer no solo buena parte de la geografía de la Colombia de su época, durante sus campañas en la Costa, la sabana de Bogotá, el Cauca y Antioquia, sino también, como lo señala en algunas de sus leyendas, a militares y políticos que participaron en las guerras de la Independencia, de quienes recogió testimonios de primera mano y sobre los que escribió.

La poesía ocupó sus primeros años de juventud. Producto de esta pasión inicial es una colección de versos de adolescencia publicada en 1868 en la imprenta de Nicolás Pontón. Testimonio de su interés por la historia son las obras *Biografía del comandante José Antonio Ramírez* y *Leyendas históricas*, editadas en 1879 en imprentas de Bogotá.

Además de combatir en la prensa, en el foro y en los campos de batalla, le interesó profundamente comprender el origen, el desarrollo y el destino de su patria. Esta preocupación por el porvenir del país lo llevó a examinar la historia, la geografía, las tradiciones y las vidas pública y privada de muchos de los héroes de la Independencia, confiado en hallar en ellas valores, principios y figuras con que cimentar un proyecto político nacional, siempre atravesado por las guerras civiles. No se conformó, sin embargo, con dedicar horas de estudio, imaginación y escritura a la revisión de los grandes acontecimientos, sino que se interesó también por hechos y personajes de menor relieve, pero portadores de signos y claves de los aciertos y desastres de la historia nacional.

En su proceso de indagación previo a la escritura de sus *Leyendas*, consultó archivos, libros de historia, biografías y memorias, así

como también documentos privados, entre ellos cartas y papeles de baúl. Persiguió no solo la verdad —propósito común a sus pares en el continente—, sino que recreó la historia con pericia narrativa, precisión léxica y «buena inventiva, cualidad poco común entre los literatos colombianos», según escribió el periodista y crítico Isidoro Laverde (Introducción, 1884, p. XII).

El interés por la Historia

Según escribe el propio Capella Toledo en el prólogo a la edición de 1884 de sus *Leyendas históricas*, ya era hombre cuando se dedicó al estudio de la historia, y lo hizo «con tal interés, que pronto me familiaricé con los autores nacionales, y hube de acudir a los extranjeros, deseoso de adelantar mis conocimientos» (p. XIV). Pero fueron tantas las contradicciones que encontró en unos y otros autores «que apelé a las bibliotecas públicas y privadas, y no contento con esto, me allegué a muchos de los próceres de nuestra Independencia que me sobrevivían» (p. XIV).

La Historia, con mayúscula, es su objeto de estudio; su sentido, hallar en ella la verdad, para «escribir una leyenda, luego otra, y después algunas más» (p. XV). Su plan fue partir de obras históricas, documentos de archivo y testimonios de los próceres sobrevivientes para escribir textos a medio camino entre la historia y la ficción.

El proceso descrito por Capella es el mismo que siguieron otros autores del género en el continente. El resultado, en su caso, fue la organización de un «pequeño volumen que en 1879 di a la estampa para cierto número de amigos y para sacar los costos de la imprenta» (p. XV), confiesa con algo de astuto candor en la edición de 1884. Quizá su intención no iba más allá de escribir y publicar un puñado de leyendas, pero, como también consigna en el prólogo, la acogida que tuvo su libro en la prensa del país y del extranjero —que reprodujeron varias de ellas— lo movió a publicar, cinco años más tarde, un segundo volumen.

Sin duda, no calculó el éxito de sus *leyendas*, como tampoco pensó, cuando tenía trece años y sirvió en el batallón de su ciudad natal

durante el levantamiento de Borrero, que iniciaba una de las carreras militares más intrépidas y brillantes del país. Tampoco se propuso — si hemos de creerle— convertirse en un escritor de primer orden de las letras colombianas de su tiempo. La razón era muy simple: no le interesaba, al escribir sus *leyendas*, convertirlas en «modelos de bien decir», salpicadas de «sabrosos giros», porque para eso estaban los clásicos del país y del extranjero, aunque no los mencione. En cambio, no se guarda para sus posibles lectores ninguna reserva cuando, a renglón seguido, hace explícito su propósito al escribirlas: dar a conocer «el carácter de algunos de nuestros próceres, sus servicios, la fecha en que los prestaron, sus goces y sus penalidades infinitas» (p. XV). Solo a esto aspira: ofrecer, en clave literaria, la vida de los hombres y mujeres que forjaron, con sus penas y triunfos, los cimientos de la historia de la patria.

En ello compartía el pensamiento y el programa de las élites del continente interesadas en difundir la idea de una nación cuya libertad había costado sangre y demandado valor, aun cuando las guerras intestinas que enfrentaban a los partidos y las regiones siguieran a la orden del día. Las escribió —recalca muy al final del prólogo— sin apartarse nunca «de la verdad histórica», aunque «algunas veces tenga que redondear las ideas para darle interés y colorido» (XVI).

En calidad de miembro de esas élites, fue elegido para la Convención de Rionegro (Antioquia) y votó y firmó la carta que creó los Estados Unidos de Colombia, en nombre del futuro estado soberano del Magdalena: una carta que consagraba amplios derechos y garantizaba la separación de la Iglesia en un país rural, analfabeto y excluyente. Aquella norma, sin embargo, debido a la dispersión del poder militar y a las reiteradas disputas entre los estados, sería derrotada militarmente tres lustros más tarde y reemplazada por la Constitución de 1886, que centralizó el poder y consolidó la alianza entre el Estado y la Iglesia. Curiosamente, su sanción correspondió al samario José María Campo Serrano, en su condición de tercer designado: amigo de Capella y a quien este dedicó el tomo tercero de la obra, aparecido en 1885: «Al ciudadano general José María Campo Serrano».

La leyenda histórica como género

Este tipo de texto fue ampliamente cultivado durante la segunda mitad del siglo XIX en el continente. El propósito de sus autores radicaba en narrar literariamente acontecimientos de la historia de países recién liberados del dominio colonial español, sin perder el sentido de verdad del hecho, episodio o personaje histórico recreado. Capella, según declara en el prólogo de la edición de 1884, estaba perfectamente enterado de los principios seguidos por sus predecesores y contemporáneos. El personaje o el episodio notable concentraban las preocupaciones de hombres como él, muy seguros de dirigirse a un público que esperaba leer las vicisitudes de los caudillos y héroes militares de la Independencia o de las recientes repúblicas. La leyenda debía resultar verosímil a los lectores; por ello, el héroe o un hecho clave —una batalla, una hazaña— eran los motivos recurrentes de esta tipología. Esta disposición discursiva, además, servía al propósito de consolidar los procesos de formación de las jóvenes naciones, siempre sometidas a las presiones de las guerras civiles y los levantamientos militares. La ficcionalización de la historia respondía, pues, a un programa político y estético, como lo ha señalado la académica Ana María Agudelo Ochoa en su estudio sobre las leyendas históricas de la autora tunjana Herminia Gómez Jaime, quien escribió varios años después que Capella:

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, en el marco de los procesos de instauración nacional a los cuales subyace una ideología de cuño romántico, los letrados de las repúblicas hispanoamericanas decidieron volver los ojos a los sucesos pasados y a sus protagonistas con el fin de hallar elementos para cimentar la identidad propia, resultado de la reinterpretación de tales sucesos son formas discursivas como la leyenda histórica (Agudelo Ochoa, 2010, pp. 205-206).

En este contexto de revisión literaria del pasado histórico, el colombiano Luis Capella Toledo se anticipó a muchos de sus homólogos al publicar, en 1879, un primer tomo de sus *Leyendas*, al que seguirían otros dos tomos de nuevas leyendas, como hemos señalado. Agudelo Ochoa (2010) cita los títulos publicados por algunos de esos cultivadores contemporáneos de Capella: *Leyendas históricas: tradicionales y fantásticas de las calles de la ciudad de México* (1867), de Juan de Dios Peza; *Enriquillo, leyenda histórica dominicana* (1882), de Manuel de Jesús Galván; *Leyendas históricas de la Independencia* (1894), de Ireneo Paz; y *Leyendas históricas mexicanas* (1899), de Heriberto Frías.

El género se divulgó con amplitud en el seno de un movimiento romántico tardío, pero funcional a las ideologías de las élites hispanoamericanas, deseosas de romper los nexos con España y de aglutinar a sus regiones y habitantes en torno a un discurso heroico-nacionalista no siempre exitoso.

Se trata de un tipo de discurso híbrido que permite a los autores revisar la historia, sus héroes y sus acontecimientos con la soltura que brinda la literatura, pero sin perder el sentido del archivo ni de las fuentes reales consultadas. El hecho o el personaje histórico constituyen el centro del relato y, para resaltarlos, el autor recurre a las elecciones propias de la ficción narrativa, buscando con ello dar colorido y encanto al acontecimiento a los ojos de los lectores, que no serían muchos, en el caso de Capella, si pensamos en los niveles de analfabetismo de entonces, a pesar de los esfuerzos de los gobiernos y del clero por expandir las fronteras educativas.

Revisar el índice de alguna de las ediciones de las *Leyendas históricas* de Capella permite reconocer el sentido de un tipo discursivo que privilegia la revisión de los héroes más conocidos y de los grandes acontecimientos en que participaron. El tomo I de la primera edición está compuesto por diecisiete leyendas. «El general Manuel Piar», «Bolívar en el Bajo Magdalena», «Castillo Rada», «El canónigo Macenet», «José Antonio Anzoátegui» y «El coronel Cuervo» ponen a los héroes, desde el título, en el foco de los lectores ideales en los que pensó. En el tomo II, además de títulos como «El general López y el

general Durán», «El almirante Brión» y «El coronel Rondón», acude, al titularlas, a acontecimientos de enorme significación: «Bomboná», «El combate del lago de Maracaibo» y «El héroe de Tenerife». También dedica una leyenda a describir el genio de los prohombres de la Independencia, como en el caso de «El carácter de algunos próceres», texto que está más en la línea del archivo que en la de la ficción. Lo mismo puede decirse de «Los generales de Colombia», un texto del tomo III, meramente referencial: un inventario muy sujeto al documento histórico citado, una copia remitida por una persona amiga de total crédito.

Pero Capella, hombre de finos instintos, supo ver en episodios y héroes menos rutilantes la semilla de textos con enorme potencial literario, sin apartarse de las señas históricas reconocibles. Sería los casos de «Los botones del Libertador», «El indio y la mariposa» y «Bolívar y el último cacique». En esta última leyenda une, a través de una prenda, a dos personajes que nunca se conocieron: el cacique José de la Concepción Núñez y Manigua y el cuerpo inerte de Bolívar, separados por quince años de una historia tumultuosa.

Es una pieza breve, pero relevante por el buen ojo de Capella para descubrir los misterios de la poesía en la vida de los grandes hombres. Lo es también porque señala con precisión sus fuentes al entrecomillar las frases de Réverénd, tomadas de su informe sobre la muerte y autopsia de Bolívar. El carácter y el sentir del cacique Núñez frente a los bandos en contienda constituyen otra nota subrayable, ya que el jefe indígena no cree en ninguna de las dos causas, «porque tanto la una como la otra lo desheredaban de sus legítimos derechos» (tomo III, p. 24).

Las peripecias del relato son las siguientes. Al morir Bolívar en San Pedro Alejandrino, su cuerpo es trasladado a la antigua Aduana. Réverénd prepara el cadáver, pero no encuentra ropas apropiadas con que vestirlo. Ante su insistencia, un doméstico saca de una cómoda la camisa, algo amarillenta, que el cacique Núñez había usado cuando, en 1815, Pablo Morillo le impuso una cruz con la efigie del rey, con el propósito de ganárselo para su proyecto pacificador.

Núñez acepta de mala gana la distinción. La recibe en la antigua plaza de armas de Santa Marta, pero, una vez concluida la impresionante ceremonia, se deshace de la camisa de olán batista y del frac en una habitación de la Aduana Vieja⁴, aprovechando su amistad con el propietario de entonces, Faustino de Mier.

Núñez no quiso desairar a Morillo, pero, cumplida la ceremonia, teme la censura de sus indios si regresa vestido sin sus ropas tradicionales. Así que, antes de volver a Mamatoco, se despoja «de vestidos ajenos a su raza» y se pone los suyos.

El texto resulta llamativo, además, por el estilo de la prosa del relato, directa y precisa, en la que Capella equilibra la función referencial con la función poética. «Un criado del señor Mier recogió las prendas desdenadas por el cacique y las guardó en un ropero de su amo» (p. 25).

Anita Lenoit: la dama del río

Anita es la francesita protagonista de la leyenda «Bolívar en el Bajo Magdalena», texto que podría considerarse una novela corta sobre el romance entre el entonces coronel Simón Bolívar y la hija de una pareja de inmigrantes franceses residentes en Punta Gorda⁵.

Ella tiene diecisiete años, y él, veintiocho. El escenario está marcado por la lucha entre patriotas y realistas por el control del río. Ella, deseosa de retenerlo; él, empeñado en dar forma a sus sueños de libertador. El amorío alcanza su punto de máxima intensidad

4. La edificación existe. En esta histórica edificación, construida a finales del siglo XVIII, operaba el servicio de aduana durante la época colonial. De ahí la denominación popular de Aduana Vieja. En ella funciona el Museo del Oro Tayrona del Banco de la República. Está ubicada en la acera norte del parque de Bolívar, en pleno centro histórico de Santa Marta. En una sala de la segunda planta de la edificación fue velado el cuerpo de Simón Bolívar. Al momento de morir este era propiedad de la familia Mier, propietaria también de la hacienda trapiche de San Pedro Alejandrino donde pasó sus últimos días.

5. El gobierno de Cartagena de Manuel Rodríguez Torices favoreció la inmigración de extranjeros, en especial franceses, con el propósito de desarrollar la agricultura, fomentar la industria y ampliar el comercio. La familia de Anne Lenoit fue una de muchas. La suya eligió establecerse en la orilla del Bajo Magdalena, en jurisdicción de la provincia de Santa Marta, en Punta Gorda, hoy Salamina, Magdalena.

cuando Labatut, superior de Bolívar, pretende de mala manera a la hermosa francesita aprovechando la ausencia del coronel, que se halla en Tenerife al mando de una escuadra de bongos de guerra. Anne huye a Tenerife y Bolívar logra ponerla a salvo de las intenciones de su jefe.

Superada esta capa conflictiva —a salvo Anne de los acosos de Labatut—, emerge un nivel que será definitivo para la separación de la idílica pareja: Bolívar parte hacia sus campañas victoriosas, fiel a un programa sin reposo —hoy aquí, mañana allá—, donde no cabe la joven. Le promete serle fiel y regresar por ella. Solo eso. Los designios de la patria son superiores a los del amor. En ello Bolívar es contundente cuando le explica a Anne que su «corazón está muerto para los afectos y solo palpita para la libertad» (1884, p. 55).

Repudiada por sus padres, Anita se establece en Tenerife, se convierte en una próspera comerciante y espera el regreso de su héroe. Este volverá más de quince años después, enfermo y derrotado, en un viaje que lo conducirá a Santa Marta, ciudad de su muerte el 17 de diciembre de 1830. Al enterarse de su regreso, en una suerte de carrera contra el tiempo, Anita decide ir tras él: pasa de Tenerife a Cartagena, continúa hacia Barranquilla. Cae enferma, logra reponerse y seguir su marcha. Pero cuando finalmente llega a Santa Marta, su amado ha muerto un día antes.

Sucia y desolada, asiste al funeral de Bolívar el 20 de diciembre. Para muchos de los presentes, sobre todo los muchachos, anota Capella, ella parecía una loca. Pálida, con una corona de siemprevivas en una mano y un cirio en la otra, marchó en oración. Regresará luego a Tenerife, donde tiene un negocio y la quieren, y allí morirá, según informa el propio autor en las páginas finales de la narración.

Capella conocía la célebre relación entre el coronel Bolívar y Anne. Había leído también los informes sobre la enemistad entre Bolívar y Labatut y sobre la supuesta insubordinación de este último. Aprovechará una campaña militar en el Bajo Magdalena para descubrir, en 1870, la tumba de la *madamita* y recoger datos sobre la vida

de quien sería, años más tarde, personaje protagónico de una de sus leyendas más célebres e influyentes.

En esta obra puede rastrearse nuevamente el método seguido por el autor en la confección de sus artefactos narrativos: la consulta de fuentes oficiales para examinar las relaciones entre Labatut y Bolívar durante la Campaña del Río, en un primer momento; la visita a los lugares donde transcurrió el romance de la pareja y al cementerio donde fue sepultada la joven. Son materiales acopiados en distintas etapas de su vida de militar y amante de la historia que, sumados a sus averiguaciones personales sobre la presencia de la francesita en el sepelio —recogidas de testigos de la época—, le permitieron tramitar la leyenda.

Citaré dos pasajes del texto para ilustrar el modo en que el autor documentaba sus relatos. En cuanto a la supuesta insubordinación de Bolívar, ocurrida después de que él y Labatut destruyeran Punta Gorda y otros pueblos de la ribera del Bajo Magdalena, Capella procede a desmentirla. En la reunión que ambos militares sostuvieron en Suan, estuvo claro que, pese a sus disputas y a la intención del coronel Bolívar de solicitar ante las autoridades de Cartagena la suspensión de Labatut, continuarían sus planes de guerra por separado: Bolívar seguiría por el río hasta Ocaña y Labatut marcharía hacia Ciénaga y Santa Marta, dos plazas aún realistas. Hubo, pues, un acuerdo entre los dos rivales, allí donde otros protagonistas vieron insubordinación.

Capella relata que Labatut fue el primero en abandonar el puerto, «entre los vivos y adioses de la flota» (p. 60), y que Bolívar lo haría más tarde, después de haber escrito una carta a Anne y de haber pernoctado frente a Pedraza.

Es esto lo que el coronel Castillo Rada en su Manifiesto y algún historiador irreflexivo han llamado la desertión de Bolívar, suponiendo que este, sin permiso de Labatut, abrió operaciones sobre Tenerife y, por su cuenta, continuó la campaña en el río. Yo he leído el oficio de aquel jefe para el Libertador, con la orden general en que se dispone el partimiento de la flotilla

y todo lo demás que queda relacionado; así como un despacho del capitán de milicias por el Gobierno español; el del coronel, firmado por el general Miranda; el nombramiento de enviado extraordinario ante la corte de la Gran Bretaña y sus diplomas de masón hasta el grado de Maestro Perfecto. Cuando la historia de Colombia se escriba con sano criterio y por personas interesadas en el triunfo de la verdad, el general Bolívar será absuelto de ese cargo, tan oprobioso como inmerecido (p. 60).

La cita revela la forma acuciosa con que Capella abordaba el material que sustentaba sus leyendas y su interés por la verdad al ficcionalizar episodios de la Historia con mayúscula. Hay en él un propósito concreto al tratar el material histórico, que lo sitúa del lado de la investigación histórica y de la búsqueda de justicia frente a un hecho que ha dividido a historiadores y biógrafos de Bolívar acerca de su proceder durante la Campaña del Río, una seguidilla de triunfos que marcó su futuro ascenso militar y político.

Es claro, por otra parte, que Capella toma partido por Bolívar y de ninguna manera por el tosco y aventurero Labatut —como él mismo lo llama en el texto—, aunque le reconoce su pericia militar y su entrega a la causa. Este dato es clave, pues pone de manifiesto que, más allá de las intenciones de objetividad y del interés por la verdad, los escritores de la historia, como los de la literatura, escriben desde proyectos ideológicos y estéticos específicos. Capella demuestra así que, aunque su propósito sea contribuir a la construcción del imaginario nacional después de la Independencia —identificando en sus relatos valores como la valentía, el sacrificio, la justicia, la lealtad o el acercamiento al otro—, los ajustes de cuentas con ciertas figuras históricas no escapan a la revisión del pasado.

Esa parece ser una de las intenciones del samario Capella Toledo al referirse a Labatut, militar francés que, durante su breve gobierno en Santa Marta, cometió todo tipo de excesos en nombre del Estado de Cartagena, del que dependía y en cuyo nombre adelantó sus campañas por las riberas del Bajo Magdalena y el litoral norte de Ciénaga y Santa Marta.

La otra cita proviene de su visita a Tenerife, puerto donde vivió y murió la sufrida Anne Lenoit, quien, además de su actividad comercial, dedicó su vida a honrar y rendir culto a Bolívar, como enfatiza el autor. Cito las líneas con que cierra la obra:

Dos años después de esto llegué yo a Tenerife, y permanecí algunos días. Paseando una tarde con un amigo mío, llegamos al cementerio.

Una tumba cercada y llena de flores me llamó desde luego la atención, y pregunté a mi compañero:

—¿Quién reposa en esta tumba?

—La madamita —¡me contestó! (p. 74)

Es un cierre exacto y deliberado, aunque el autor lo presente, fiel al cuño romántico de la época y del género, como un hecho fortuito ocurrido durante un momento de reposo en su vida militar. «Bolívar en el Bajo Magdalena» es, sin duda, un relato hermoso, concebido con espíritu romántico, pero desarrollado con la imperturbable mirada de un realista: la de un hombre endurecido por las batallas de la guerra y la política, de las que fue protagonista junto a los grandes nombres de aquel convulso periodo de la historia del país.

Esta leyenda es la obra de madurez de un autor conocedor de las técnicas narrativas a su disposición, dotado de buena inventiva y de un estilo directo y recio, que trasciende las convenciones de la literatura romántica, esa que exige héroes y heroínas virtuosos, pálidos, sufridos y abnegados. Capella, sin embargo, logra superar tales convenciones gracias a su rigor, su estilo firme y su documentada imaginación, rasgos que permiten situarlo más cerca de los escritores realistas que de los románticos.

Quizá por estas razones esta leyenda ha gozado de la lectura atenta y del aprecio de varios creadores colombianos. Ha sido una pieza influyente no solo entre los historiadores interesados en la vida del impetuoso coronel Bolívar durante la Campaña del Río, sino también entre artistas y realizadores del país. En 1984, por ejemplo, se estrenó el cortometraje documental *Anne Lenoit*; y en la serie *Bolívar, el hombre de las dificultades*, la actriz colombiana Astrid Junguito interpreta a Anne Lenoit. En el ámbito literario, Guillermo Henríquez, siguiendo los grandes momentos de la leyenda de Capella, concibió *Anita Lenoit: la dama del río*, obra inédita y hoy extraviada en algún baúl o gaveta del recientemente fallecido dramaturgo cienaguero.

Miguel Gonzaga de los Espinares y Velilla: «El brujo»

Este joven soldado andaluz, patriota por conveniencia, pícaro y astuto por naturaleza, es el protagonista de una leyenda ambientada en Ciénaga en 1813, en plena lucha entre patriotas y realistas por el control del norte de la provincia de Santa Marta y su capital, Santa Marta. Amigo del también joven Gabriel Gutiérrez de Piñeres, partidario del gobierno federal de Manuel Rodríguez Torices, además de buen mozo y celoso de su vida, toca la vihuela. Ha desertado de las fuerzas realistas, derrotadas en Cartagena, para enrolarse en los ejércitos patriotas, valiéndose de su amistad con Gutiérrez de Piñeres.

En un escenario histórico muy conocido se sitúa esta historia menos heroica, con un protagonista poco romántico, que involucra a los bravos y recursivos indígenas de Ciénaga. «El brujo» es un buen ejemplo de leyenda situada en el marco de un acontecimiento histórico, pero con una peripecia y un héroe que brindan al autor libertad para desplegar, con menos restricciones, su arsenal narrativo.

Capella se encarga, desde las primeras líneas, de fijar las coordenadas históricas de la peripecia. El asalto patriota a la villa de Ciénaga está a cargo de Chatillon, tras haber sido relevado Labatut del mando por el gobierno de Cartagena, debido a los desmanes cometidos

en Santa Marta durante su breve gobierno y a su posterior huida ante las fuerzas realistas y los indígenas de Mamatoco, Bonda y Masinga.

La toma de la villa de Ciénaga constituye un nuevo movimiento estratégico de Rodríguez Torices sobre Santa Marta. Para ello dispone de barcos y de más de mil hombres, con el propósito de ocupar Ciénaga el 11 de mayo de 1813. Sin embargo, la expedición fracasa y las fuerzas patriotas son acuchilladas sin piedad por las huestes del coronel español Narciso Crespo y las del indígena Ventura Bustamante. Despedazadas las fuerzas patriotas, Espinares y Velilla huye y se esconde en un monte cercano a San Juan de la Ciénaga.

Aquí, digamos, es donde la ficción suelta amarras y se libera de las fuentes históricas. Aislado y hambriento, el astuto andaluz pasa a ocupar el centro del relato. Su preocupación es hallar el modo de saciar el hambre, ponerse a salvo y escapar de un territorio enemigo; pero, para beneficio de la ficción, es sorprendido por un grupo de indígenas y está a punto de ser sacrificado a machetazos cuando, en un giro muy propio del romanticismo, corre hacia un grupo de muchachas nativas y se abraza a los pies de una de ellas: María Engracia, una india bonita y acaudalada, emparentada con el cacique Bustamante, quien lo toma por esposo al invocar la ley de su etnia.

—Sálveme usted, hermosa india.

La india se deshizo de los brazos de Espinares y Velilla, se colocó por delante de él y gritó en tono de autoridad:

—Nadie lo toque.

A aquella voz bajaron los machetes que estaban levantados sobre la cabeza del joven español. La india continuó diciendo:

—Paso. Yo respondo de este hombre (pp. 106-107).

Esta sujeción a una mujer que apenas conoce —agradecida por el andaluz, aunque espera librarse de ella cuando llegue el momento— no lo salvará, sin embargo, de ser apresado por orden de Narciso Crespo, juzgado y condenado a morir ahorcado y quemado en la plaza de armas de la villa: un espectáculo concebido para castigar a un desertor de los ejércitos del rey. La condena se fija —o Capella la fija— para un 24 de junio, día del santo patrono de la villa. Es una fecha en la que coinciden, como subraya el investigador Manuel Guillermo Ortega (Guillermo Tedio), tres celebraciones: el carnaval, los oficios religiosos en honor al santo patrono de San Juan de la Ciénaga y el espectáculo de la ejecución preparado por Crespo como escarmiento para los insurgentes.

A esta altura, el relato experimenta una de sus mayores transformaciones en la presentación de los hechos: el rigor histórico cede su lugar a la inventiva del autor o a la inventiva popular, tan fecunda en su tiempo como hoy. Cambia también el foco de la narración. Es el turno de María Engracia, quien mueve influencias con su abuelo y su hermano Ventura para lograr la libertad de su marido «en ley», recurso que Crespo desestima al anteponer la ley de España. Esta decisión —según Guillermo Tedio— modifica o altera las relaciones de los indígenas con las autoridades españolas, encarnadas en Narciso Crespo y en el gobernador de Santa Marta, Pedro Ruiz de Porras.

Real o imaginariamente, este cambio conduce a la última franja de la narración, que concluye con la liberación de Espinares y Velilla, la fuga de la pareja lejos del alcance de las autoridades y la prevalencia del derecho de las leyes indígenas. Los nativos no dudan en recurrir a la astucia, al teatro, para liberar a un traidor al rey, señor a quien sirven en la lucha a muerte contra los patriotas de Cartagena.

Conviene citar el pasaje, propio de brujería o de magia, dirán algunos, en que Espinares y Velilla escapa, como pudo creer parte del pueblo asistente al espectáculo:

Al llegar a la plaza, la División realista que estaba en columna cerrada frente a la horca, echó armas al hombro, y más de cuatro o cinco mil disfraces; que silencioso aguardaban el fin de aquella

escena bárbara para continuar la fiesta, se descubrieron con respeto y echaron abajo las caretas.

Entre tanto las campanas de la iglesia habían comenzado a tocar agonías, y las puertas de par en par abiertas, daban salida a más de doscientos penitentes, cubiertos todos con un negro sayal, que solo les dejaba libres los pies y las manos, en una de las cuales llevaban un cirio ardiendo. Estas gentes piadosas, que en coro venían cantando el *De profundis clamavi ad te Domine*, tomaron puesto en la procesión oficial, entre el condenado y la escolta.

Como cuarenta varas antes de llegar a la plataforma se notó un movimiento general y se oyeron los gritos de fuego, fuego, los que, repetidos de un extremo a otro de la plaza, formaron un espantoso clamoreo. Con efecto, una llama roja con perfiles azules se levantó de súbito de entre los haces secos amontonados en el lugar del suplicio, la que, agitada por el viento, convirtió toda aquella leña en una inmensa hoguera (pp. 112-113).

Este segundo montaje, orquestado por la élite indígena de los Bustamante, posibilita la desaparición del condenado con la ayuda de los penitentes, que en el relato cumplen la función de impedir la acción del verdugo, sin que un colérico Narciso Crespo ni su segundo, el mayor Pacheco, puedan hacer nada.

Son los episodios de esta leyenda, «en donde Capella logró combinar armónicamente el agua ligera y transparente de la leyenda con el aceite espeso y, a veces, oscuro de la historia», los que llevan al poeta e investigador Javier Moscarella a considerar al autor como un precursor del denominado realismo mágico y a este relato como «una de las obras literarias más importantes de la lengua castellana del siglo XIX» (Moscarella, 2010, p. 17). Asimismo, en este artículo propone una división de las leyendas históricas en dos grandes grupos: uno lírico y otro épico.

En el primer grupo incluye la leyenda que recrea el «episodio amoroso del entonces naciente héroe Bolívar» (p. 12) con Anne Lenoit, la conocida *madamita*: un episodio menor dentro de una historia que involucra a un personaje grande.

Entre las épicas ofrece, como ejemplo —también referido al ámbito de la provincia de Santa Marta—, la dedicada a exaltar la vida de sacrificios del patriota y canónigo samario Santiago Páerez Macenet, quien, por su apoyo a la causa de la libertad en una ciudad realista, pagó pena de prisión en la fortaleza del Morro, de la que escapó junto con otros patriotas y los guardias en marzo de 1814 (p. 16).

En esta categoría caben, como anotamos ya, buena parte de las leyendas dedicadas a militares y políticos de la Independencia. «El canónigo Macenet» es una leyenda breve y en ella se echa de menos los recursos de la función poética desplegados en la recreación de las vidas de Anne Lenoit y de Espinares y Velilla. Sorprende que Capella no haya escrito una pieza más extensa y literaria sobre un personaje intrépido y recursivo que sufrió varias prisiones por su entrega a la causa libertadora.

Las lecciones del general escritor

Al espectáculo atroz montado por Narciso Crespo, la imaginación indígena y popular responde con otro más amplio, a la vez profano y litúrgico, al liberar a Espinares y hacer justicia a su modo, en un movimiento que constituye una indudable carnavalización y parodia. Son estos rasgos de sinuoso humor, estas elecciones de Capella, los que Guillermo Tedio interpreta como las irreverencias de las que el autor se vale para socavar y desinflar el discurso histórico hegemónico. Es, de alguna forma, una manera de rescatar al indígena y la participación popular en un acto de justicia, y de ridiculizar al español derrotado. Acto poético, dirán algunos, pero que poco sirvió, en la realidad, para admitir de pleno derecho a los indígenas y a otras fuerzas populares en el trazado de una nación siempre rota y fragmentada.

El montaje de los feroces y recursivos indígenas de la villa de Ciénaga; la tranquilidad con que el pillo andaluz marchó a la horca; la

manera en que aterrorizó, en su celda, al barbero asturiano que intentó prepararlo para la ejecución; y su desaparición posterior junto a María Engracia, con la complicidad del cacique y su familia, dieron pie para que el pueblo —testigo, pero ignorante de los hilos que se movían bajo el escenario— considerara al soldado español prófugo como una especie de brujo, coartada que justifica el título del relato.

«El brujo» es un relato que algunos críticos y escritores del Caribe colombiano han leído como un cuento —e incluso como el origen del género en la región—. El narrador cordobés José Luis Garcés, por el contrario, en su monumental *Literatura del Caribe colombiano. Señales de un proceso* (2007), lo asume como un relato histórico en el que una indígena se enamora de un conquistador o de un español y traiciona a su tribu. Anota, en apoyo de su juicio: «Con algunas diferencias, se parece a *Capunid*, novela de Jaime Exbrayat sobre los amores entre Juan Velásquez de Santa Cruz y la indígena Tau, ocurridos en el Sinú» (p. 52).

Aunque reconoce que el título despista —pues nada de brujería hay en él—, Garcés valora positivamente el estilo del relato unas líneas más abajo: «Como puede observarse, la narración es directa, sin metáforas, sin demasiadas explicaciones. Es un hecho histórico y no necesita adornos. Está bien hilvanada y llevada sin mayores alardes. Ni aumenta ni disminuye el sufrimiento de los protagonistas» (p. 52).

El poeta y narrador Rafael Darío Jiménez, en la antología *Cuentos del Magdalena* (1988), la abre precisamente con «El brujo» de Capella, convencido de su condición de cuento y siguiendo las pistas del periodista Germán Vargas Cantillo y del crítico Carlos J. María, amplios conocedores de la narrativa de esta región del país. Como cuento fue también incluido el relato en la antología regional preparada por los especialistas Jairo Mercado Romero y Roberto Montes Mathieu, publicada quince años después, en 2003, por la Editorial de la Universidad del Magdalena: *Antología del cuento caribeño*.

Esta leyenda es un relato complejo, recio, inteligente y recursivo, al que el escritor y crítico Guillermo Tedio dedica un sesudo y extenso artículo: «La leyenda como desconstrucción del discurso histórico

en “El brujo”, de Luis Capella Toledo (2002)». En su estudio, Tedio examina «El brujo» como un «paradiscorso» de origen popular que socava o resemantiza los textos históricos oficiales o canónicos, mediante operaciones que incorporan diversas fuentes —orales y populares— sobre los acontecimientos narrados. Sus conclusiones contribuyen, sin duda, a resituar a Capella dentro de la historia literaria regional y nacional.

Así, la narrativa utilizada por Capella Toledo en «El brujo» se liga a una actitud heterodoxa de los narradores caribeños y latinoamericanos: poner en duda, en entredicho, en situación crítica, los repertorios de la cultura occidental y de las verdades que Carlos Fuentes llama complacientes. El autor echa mano de la carnavalización, la parodia y la ambigüedad para desacralizar los lugares comunes y discursos tópicos de la historia oficial o de la tradición cultural europea, llegada a través de los españoles (p. 93).

Aunque Capella declara y asume la defensa de la verdad al revisar ficticiamente los acontecimientos históricos, no puede evitar seguir los procedimientos de la literatura y exponer sus desacuerdos al interpretarlos, desvertebrando el discurso del que parte y que desea preservar.

Esta ficcionalización de la historia es, por otra parte, una inclinación común entre los autores de la región. Esa predisposición la asumieron, con mayor o menor fortuna, escritores anteriores o contemporáneos suyos —como Juan José Nieto⁶, Manuel María Madieto y Priscila Celadón de Núñez— en el siglo XIX; y la retomaron, ya en el siguiente, entre otros, Rafael Caneva, Álvaro Cepeda, Gabriel García Márquez, Germán Espinosa, Álvaro Miranda, Roberto Burgos, Ramón Bacca y Guillermo Henríquez. Unos y otros se interesaron por recrear los

6. Este militar y político costeño escribió la que se considera la primera novela colombiana: *Yngermina o la hija de Calamar*, redactada y publicada en Kingston, Jamaica, en 1844, durante su exilio a raíz de la derrota de la guerra de Los Supremos. La novela está ambientada en comprensión del hoy pueblo de Calamar, Bolívar. Su personaje central, Yngermina, es una valiente y hermosa indígena, ligada amorosamente al conquistador Alonso de Heredia, con quien al final se casa. Obra romántica con fuerte registro histórico y sociológico en la medida en que recrea las costumbres e instituciones de los calamaries, sus luchas internas antes de la Conquista y su posterior confrontación con los españoles.

conflictos, extravíos y perplejidades de la historia desde muy distintas poéticas, pero guiados por la libertad de rodear, eludir y contrariar los archivos oficiales.

Sirva esta nueva edición para que *Leyendas históricas* encuentre nuevos públicos y nuevas lecturas en este siglo XXI, casi ciento cincuenta años después de la primera publicación del libro. Su literatura es valiosa: en varios de los relatos demuestra soltura, riqueza de estilo e inventiva, hasta el punto de hacer difícil separar la realidad histórica de la ficción.

Esa fusión alcanza su plenitud en los dos relatos aquí examinados, donde se revela su método: narraciones en las que los personajes —reales, aunque no siempre relevantes u oficiales—, sobre todo Espinares, le sirven la coartada para desplegar su inventiva, más allá de su declarado prurito de objetividad.

El resultado es una realidad discursiva potente y esclarecedora de los misterios de las historias de hombres, mujeres y naciones.

Capella Toledo murió en Bogotá, en 1896, consagrado al cultivo de las letras, que durante cuatro décadas de intensa actividad compartió con la guerra, la política y la historia.

Santa Marta, 2 de octubre de 2025

Referencias

- Agudelo Ochoa, A. M. (2010). «Las leyendas históricas de Herminia Gómez Jaime: la ficcionalización de la historia». *Revista Historia y Sociedad*, (19), julio-diciembre, 203-219.
- Capella Toledo, L. (1884). *Leyendas históricas*, tercera edición, t. I-III. Imprenta de La Luz.
- Capella Toledo, L. (1948). *Leyendas históricas*, cuarta edición. Editorial Minerva.
- Jiménez, R. D. (coord.). *Cuentos del Magdalena. Antología*. Santa Marta. Instituto de Cultura del Magdalena, Bogotá, 1988.
- Flas Borda, O. (1981). *El presidente Nieto: Historia doble de la Costa*, t. II. Carlos Valencia Editores.
- Mercado, J. y Montes Mathieu, R. (2003). *El cuento caribeño*. Fondo Editorial Universidad del Magdalena.
- Moscarella, J. (2010). *Luis Capella Toledo: cronista de la independencia de Santa Marta y precursor del realismo mágico*. Inédito.
- Ortega, Manuel G. (2002). La leyenda como desconstrucción del discurso histórico en «El brujo», de Luis Capella Toledo. *Historia Caribe*, 2(7), 93-102.

Introducción

Resumen de los servicios del general Luis Capella Toledo

El general Luis Capella Toledo principió a servir en la carrera de las armas a la edad de trece años, cuando el general Borrero hizo la revolución de 1851. Fue destinado con otros jóvenes del Colegio Seminario de Santa Marta a una compañía suelta que gozaba de privilegios en el servicio; esto se explica: todos eran niños. Desde esta fecha hasta 1854, en que estalló la revolución del general Melo, asistió los domingos, puntualmente, a los ejercicios doctrinales, y fue ascendido a sargento 1.º de la 2.ª compañía del batallón Santa Marta, por sus aptitudes y por su habilidad en el manejo del arma. En la defensa de la ciudad, el 22 de julio del expresado año, se batió con tal entereza que el gobernador de la provincia de Santa Marta, señor doctor Eduardo Salazar, pidió al poder Ejecutivo, ejercido por entonces por el señor doctor José de Obadía, su ascenso a alférez, el cual le fue conferido, como puede verse en el *Boletín de Ibagué* de aquella época, en un decreto firmado por el expresado doctor Obaldía, vicepresidente de la República. Así fue como el general Capella vino a ocupar puesto en el ejército activo de la nación.

Después de la acción de Gaira, la escaramuza en los Pozos Colorados, la sangrienta ocupación de la Trinchera y la de Ciénaga, el general Joaquín Posada Gutiérrez reorganizó el ejército, y Capella Toledo, ascendido a teniente, fue destinado como ayudante de campo del expresado general, bajo las inmediatas órdenes del doctor José María Rodríguez, senador hoy por Panamá y capitán entonces, ayudante secretario del jefe de operaciones. Desde esa fecha data la amistad que conservan inalterable Rodríguez y Capella.

Cuando la derrota en la Trinchera y en el Alto de Chuchal, en 1860, Capella, con otros jóvenes magdalenenses, emigró para el estado soberano de Bolívar, en busca del benemérito general Nieto, quien organizó en Barranquilla la División de la Costa que debía rescatar a Santa Marta. Entonces fue destinado como capitán de la 1.^a compañía del batallón Obando.

Batidas que fueron nuestras fuerzas en Gaira, en los funestos siete días de ataque a Santa Marta, y después de la sangrienta batalla de San Pedro, Capella Toledo fue ascendido a sargento mayor, como lo reza el parte de este combate, por su espléndido comportamiento en él.

En los célebres veintiún días, durante los cuales no hubo uno solo en que no se combatiera, por lo menos ocho o diez veces, Capella Toledo fue ascendido a teniente coronel graduado y nombrado jefe de Estado Mayor de la División, y con tal carácter dirigió en jefe el asalto a la Catedral, en tanto que los entonces coroneles Riascos y Valencia tomaban las casas denominadas de las Granados y de la Luque, línea curva donde el señor Arboleda había concentrado sus mejores fuerzas. Tras la ocupación de Santa Marta, obtuvo la efectividad del empleo.

En el empleo mencionado, le cupo la honra de conducir al campamento de Usaqué 1.000 rifles, cantidad inmensa de municiones y vestuarios, y \$150.900 en obligaciones de la Aduana de Santa Marta contra el comercio del interior, y se halló en las batallas de los días 12 y 13 de junio, y en la toma de Bogotá; en esta última como ayudante del general Santos Gutiérrez.

Por acuerdo del Consejo de Ministros y a petición del general Mosquera, que desempeñaba la Cartera de Guerra, Capella, en 1863, fue ascendido a coronel efectivo de la Unión.

En 1865, lo derrotaron en El Banco, y un año luego tocóle ocuparlo tras reñido combate.

Por sus compromisos en el memorable 29 de abril, fue borrado de la lista militar y reinscrito al comienzo nomás de la administración Gutiérrez.

Después del sangriento combate de San Juan del Cesar, rehusó el despacho de general; pero como lo era de las milicias del estado

soberano del Magdalena desde 1872, fue incorporado como tal en el escalafón de la Guardia.

En 1876 y 1877, desempeñó cerca del general Trujillo comisión idéntica a la que había desempeñado cerca del general Mosquera en 1862, conduciendo acopio de dinero, armamento y municiones. Hizo la campaña del Sur; se halló en casi todos los combates, y, en el parte de la batalla de La Cabaña, leemos lo siguiente:

El general Luis Capella Toledo y el comandante Deaza cargaron por el frente con los zapadores las trincheras, en tanto que los comandantes Otero e Ibáñez secundaron el ataque por los flancos con el 20 y el 5.º de Vargas, que juzgué conveniente reforzar para mejor asegurar el éxito con una compañía de zapadores que me quedaba a la mano, y que puse al mando de mi ayudante, teniente Belisario Gutiérrez. Tomadas las trincheras después de una obstinada resistencia, el combate siguió sin tregua ni descanso hasta la una y media de la tarde, en todo el monte y las arrugas del camino, hasta coronar la última altura de la línea enemiga, donde mandé hacer alto y acampar, por no tener orden vuestra para avanzar de aquel punto.

No debo terminar el parte de esta acción que me ha cabido el honor de dirigir en persona, sin hacer mención especial del general Capella Toledo y del comandante Deaza, quienes, al frente de los zapadores, empuñando el primero la bandera del Cuerpo, daban ejemplo en el ardor de las cargas; de los comandantes Francisco A. Otero y Aristóbulo Ibáñez, jefes del 20 de Popayán y del 5.º de Vargas, y de algunos oficiales, para quienes solicito el inmediato ascenso por nota separada.

El Gobierno nacional, más tarde, con aprobación del Senado, lo ascendió a general de división.

Todo cuanto queda referido es de pública notoriedad y fama, y en la cadena de los hechos pueden certificar miles de personas, tomando

como punto de partida al señor Obaldía y al señor Salazar, hasta los presidentes Parra y Conto, y el general Hurtado.

Capella cuenta ocho batallas de fila, a saber: «Las trincheras de la Ciénaga», «Siete días en Santa Marta», «San Pedro», «Veintiún días en Santa Marta», «12 de junio, Usaquén», «13 de junio, Usaquén», «Toma de Bogotá» y «La Cabaña».

Las siguientes acciones y combates: defensa de Santa Marta en 1854, Gaira, los Pozos Colorados, ocupación de la Ciénaga, retirada de Santa Marta en 1860, derrota en la Trinchera, derrota en el Alto del Chuchal, Gaira, Banco-1865, Playón de Guacoca, Banco-1866, San Juan de Cesar, Alto del Perro, Alto del Caballo, Tablazo, Arenillo, San Antonio y otros más, a los cuales Capella no da grande importancia.

El general Nieto le discernió los diplomas del mérito militar y del mérito civil de Bolívar; y el general Larbarcés los mismos, correspondientes al Magdalena; tiene la medalla de oro de 1.^a clase de los que hicieron la campaña de Antioquia en 1877, acordada por la Asamblea de aquel Estado, y la que decretó el Congreso nacional en la Ley 68 del año de 1867, «sobre honores a los ciudadanos armados del Ejército del Sur». Tres leyes especiales reconocen sus merecimientos: la del Magdalena, la de Antioquia y la de Panamá, y el primero y último de estos Estados, por medio de leyes también, le han honrado con espadas de honor; pero él cifra con religioso cariño la que le ha obsequiado el señor doctor Víctor Dubarry, amigo a quien profesa grande estimación.

Cuenta dos acciones distinguidas de valor: el sometimiento del batallón Granaderos en Cartagena en 1866 y la toma de La Cabaña.

Tiene las campañas de 1854 y las de 1860 a 1862 en la Costa, la de la Sabana de Bogotá, la de Bolívar y Magdalena en 1866, la de Padilla en 1875 y las del Cauca y Antioquia en 1876 y 1877.

Ha sido sota-brigada, sargento y oficial de compañía, jefe de cuerpo, oficial y jefe de Estado Mayor de columna, de brigada y de división; jefe de estas y jefe de Estado Mayor General del Ejército de la República.

Ha servido bajo las órdenes del general José de D. Ucrós, cuando este era comandante; a las del general Joaquín Posada Gutiérrez, y a las de los generales Vega, Labarcés, Sánchez y Nieto; a las de Mosquera y Santos Gutiérrez; a las de los generales Vicente G. de Piñeres y Rudecindo López; a las de Hurtado y Trujillo; y, por último, a las del general Daniel Delgado, de quien tuvo el alto honor de ser 2.º y general de reemplazo.

Sobre ser general de división de la Guardia Colombiana, es general en las milicias de siete Estados de la Unión.

Si estos son títulos, el general Luis Capella Toledo los tiene bien adquiridos a la estimación pública; si fuere solo el deber cumplido, bien puede entonces descansar tranquilo en el testimonio de su conciencia».

Rojelio García H.

General, jefe de Estado Mayor General de la Brigada Panamá
Panamá, 1 de enero de 1884

Rasgos biográficos

Luis Capella Toledo nació en Santa Marta el 17 de septiembre de 1838.

Recibió las primeras lecciones en el Colegio Seminario de aquella ciudad, y las continuó en el del Rosario y en el de San Bartolomé de Bogotá.

En el Magdalena ha sido diputado a las asambleas legislativas, gobernador de la provincia, secretario general y presidente del Estado.

Fue también miembro de la Convención de Rionegro, vicepresidente de la Cámara de Representantes y presidente de la del Senado, y es uno de los hombres de espada más animosos e intrépidos. En la milicia tiene el grado de general, y el comportamiento que observó en la guerra civil de 1876 le ha valido muchos elogios particulares y oficiales.

Escribe impulsado siempre por la decidida afición que profesa a las letras, en particular por las que se ocupan del origen, desarrollo e incidentes de tradiciones históricas, ramo en que es muy versado, y al estudio del cual dedica siempre sus horas de desahogo.

Sus escritos se encuentran en los periódicos de Santa Marta, en los de Bogotá y en algunos de Antioquia; y si no por la forma, sí por el asunto y por los recursos históricos con que cuenta, merecen compararse con los de don Ricardo Palma, escritor suramericano, especial en materia de leyendas.

Capella tiene buena inventiva, cualidad que no es común entre los literatos colombianos; que, si lo fuera, brillaría más nuestra literatura en materia de novelas y piezas dramáticas.

Sus *Poesías* (colección de versos de adolescente) se publicaron en la imprenta de los señores Nicolás Pontón y C.^a en 1868; y los posteriores trabajos de su pluma son estos:

Biografía del comandante José Antonio Ramírez, 1879. Bogotá: Imprenta de Gaitán; folleto de 95 páginas.

Leyendas históricas, 1879. Bogotá: Imprenta de Gerardo A. Núñez; folleto en 4.º menor, de 109 páginas.

Isidoro Laverde Amaya

(Tomado de la obra intitulada *Apuntes sobre bibliografía colombiana, con muestras escogidas en prosa y en verso*).

A I. R.

A ti, a cuyo lado principié el estudio reflexivo de la Historia; a ti, que fuiste la primera en inspirarme la idea de escribir estas leyendas, a ti las dedico. Por el deber y la distancia separados, si este libro llega a tus manos, léelo, hermosa amiga mía, siquiera sea en recuerdo de aquellos tiempos que fueron para nunca más volver...

Bogotá, 7 de octubre de 1879.

Prólogo

Fue siendo ya hombre cuando me dediqué al estudio de la historia patria; pero con tal interés que pronto me familiaricé con los autores nacionales, y hube de ocurrir a los extranjeros, deseoso de adelantar mis conocimientos.

Lleno de dudas por las contradicciones en que incurren los unos y los otros, apelé a las bibliotecas públicas y privadas, y no contento con esto, me allegué a muchos de los próceres de nuestra independencia que me sobrevivían.

Sin saber cómo, me hallé con un caudal y, burla burlando⁷, escribí una leyenda, luego otra y después algunas más.

Un pequeño volumen que en 1879 di a la estampa para cierto número de amigos y para sacar los costos de la imprenta tuvo favorable acogida; y los periódicos de la República, con sus frases benévolas, los de casi todo el continente americano con sus reproducciones, y algunos extranjeros, me hicieron parar mientes en que mi trabajo no era del todo despreciable.

Hoy tengo acopio de material para seis u ocho pequeños volúmenes.

Propóngome publicarlos en satisfacción a ciertas exigencias, y porque el Gobierno del Estado de mi nacimiento y algunos amigos de toda mi vida me ayudan en la empresa.

Quienquiera que sea el que se figure que en mis *Leyendas* puede hallar modelos de bien decir, sabrosos giros, etc., cierre el libro y váyase en busca de los clásicos extranjeros o nacionales; estos, que por fortuna los tenemos excelentes; pero aquellos que deseen conocer

7. **Burla burlando:** «Sin advertirlo o sin darse cuenta de ello». *Diccionario de la lengua española*, 23.ª edición, de la Real Academia Española (2014); en adelante, DLE. Viene del refrán *burla burlando, vase el lobo al asno*.

el carácter de algunos de nuestros próceres, sus servicios, la fecha en que los prestaron, sus goces y sus penalidades infinitas pueden leerlas sin desconfianza, pues que, aunque algunas veces tengo que redondear las ideas para darles interés y colorido, jamás me aparto de la verdad histórica.

Con la mayor desconfianza acometo la publicación de mis *Leyendas*. Pido favor para ellas.

Bogotá, 24 de diciembre de 1884.

Luis Capella Toledo

LEYENDAS HISTÓRICAS

El general Manuel Piar

(Causa moral de su muerte)

En 1808 vino a Caracas el capitán Beaver, enviado por Sir Alejandro Cochrane, almirante inglés en Barbada, con el objeto de comunicar a don Juan Casas, teniente del rey, que ejercía la capitanía general de Venezuela por muerte de don Manuel de Guevara Vasconcelos, los sucesos de Bayona⁸ y la cesación de hostilidades entre la Gran Bretaña y la nación española. El capitán Beaver, dice la historia, «fue tratado y obsequiado en Caracas, por todas las clases sociales como si fuera su libertador».

Para un baile dado en su festejo en la casa de la capitanía general, un ilustre ciudadano de Venezuela solicitó y obtuvo para él, y para un joven de color que adondequiera le acompañaba, tiquetes de asistencia.

El baile era una soberbia fiesta con toda la magnificencia de aquellos tiempos. Los maestros de ceremonias, vestidos a la Felipe I de España, con la cadena de plata al cuello y la varilla de marfil en la mano, recorrían de un extremo a otro los salones del baile, cuidadosos de la puntual observancia de las reglas de la etiqueta, lo cual poco que hacer les daba, atendida la cultura de aquellas gentes acostumbradas a esa clase de reuniones. Mil bujías, artísticamente colocadas, hacían resplandecer aquellas vastas galerías, y proporcionaban una atmósfera suave y embalsamada el perfume de las más ricas flores de nuestra zona intertropical. La música con sus aires nacionales; aquel diluvio de cintas gayas que flotaba en todas direcciones; los espejos del artesonado que fotografiaban cuanto en movimiento estaba, o retenían como

8. El autor hace referencia a las abdicaciones de Bayona, que tuvieron lugar el 5 y 6 de mayo de 1808 en Bayona, Francia, cuando Napoleón Bonaparte forzó la abdicación de Carlos IV y Fernando VII al trono de España. Un mes después, Napoleón designaría a su hermano, José Bonaparte, como rey de España.

al fresco los objetos inmóviles; y todo esto animado con las sonrisas, el cruzamiento de las miradas, los estremecimientos involuntarios, los cuchicheos de más de cien jóvenes de tipo andaluz, espaldas mórbidas, casto seno, breve pie, contorneados brazos y elástica cintura, era más todavía para una tentación que el imperio del orbe ofrecido a Jesucristo por Satanás desde la cima de la montaña⁹.

¡Oh! ¡Muy cruel era, por cierto, llevar a un joven, en la fuerza de las pasiones, a presenciar aquella escena del paraíso, aquella vislumbre de gloria! ¡Los condenados de Alighieri¹⁰ no sufrieron infierno tan atroz!

El noble venezolano que, al favor de la costumbre, se proponía introducir en la buena sociedad a aquel desheredado por las preocupaciones de entonces, sufría cruelmente al observar que un movimiento convulsivo contraía las facciones de su compañero; y casi se arrepentía en su interior de haberlo sometido a prueba tan dolorosa, puesto que iba a decirle: —Hijo mío, si te sientes mal, vámonos de aquí—, cuando el joven, con toda la fiereza de su carácter, rebelándose contra la posición humillante en que estaba colocado, atravesó rápido la sala principal y se acercó a una señorita, bella como el ensueño de un ángel, la que no había cesado de mirarle desde que hizo su entrada triunfal en el salón. Algo pudieron decirse, sin embargo, antes de que un maestro de ceremonias tomara al joven por el brazo y le dijera con agria voz que su boleta de entrada no le daba derecho para departir con las señoras del baile. Piar, pues era él, se volvió furioso contra el importuno y lo apartó con un brusco movimiento. Luego, ciego de cólera, lo asió por el cuello, lo arrastró hasta las galerías exteriores en medio del asombro de los circunstantes, lo arrojó al patio y, tomando, al parecer, tranquilo la escalera principal, atravesó por el cuerpo de guardia y se halló libre en la calle. Una hora después salía de la ciudad, jinete en su alazán, hinchado el pecho, centellante la mirada, desesperado, en fin, sin saber adónde dirigirse.

9. Mateo 4: 8-9; Lucas 4: 5-7.

10. Se refiere a la *Divina comedia*, de Dante Alighieri.



Manuel Carlos Piar (s. f.), de Pablo W. Hernández. Salón Elíptico, Asamblea Nacional de Venezuela.

—•—

Dos años habían pasado con sus juntas, comisionados regios y elecciones de diputados para formar el Cuerpo Conservador de los Derechos de Fernando. Bolívar y Miranda acababan de regresar a la patria, y tras su arribo vinieron el acta y el manifiesto de independencia¹¹. Piar, que durante aquel tiempo había permanecido oculto en una de las posesiones de campo de su bienhechor, se apresuró a salir y presentarse a Miranda, quien comenzó a utilizar su actividad y valor. De toda aquella juventud brillante que, desde luego, rodeó al Generalísimo y que por el dedo de Dios parecía llamada a cumplir los más altos destinos, ninguno como Piar venía con el corazón repleto de odios y venganzas, ¡porque ninguno como él había sufrido! Joven, altivo y valeroso, espléndido, para ser bueno solo le faltaba el adormecimiento de la fibra herida en su alma por el orgullo de la época, lo que habría hecho una mano cariñosa, si hasta ese consuelo no le hubiera negado la fatalidad.

Cediendo, pues, a sus resentimientos, se multiplicaba en las ocupaciones; de jefe de día o en la comitiva, él era el centinela perenne de los campamentos; en el combate no tenía igual: aquello no era valor, era rabia, destrucción, locura. No pudiendo vengarse de la naturaleza, se vengaba de la sociedad.

Sea porque juzgase satisfecho su odio, o bien porque parara mientes en su ventajosa posición militar, es lo cierto que Piar desde Los Cayos de San Luis pensó en dar otra dirección a su valor. Pudo pensar también en que amaba y era amado; en que la República, institución reparadora de las injusticias, abre sus puertas a todas las aptitudes, a todos los servicios, sin hacer distinción de orígenes; y en que él, Padre de la Patria, podría esperar días serenos para ofrecer

11. La Junta Suprema de Caracas, que se estableció el 19 de abril de 1810, juró lealtad a Fernando VII. Sin embargo, al impulsar la formación de un Congreso General que decidiera el destino de las provincias venezolanas, contribuyó al proceso independentista, que se formalizó mediante la firma del acta de independencia el 5 de julio de 1811.

a los pies de la mujer amada las coronas adquiridas al precio de su sangre y por el temple de su acero.

Como es sabido, Piar, al regresar con Bolívar de Los Cayos, fue destinado a la recuperación de un territorio perdido para siempre, según la opinión de los jefes peninsulares; y como en Puerto Cabello y Cumaná, vence en Juncal y Guayana; hace la feliz campaña de Angostura, y después de San Félix asciende a general en jefe, es decir, ¡al último grado en la milicia nacional!

Vengamos ahora a 1811.

Desde los primeros síntomas de la revolución, mejor dicho, desde la proclamación de la independencia absoluta del poder español, muchas familias notables de Venezuela habían abandonado la capital y retirádose a sus posesiones de provincia, donde esperaban tranquilas el desenlace de aquella lucha juzgada de temeraria, y que, por lo mismo, no podía dilatar en concluir.

La familia X***, no obstante sus simpatías por la causa americana, se había retirado también en los Llanos de Oriente a un abolengo, jurisdicción de San Juan de los Morros, adonde iba a oír misa los domingos y días feriados. Eva X*** contaba a la sazón 19 años, bella como una nube de gloria; dulce, pudorosa como la sensitiva. Desde muy niña se había acostumbrado a la presencia de Piar, a quien miraba de un modo melancólico y suave cuando platicaba con él. Un día Piar balbuceó palabras de amor, y Eva, sin enfadarse, le tendió su mano blanca como una hoja de marfil. Piar comprendió que era correspondido; pero, midiendo la distancia que las leyes sociales establecían entre él y aquella angelical criatura, fue generoso y resolvió no fomentar ese afecto, ahogando en su propio corazón un amor sin porvenir. Piar era recibido en casa de la familia X*** por las consideraciones debidas a su protector: habíase vuelto taciturno y sombrío, bien que Eva, con el delicado instinto de la mujer enamorada, todo lo había adivinado: la abnegación de Piar, sus sufrimientos; y, como

la Desdémona del poeta inglés, por lo mismo lo amaba más¹². La víspera del baile dado al capitán Beaver, la señora X*** dijo a Piar:

—¿No lo veremos a usted mañana en el baile?

Aquella negativa antepuesta a la pregunta sonó en el alma de Piar como una campanada fúnebre: su frente se nubló y un escalofrío recorrió todo su ser. Eva, que reparó en ello, estuvo a punto de desmayarse.

Hay una fuerza superior que, a pesar nuestro, nos impele camino del destino: Sócrates la llamaba su demonio¹³. Pero, sea lo que fuere, como dijo Simón al rey de Troya¹⁴, es lo cierto que a Piar no podía ocultársele la posición falsa en que iba a colocarse, concurriendo a un baile aristocrático en el cual no le era permitido tomar participación positiva. ¿Por qué había ido, pues? Misterios son estos que se pierden en los limbos de la inteligencia humana. ¿Quizá su estrella de gloria no debía surgir sino de una contrariedad social! ¿Quizá en un baile de la nobleza era donde aquel desdichado debía tomar el pesado leño, para recorrer la vía dolorosa hasta llegar al calvario de su dolor!

Ya hemos visto que Piar no pudo reprimir un acceso de rabia, de aquellos a que lo exponía su naturaleza irritable. Al acercarse a Eva, le dijo con voz temblorosa:

—Señorita, no nos volveremos a ver. Huyo a los montes para ocultar una vergüenza que no es mía; pero **jamás la olvidaré**.

Eva no acertó a responder. Se puso lívida como un cadáver y se escapó de sus manos trémulas un ramillete perfumado, que Piar recogió

12. Se menciona aquí la tragedia *Otelo*, de William Shakespeare. Desdémona es la esposa de Otelo, que se enamora de él porque, al escuchar su historia trágica, intuye la grandeza de su alma. Otelo dice: «Por mis desdichas vínome ella a amar; yo, porque vi cómo las condolía».

13. Con *demonio* hace alusión al *daimon* que Sócrates menciona en los *Diálogos* de Platón, que es una especie de «voz interior divina» que advierte a los hombres cuando existe el riesgo de tomar una decisión equivocada.

14. Este *Simón* en realidad es Sinón, el soldado griego que fingió ser abandonado por los suyos, aconsejó a los troyanos introducir el caballo de madera a Troya y abrió las puertas de la ciudad al ejército enemigo. Es el arquetipo de la persona mentirosa. Dante, en su *Divina comedia*, lo sitúa en el Infierno, en la décima fosa del octavo círculo.

rápidamente en los momentos de asir por el cuello al severo maestro de ceremonias.

—•—

El Congresillo de Cariaco acababa de cerrar sus sesiones. Por mandato suyo, el Libertador Simón Bolívar quedaba separado de la dirección suprema de la revolución y nombrado en su lugar el general Mariño, ambicioso vulgar y sin talento, que más males que bienes hizo a la Independencia. Piar debía ser el segundo general en jefe; pero, valga la verdad, Piar no dio ninguna importancia a esta ridícula novedad, y mucho menos después del arrepentimiento de Zea, Urbaneja y Brión, las solas personas que habían tomado papel en aquel sainete sin igual. Esto no obstante, Piar estaba desesperado y con tedio de sí mismo. Su campaña de Angostura, benéfica para la patria, había sido fatal para su corazón. La familia X*** no había querido regresar a la capital, y desde la excursión de Zuazola a San Juan de los Morros y Villa de Cura —en la que, como reza la historia, no escapó el hijo que intercedía por su padre, ni el feto en el vientre de la esposa que pedía la vida de su marido, ni el anciano, ni el mendigo, ni la inocencia purísima, puesto que hasta el candor de las vírgenes fue manchado por la lascivia de aquel soldado soez—, Eva no había vuelto al poblado, ni dejádose ver en la hacienda, siquiera fuese de sus criados mismos. Sola y triste, sin más sociedad que la de su madre cariñosa, desde el fondo de su aposento se dirigía incesantemente a Dios, como para pedirle la reparación de una injusticia humana, o recorría las gacetas y boletines que trataban de aquel joven desconocido años atrás, y que ahora llenaba los ámbitos del mundo, en una y otra condición siempre caro a su alma. Piar se había presentado varias veces en la hacienda de La Heredad (que tal era su nombre), sin poder ver a Eva. Una sola vez, después de la batalla de San Félix, logró hacer llegar un billetito a sus manos. Aquella niña infortunada le contestó:

«Señor general: Lo felicito por su último triunfo. Si Dios me ha reservado algún consuelo en esta vida, ese no es otro que el de poder rogarle por la conservación de la vida de usted, tan preciosa para la patria. Por lo demás, tengo su palabra; y si usted no la cumple, yo sabré hacerlo por usted. Nunca nos volveremos a ver, pero **jamás lo olvidaré**».

Esta carta, con todo su desorden, estaba escrita con segura mano; bien que algunas huellas del dolor que la había dictado se notaban en ella... Piar trató de inquirir el porqué de aquella alma desolada, pero todo fue inútil. Después del billete de Eva, comprendió que no le restaba esperanza alguna.

Desesperado, furioso con aquella contrariedad que exaltaba su pasión; el recuerdo del orgullo herido; sus penalidades infinitas; sus sueños de gloria desvanecidos; arruinadas sus esperanzas; vacío el porvenir. ¡Oh, pobre Piar! ¡Esto era demasiado para ti! ¿Por qué los hombres fuertes se quebrantan más fácilmente al peso del dolor?...

En Piar se cumplía ahora una nueva metamorfosis. Entregado a su pena y apurando los medios para combatirla, volvióse frío, indolente, zahareño¹⁵. El ejército a su mando empezó a desmoralizarse; las órdenes del Libertador no se cumplían; sus reconvenciones no lo estimulaban. Salíase solo fuera de las líneas avanzadas, y por los fuegos del enemigo volvía de su distracción. Cierta vez, estando a punto de ser muerto o de caer prisionero, una guardia volante vino en su socorro.

—¿Por qué me han defendido? —interrogó, indiferente, al jefe del piquete.

—Tal era nuestro deber —respondió el oficial.

—El mío es morir —replicó con la impasibilidad de un estoico.

Una mañana se levantó despejado y al parecer tranquilo: era evidente que había tomado una resolución. Con efecto, en un correo que partió para el Cuartel General Libertador, remitió un memorial en que pedía licencia para ausentarse del país en recobro de su salud.

15. **Zahareño:** «Desdeñoso, esquivo, intratable o irreductible» (DLE).

Bolívar se negó a concederla; pero Piar instó, amenazó, rogó, valiéndose ridículamente hasta de oficiales subalternos que ningún ascendiente podían ejercer en el ánimo del Libertador. Este accedió al fin, sin que ninguno observara que en la conducta de Piar había ya como un principio de mental desvío. Lejos de ausentarse para el extranjero, se situó en la villa de Upata, arrepentido de haber solicitado licencia y ofendido con Bolívar porque lo dejaba vegetar en la inacción. De este inusitado sentimiento se originaron sus cartas a varios jefes y ciudadanos distinguidos de Colombia, en las que se quejaba del Libertador; censuraba sus disposiciones y, por último, lo calumniaba. Bolívar, siempre magnánimo y pío, luego que se informó de todo, escribió amistosamente a Piar, llamándolo a su lado; pero el héroe de San Félix dudó de la lealtad del Libertador, y no hay para qué agregar más, pues esto solo pone de manifiesto el estado de aquel espíritu entristecido. Piar se trasladó entonces a Angostura; de aquí huyó hacia Maturín, luego hacia Cumaná y, por último, hacia la villa de Aragua, donde se dio a preso al general Cedeño.

Ya era tiempo: el Libertador no podía dilatar esta medida. La insubordinación cundía, la desertión era espantosa. Mariño aprobaba, Arismendi consentía, el pueblo principiaba a murmurar. Aquello era una verdadera conspiración, ¡y Piar, autor de ese crimen, no tenía siquiera la conciencia de su culpa!...

Llegado que hubo a Angostura, adonde se le condujo con las consideraciones debidas a su alto rango y a su desgracia, se le instruyó proceso como a conspirador y desertor; y sustanciado con arreglo a las leyes militares, se reunió un consejo de guerra de oficiales generales, presidido por el almirante Brión.

Quienquiera que haya estudiado la legislación española, vigente entonces para esta clase de juicios, comprenderá el aparato, la triste solemnidad de que estaban revestidos. La misa de rezo a las seis de la mañana, a la que concurrían los jueces, el fiscal y el reo en medio de una escolta; las exhortaciones del sacerdote para que aquellos buscaran en Dios un consejero en sus fallos; el acuartelamiento del ejército; el toque de silencio repetido por las cornetas cada quince

minutos; la cesación de todo trabajo público durante el día; las calles desiertas; la anticipada conmisericordia de las familias, todo, todo contribuía a hacer de la celebración de un consejo de guerra una víspera de muerte.

Piar compareció ante sus jueces, vestido sencillamente, sin una sola condecoración en el pecho. Estuvo atento a la lectura del proceso; sonrió tristemente al general Soublotte, fiscal en la causa, cuando formulaba los cargos, y se inclinó con emoción visible para dar gracias al coronel Galindo, luego que este hubo terminado la defensa. La sentencia a degradación y muerte que el consejo votó por unanimidad le causó casi placer. En unas memorias de aquella época, que corren impresas, aparece que la firma de Brión estaba ininteligible, y que las de Torres y Anzoátegui estaban borradas con sus lágrimas. Brión era amigo y paisano de Piar; los otros dos habían sido ascendidos por este a generales de brigada después de la batalla de San Félix... El general Bolívar confirmó la sentencia en cuanto a la pena de muerte, mas no en la parte relativa a la degradación; y es fama que nunca se vio tan agitado al Libertador como después de aquel acto, y que, extremadamente pálido, profirió estas tristes palabras:

—¡Deber cruel!...

Piar entró a capilla a las 5 de la tarde del 15 de octubre de 1817, ¡para ser ejecutado el siguiente día, al cumplirse las 24 horas!

Por la noche, el coronel Galindo estuvo a verlo con el fin de persuadirlo que solicitara del Libertador la conmutación de la pena; pero Piar se negó. Viendo que Galindo no podía retener sus lágrimas, hubo de enternecerse ante el dolor de aquel amigo y compañero de armas, porque, tomándolo cariñosamente de la mano, lo llevó a un extremo de la sala fatal, y le dijo:

—Galindo, no es el Libertador, no son sus jueces quienes me condenan, sino un amor desgraciado.

Y sacando de una cartera la carta de Eva, se la entregó sin reserva.

Un rayo de esperanza iluminó la entristecida faz del coronel luego que hubo terminado la lectura de la carta, quien devolviéndosela repuso:

—Mi general, esa señorita ignora la situación en que usted se halla y que ella va a ser causa de su muerte. Permítame usted instruirla de todo, y ofrézcame que, si ella consiente en seguirlo al destierro, usted solicitará la conmutación de la pena. Lo demás corre de mi cuenta.

—¡Pobre amigo mío! —le contestó Piar—, ¿crees acaso que no haya dado yo todos los pasos imaginables para acercarme a ella, para hablarla? Hace nueve años ya que nos despedimos, y no volveré a verla en este mundo. Muriendo yo primero, tengo la ventaja de recibirla en el cielo.

—Pero, general, ¿por qué renuncia usted a la felicidad en esta vida, sin estar convencido de su desgracia?

—Porque conozco a Eva y sé que nada la hará ceder. Estoy convencido de su amor, así como de que algún misterio nos ha separado para siempre.

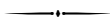
—¿Misterio dice usted, general? ¿Qué misterio puede envolver la existencia de una joven recatada, orgullo de la sociedad caraqueña? Por otra parte, su familia es patriota, y aunque no lo fuera, ¿qué padre, por preocupado que sea, se atreverá a negar la mano de su hija a un general en jefe de Colombia, al vencedor en Juncal y San Félix?

—Con todo eso te digo, Galindo, que Eva no consentirá en casarse conmigo, me lo dice el corazón, y, francamente, yo no quiero la vida apartado de la mujer que adoro.

—¡Oh, general! Es imposible: esa niña no podrá negarse.

Y sin decir más, tomó su sombrero y salió sin despedirse, murmurando estas palabras:

—Ya lo veremos.



En la hacienda de La Heredad se notaba a las seis de la mañana del día siguiente un movimiento desusado. Correos para Angostura partían unos después de otros con cartas para el Libertador; para Urdaneta, Bermúdez, Soublette, Brión y demás validos del general Bolívar, con el fin de interesarlos por la vida de Piar. Los criados

corrían de las salas a los patios, a las cuadras: la señora X*** ofrecía recompensas, amenazaba, lloraba, suplicaba, dejando escapar de sus labios, con suspiros entrecortados, esta sentida expresión:

—¡Pobre hija mía!

En esta situación, propicia, por cierto, fue en la que se presentó el coronel Galindo. En el cansancio de su noble bruto; en el desorden del vestido; en el aire de tristeza impreso en su rostro, bien se conocía que había corrido toda la noche en pos de una última esperanza.

Echó pie a tierra, y dirigiéndose a la señora X***, a la sazón a la puerta de la casa principal de la hacienda, le dijo respetuosamente, después de saludarla:

—Vengo, señora, de Angostura en busca aquí de una palabra, de una sola, de la cual pende la vida del general Piar. Ayúdeme usted, señora, en este piadoso encargo.

—Caballero, el general desde muy joven ha sido amigo de mi casa, y nada ahorraré para salvarlo. ¿Qué debo hacer?

—Conducirme, si no es enojoso, a la presencia de la señorita Eva para que escuche mi mensaje. Le ruego a usted, mi señora, en nombre de la Religión y de la Patria.

La señora X*** pareció ruborizarse.

Las mujeres se apasionan por los grandes infortunios. Quizás esa matrona respetable, en cualquiera circunstancia de la vida ordinaria, hubiera sido indiferente a la suerte del general Piar; pero al verlo con un pie levantado ya sobre la tumba, su corazón se conmovió, y aunque no aprobase el amor de aquel infortunado, la conmiseración y las lágrimas de su hija triunfaron sobre su orgullo.

—Sígame usted, caballero —le repuso después de una breve pausa.

Y se dirigió, seguida de Galindo, a las piezas altas, una de las cuales habitaba, muerta en vida, la desventurada Eva.

Algún presentimiento había anunciado aquella visita a la joven, puesto que esperaba en pie, blanca como una estatua de alabastro, velada por el dolor.

—Caballero —le dijo para desembarazar a Galindo, que no había vuelto en sí de la contemplación de tantas perfecciones—: ¿viene usted por encargo del general Piar?

—No, señorita, vengo por mi propia cuenta. Yo soy el coronel Galindo...

—¡Ah!, ¿es usted —interrumpió la joven como para ahorrar preámbulos y probar a su interlocutor que estaba en todos los antecedentes—, es usted el generoso defensor de Piar, el que no ha temido arrostrar el enojo del Libertador? Gracias, caballero, gracias.

—Señorita —repuso Galindo, desentendiéndose de la efusión de la joven—, el general Bolívar no está airado contra el héroe de San Félix; quizá desee su vida, pero...

—¿Y entonces por qué lo ha hecho prender, juzgar y sentenciar?

—Porque las ordenanzas del ejército son severas, y todo conspira a creer que el general Piar tramaba una contrarrevolución.

—Pues no valía la pena de meter tanto ruido con la causa, para indultar después al culpable.

—Es que el general Bolívar no lo considera inocente, y lo prueba que ayer mismo confirmó la sentencia.

—Yo no lo entiendo a usted, coronel: explíquese, por Dios.

—Es muy sencillo, señorita: escúcheme usted. Cuanto ha hecho el general Piar, ha sido dictado por la desesperación. No creo su juicio muy seguro, y si ha conspirado, no ha sido contra la República, sino contra su propia existencia. Yo puedo explicar estos hechos que conozco desde ayer, pero Piar se opone; Piar rehúsa la vida.

—¿Cómo que la rehúsa?

—Sí, señorita, el general desea morir.

—¿Desea morir? ¿Y por qué, Dios mío? —exclamó Eva sobresaltada.

—Porque ama y no es bien correspondido.

—Se engaña usted, caballero —repuso Eva con dignidad—. Piar sabe que su amor está correspondido. Una mujer que se estima ama una sola vez y para siempre.

Galindo no pudo reprimir su júbilo, y exclamó:

—Gracias, señorita, pues usted lo salvará.

—¿Yo?

—Sí, usted, señorita.

—¿Y qué debo hacer para ello?

—Enviarle una palabra, una letra siquiera. Decirle que viva, que usted lo desea, que usted se lo manda.

—¿Y es eso solo? ¿Cree usted que, con una carta mía, él consienta en vivir? Esto es muy sencillo, a la verdad, coronel.

Y Eva corrió hacia una mesa que contenía recado de escribir, y rápidamente trazó algunas líneas.

Galindo continuó con más calor:

—Agréguele, señorita, que usted no se opone a nada: que lo seguirá a todas partes; al destierro, adonde quiera que lo arrastre la suerte. Y que, puesto que es su prometida, será su esposa ante...

¡Eva no lo dejó pronunciar la palabra *Dios*!

Se le escapó la pluma de la mano y lanzó un grito desgarrador, que hizo estremecer al coronel Galindo. Luego, encendido el rostro como la flor del granado, despedazó el papel, exclamando:

—¡Oh, no! ¡Nunca, nunca!

Galindo, confuso, no sabía a qué atribuir tan extraña mutación de escena. Guardó silencio y con instintiva piedad contempló a aquella niña, pálida y llorosa, que había ido a caer medio desmayada en un sillón.

Eva se repuso poco a poco, y fue la primera en hablar:

—Caballero —le dijo—, usted me ha exigido un imposible. Yo no puedo ser la esposa de un hombre honrado.

Galindo continuó silencioso, sin permitirse, gracias a su exquisita cortesanía, una insinuación, ni siquiera una mirada interrogadora.

Eva continuó:

—¡La Independencia, este bien común, a mí me ha sido fatal!...

Hizo una pausa, como quien toma aliento para seguir con desembarazo, pero solo pudo articular:

—¡Soy muy desgraciada!

—¡Pobre Piar!... —murmuró Galindo con voz ahogada.

—Sí —continuó la joven, que halló un delicado reproche en aquella expresión de dolor—. ¡Pobre Piar! Dice usted muy bien, señor coronel. ¡Pobre Piar!...

Otro silencio sucedió a estas exclamaciones. Esta vez fue Galindo quien primero lo interrumpió:

—Señorita —le dijo con firmeza—, ¿qué debo decir al que van a fusilar?

Eva tembló de pies a cabeza, como el marino inexperto sobre la cubierta de un buque, juguete de un mar de leva. Se retorció los brazos con desesperación y echó a llorar. Serenóse un tanto, y haciendo señas a Galindo para que se acercara más, le dijo a media voz:

—Coronel, ya veo que es indispensable una explicación entre los dos. Le hablaré a usted como si fuera mi confesor; y así que usted sepa mi secreto, me compadecerá, comprendiendo el motivo que me impide acceder a su solicitud.

Galindo, cada vez más admirado, se acercó a la joven; esta continuó:

—¿Ha olvidado usted, caballero, los acontecimientos del año de 1813, después de las derrotas sufridas por los patriotas en Mangüeyes y Aragua?

—Yo no hice la campaña de los Llanos en ese tiempo, señorita.

—Sí, pero es imposible que ignore usted las crueldades de los españoles después de aquellos triunfos.

—He leído en los boletines de esa época las atrocidades de Zuazola...

Eva palideció al oír aquel nombre maldito: el incendio de casas, graneros y conucos de los habitantes pacíficos de los campos; los cajones de orejas de insurgentes enviados a los catalanes de Cumaná, quienes adornaban con ellas las puertas de sus casas o las ponían en los sombreros a guisa de escarapelas...

—¿Eso solo? —exclamó la joven, como admirada de la ignorancia de Galindo.

—Los asesinatos sinnúmero, el *Te Deum* cantado en celebración de tantas iniquidades...

—¡Ya veo que ignora usted las horribles orgías en San Juan de los Morros y Villa de Cura!

—Algo he leído en una correspondencia privada, dirigida al comandante general del ejército de que yo hacía parte. Los hechos horribles nunca se publican en toda su verdad por respeto al público pudor.

—Dice usted bien, caballero, y quizá por eso ignora usted que aquel mal hombre, después del saqueo, no respetó siquiera el honor de las damas...

Estas palabras fueron pronunciadas con voz convulsa y apagada, en medio de la más acerba pena y de un océano de lágrimas. Galindo se puso en pie sin poder disimular su emoción: paseó por la alcoba una mirada irritada, como buscando a Zuazola para darle mil muertes; apretó los puños y los dientes y, sin poder dominarse, exclamó con desesperación:

—Señorita...

Eva, resignada, repuso:

—¡Ya lo ve usted, caballero!...

¡El silencio que sucedió a este rayo de siniestra luz que vino a aclarar un espantoso misterio encerrado penosamente en aquel corazón virgen, en aquella alma pura como el hálito de un serafín, fue triste y solemne! Eva, oculto el rostro entre ambas manos, sentía correr sus lágrimas, que se escapaban por entre sus convulsos dedos. Quería leer en el semblante de Galindo las impresiones producidas por su confesión; pero sin atreverse a levantar los ojos, llena de rubor, aguardaba a que este le dirigiera una palabra, ya fuese severa o ya de absolución. Aquel veterano, tan acostumbrado a las emociones del campo de batalla, se sentía cortado y trémulo: comprendía la necesidad de levantar aquella criatura caída por una falta que la sociedad no perdona, sin embargo de que la infamia no puede recaer sino sobre el que abusa brutalmente de la fuerza; mas sus ideas estaban en desorden; las palabras se le anudaban en la garganta. Siguió, pues, paseándose a lo largo de la estancia, buscando reposo a su agitación

febril. Por último, se volvió hacia la joven que, inmóvil, conservaba su primera actitud, y le dijo con ternura:

—¡Hija mía!

A este título, Eva levantó la cabeza iluminada por un resplandor divino y quiso sonreír; pero sus labios apenas se contrajeron...

—Hija mía —continuó el coronel—, yo he leído en la vida de Lucrecia¹⁶ que no hay flaqueza cuando el corazón no ha consentido en ella, cuando la violencia irresistible lo hizo todo...

—Sí —le interrumpió la joven—, pero olvida usted que la mujer Sabina contestó a su prometido: «Aunque blanca mi alma, mi carne está mancillada y no puedo pertenecerte»¹⁷.

Galindo se desconcertó con esta salida inesperada...

—Pero, bien, hija mía —le dijo después de algunas reflexiones inútiles—, Zuazola...

Eva se encogió de hombros. Galindo lo observó y, recordando que aquella joven, durante la conversación, se había cuidado de proferir nombre tan odioso, continuó:

—Ese monstruo fue ahorcado por el Libertador en 1813, frente a Puerto Cabello: la tumba guarda su secreto.

—¿Y eso qué me importa? ¿No lo sabe usted ya, no lo sé yo misma, no tendría que principiar por confesárselo todo al general Piar? ¿Y no comprende usted, caballero, que al hacerle esa revelación me moriría de vergüenza?...

Y Eva se volvió de espaldas por temor de hallarse con una mirada del coronel y para calmar las olas de rubor que le subían en tropel desde el pecho hasta la cara.

16. Lucrecia fue una noble romana, esposa de Lucio Tarquinio Colatino. Sexto Tarquinio, hijo del rey romano Tarquino el Soberbio, la violó. Como resultado, Lucrecia se suicidó y el rey Tarquino fue derrocado, lo que dio inicio al periodo republicano de la antigua Roma. La violación y suicidio de Lucrecia han sido representados numerosas veces en el arte; por ejemplo, el poema *La violación de Lucrecia* (1594), de Shakespeare.

17. Posiblemente, una alusión al rapto de las sabinas, relato mitológico que cuenta el secuestro de las mujeres de la tribu de los sabinos por parte de los romanos, liderados por Rómulo. Se dice que las secuestradas, excepto una mujer casada, eran vírgenes.

Galindo la contempló por última vez, encorvada bajo el peso del dolor, pero radiante de belleza, como la flor en botón que de súbito arranca de su tallo el vendaval.

—Señorita —le dijo—, la última palabra de usted: voy a partir.

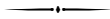
—*Adiós, allá* —le contestó en la misma actitud; y señalando con una mano al cielo que se descubría a través de una ventana, le tendió la otra en señal de despedida.

Galindo se arrodilló como ante una madona; besó respetuosamente aquella mano fría como un carámbano, y la cubrió de lágrimas. Eva debió creerse redimida.

Sin embargo, cuando el coronel salió de la estancia tropezando en los muebles, con las mejillas hinchadas y como un infierno la cabeza, Eva se sintió desfallecer; quiso ponerse de rodillas para orar, pero rodó por el pavimento, desvanecida, sin sentido, murmurando:

—¡Dios mío! ¡Manuel! ¡Manuel! ¡Adiós!...

Galindo tomó caballo de remuda, y desolado y triste principió a desandar su camino...



A las cinco de la tarde salió Piar del cuarto de capilla. El pelotón destinado a fusilarlo presentó las armas al recibirlo entre filas. Salvo una ligera palidez que hacía más interesante su fisonomía marcial, ningún otro signo exterior podía denunciar que aquel hombre extraordinario marchaba hacia el término de la vida. Diríase que su división estaba de gran parada, y que él, al dirigirse a la Plaza Mayor, en medio de su guardia, no iba sino a arengarla.

El trayecto que había que recorrer era largo, y Piar no manifestaba deseos de acelerar ni de retardar la marcha. Iba como un figurante satisfecho del paso regular de sus granaderos. Un cabo 2.º, que no pudo reprimir su dolor, salió de la formación, y el general, tirándole jovialmente del brazo, le dijo:

—Rodríguez, entre en fila.

El aparato militar; los batallones por hileras, armas a la funerala¹⁸; los jefes y oficiales con una gasa negra en el brazo izquierdo; las banderas enlutadas; la marcha marcial de las bandas al pasar el héroe, que contrastaba con la fúnebre de la que lo iba acompañando; la tristeza y el recogimiento general, nada pudo influir en el ánimo de aquel guerrero forjado en el molde de Aquiles¹⁹.

Dos o tres veces había espaciado los ojos sobre los contornos y vuelto a recoger la mirada como bajo la influencia de una nube negra. De aquí, probablemente, la versión que nos transmite la historia de que Piar tuvo inteligencias, durante las horas de capilla, con personas de la ciudad y del ejército, que hasta el último momento le prometieron la salvación. Aquel titán estaba, de tiempo atrás, olvidado de sí mismo; y ya hemos visto que la vida le pesaba, y que si tenía alguna idea, algún sentimiento, ¡todo lo había concentrado en su desgraciado amor! Pudo influir en dar algún fundamento a aquella versión, la circunstancia de que Piar, divisando un jinete que rompía por medio la multitud para hacerse paso, mandó hacer alto la marcha, y que se oyeron algunas voces de «perdón, perdón»; pero también es cierto que el coronel Piñango, general de día, con el escuadrón que recorría la línea, detuvo a Galindo y le intimó prisión; no quedando más que hacer a este amigo desesperado y leal sino romper su espada antes de entregarla y levantarse sobre los estribos para gritar a Piar:

— ¡Es inocente!

¡Palabras que fueron fatalmente interpretadas!...

El héroe se recogió un instante en su corazón.

¿Qué le importaba la inocencia de Eva si no lo amaba? ¿Y qué le importaba ser amado si Eva no consentía en unir su destino con el suyo? Galindo, pues, no le había traído siquiera una esperanza...

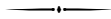
18. Armas a la funerala: forma especial de llevar las armas en señal de duelo. Se usa en funerales militares, días de luto y ceremonias solemnes.

19. Aquiles, hijo de Peleo y la diosa Tetis, es el protagonista de la obra épica la *Ilíada*, de Homero. Rey de los mirmidones, fue el héroe más valiente, fuerte y hermoso de cuantos lucharon en la guerra de Troya.

Volvióse al tambor de la escolta, y tendiendo el brazo rectamente, descubrió con el dedo mostrador un círculo en el aire; después levantó el brazo a la altura de la cabeza; miró con fijeza al tambor, quien, asustado, tocó sucesivamente *redoble y paso redoblado*. Y así como en San Félix había dicho: «¡Vamos a la gloria!», murmuró con voz sombría: «¡Vamos a la muerte!».

Llegado que hubo a la Plaza Mayor de la Villa, él mismo escogió el sitio para la ejecución. Midió la distancia que debía separarlo del piquete; dio al sargento una bolsa con algún dinero, y al oficial, para el coronel Galindo, su condecoración de Benemérito de la Patria. Desabrochóse la blusa de paño azul, y señalando al corazón con un ramillete deshojado y marchito por los años, único gaje de su desgraciado amor, dio sereno, como siempre, la voz de *¡fuego!*

Piar tambaleó; echó un pie atrás para buscar apoyo; pero, perdiendo el equilibrio, abrió los brazos y dio de cara con el suelo, ¡como si quisiera besar y abrazar, antes de abandonarla, la tierra que había ayudado a libertar!



En 1825 se verificó la traslación de los restos mortales del héroe de San Félix a su país natal. Las exequias se efectuaron en el convento de carmelitas, y las monjas las acompañaron con sus oficios desde un coro velado. Ignórase la mano piadosa que cumpliera tan triste deber, pues el protector de Piar había muerto desde 1814, y el coronel Galindo había sido asesinado en La Mata. Solo se sabe que, en la vigilia, al cantar ciertos versículos de los salmos, la priora del convento desgarraba los corazones con su voz triste y doliente. Un extranjero curioso llegó a averiguar que la priora se llamaba sor Eva de Emmanuel, natural de Caracas, la que, habiendo pasado toda su juventud en una hacienda de sus padres, entre el recogimiento y la plegaria, vistió, por verdadera vocación, ¡el hábito sagrado del Carmen!...

En el Bajo Magdalena

(o una aventura y una justificación)

A José María Quijano Otero.

Corría el año de 1812.

Don Benito Pérez había establecido su corte en la ciudad de Panamá, adonde acababa de llegar de España, nombrado, por la Regencia de Cádiz, virrey de Santa Fe; y con los recursos que obtuvo en La Habana, Perú y México, escalonó su fuerza, a la que servía de base el famoso batallón Albuerca, desde Santa Marta hasta Ocaña, no sin que hubiera tenido que limpiar antes el río de las escuchas y bongos republicanos que lo cruzaban, y que desbandar algunas partidas que guarnecían determinados puntos de él. Esto había coincidido con la revolución de los presbíteros Jorge y Pedro Vásquez, curas de Chinú y Sompúes, a favor de España, jurando, en consecuencia, a Fernando VII en Sincelajo, fatal ejemplo que siguieron todas las poblaciones desde Ayapel hasta Lorica, por manera que la situación de Cartagena no podía ser más afanosa en aquellos críticos momentos, dividida, además, como se hallaba, por las facciones aristocrática y democrática que encabezaban García Toledo y los tres hermanos Piñeres.

Pero justicia sea hecha a Cartagena. Tal parece que aquella ciudad hubiera encontrado, en las mismas dificultades que la rodeaban, la energía y entereza que reclamaba la situación, para que no se malograra el fruto de su osado atrevimiento, proclamando, orillas del Atlántico, sin ambages ni rodeos de ninguna clase, su independencia del poder peninsular.

Fue entonces cuando las dos facciones se abrazaron sinceramente en el seno de la Constituyente, reunida a la sazón en aquella heroica ciudad, y nombraron dictador y luego presidente del Estado al doctor Manuel Rodríguez Torices, quien desplegó su extraordinario talento y su imponderable actividad para hacer frente a las dificultades que por todas partes le cercaban. En consecuencia, distribuyó patentes de corso, con lo que inició la guerra marítima que tanto daño hizo al Gobierno español; expidió papel moneda, hizo acuñar las famosas *chinas*, reorganizó el ejército y fomentó la inmigración extranjera.

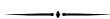
El primer corsario que arribó a Cartagena condujo ciento veintidós inmigrados, entre los cuales venían Mr. Lenoit, su esposa y una señorita, hija de este matrimonio, llamada Anne.

El gobierno del señor Rodríguez Torices dispuso que se les diera un pequeño auxilio a los inmigrantes y que fueran a habitar en lo interior del Estado. Aquella gente tomó por distintas direcciones. La familia Lenoit vino hasta las orillas del Magdalena, atravesó el río —contra las órdenes del Gobierno— y se estableció en Punta Gorda, hoy Salamina, entre el Guáimaro y Piñón.

Hallábase entonces en Barranquilla el francés Labatut, organizando un cuerpo de milicias para operar contra los pueblos del Bajo Magdalena, cuando el coronel Simón Bolívar, que había llegado a Cartagena con varios jefes y oficiales, después de la primera pacificación de Venezuela por el feroz Monteverde, fue asignado a servir de segundo de Labatut y marchó a ocupar su puesto.

Esta primera campaña del Libertador en el Bajo Magdalena fue rápida y feliz. En unión de su jefe, se apoderó por asalto de Sitio Nuevo, Sitio Viejo y Palmar de Varela, y tomó al enemigo dieciséis piezas de artillería y varios bongos de guerra. Enseguida, aumentada la fuerza, atacaron el importante punto de Guáimaro y lo rindieron después de un crudo y reñido combate. Allí tuvieron que permanecer algunos días para reponer bajas y reparar las averías en los

bongos y flecheras. Como el Guáimaro había quedado casi destruido por la metralla y el fuego de los patriotas, dispuso Labatut que el Libertador siguiera a situarse en Punta Gorda y el Piñón, que apenas distan entre sí dos leguas, para que le sirviera de descubierta o vanguardia, mientras que él, como queda dicho, atendía con su prodigiosa actividad en el Guáimaro a los desastres que había causado aquella recia batalla.



Una tarde en que el Libertador estaba en la paneta del bongo Constitución, refiriendo a su comandante, un joven Tono, de Cartagena, los pormenores de la revolución de Venezuela desde el 19 de abril de 1810 en que cayó el gobierno del capitán general Emparan, oyó a unos marineros que se holgaban mucho de que la *madama* les daba siempre de cuanto le pedían.

Con ese oído finísimo que tanto distinguía al Libertador, recogió la especie y siguió su narración; pero apenas la hubo concluido, se dirigió al grupo de marineros y les dijo:

—¿Qué cuento es ese de la *madama* que les oí ahora poco?

—Mi coronel —contestó el primer artillero—, es una *madamita* que está allá abajo y que habla lenguas.

—Ven, pues, y llévame allá.

Y sin articular más palabra, siguieron la única calle que por entonces había en Punta Gorda, el sargento artillero de *cicerone* y el Libertador detrás, hasta llegar a la casa de la *madama*, donde Bolívar llamó a la puerta, y en malísimo castellano lo mandaron pasar adelante.

Bolívar jamás se mostró insensible a los atractivos de la belleza o de la hermosura; así fue que quedó como deslumbrado al contemplar aquella linda criatura de diecisiete años de edad, la que, a su vez, también le contemplaba, sin que ni el uno ni el otro se atrevieran a interrumpir el delicioso éxtasis en que parecían comunicarse lo

que sentían interiormente. ¡Cuán cierto es lo que dice Beewer²⁰: que si el amor nace, nace de repente!

No obstante que el Libertador vivía sobrecargado con el peso de cinco repúblicas que llevaba en su cabeza, apenas había cumplido 28 años, es decir, se hallaba en la fuerza de la juventud; y en la mirada, en las acciones, en el timbre de la voz, en la delicadeza de las facciones, en todo, en fin, revelaba algo de lo extraordinario y prestigioso con que debía, más tarde, dominar a los hombres, desde el llanero Páez hasta el letrado Santander. ¿Qué mucho, pues, que hubiera causado impresión a una pobre niña, de naturaleza sensible y habituada ya al trato grosero de nuestros moradores del Magdalena en la época a que aludo?

Era tanta la turbación de la joven que no acertaba a brindarle asiento; y el Libertador, con la llaneza jovial que tanto le caracterizaba antes de que las decepciones y las ingratitudes hubieran acibarado su carácter, pasó adelante y, en excelente francés, puesto que había comprendido que la joven era francesa, le dijo:

—Perdone usted, señorita, si tengo el atrevimiento de pasar adelante para ofrecerle mi mano de amigo, y tomar este asiento para descansar un rato, pues me siento fatigado.

La pobre joven, cada vez más turbada, no encontró otro medio de salir de apuros sino preguntándole:

—¿Es usted el jefe de los bongos de guerra y de toda esa gente que están en el puerto?

—Sí, señorita —contestó Bolívar—, y bongos y gentes estamos a las órdenes de usted.

—Mil gracias, señor: dicen que vienen peleando desde Barranquilla. ¿Por qué pelean tanto? Vea usted: por esa guerra no han podido regresar aún papá y mamá, que hace ya más de veinte días que partieron.

20. El autor quizás se refiere a Jean de la Bruyère, quien dijo: «El amor que nace de repente es el que más cuesta curar».

Bolívar, que no deseaba hablar con aquella joven sino de cosas que le agradasen a ella, se desentendió de la guerra y de sus causas, por las cuales parecía preguntarle, y le repuso:

—¿Tiene usted padres?

—Sí, señor: hace como tres semanas que se fueron para Santa Marta a comprar mercancías. Mi padre fue por acompañar a mi madre, porque ella es la que compra; papá no entiende de eso. Este es ya el cuarto viaje que hacen, y todos con muy buen éxito, pues vendemos o cambiamos por granos lo que traen de aquella ciudad, y los granos los llevamos al otro lado del río, donde los realizamos por dinero al instante. En esta ocupación hasta ahora nos va bien.

—¿Y usted queda sola durante la ausencia de sus padres, señorita?

La joven pareció sonrojarse; pero, un tanto serenada, contestó:

—No, señor, me acompañan dos criados: la cocinera y su marido, que es el que cuida de las bestias y la hortaliza.

—¿Y hace mucho tiempo que viven ustedes por aquí? ¿Se acomodan con este género de vida, señorita?

—¡Ay, señor! —contestó la hermosa joven lanzando un profundo suspiro—. ¿Cómo quiere usted que, en medio de estas selvas, no echemos menos nuestra cara Francia?

Contóle entonces cómo, a consecuencia de las agitaciones de su patria, sus padres, *monsieur* y *madame* Lenoit, habían tenido que abandonarla y venir a América, a refugiarse en una de las Antillas francesas; que en ella no les había ido bien, y que, por no consumir en la ociosidad los pocos recursos que les quedaban, habían resuelto embarcarse en un corsario de tripulación francesa para venir a Cartagena, donde su Gobierno ofrecía protección a todos los inmigrantes extranjeros; que fueron bien recibidos y auxiliados para que se establecieran en el interior del Estado, dedicándose a la agricultura, y que su padre había preferido situarse a la orilla del río para que madama Lenoit pudiera ejercer su profesión de comerciante, en la cual siempre se había ocupado.

El Libertador quedó encantado con aquella primera visita, pues siempre, aun a los hombres más serios, y en medio de las más arduas

ocupaciones, les agrada tener un rato de dulce entretenimiento o de apacible solaz para el espíritu.

La joven, o sea, la hermosa Anne, pues ya la habrá reconocido el lector, no pudo dormir en la noche que siguió a aquella tarde deliciosa para ella. Había hablado su lengua nativa, había sido tratada de señorita, como estaba acostumbrada a oírse llamar desde la niñez, y las maneras y el trato afable de aquel joven caballero le habían producido tal impresión que no recordaba en toda su vida haber hallado nada semejante, y concluía que así era como debían de portarse los nobles.

En la tarde siguiente volvió el Libertador más temprano que en la anterior y fue acogido con muestras de visible ansiedad y de ruborosa timidez. Principió por preguntarle si había sabido de sus padres; y toda la conversación versó sobre Francia, el talento, la gracia y la hermosura de las francesas. Bolívar, que era un hombre galante y adecuado para tratar con las damas, estuvo aquella tarde magnífico.

La pobre Anne, tras la despedida del Libertador, fuese a su lecho triste y pensativa. ¿Pensaba en la patria o en el hombre que le había hablado de ella?... Yo no lo sé.

El tercer día se presentó Bolívar más tarde que en los anteriores, y Anne, que no cabía en sí de impaciencia, le salió al encuentro, le tendió la mano y le dijo en tono de dulce reconvención:

—¿Por qué ha tardado usted tanto, amigo mío?

El Libertador se excusó con sus ocupaciones; hizo rodar la conversación sobre el amor y, de idilio en idilio, arrebató a aquella encandora²¹ niña, hasta el extremo de que, jadeante y sofocada, sentíase morir. Anne arrimó su asiento involuntariamente al de Bolívar, y este le tomó las manos de un modo fraternal, pero las soltó al instante, porque abrasaban.

—¡Qué! —le dijo—. ¿Sufre usted?

—Sí, su entusiasmo me ha hecho daño.

21. **Encandora:** Encendida.

Y dejó caer en dulcísimo abandono su cabeza de ángel sobre un hombro del Libertador. Bolívar la contempló así algunos momentos, aspirando el hálito perfumado de aquella boca pequeña como una almendra y bermeja como el coral, y una crispatura nerviosa discurrió por todo su ser. Fuese arrepentimiento, fuese poca confianza en sí mismo, es lo cierto que el Libertador hizo un movimiento, y Anne se enderezó sobre su asiento, agitada y pálida. Aprovechó aquella circunstancia, se puso de pie y, presentándole la mano, le dijo cariñosamente:

—Hasta mañana, señorita.

La joven retuvo entre las suyas la mano que se le tendía y, en tono suplicante, repuso:

—¿Tan pronto?

—Hasta mañana —repitió el Libertador como contrariado y triste.

El cuarto día no fue a visitarla, aunque Anne mandó repetidas veces en su solicitud.

El quinto, ella amaneció en cama, y Bolívar, que lo supo por algunos marineros, voló al instante a verla con el médico de la escuadrilla (algún curioso). Se le hicieron varias aplicaciones y la fiebre cedió, debido, en mi humilde modo de pensar, más que a la eficacia de los medicamentos, a la presencia del Libertador. Todo el día lo pasó en la casa acucioso, alegre, locuaz; y a la tarde, Anne estaba completamente restablecida. En dulcísima intimidad pasaron largas horas de la noche, hablando sobre mil generalidades, y ya como a las once o las doce, Bolívar vio su reloj y se retiró tranquilo por la salud de su joven amiga.



En la mañana siguiente se presentó Labatut con el resto de la flotilla, y todo el día se pasó en preparativos de marcha. Por la tarde, ya aparejados los bongos y racionada la tropa, se dio orden de levar por escuadras, y el capitán Noriega, de Santa Marta, salió de vanguardia en un esquife²², con cuatro flecheras y dos bongos, a tomar posiciones entre el

22. **Esquife:** «Barco pequeño que se lleva en el navío para saltar a tierra y para otros usos» (DLE).

Suan y el Cerro de San Antonio. Las otras escuadras fueron levando en orden de batalla, y solo quedaron en el puerto de Punta Gorda el bongo Comandancia y los esquifes del 1.º y 2.º, jefes de la expedición.

Desocupados Labatut y Bolívar de las atenciones del día, comieron tranquilamente en una de las barracas de la playa y salieron a dar un paseo por el pueblo.

—Coronel —dijo Labatut a Bolívar—, opino por que de las siete u ocho de la noche en adelante siga usted en alcance de la flotilla, y la haga tomar posiciones convenientemente. Es verdad que el capitán Noriega y el teniente Navarro conocen muy bien el río; pero será bueno que los acompañe uno de nosotros dos para proveer a cualquier accidente inesperado.

—Hasta Pedraza y Heredia, coronel —repuso el Libertador—, es decir, en dos días de marcha, no tenemos nada que temer, puesto que yo he estado en constante comunicación con los pobladores de una y otra orilla del río, hasta aquel último punto, recibiendo de ellos toda clase de manutenciones, y hasta fusiles, pólvora y plomo; mas si a usted le parece así, está muy bien, coronel; a las siete seguiré en alcance de la flotilla.

—No sea usted bueno, hombre de Dios —exclamó Labatut en tono de burla—. Yo bien sé que no tenemos riesgo alguno hasta llegar a Tenerife; pero ¿no ha comprendido usted que lo que quiero es que me deje el campo libre? Vamos, sea razonable. Mientras yo he estado siete u ocho días bregando con reclutas y bongos y cañones, etc., usted aquí ha llevado una vidita regalada, de Campos Elíseos, comiendo de lo bueno y charlando francés con la paisana. ¿Acaso cree usted que no lo sé todo? Pues sí, señor, que lo sé, y es justo que usted salga ahora a las aguas, y que yo entre de facción. Vamos, coronel, en campaña y entre camaradas, nada de celos, fuera escrúpulos; protejámonos mutuamente y que viva la santa igualdad.

—No es justo —replicó Bolívar con marcado acento— echar a mala parte procedimientos leales y caballerosos. Esa joven de quien usted habla, coronel, es una honrada señorita, a la cual yo no he tratado de seducir. Consideremos que ha venido con sus padres

bajo el amparo de un gobierno naciente, del cual somos representantes y al que nos conviene acreditar; y no dejemos, ante todo, como huellas de nuestro paso, la consternación y la deshonra en el seno de las familias.

—Vamos, vamos, coronel —dijo Labatut un tanto contrariado—, lindo estilo de proclama; pero va oscureciendo, y es bueno que usted vaya a preparar su esquife para que cumpla la orden que le he dado. De siete a ocho, fuera, el tiempo es hermoso. —Y se puso a mirar al cielo con indiferencia y abandono.

—Yo no me haré a las aguas, coronel, hasta que usted no me prometa por su honor no atentar contra la virtud de la señorita Anne Lenoit.

—¿Y si se rinde como Puerto Nuevo o el Palmar?

—¡Oh! Eso no es posible.

—De todos modos, coronel —repuso Labatut en tono desabrido—, su señorita Anne Lenoit será esta noche mía. ¿Qué quiere usted? Ya se me ha metido en la cabeza, y más ahora, puesto que usted pondera tanto sus virtudes. Sobre todo, quiero saber si, aunque sea lejos de la patria, encuentro una francesa honrada.

—Anne no será de usted, coronel, lo juro.

—¿Y quién podrá impedirlo?

—¡Yo! —contestó el Libertador con dignidad.

Labatut soltó una estrepitosa carcajada y se puso a tararear una grosera canción:

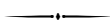
*Mon père est à Paris,
Ma mère est à Versailles²³, etc.*

Bolívar ya perdía pie, como suele decirse, mas reparó en que estaba desarmado, y Labatut no; se separó de este sin decir palabra, y fue a bordo de su esquife en busca de su espada. Cuando ya se alejaba, Labatut le gritó:

23. En francés, *Mi padre está en París / Mi madre está en Versailles*.

—Coronel, de siete a ocho; ya sabe usted cómo hago yo cumplir mis órdenes.

Bolívar no contestó y siguió derecho al puerto. Labatut se puso las manos en los bolsillos del pantalón y continuó muy despacio su paseo.



Serían las siete de la noche cuando el Libertador, ya de regreso, saludaba a Anne, que lo esperaba inquieta en la puerta de su casa.

—Buenas noches, señorita Anne.

—Buenas noches, caballero. ¿Por qué se ha dilatado usted tanto? —dijo con visible ansiedad.

—¿Temía usted acaso que me hubiese ido sin despedirme, señorita?

—¡Oh, no, imposible! —exclamó con el mayor candor aquella joven—. Francisco, el criado, ha visto partir las embarcaciones, y por él sabía ya que usted se había quedado. ¿Cuándo se va usted? Y al decir esto no pudo contener las lágrimas.

—Dentro de una hora probablemente, señorita, a no ser que haya necesidad de quedarme para salvar el honor de usted.

—¡Señor! Yo no lo comprendo; explíquese.

Bolívar le contó entonces en pocas palabras todo cuanto le había acontecido con el coronel Labatut. Anne quedó aterrada... Un rayo que hubiese caído a sus pies en momentos en que el Libertador acabó de hablar no la hubiera sobrecogido con tanto espanto. Lloró primero amargamente, repitiendo: «¡Sola, sola, sin nadie que me defienda! ¿Cómo podré salvar mi honra si no están a mi lado mi padre o usted?». Luego, serenándose un poco, preguntó a Bolívar con el mayor interés:

—Aconséjeme usted, ¿qué debo hacer?

—Huir —le contestó fríamente aquel.

—Pero ¿adónde habré de huir si no conozco estos montes?

—¿Tiene usted confianza en sus criados?

—Sí, tengo mucha.

—Pues bien, entonces todo está allanado. Escuche usted, señorita: dentro de pocos instantes llevaré al puerto al coronel Labatut y lo retendré en él el más tiempo que pueda; y mientras tanto, ustedes se alejarán de aquí, por caminos poco transitados, a lo más apartado de la montaña.

Enseguida el Libertador llamó a Francisco y a María, les dio sus instrucciones y, poniéndoles una onza de oro a cada uno de ellos en la mano, les dijo:

—Pronto, despachen pronto.

Luego, llegándose adonde estaba Anne, la contempló un instante en su dulce abatimiento y prorrumpió:

—Anne, ha llegado al fin la hora de partir.

La pobre joven levantó la cabeza con el rostro bañado en lágrimas, y en medio de sollozos exclamó:

—¡Cómo voy a quedar sin usted, Dios eterno!

—Él velará por usted, candorosa criatura. Haga cuanto le he dicho y déjese guiar por Francisco. Adiós, Anne. —Y le tendió la mano; pero ella, lejos de aceptarla, se precipitó en sus brazos.

—Ánimo, valor —le repitió Bolívar, y algunas palabras dichas a su oído debieron de reanimarla, porque, enjugando sus lágrimas, repitió con entereza:

—¡Bien! Ánimo, valor. Está muy bien, caballero; ¡adiós! —Y precipitándose otra vez en los brazos del Libertador, se separó de ellos triste, pero más conforme.

Al salir a la calle, Bolívar se halló cara a cara con un hombre armado con un trabuco: era su ordenanza.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—Mi coronel, que esta noche hay algo que yo no comprendo y mi puesto está al lado de usted.

—¿Y el coronel Labatut?

—Está en la playa y tiene sobre las armas la tripulación de la Comandancia y la de los dos esquifes.

El Libertador se sonrió desdeñosamente y dijo a su fiel llanero:

—Pronto a bordo; no me sigas.
Y tranquilamente se dirigió al puerto.

—•—

Eran las ocho de la noche en punto. Labatut aguardaba a Bolívar con muestras de sobrada inquietud, cuando este apareció sobre el barranco de la izquierda, silbando un aria del *Don Juan*; y al ver la gente sobre las armas y grandes fogatas en el bongo y en tierra, gritó ensayando la voz con que más tarde debía mandar a la carga en Boyacá, Carabobo y Junín:

—¡¡¡Segundo esquite, a bordo!!!

La orden era innecesaria, porque toda la gente estaba armada y sobre los remos. El Libertador lo sabía ya por su ordenanza, pero tuvo intención en aparentar ignorarlo. Bajó luego a la playa, y acercándose a Labatut, le dijo respetuosamente:

—¿Qué nuevas órdenes hay, mi coronel?

Labatut se sintió humillado: le hizo algunas ridículas advertencias acerca de ciertas laderas, la caída de las aguas, los remansos, los remolinos, etc. Bolívar, que quería ganar tiempo, lo oyó con aparente interés, y cuando su jefe hubo concluido, llamó a su ordenanza, fingió que carecía de alguna cosa y lo mandó al pueblo en busca de *ella*, advirtiéndole, por lo bajo, que se dilatara con algún pretexto.

A las diez pasadas, el Libertador mandó soltar el cabo de proa y, despidiéndose a voces de su coronel y demás compañeros que quedaban en la playa, él mismo izó la vela; y el esquite, impulsado por el fresco viento del este que soplabá, salió río arriba como una exhalación, perdiéndose de vista a poco rato la blanca lona, en medio de la bruma y de las mil fosforescencias que sobre ella dibujaban la luna y las estrellas.

—¡Loca temeridad! —dijo el mayor Jiménez, jefe de la Comandancia, cuando vio desaparecer el esquite—. Ese joven no conoce el río e ignora, por consiguiente, que debe coger dos rizos: Dios no permita una desgracia.

¡Pobre mayor Jiménez! Si el joven temerario a quien aludía lo hubiera podido oír, quizá le hubiese replicado con las palabras de César: ¡no temáis, que aquí van Bolívar y su fortuna!...

Labatut quedó largo rato sumergido en profundas meditaciones, como si temiera alguna desastrosa conclusión en una campaña que había principiado bajo los más risueños auspicios. Pidió a su ordenanza una copa de aguardiente; la saboreó a tragos; pasóse la mano por la frente, como para descargarse de algún pensamiento importuno, y dijo ya sereno y despejado:

—Ea, Labatut, no te conozco; pelillos a la mar²⁴; adoremos en el cielo a Dios, y en la tierra a las mujeres. —Y tomó camino del pueblo. ¡Miserable aventurero, que ni aun en las profanaciones invocabas la patria, porque no conocías su santo amor a ella!

El pueblo de Punta Gorda había quedado como solitario y triste con la marcha de la flotilla. Todas las tienduchas y demás casas de la única calle que por entonces lo constituía estaban cerradas; la luna, desde eminente altura, lanzaba torrentes de luz que, cayendo a plomo sobre los techos pajizos de las habitaciones, les daba un aspecto melancólico: solo se oía el canto agudo y penetrante de las cigarras en los bosques vecinos, envuelto entre los pliegues del viento, ¡y el aullido aterrador y prolongado de los perros en infernal concierto!

Labatut no era hombre para intimidarse por estas cosas, ni mucho menos; y sin embargo, caminando a la casa de Anne, que estaba situada a la vera del monte, volvió dos o tres veces la cabeza, como si alguien lo siguiera, y llevó la mano a la empuñadura de la espada. ¡Cuán cierto es que nada atemoriza tanto como la culpabilidad de la conciencia!

24. **Pelillos a la mar:** para expresar que no hay que darle mayor importancia a un asunto.

Llegó por fin a la puerta y golpeó con resolución: nadie respondió. Volvió a golpear, y el mismo silencio. Golpeó por tercera vez con más violencia, y nada dejaba traslucir que allí viviese persona alguna. Entonces, lleno de rabia, arremetió contra la puerta, que se abrió con estrépito de par en par. Recorrió la sala, la tienda, la alcoba, la cocina y el patio inútilmente. Anne había desaparecido.

—Bolívar —decía para sí Labatut— ha sido diestro, pues que ha tomado sus precauciones. —Y volvió a recorrer la casa pieza por pieza con más detenimiento, y tan sin resultado como en la primera vez. Entonces pensó: «Debe de estar en la vecindad, pero solo no la podré hallar».

Dirigióse al puerto, tomó seis marineros y su ordenanza, y con ellos principió una requisa general casa por casa, sin respetar siquiera los toldos que cubrían a las enfermas. Desesperado de sus pesquisas inútiles y creyendo a todo el vecindario cómplice en la ocultación de Anne, mandó poner fuego al pueblo, y en dos horas, merced al viento que soplabá, no quedó de Punta Gorda más que un montón de cenizas y algunos estantillos humeantes y calcinados...

Aquellas gentes sencillas corrían en todas direcciones en la mayor confusión, cargando con niños, baúles, líos de ropa y cuanto hallaban a la mano. A los gritos de «misericordia, señor» que más de trescientas voces repetían en coro, Labatut contestaba con groseras imprecaciones, preguntando por Anne en la mayor demencia. Figuróse que, aprovechándose de la confusión y del desorden, como muchos otros, habría tomado para el monte, y mandó seguir y siguió él mismo en su persecución.

Mientras tanto, el mayor Jiménez, jefe de la Comandancia, y el patrón del esquife habían salido a las aguas, temerosos de que las chispas del incendio que llegaban hasta el puerto pudieran prenderles la Santa Bárbara; y no hallando fondo en la mitad del río, ni un lugar resguardado en la otra ladera, resolvieron seguir a unirse con el resto de las fuerzas, cuya retaguardia estaba en el Piñón. Bolívar había escalonado la flotilla desde este punto hasta el cerro de San Antonio y el Suan, en una y otra orillas; había distribuido el servicio

y se disponía para descansar, cuando la flechera que hacía la ronda vino a avisarle que se aproximaban dos embarcaciones: mandó reconocerlas y las convoyaron hasta el puerto, porque no traían *santo*²⁵, y allí supo por el mayor Jiménez todo lo que había sucedido en Punta Gorda. Inmediatamente el Libertador, indignado, convocó una junta de oficiales; expuso en ella, sencillamente, cuanto había ocurrido desde el arribo del coronel Labatut a aquel pueblo, y a las cinco de la mañana se había firmado la deposición y prisión de aquel jefe, quedando Bolívar encargado accidentalmente del mando y resuelto a enviar un correo al Gobierno de Cartagena, para informarlo de aquellos desagradables sucesos y pedir un primer jefe en reemplazo de Labatut.

A las siete, después de haber recibido Bolívar parte sin novedad, se dirigió al pueblo con algunos oficiales, a fin de nombrar autoridades y para instruir al Gobierno de todo lo que había pasado; cuando, al atravesar por una calle vio venir a Anne, suelto el cabello, hecha jirones la ropa y en la situación más lastimosa: un hombre la seguía. El Libertador corrió a su encuentro, y la hermosa joven, precipitándose en sus brazos, lanzó un ¡ay! desgarrador y profundo y se desmayó en ellos. Labatut, que casi la alcanzaba, al reconocer a su rival, hizo alto y requirió la espada. Bolívar se desentendió de Anne como pudo, y adelantándose hasta Labatut, le dijo:

—¡Coronel, la espada!

Este rugió como un león, y echando espumarajos por la boca, le contestó furioso:

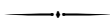
—¿Mi espada? —Y se puso en guardia; pero el Libertador, adelantándose sereno hasta tocar con el pecho la punta del arma, le repuso dirigiéndole una enérgica mirada:

—Sí, señor, la espada: ¡está usted preso!

Labatut se desconcertó por un momento, durante el cual los oficiales que lo habían rodeado lo desarmaron y llevaron a bordo del bongo Constitución, bajo la custodia del caballeroso alférez Tono.

25. Santo y seña.

Anne había sido trasladada a la casa más inmediata al lugar del suceso que se acaba de referir, donde era conocida, porque casualmente en ella posaba cuando andaba con alguno de sus padres de pueblo en pueblo, vendiendo mercancías. Luego que Bolívar vino a verla, ya había vuelto en sí de su desmayo; le hizo mil inocentes caricias, la colmó de atenciones y, con palabras dulces y llenas de esperanzas, le prometió que volvería. La joven se conformó, porque ya nada tenía que temer.



Aquel día el Libertador estuvo imponderable. Organizó primero el municipio, nombró autoridades y constituyólas enseguida; creó una junta de vecinos notables para la reedificación del pueblo de Punta Gorda, a la cual entregó cien pesos de la caja de guerra y doscientos de la suya particular; conferenció con los emigrados de aquella población que iban llegando en la mayor desdicha, para consolarlos y tratar de convencerlos de que el fuego había sido casual y no puesto adrede, como ellos decían, por la tripulación de la flotilla; y reclutó, por último, a los amigos del rey que le vinieron a la mano. Después se puso a dictar notas para dar cuenta al Gobierno de Cartagena de todo lo que había ocurrido, manifestándole que en el Piñón esperaba órdenes.

A las cuatro de la tarde, cansado de emociones y trabajo, pasó a saludar a Anne, y después de prometerle que volvería por la noche, se fue al puerto, donde lo aguardaban a comer.

Labatut, al llegar a bordo del bongo Constitución, había tratado de concitar los ánimos para una contrarrevolución, como él decía, mas no halló sino indiferencia y censuras amargas a su conducta en Punta Gorda. Viendo la ineficacia de sus propósitos, se reconcentró en sí mismo, y, fuese remordimiento o un resto de orgullo o de vergüenza, ya que no inspiraciones del patriotismo, se trazó un plan para salvar su honra y determinó hablar íntimamente con el coronel Bolívar.

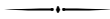
Labatut no solo era hombre de talento, sino de genio, al que unía una extraordinaria actividad y un valor indomable. Falto de educación,

hasta sus más generosos arranques eran bruscos, y a la menor contrariedad sentíase herido y quería allanarlo todo en un momento, devastando como el rayo.

Al llegar el Libertador al puerto, sirvieron la comida, y personalmente fue a invitar al coronel Labatut, quien se apresuró a bajar con el alférez Tono; y reunidos a los demás oficiales que aguardaban, comieron tristemente, casi sin articular palabra. Concluida la comida, Labatut dijo a Bolívar:

—Coronel, quisiera hablar con usted a solas.

—Cuando usted guste, coronel —le contestó el Libertador.



El puerto del Piñón era entonces, y es todavía, uno de los más dilatados y pintorescos del río. El pueblo se halla fundado sobre un terreno arcilloso y fértil, cortado al norte por el caño Chiquía, y al frente por el río Magdalena. Toda la albarrada está sembrada de ceibas y cocoteros corpulentos, bajo los cuales se reúne por la tarde gran parte del vecindario, para disfrutar del delicioso fresco que perdurablemente reina en el sombrío.

Labatut se había despojado de su blusa roja con insignias, y vestía una chaqueta blanca de paisano: no llevaba espada.

—Coronel —dijo a Bolívar paseándose a lo largo de aquellas alamedas—, estoy impuesto de todo lo que ha resuelto la junta de oficiales contra mí. ¿Ha despachado usted el posta para Cartagena, participando lo sucedido?

—No, coronel —respondió el Libertador—: partirá en la madrugada.

—Entonces todavía hay tiempo para lo que voy a proponer a usted.

—Hable usted, coronel —dijo Bolívar.

—Es el caso —repuso Labatut— que el triste acontecimiento de anoche, del cual me siento avergonzado y arrepentido, me ha privado de toda iniciativa en los asuntos de la expedición, y no quiero se malogre el éxito de mis previsiones con perjuicio de los intereses

del Estado de Cartagena, por callar criminalmente lo que solo yo sé y que voy a comunicar a usted para que lo ejecute enseguida.

—Continúe usted, coronel: lo escucho con interés.

Entonces Labatut explicó al Libertador cómo estaba en correspondencia con los independientes de Santa Marta, quienes lo llamaban con instancias para efectuar un movimiento a su aproximación; que en la Ciénaga no había un solo hombre sobre las armas, y sí mucho armamento y pertrechos, los que se podían tomar por una sorpresa; que era fácil rendir el puerto de Tenerife según el plan que le habían enviado de aquella villa; que, sorprendiendo el Banco por el brazo de Loba, era fácil tomarlo, y después caer sobre Mompo, aguas abajo, por donde no esperaban el ataque; y por último, que Tamalameque no podría resistir después de estos triunfos, que facilitaban la ocupación de Ocaña, con todo lo cual quedaba libre el Bajo Magdalena, sometida la provincia de Santa Marta, y abierta la comunicación con el interior. En corroboración de lo expuesto, mostróle cartas del canónigo Mezenet y de los señores Campo, Molano y Calderón, de Santa Marta; de los señores Núñez, de Tenerife, y de los presbíteros Ribón y Martínez, de Mompo y el Banco. Bolívar quedó absorto ante la evidencia de estos hechos.

—Por consiguiente —continuó Labatut—, no despache usted el posta para Cartagena, porque perdería doce o quince días en aguardar órdenes, tiempo más que suficiente para realizar esas hazañas.

—Bien —dijo Bolívar pensativo—; pero se trata de dos expediciones que, por lo mismo, no se pueden acometer de un golpe.

—Pues se acometen en dos: mande usted obrar sobre Tenerife y Santa Marta simultáneamente.

—Pero habría que dividir la flotilla y la gente de desembarco, lo cual me parece arriesgado y contrario a los principios de la táctica.

—¡La táctica!... —dijo Labatut sonriendo—. ¿Acaso no podemos reformarla? Cuando los jefes son de la calidad y del calibre de nosotros, bien podemos hacer dos trozos la flotilla. Por lo menos, tal era mi intención después de asaltar Tenerife.

Bolívar estaba cada vez más preocupado. Acaso pensaba interiormente que, en efecto, no era arriesgado dividir la fuerza en dos mitades, si estas iban a manos de hombres como él y Labatut, que pronto harían de ellas dos ejércitos. Quizá para distraer su espíritu, inclinado a ceder, varió de repente de tono y exclamó:

—Todo está muy bien, coronel; pero usted ha relajado la disciplina, y si no hacemos efectivas las ordenanzas, adiós de la subordinación y del buen éxito en las campañas.

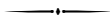
—Las ordenanzas... —repuso Labatut con cierta ironía—: ¿acaso disponen ellas que un simple coronel pueda destituir y prender a un comandante general?

—Pero el honor, coronel —contestó Bolívar—, el decoro del Ejército...

—Bien sabe usted, señor ordenancista, que nada de eso está previsto en las leyes militares. Por otra parte —continuó—, yo seguiré inmediatamente para Cartagena, si usted lo dispone, a responder de mi conducta ante el Gobierno; pero emprenda usted los movimientos que le he indicado, ya que se muestra tan solícito para servir al Estado: yo salvo mi responsabilidad.

Y pidió permiso para retirarse a su prisión.

El Libertador siguió paseándose largo rato, solo y meditabundo. De repente alzó la frente, sacudió la cabeza, y sus ojos brillaron como los de la luciérnaga en la oscuridad de la noche: era indudable que había tomado una resolución. Después, como si nada le preocupase, torció en la dirección del pueblo y fue a visitar a Anne.



Esperábalo la niña en la mayor desesperación. Al verlo, corrió a su encuentro con los brazos abiertos y le dijo al oído:

—Aún soy digna de usted.

Bolívar se enterneció.

Contóle en seguida, en delicioso deliquio, que después de su despedida en Punta Gorda, había cerrado todas las puertas de la casa

y seguido con Francisco por el camino de San Basilio a Pivijay, pueblo enclavado en el riñón de la montaña; pero que, habiendo hecho alto a descansar por allí cerca, vieron una iluminación muy grande que venía del lado del río, y maliciando fuera el incendio del pueblo, Francisco le dijo que se quedara allí, que no tenía riesgo, mientras él iba a saber lo que pasaba; que a poco principió a llegar gente, y ella se escondió en un espeso matorral, de donde vio pasar a unos soldados mandados por un joven alto y delgado, que supuso fuera su perseguidor; que tras ellos iba Francisco, pero que no se atrevió a llamarlo por temor de que la descubrieran; que allí pasó toda la noche, hasta que, habiendo sentido una culebra cascabel cerca de sí, se resolvió a salir para ocultarse en otro sitio; que estuvo vagando mucho tiempo, hasta que se encontró con unas mujeres y les dijo que la pusieran en el camino del Piñón, adonde quería seguir, porque allí tenía conocidos, y que las mujeres no le hicieron caso, fingiendo no entenderla; que ella prosiguió hasta dar con el camino expresado, pero que a poco se vio seguida y echó a andar a la carrera; que casi a la orilla del pueblo la alcanzó Labatut, y se trabó entre los dos una lucha desesperada, en la cual ya se sentía desfallecer, y hubiera sucumbido, si en aquellos momentos no se presentara Francisco, con quien Labatut cerró pecho a pecho, bregando este por sacar la espada y aquel por impedírselo, hasta que, juzgándola ya en seguridad, se deshizo del coronel, no sin dar antes con él en tierra; que ella, por último, ya estaba para ser alanzada otra vez, cuando reconoció al Libertador y Dios le dio fuerzas para seguir y caer en sus brazos.

Bolívar oyó, sin interrumpirla, toda esta larga narración, y así que la joven hubo terminado, le dijo tomándole las manos cariñosamente:

—Muy bien, Anne, muy bien. De hoy en adelante cesarán sus inquietudes. Ese hombre que tanto la ha perseguido ya no podrá hacerle ningún mal: yo haré que se aleje de usted, si es posible para siempre.

—Sí, sí, caballero, líbreme de ese monstruo y viviré feliz.

Luego continuó:

—Pero usted no me abandona ya más, ¿no es así?

—Probablemente al amanecer —le contestó el Libertador—; por eso quiero que nos ocupemos ahora de usted. Veamos lo que se debe hacer; cómo se prepara a recibir a sus padres; dónde los aguarda, en fin.

Anne no contestó, pero las lágrimas principiaron a desgranársele en tropel. Bolívar, conmovido, se aproximó más a la joven, le tomó las manos y le dijo en tono paternal:

—Atienda usted, Anne: yo soy un soldado de la revolución, que lucho lejos de mi país por la libertad de este continente. Hoy aquí, mañana allá, mi destino es seguir adelante, sin que pueda detenerme un instante a descansar. ¿Qué puedo ofrecerle, pues, en mi vida de peregrinación? Si cuando huía del hogar enlutado y visitaba la Europa, la América, buscando un bálsamo para mi corazón adolorido, la hubiese encontrado a usted, Anne, de seguro que no habría calentado en mi cabeza tantos proyectos, que muchos juzgan insensatos, y me habría retirado con usted del mundo, para buscar la quietud en el fondo de una cabaña, viviendo de sus amorosas caricias, idolatrándola siempre y cuidando de mi rebaño o de una modesta plantación. Hoy es tarde; mi corazón está muerto para los afectos y solo palpita para la Libertad. Usted es joven, bella, virtuosa, y no puede menos de hallar un hombre que la merezca y a quien haga usted feliz; mientras tanto, amémonos, Anne, como se puede amar una estrella que está en el cielo o una virgen en el altar: con fe ciega, con profunda adoración, pero siempre de lejos y con la esperanza de reunirnos en otra vida mejor.

—Oh, no, es imposible; yo no puedo vivir sin usted. ¿Para qué fue a sorprenderme en mi retiro y a despertar mi corazón a los afectos, plegado como las hojas del coloe de estas montañas? Yo era feliz sin conocerlo, y ahora, en premio, cuando no le he hecho mal alguno, usted me condena al llanto, al abandono, a la desesperación. Yo no podré ocultar a mis padres que lo adoro, que lo idolatro, que no puedo vivir lejos de usted y que los dejaré con gusto para seguirlo. ¿Qué haré, Dios mío, qué será de mí si usted me abandona?...

En este momento se oyó a lo lejos la detonación de una pieza de artillería. El corneta del bongo que hacía el servicio del puerto tocó *atención*.

Bolívar se levantó maquinalmente, imprimió un beso en la frente virginal de Anne y salió murmurando:

—¡Ya lo ve usted!...

Corrió a la albarrada; saltó a bordo del bongo Constitución y preguntó por el coronel Labatut.

—Me ha pedido el puesto de primer artillero de la pieza de proa —contestó el alférez Tono—, y se lo he concedido.

Bolívar reparó un momento y observó que, en efecto, Labatut estaba con un botafuego en la mano.

Fuera lo que fuese, el Libertador se sintió cortado. Pidió luz y le trajeron una lámpara de doble viento, con cuyo auxilio consultó en su cartera la clave de señales, y mandó al 2º esquife que lanzara un cohete rojo y dos azules, lo que equivalía a 1 y 22, es decir, formar grupos por escuadras sobre el centro. En seguida mandó alistar los esquifes 1º y 2º jefes, los cuales arrimaron en el acto a un costado del Constitución. Embarcóse Bolívar en el 2º y llamó a Tono para que comunicara a Labatut la orden de embarcarse en el 1º; pero visto que ni uno ni otro parecían, tomó la bocina y gritó:

—¡Coronel Labatut!

—Mande usted, mi coronel —respondió este, descendiendo del banco de la vela del esquife del Libertador, donde estaba sujetándola con las escotas en la mano.

—¿Qué manda, mi coronel? —repitió.

—¡A su puesto!

—¿Cuál es mi puesto?

—¡El 1.er esquife!

—¿Qué órdenes?

—¡Al abordaje!

Y, velas desplegadas, salieron aquellas embarcaciones casi volando, si puede decirse así. Antes de una hora habían dejado atrás el Cerro, el Suan y los caseríos de una y otra ladera en la extensión de

más de tres leguas. Como el esquife del Libertador era de más andar que el de Labatut, mandó coger rizos a la vela, y así siguieron hasta que a las dos de la mañana divisaron una luz en la ladera occidental del río. Media hora después el estampido del cañón anunciaba que los habían visto, pero los esquifes siguieron silenciosamente deslizándose sobre las aguas. Al llegar frente a Heredia, una inmensa llamarada les hizo comprender que los españoles habían venido de Tenerife a incendiar aquel pueblo, seguramente con el fin de privar a los republicanos de los recursos que en él pudieran allegar. Algún pensamiento debió de cruzar por las cabezas de Bolívar y Labatut cuando pasaron bajo los resplandores de aquella inmensa hoguera; mas no era tiempo para detenerse en esto, y los esquifes seguían, como llenos de rabia, abriendo las aguas con poderoso impulso. Los españoles que estaban en Santamartica hicieron fuego con palanqueada y bala rasa sobre aquellas débiles embarcaciones, y bogando con fuerza aguas arriba, viraron de repente en la mitad del río y se descolgaron con la corriente, haciendo sobre los esquifes un incesante pero mal dirigido fuego.

¡Desventajosa lucha! Los españoles tenían dos bongos de guerra, que cada uno montaba pieza de a 8 con diez y seis marineros, cinco artilleros, dos patronos 1.º y 2.º comandantes y un sirviente; mientras que los esquifes de los patriotas apenas tenían esmeriles de a 2 y ocho hombres cada uno, inclusive los jefes: no importa; el patriotismo lo supera todo. Cuando estaban como a cinco cuerdas, los españoles hicieron fuego con metralla; pero Labatut corrió a popa, se apoyó con todo el peso de su cuerpo sobre la caña del timón; hizo orzar su esquife y se salvó de los fuegos enemigos. Bolívar, que reparó en aquel movimiento, mandó soltar los rizos a la vela e hizo lo mismo; por manera que los bongos españoles, que no tenían enemigo por delante, se vieron en la necesidad de virar por redondo para ofender a los esquifes que se acercaban a la orilla, con lo cual perdieron la línea de batalla. Este era el momento que esperaba Labatut, porque cambió la vela, viró a favor del viento y cayó sobre la popa del bongo que más próximo estaba; y a la voz de «Adentro, muchachos»,

se lanzó en él el primero, machete en mano, haciendo destrozos en la tripulación enemiga. El Libertador quiso ejecutar el mismo movimiento; pero siéndole contrario el viento, tuvo que arriar la vela y solo a remos pudo acercarse al bongo abordado, pues el otro había bajado mucho, desviándose de su compañero. Cuando Bolívar llegó, todo estaba concluido: veinte muertos y seis prisioneros le presentó Labatut. El Libertador se mordió los labios; mas, notando que el otro bongo bogaba hacia la playa, corrió a su esquife diciendo a Labatut: —¡Coronel, aquel se nos escapa!

Por listo que este anduvo, Bolívar le tomó la delantera, y volando sobre la otra embarcación española, le dio alcance y la rindió sin abordarla. A las seis de la mañana bogaban el Libertador y Labatut cada uno en su esquife, convoyando los trofeos de la victoria. El Libertador estaba triste.

A la una de la tarde llegaron al Suan, y Bolívar con una flechera comunicó la orden de reunión al centro. A las cinco toda la flotilla estaba en el puerto, y después de una larga conferencia con Labatut, convocó un consejo de oficiales.

En él expuso el Libertador la situación tal cual se la había revelado Labatut: hizo leer las cartas y documentos que este le había dado, y concluyó manifestando su opinión en el sentido de obrar inmediatamente sobre Santa Marta y en el río hasta Tamalameque, para ocupar a Ocaña y abrir la comunicación con el interior. La junta deliberó mucho tiempo y resolvió por último dirigir una representación al primer jefe de la flotilla, pidiéndole que obrara simultáneamente sobre Santa Marta y Ocaña, con lo cual anulaba de hecho la suspensión de Labatut. Este fue el acto de conformidad, y por orden general de ese día, se dispuso que el coronel Bolívar, con la mitad de la flotilla y las fuerzas de desembarco, continuase las operaciones en el río, y que Labatut con la otra mitad obrara sobre Santa Marta.

Estos dos jefes desplegaron la mayor actividad en el arreglo de sus expediciones, y a las diez de la mañana del siguiente día tocaron marcha.

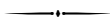
Labatut fue a despedirse del Libertador y a pedirle perdón por lo irregular de su conducta, y le ofreció respetar a Anne y protegerla en

todo lo que estuviera de su parte. Bolívar lo abrazó cordialmente, le deseó buen éxito en su atrevida empresa y le entregó, para que los destruyera, los documentos creados por la junta de oficiales para dar cuenta, al Gobierno del Estado, del incendio de Punta Gorda y demás que conoce el lector.

Labatut fue el primero que dejó el puerto entre los vivas y adioses de toda la flota, que estaba en aquel día de gala, empavesada, en son de batalla, y ostentando en popa y proa el hermoso pabellón del Gobierno federal de Cartagena.

Bolívar, después de haber escrito para Anne una tierna carta, en la cual le recordaba sus deberes al lado de sus padres y en la que le decía que no temiera en adelante nada de Labatut, se embarcó también y fue a pernoctar frente a Pedraza.

Es esto lo que el coronel Castillo Rada en su Manifiesto y algún historiador irreflexivo han llamado la deserción del general Bolívar, suponiendo que este, sin permiso de Labatut, abrió operaciones sobre Tenerife y por su cuenta continuó la campaña en el río. Yo he leído el oficio de aquel jefe para el Libertador, con la orden general en que se dispone el partimiento de la flotilla y todo lo demás que queda relacionado; así como un despacho de capitán de milicias por el Gobierno español; el de coronel, firmado por el general Miranda; el nombramiento de enviado extraordinario ante la corte de la Gran Bretaña, y sus diplomas de masón hasta el grado de Maestro Perfecto. Cuando la historia de Colombia se escriba con sano criterio y por personas interesadas en el triunfo de la verdad, el general Bolívar será absuelto de ese cargo, tan afrentoso como innmerecido.



Siga el aventurero Labatut hasta Santa Marta en su carrera de triunfos, donde mancilló todas sus proezas con el robo y la flagelación, entre tanto que Bolívar ataca a Tenerife y lo toma a fuego y sangre, después de una heroica y desesperada resistencia. Pero ¡cuál no sería su sorpresa cuando, al regresar de la casa de cadenas del capitán

Ballestas, sita en el puerto, se encontró con Anne, que acababa de desembarcar! Fuese desamor, indiferencia o disgusto, el Libertador pasó a dos pasos de ella, fingiendo no haberla visto, y siguió recorriendo el pueblo, atendiendo a los heridos y acopiando el material de guerra tomado a los españoles.

Por la tarde vino a la casa que le tenían preparada, y Anne lo esperaba:

—Señorita —le dijo—, ¿puedo saber la causa de este viaje tan inesperado? Yo le había escrito a usted...

—Sí —le interrumpió Anne—, que podía fiar en el coronel Labatut, ¿no es eso? Pues sepa usted que fue a solicitarme.

—Pero sería para pedirle perdón o cosa semejante.

—Nada de eso, caballero; fue a verme con ese pretexto, pero trató de violentarme.

—¿Es posible? —exclamó Bolívar, pálido de cólera.

—Y tuve que refugiarme otra vez en el monte, donde resolví venir en su busca, porque está visto que solo al lado de usted puedo estar tranquila.

Y recalcó en estas últimas palabras.

—¿Habrás visto miserable! —murmuraba el Libertador. Luego, serenándose un poco, continuó—: Pero ahora sí se fue de una vez, Anne; por consiguiente, es preciso que usted se disponga para volver al lado de sus padres, que a estas horas probablemente la están aguardando.

—Yo he resuelto, suceda lo que suceda, no separarme más de usted —contestó la joven con resolución.

—Pero ¿no advierte usted, candorosa niña —repuso Bolívar—, que, siguiendo en pos de un ejército revolucionario, expone su decoro?

—¿Qué importa mi decoro, si en cambio de él recobro la tranquilidad perdida?

—¿Pero no comprende usted —insistió el Libertador— lo arriesgado de su intento? ¿No sabe que, de aquí para adelante, a cada vuelta del río, en cada matorral, nos espera la lucha? Si yo caigo en ella, al menos hallaré una muerte gloriosa; pero usted, Anne, ¿qué adelanta con arrostrarla?

—Morir a su lado y que usted me cierre los ojos.

Bolívar guardó silencio, porque comprendió que todo razonamiento era inútil, y probablemente se reservó para más tarde disuadirla por algún otro medio. Hizo servir la comida, la que compartió con Anne en la mayor intimidad. La pobre joven estaba radiante de felicidad: ¡quién sabe cuántas emociones deliciosas ya saboreaba de antemano!...

A la caída de la tarde, el Libertador tomó a Anne de la mano y la condujo al puerto.

—Señorita —le dijo—, es preciso partir. La permanencia de usted aquí, con mi consentimiento, aparecerá a los ojos de todos, principalmente a los de los padres de usted, como un rapto, cuya responsabilidad yo no puedo aceptar.

—¡Imposible! —respondió Anne—, mi resolución está tomada.

Y trabóse entre la joven y el Libertador un diálogo de lo más interesante, interrumpido solo por los abrazos, los suspiros y las lágrimas. Por último, Bolívar le dijo:

—Pues bien, Anne, yo creo en el cariño de usted; pero para que su amor sea meritorio a mis ojos, le suplico, le exijo que vuelva al lado de sus padres. Si lo hace, le doy mi palabra de volver a casarme con usted; y de no hacerlo con usted, no lo haré con nadie, se lo juro. El juramento que le hago impone a usted serios deberes: ser siempre honesta, Anne... Vamos —continuó lleno de enternecimiento—, venga a mis brazos la joven prometida: considere usted que es preferible esperar confiada en la palabra de un hombre de bien a ser la querida de un soldado...

Entre la esperanza y la reconvención, Anne parecía despertar de un letargo. Se separó bruscamente de los brazos del Libertador, encendido el rostro como un coral.

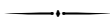
—Muy bien, coronel Bolívar —le contestó con acento de ruborosa dignidad—. Tengo la palabra de usted: iré a aguardarlo al lado de mis padres.

Y se dirigió a su embarcación, en la cual Francisco había permanecido todo el día. Al llegar a ella, el Libertador le dio la mano para ayudarla a bordo, y Anne la retuvo en la suya volviendo el rostro hacia otro lado.

Bolívar la llevó a sus labios, e imprimió en ella un beso casto, que se confundió con los murmullos del río y subió al cielo envuelto en los misterios de la noche.

El Libertador permaneció en la playa hasta que hubo desaparecido la embarcación en que iba Anne. Después lanzó un profundo suspiro y se dirigió a su habitación.

¿Había mentido, acaso por no deshonar a aquella inocente criatura que, llena de amor y confianza, se abandonaba ciega en sus brazos? ¿O había dicho la verdad, esperando días serenos para cumplir su palabra? ¡Abismo insondable del corazón! Dios quizá haya recogido en su seno la expresión de la verdad...



Bolívar siguió en su gloriosa campaña. Después de la acción de Tenerife, tomó a Guamal, el Banco y Puerto Real; bajó a Mompox y lo tomó también, y aumentó allí su fuerza a quinientos hombres y quince embarcaciones armadas; derrotó en Chiriguaná a los realistas que habían huido de Guamal y el Banco; asaltó a Tamalameque, y después de haber dejado libre todo el Bajo Magdalena, golpeó a las puertas de Ocaña con novecientos hombres y cien piezas de artillería. Luego... ¿cómo seguirlo? ¡Imposible! La vista no alcanza a divisar al águila que se remonta hasta los cielos.

La hermosa Anne perdió todo su valor moral cuando se vio sola, bajo la tolda de una embarcación, y lejos del hombre a quien amaba. En vano trataba de consolarse, pensando en el porvenir que tan halagüeñamente le sonreía: sus lágrimas rodaban a torrentes, sin que la aliviasen, porque cada vez sentía más la necesidad de llorar. Así llegó al Piñón en la mañana del siguiente día, y corrió a la morada de sus padres, deseosa de abrazarlos, porque en el puerto le dieron a entender que habían llegado.

¡Desdichada! Ni siquiera sospechaba que la esperasen nuevos tormentos.

Con efecto, Mr. y Mme. Lenoit, que habían llegado durante la ausencia de la joven, y que sabían, por las murmuraciones del pueblo, todo cuanto había ocurrido, se negaron a recibir a su hija. La infeliz Anne se desesperaba justificando su virtud, pero no logró ablandar el corazón de aquellos seres tan caros a quienes debía la existencia. A causa de su dolor, madame Lenoit murió pronto, y su esposo, el fiero republicano, realizó cuanto tenía y se fue para Suiza, a ocultar, como decía, su expatriación y su vergüenza.

Anne, pues, quedó sola, pobre y desamparada en tierra extraña, de la que ni siquiera conocía bien el idioma. Abatióse su espíritu de tal suerte que cayó gravemente enferma, y hubiera perecido en la más absoluta miseria si algunas almas caritativas, compadecidas, no la hubieran socorrido. Unos zarcillos de coral y una cadenita de oro que de costumbre llevaba al cuello los había vendido en la convalecencia; y para colmo de infortunio, su presencia se hacía ya insoponible en la casa donde la habían recogido, y la trataban mal, a causa de que había excitado celos en la hija de la dueña. Los jóvenes del pueblo no cesaban de solicitarla, creyéndola una mujer perdida que corría tras los soldados de la revolución, y, desairados, la insultaban y le ponían pasquines en las esquinas en los que le decían las más crueles atrocidades; y en las paredes de las casas la caricaturaban con el coronel Bolívar en las posiciones más impropias. Desesperada la pobre niña, y no pudiendo soportar tantas humillaciones, un día, sin decir nada a nadie, tomó el camino de Punta Gorda. Cuando la echaron menos, todos se holgaron de haber salido de semejante polilla, y andaban los más, de casa en casa, dándose la enhorabuena. ¿Para dónde habrá tomado? Y a esta pregunta curiosa contestaban con el mayor desprecio: «Con algún boga se habrá marchado». Los más piadosos decían: «Se habrá arrojado al río».

La Madamita, nombre con que era conocida y que le ha quedado, llegó a Punta Gorda, donde los vecinos que estaban levantando sus casas, al verla, gritaron:

—¡La incendiaria!

Y la llenaron de insultos...

En vano Anne, en su media lengua, como suele decirse, trataba de justificarse: nadie la atendía. «¡Afuera!, ¡afuera!» dijeron de alguna parte, y esas palabras repetidas se fueron robusteciendo hasta llegar a formar un clamoreo general. La joven comprendió, en los ceños y en los ademanes de los hombres que principiaron a rodearla, que se trataba de cosas graves para con ella, y huyó a los primeros momentos por la primera vereda que se presentó a sus ojos. Hambrienta, rendida de fatiga, lleno el corazón de pesadumbre, cayó exánime en la encrucijada de un camino; pero ¡oh, providencia de Dios! Francisco, que pasaba en aquellos momentos por allí, reconoció a su señorita, la levantó respetuosamente del suelo, se la echó auestas y, con tan envidiable carga, principió a desandar camino hasta llegar a su rancho, donde María, enternecida y llena de atenciones, se consagró al cuidado de la infortunada niña.

Es conveniente advertir que Francisco, cuando llegó al Piñón, de regreso de Tenerife, y supo que Mr. y Mma. Lenoit estaban en el pueblo, aguardó a que desembarcara Anne, y en seguida se echó río abajo para Punta Gorda, donde María lo esperaba. Apenas la vio, le dijo:

—Vámonos para la montaña, porque Mr. Lenoit mata los pericos en el aire, y si sabe que yo he llevado la señorita donde el coronel, de seguro que me mete en el cuerpo tres o cuatro balas.

Francisco y María se pusieron a trabajar con fuerza y constancia, y en poco tiempo limpiaron monte, construyeron casa y sembraron maíz, plátano y yuca.

Anne se fue restableciendo poco a poco, merced a su juventud y a su poderosa voluntad; y siempre que se entristecía recordaba sus pasados infortunios y el abandono en que se hallaba, pensaba en que Bolívar la había prometido hacerla su compañera, y esto le daba fuerzas y resignación para esperar. Consagróse con ardor a las faenas del campo, y en tres años de buen tiempo y de abundantes cosechas, Anne, por sola cuenta, había hecho un modesto capital.

Resolvió entonces dedicarse al comercio, para el cual se sentía naturalmente dispuesta, gracias a las lecciones de su madre; y no queriendo fijarse en Punta Gorda ni en el Piñón, pueblos que odiaba

con todas las veras de su alma, porque le recordaban sus desgracias pasadas, escogió a Pivijay, lugar apacible y retirado, de buenas costumbres y alguna sociedad, adonde se trasladó al momento.

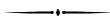
Contaba más de un año de cambio de domicilio, cuando se esparció por toda la comarca la nueva de que el capitán general Simón Bolívar había bajado de lo interior para Cartagena, con mucha gente armada, y que se esperaba una guerra desastrosa con los españoles que venían de Venezuela. Anne pensó en realizar cuanto tenía para seguir en busca de su amante; pero una carta del Libertador la sosegó y la hizo variar de determinación.

Decía en ella que inútilmente la había venido solicitando desde Tenerife hasta Punta Gorda; que en este último lugar le habían informado que se hallaba en Pivijay, adonde le enviaba aquellas letras para consolarla de su ausencia y para fortificarla en la virtud; que él seguía para Cartagena a hacerse cargo de las fuerzas con las cuales esperaba dejar libres de enemigos las costas del Atlántico, y que después vendría a pasar algunos días con ella antes de seguir a Venezuela; le enviaba su retrato en un lindo medallón guarnecido con piedras preciosas.

Anne se volvió loca de contento. Tras cuatro años de soledad y de martirio, el Libertador volvía constante y apasionado como el primer día. ¡Qué hermosa compensación a sus sufrimientos! Parecíanle estos nada, comparados con la dicha de que disfrutaba al presente, y la mayor aún que le reservaba el porvenir. ¡Con cuánta efusión no hizo partícipe de su dicha a las personas de su intimidad, ora mostrándoles el retrato, ora leyéndoles la carta del general Bolívar!...

¡Inestabilidad de las cosas humanas!

Esa dicha, esos goces, habían de desvanecerse muy en breve, al adormecerse Anne en el cielo para despertar en la tierra.



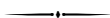
Con efecto, Castillo Rada se había denegado a entregar al Libertador la guarnición de Cartagena y a permitirle la entrada en la plaza;

y publicó contra él proclamas incendiarias, en las que lo llamaba desertor cobarde y atribuía a su ineptitud la pérdida de Venezuela. No contento con esto, rechazó las proposiciones de conciliación que le hizo por medio de su ayudante Tomás Montilla y dio orden al castillo de San Felipe para que lo bombardeara, en tanto que Ayos, García Toledo y Narváez organizaban guerrillas para que lo tirotearan en La Popa, donde Bolívar se había concentrado. Sin recursos, envenenada el agua, enferma casi toda la división y sabiendo, además, la llegada de don Pablo Morillo a Santa Marta con diez mil hombres, propuso de nuevo un convenio, que fue aceptado. Dimitió el mando, y se embarcó para Jamaica en el bergantín inglés *La Descubierta*, despedazado el alma y diciendo antes al Gobierno: «He jurado no volver a servir más en Nueva Granada, donde se trata a sus libertadores como tiranos y en donde se infama impunemente el honor y la virtud».

Sabedora Anne de todos estos hechos por el cura de Pivijay, gran patriota, hombre letrado y de muchas relaciones, se dijo fríamente:

—No importa; pues que me ama, él volverá.

Y se consagró de nuevo a sus quehaceres habituales con grande actividad y talento, quizá para buscar en las fatigas del trabajo descanso para su corazón.



Los años pasaron. Bolívar había entrado por los Cayos a Venezuela y levantado el sentimiento nacional; de Venezuela volvió a Nueva Granada y la libertó; fundó la República de Colombia, que lo proclamó presidente; libertó todo el sur hasta el Ecuador, y cayendo después sobre el Perú y Bolivia, los libertó también. Estaba en el apogeo de la grandeza humana; había hecho lo bastante para ilustrar su nombre y para que el primer historiador del mundo lo llamase: «fenómeno en los anales de la humanidad»; ¿qué le restaba, pues?

¡Morir!

Un gran champán con bandera de corneta en proa y la nacional en popa bajaba tristemente el río Magdalena sin pompa ni ruido

en 1830. En él venía el héroe de cien batallas, enfermo, más que del cuerpo, del alma, a buscar en las costas del Atlántico una playa solitaria donde descansar de las decepciones de la vida.

Al pasar por Punta Gorda, atracó el champán, y un oficial saltó a tierra y estuvo solicitando con el mayor interés por la señorita Anne Lenoit: ninguno le dio razón. El champán siguió hasta Barranca Nueva, en donde el ilustre enfermo desembarcó y se puso en marcha hacia Cartagena.

Poco tardó en esparcirse la noticia del viaje del Libertador, la que de pueblo en pueblo llegó a Tenerife, villa en donde a la sazón se hallaba avecindada la Madamita, a quien nadie conocía ya por otro nombre.

Después de los acontecimientos de 1815 que quedan referidos, Anne con algún acomodo pasó a vivir a Tenerife, pueblo por el cual sentía una particular predilección, a causa de que le recordaba su última entrevista con el Libertador y el sueño de ventura que le había dado fuerzas para esperar en la más austera virtud.

Durante quince años había seguido paso a paso la carrera del astro luminoso que había llenado de luz un continente; y a cada triunfo, sentía dilatar su corazón, porque juzgaba que con el tiempo todos ellos habían de pertenecerle. Jamás cruzó por su cerebro la idea de una infidelidad del general Bolívar; ya se ve, había formado de él un concepto tan elevado... Ni sus aventuras en Quito y en Lima, ni el pensamiento de una monarquía en América para casarlo con alguna princesa europea alteraron su alma. Siempre que hablaba de esto o lo leía en los periódicos, se decía a sí misma con la mayor confianza:

«¡Si Bolívar no se casa conmigo, no se casará con nadie!».

Cuando supo que el Libertador se había acercado a Punta Gorda y preguntado por una extranjera, no cupo en sí del gozo y la alegría.

—Eso es —murmuraba—: Bolívar viene a cumplirme su palabra.

Y se abandonaba a los más embriagadores ensueños, concluyendo que ninguna mujer lo había amado tanto ni tan tiernamente como ella, y que sus largos sufrimientos y su decoro bien merecían aquella recompensa. Alistóse, pues, para seguir en su busca; pero, cuando llegó a Cartagena, ya el Libertador se había embarcado para Santa Marta. Muchos días pasó la infeliz Anne aguardando un buque que siguiera

para aquella ciudad; mas en esos tiempos eran raras las ocasiones que se presentaban, y desesperada de esperar, se resolvió y tomó el camino de tierra. Estaba Anne tan impaciente que fue en un día de Cartagena a Barranquilla; pero aquella jornada debilitó sus fuerzas y la enfermó. Más de tres semanas estuvo postrada en cama, y, apenas en convalecencia, se embarcó y siguió para Santa Marta, a donde llegó al amanecer del 18 de diciembre: ¡Bolívar había muerto el día anterior, entre la una y las dos de la tarde!...

Renuncio a describir la desesperación de aquella confiada mujer. Baste decir que estuvo dos días loca, llamando la atención de todo el mundo por las extravagancias que le oían proferir.

El 20 se hicieron los funerales del libertador. Jamás había desplegado Santa Marta tanta magnificencia ni sentido tanto dolor. La ciudad que no había hecho nada por la independencia de la patria, se enorgullecía de guardar en su seno las cenizas de aquel que lo había hecho todo. En medio de las mujeres del pueblo que iban acompañando el féretro, veíase una extranjera, como de treinta y seis años de edad, bella todavía, no obstante la palidez mortal de su semblante. Llevaba un cirio en la mano derecha y en la otra una corona de siemprevivas. Por el movimiento de sus labios se comprendía que iba en oración. Los muchachos, al mirarla, se decían quedo unos a otros:

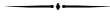
—Esa es la loca...

Anne Lenoit vivió en Tenerife hasta el año de 1868, sola, honrada y tributando culto fervoroso a la memoria del general Bolívar, que era su único dios. Huía de la sociedad, pero cuando estaba de humor, ingresaba voluntariamente en ella. Recitaba, una tras otra, las proclamas del Libertador, sus partes de batallas, los discursos, etc., etc. Llevaba siempre al cuello el retrato del héroe, y en el seno algunos documentos que le habían pertenecido. A su muerte, ninguno de estos objetos se encontró,



Muerte de Simón Bolívar (1889), de Antonio
Herrera Toro. Museo Bolivariano de Caracas,
Venezuela.

y se supone que los arrojó al río, para que no fueran a parar a otras manos. La tarde en que la condujeron al panteón, las doncellas del pueblo pusieron sobre su modesto ataúd coronas de azahar y siemprevivas.



Dos años después de esto llegué yo a Tenerife y permanecí allí algunos días.

Paseando una tarde con un amigo mío, llegamos al cementerio.

Una tumba cercada y llena de flores me llamó, desde luego, la atención, y pregunté a mi compañero:

—¿Quién reposa en esta tumba?

—La Madamita —¡me contestó!...

Ramón Sierra

Hace algún tiempo que, por hallarme encargado del mando del batallón Granaderos número 1.º de la Guardia, tengo necesidad de rozarme con las clases y soldados de dicho cuerpo; por lo cual he reparado en la variedad de tipos y caracteres que abundan en él, a causa de no haberse concluido su organización sino con los reclutas enviados de distintos estados.

Una mañana después de lista, el asistente de un alférez Torres sacudió a palos a Chiras, porque se había engullido el almuerzo de aquel oficial.

Chiras es el perro del batallón.

En un tiempo fue bello y hermoso; pero las largas jornadas en climas insalubres, las campañas del Norte, del Sur, de la Sabana y últimamente la de la Costa lo han enflaquecido tanto que su pelo blanco y ensortijado va tomándose rojo y cayéndosele; sus ojos brillantes se humedecen sin cesar con eso que los poetas han dado en llamar «lágrimas tiernas», «lágrimas puras», pero que, en fin de fines no son sino un humor ácueo que daña y deslustra la piel; su paso es algo incierto y su voracidad imponderable.

Chiras, como Baco y Moisés, fue abandonado en las aguas, no sobre blandos y delicados mimbres, sino en un mate²⁶ timanejo, inútil quizá para el servicio de algún pobre plantador. Ello es que venía río abajo por el Sabandija, en los momentos en que lo vadeaba el batallón, y un soldado, Cupertino Arriaza, apiadado, lo salvó.

Por mucho tiempo fue Chiras de su propiedad exclusiva; y cuando en Cuaspud caía aquel soldado valeroso atravesado por cinco balas al

26. **Mate:** recipiente hecho a partir de una calabaza.

coronar una altura, y que el capellán de su división, absolviéndole, le preguntaba qué tenía que disponer:

—Nada —le contestó—, mi amo cura, no tengo familia ni haberes; solo poseo a Chiras, que lo dejo al batallón.

Desde entonces Chiras no es propiedad particular: pertenece a todos en el cuerpo. Gana su ración de soldado en disponibilidad; presta su servicio en el cuerpo de guardia como una imaginaria eterna, y en las marchas lleva siempre la descubierta. Yo lo he visto adelantar con frecuencia a la mosca, correr doce, dieciséis o veinte cuerdas rastreando a una y otra vera del camino, latir con su ladrido de guerra y desandar el trayecto recorrido para avisar la aproximación del enemigo. Hoy la ración no le basta, y, semejante al Boudoux de Dumas²⁷, es bien capaz de comerse un elefante. El Congreso de la República, tan pródigo en pensiones, debería considerar los servicios de Chiras en su justo valor, y le decreta una, siquiera sea alimenticia. Debe recompensarse el servicio; importa poco la forma del servidor.

Por supuesto, Chiras tiene su frazada y su mosquitero; de las prendas de lujo, la blusa, que se la han conformado admirablemente, le sirve para pasar los páramos, y de los pantalones le han hecho calcetas y botines de viaje para los riscos y montañas. No puede llevar la cruz de Cuaspud, porque su nombre se olvidó en el decreto de honores; tampoco puede recibir mayor sueldo y prez, porque su caso no está previsto en las ordenanzas del ejército; pero Chiras está conforme y nunca ha dejado escapar ni siquiera una queja: ¿qué mucho, pues, que se hubiere echado sobre el almuerzo del oficial? Todas estas razones aducía con calor, en medio del batallón amotinado contra el ordenanza, un soldado de la 2.^a compañía, llamado como dejamos dicho al frente de esta leyenda.

—¡Qué! —continuó con más vehemencia—: prescindo de que Chiras sea un servidor a la patria, nunca encausado, nunca desertor,

27. Referencia a un personaje de la obra *Mis memorias*, de Alejandro Dumas, padre. De Boudoux se cuenta que llegó a comer un ternero entero, veinticuatro pollos y la ración de cuarenta perros.

nunca pasado al enemigo. ¿ignoras acaso que, como simple perro, sería la opinión de Buffon²⁸, solo le falta unir el sujeto con el atributo para obtener la racionalidad del hombre? ¡Insensato! —exclamaba con todas sus fuerzas—: en Inglaterra, en Francia, en Alemania y algunos otros países de Europa, se han organizado sociedades protectoras de los animales. Mr. de Lamartine, en su hermosa carta a la de París, entre otros notables conceptos, expresa los siguientes: «No falta ningún peldaño en la escala de las criaturas sensibles que se eleva en su ascensión gradual de la bestia al hombre. El hombre está, sin duda, en lo más alto en este mundo; pero debajo de él hay una familia inferior de seres adoptivos, sus compatriotas en la tierra, de los que puede ser rey, pero no tirano. La justicia no es solamente una relación divina del hombre al hombre, sino que es una relación del hombre con toda la creación, y faltar a la justicia es faltar a Dios. Cuando no abusamos de nuestra preeminencia y soberanía contra los animales, tenemos en ellos servidores y amigos; cuando abusamos, no tenemos en ellos más que víctimas, y como sucede siempre, la tiranía pervierte al tirano. De la brutalidad con el animal a la ferocidad con el hombre, no hay más que la diferencia de víctima. Comprender lo que es el animal en los deberes y obligaciones que nos están impuestos es mejorar la condición del hombre».

El desgraciado ordenanza no sabía lo que debía hacerse ante aquellos chorros de literatura. Buscaría un flanco para escabullirse, pero el batallón lo estrechaba: todos estaban dominados por la cólera.

Ya era tiempo: me presenté de repente e impuse silencio a Sierra, que tomaba respiro para continuar su perorata. Probablemente iba a la cita con «el último tiro de mi escopeta», o con aquel pasaje de la vida de san Huberto en el monte de las Ardenas. Todos, poco a poco, se retiraron a sus cuadras, y Chiras vino a lamerme los pies y las manos, como para darme gracias por haber salvado al infeliz ordenanza.

28. Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), quien afirmó que los animales tenían capacidades de memoria, aprendizaje y cierto razonamiento elemental.

—Quédese usted, Sierra —le dije, y repuesto un tanto de mi asombro, le pregunté—. ¿Ha sido usted alguna vez legislador?

—No, señor, mi coronel —me contestó sin vacilar—; los pueblos no me han juzgado bastante estúpido para mandarme al Congreso.

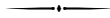
—¿De dónde es usted, Sierra? —insistí tratando de conocer aquel hombre.

—Soy del Norte —me repuso— y pertenezco a una familia honrada.

Y variando en seguida de entonación, se cuadró mejor, llevó la mano a su gorra y continuó:

—Pero, mi coronel, como que usted tiene curiosidad de saber mi historia; muy bien, le daré gusto. Desgraciadamente hoy no puede ser; perdóneme usted, coronel.

Nos retirarnos por distintas vías y no pudimos vernos en mucho tiempo, porque él partió luego en una comisión del servicio.



Ayer estuve de visita en el hospital, y me encontré con Sierra, que padecía de una insuficiencia auriculoventricular. Le saludé con cariño y le recordé que me debía la relación de su historia. No se hizo de rogar, y sin preámbulos, comenzó de esta manera:

Nací en Floridablanca, departamento de Soto, en el estado de Santander, bienaventurada partícula del universo, donde maduran las naranjas, aplicando el dicho de Mignon²⁹. La primavera es allí eterna. Sobre un fondo de límpida esmeralda que mil arroyuelos caprichosos argentan con su blanca espuma, se destaca, sin orden ni concierto, un grupo de casitas blancas, pajizas todas, circundadas de árboles frutales, albergue de avecillas que cantan y cantan llenando los aires de la más dulce algarabía. Allí el cacao se cobija de los rayos del sol bajo la frondosidad del cantagallo, y las mujeres, bellas

29. Alusión al poema «Mignon», que hace parte de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, de Goethe. El texto dice: «¿Conoces el país de medra el limonero / y doradas naranjas bajo la parra brillan?».

y robustas por la beneficencia del clima, se desarrollan libres de la tiranía del corsé.

Allí pasé los verdes años de mi vida corriendo tras las pintadas mariposas, apuntalando los tallos de las azucenas que se doblan con su carga de perfumes o contemplando cómo oscilan en los estambres del lino las gotas de rocío. Mis distracciones eran inocentes, en consonancia con la paz y la felicidad que se respira en aquella hermosísima región; ignoraba esos juegos a los casamientos o a las escondidas que he visto y vituperado tanto en los niños de las ciudades. Jamás deshojé una flor, porque me parecía una profanación a la naturaleza; ni la arranqué sin objeto plausible, pues presentía que hasta en las manos inocentes de un niño pierde toda su gracia y su perfume. El día de desposorios de una virgen, corría al campo con otros compañeros y pedíamos a la naturaleza sus más lindos azahares, para tejer con ellos la corona, y la naturaleza al parecer se mostraba contenta de esa parte de sus galas, porque nunca, como entonces, me parecía tan brillante y risueña.

Así transcurrieron algunos años, hasta que por fin llegó un día en que fue preciso renunciar a tanta inocente felicidad, porque el señor cura le había dicho a mi padre que yo tenía talento y que debía mandarme a un colegio para que completara mi educación. ¡Oh, tú, piadoso y venerable sacerdote, que tanto mal me hiciste por quererme hacer tanto bien! ¡Yo te bendigo, a pesar de todo, desde el fondo de mi alma!...

¿Acaso nos hace falta para la felicidad una razón cultivada por el estudio? El rudo plantador, cuidando de su campo, su huerto y asno, ¿no fue siempre más dichoso que el letrado, el literato o el político? Aquel, en medio de su familia, bendiciendo a Dios al comenzar el trabajo cotidiano, recoge sus cosechas sin ruido ni temor; para estos, cada triunfo es un tormento, porque la emulación y el odio no perdonan a nadie jamás. Dantón mismo, que con el triunfo del pueblo había llegado a las más altas distinciones sociales y que, con todos los hilos de la política y la diplomacia en la mano, podía, con solo tirar de ellos, hacer saltar a los hombres y a los gobiernos, como si se

tratara de una pila de Volta, no concebía que se pudiera vivir feliz, sino en una choza y cuidando de un estrecho campo.

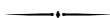
Fue preciso, pues, resignarme a la separación; en seis años hice los cursos regulares en el Colegio del Rosario en Bogotá y recibí el grado de bachiller.

Estábamos en 1828. González, Vargas Tejada, Azuero, Ospina, Rojas y tantos otros, los unos como catedráticos, los más como cursantes, tenían el colegio en el más completo estado de insurrección. A esto contribuyó en gran manera los textos que el general Santander había hecho adoptar para la educación, tachados en aquella época de subversivos y envenenadores de la juventud. Ello es que el 25 de septiembre tomé mi fusil y me tocó asistir al ataque de Palacio, cuyo resultado conoce usted. Gracias a Dios, salí de aquella contienda con las manos limpias de sangre, y a pesar de la solicitud activísima del general Urdaneta, logré escapar para la provincia de Antioquia, donde me enamoré por la primera vez, pero con una de esas pasiones frenéticas, desesperadas, que deciden todo el porvenir.

Anita, tal era su nombre, hija de un rico comerciante de Abejorral, contaba apenas 15 años; era de belleza ideal y un alma noble y generosa. Viéndola y admirándola, fue como pude comprender por qué los indios dan a Lachmé, diosa de la bondad, todas las perfecciones físicas imaginables; porque ellos, sin duda, han querido significar con esto que la belleza del rostro no es más que el reflejo natural de las buenas prendas del alma. Contando con su beneplácito, pedí su mano, la que me fue otorgada; pero el tiempo ¡ay! había corrido presuroso, y el general Córdoba acababa de llegar a Rionegro, adonde fuimos a su encuentro. En el famoso banquete, que siempre recordará la historia, me comprometí, con otros tantos, en la revolución que había de estallar enseguida. Por supuesto que caí en el Santuario, al lado de aquel bizarro general, defendiendo la casa de teja, y hecho prisionero, a pesar de mis heridas, fui conducido a Bogotá. Difundióse en Antioquia la falsa nueva de mi muerte, y Anita, que me

amaba como la reina Juana a Felipe el Hermoso³⁰, perdió la razón. Más tarde supe los pormenores, y que uno de mis rivales, suplantando cartas e imprimiendo necrologías en los periódicos, logró hacer creer mi muerte. Ya comprenderá usted, mi coronel —continuó Sierra con visible emoción—, que nunca más volví a verla.

Mi fusilamiento era inevitable como reincidente: don Simón no perdonaba por aquella época. Pero mis amigos me proporcionaron la fuga de la cárcel, y vine a refugiarme en la provincia de Neiva, en la hacienda de uno de mis condiscípulos, donde pasé largo tiempo en la contemplación de la naturaleza y en la lectura de los clásicos antiguos, que siempre fueron de mi predilección. Ignoraba que mi amigo de colegio tuviese una hermana encantadora en La Plata, la que vino por entonces con una tía, a pasar una temporada en la hacienda. De naturaleza impresionable como siempre he sido, aquella belleza me arrebató al momento, sobre todo por su modestia y buen sentido...



Aquí Sierra hizo una pausa, para dejar escapar un profundo suspiro; luego prosiguió:

—¿Conoce usted la balada de Rosegarten?

Por casualidad la había leído, no sé dónde, y le contesté:

—Sí, la conozco.

—Pues bien —continuó—: Clemencia, con su traje blanco, su cabello negro y destrenzado, sus ojos de un azul oscuro y su paso firme y recatado, me recordaba la fantástica visión que vino a sorprender al joven ateniense en las soledades de Corinto. Usted sabe, mi coronel, que el triunfo de la mujer está cifrado en la modestia, la discreción, la bondad y la dulzura; por esas dotes se nos muestra la Cidli

30. Es famosa la anécdota de que Juana I de Castilla, que pasó a la historia como Juana la Loca, no quiso separarse del cadáver de su esposo durante ocho meses, llevándolo en un ataúd por buena parte de Castilla.

de Klopstock³¹ y con ellas hubo de presentarse a Dante su inmortal Beatriz, cuando le hizo exclamar arrebatado de entusiasmo:

*Esco Deus torior me veniens dominabitur mihi*³².

Así, pues, aquel ángel, como venido del cielo para endulzar mi soledad, fue el objeto de mis solicitudes, y a poco noté que yo no le era indiferente. Mi amigo lo notó también, y más tarde pude convencerme de que me juzgaba digno de su hermana.

Pero esta visto, nací bajo mala estrella. El general Urdaneta, que había sellado la Constitución con el puño de su espada, parodiando a Carlomagno, y que no debía volver la punta sino para defenderla, a diferencia de aquel bárbaro, la volvió pedazos y los pueblos se levantaron indignados. El entonces coronel Pasca acaudillaba en Neiva la reacción constitucional; y como el entusiasmo es contagioso, aparte de que la reacción nos es simpática, mi amigo y yo, no pudiendo resistir a la ola popular, nos lanzamos en ella y llegamos triunfantes por la fuerza del derecho hasta la plaza del Capitolio. El general Caicedo llamó al hermano de Clemencia y lo encargó de una comisión en los pueblos de Neiva; pero él se excusó pretextando no sé qué cosa, y me indicó para el efecto. Conocí cuánta delicadeza encerraba aquella negativa; le estreché la mano con gratitud y partí inmediatamente. Excusado es decir que principié mi comisión por La Plata, aunque para ello hubo de apartarme un tanto del derrotero.

Serían como las cinco de la tarde cuando llegué a la plaza de la villa. Esa villa, tan alegre, tan bulliciosa, estaba sombría. De repente el triste réquiem hirió mis oídos, y endilgué la mula en que iba caballero hacia el cortejo que venía detrás de un ataúd cubierto de rosas blancas y siemprevivas. Pregunté, sin saludar siquiera la señal del cristiano, porque un doloroso presentimiento se había apoderado de mi alma, y me contestaron que Clemencia había pasado a mejor vida. Caí en tierra sin sentido, y no volví en mí, sino... ¿acaso sé

31. Mención a Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803), poeta alemán. Cidli es una personaje de sus obras.

32. Una posible traducción de este texto latino sería: *He aquí que viene Dios, y su presencia se enseñoreará de mí.*

cuándo?... El dolor no mata, porque de lo contrario, muchas veces he debido ya morir.

Algunos días después, la inconsolable madre, cuando me vio decidido a partir, me entregó las dos gruesas trenzas de sus hermosísimos cabellos.

—Fue su última voluntad —me dijo; y se echó a llorar.

Partí apresuradamente y tomé el primer camino que se me presentó; atravesé valles y riscos y me detuve a los cuarenta días, muerto de hambre, de sed y de cansancio, en un pueblecito del estado del Cauca, denominado Tunes. Llamé a una puerta cualquiera y me acogieron con benignidad: la fiebre me devoraba, y en muchas semanas no di esperanzas de vida. Unas pobres mujeres cuidaban de mí con solícito interés, y gracias a ellas, después de largo tiempo me hallé en estado de convalecencia. ¿Cómo pagar a aquellas almas piadosas tantas bondades? Medité mucho en mi suerte: mil veces me ocurrió la idea de seguir adelante, adelante, judío maldito del dolor; pero ¿hacia dónde? Resolví sentar allí mis reales y vivir ignorado del mundo. Las mujeres que me habían salvado tenían hijos en estado de educar, no había en el pueblo una sola escuela y determiné hacerme pedagogo. Ahí, pues, en medio del contento general, los niños del lugar, así como los de los alrededores, concurrieron con puntualidad. A los siete años los progresos eran manifiestos. Nada les exigía por mi trabajo, pero en cambio los padres de familia atendían a mis necesidades.

Cansado con mi soledad y resuelto a no salir de Túnez, resolví casarme. Pensé en algunas señoritas principales, pero temí enamorarme formalmente y que me aconteciera otra fatalidad; por otra parte, consideré que me urgía un mueble más en la casa, y la calidad no debía detenerme, atento a la necesidad. Una tarde en que estaba de buen humor, sentado a la puerta del hogar, solo y contemplando la soledad de mi alma, hice este juramento tan indiscreto como el de Hidomeneo³³:

33. En la mitología griega, Hidomeneo o Idomeneo fue rey de Creta y uno de los caudillos helenos de la guerra de Troya. Terminado el conflicto, una tormenta azotó su embarcación cuando regresaba a su casa. Viéndose perdido, le prometió a Poseidón que, si llegaba sano y salvo a su hogar, sacrificaría al primer ser vivo que se encontrara. Para su desgracia, al

—A la primera mujer que por aquí pase le propongo casamiento, y si acepta, me caso con ella.

No bien había proferido aquellas palabras, cuando apareció una mujer por el extremo opuesto de la calle, y seguía con lentitud, adelantándose siempre en recta dirección. A poco, ya la tenía frente a frente, y burlándome de mí mismo, le dije como Telémaco:

—«¡Oh!, tú, quienquiera que seas»...³⁴.

La mujer hizo alto, descubrióse el rostro y reconocí a la sobrina del señor cura, cabalmente la joven más fea de toda la comarca.

No había remedio: era preciso seguir adelante y apurar, como Sócrates, la cicuta.

—Señorita —le dije—, ¿quiere usted casarse conmigo?

La joven (estaba en la edad simpática de Balzac y de Van Dyck)³⁵ reflexionó un momento y me contestó:

—¿Conoce usted mi pasado?

—Nada tengo que ver con él —le repliqué con la más grosera estoicidad—; me basta el porvenir.

—Pues entonces, muy bien, tomo la palabra de usted, y acepto.

Al siguiente día, el señor cura, sin amonestaciones ni confesión previa, y atropellando todas las ritualidades canónicas, pronunció su: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén».

—Le declaro a usted, mi coronel —continuó Sierra, después de haber apurado un tercer calmante—, que mi nuevo estado no me alarmó, y antes bien me pareció simpático. El hombre necesita indisputablemente de

tocar tierra, lo primero que vio fue a su hijo, Idamante, quien había salido a recibirlo. Pese a todo, Idomeneo cumplió su promesa.

34. Referencia a *Las aventuras de Telémaco*, de François de Salignac de la Mothe Fénelon. El texto dice: «Oh, vos —respondió Telémaco—, quienquiera que seáis, mortal o diosa, aunque al veros no es posible consideraros sino como una divinidad; ¿seríais insensible al infortunio de un hijo que ha visto perecer su nave contra esas rocas, cuando corría en busca de su padre a merced de los vientos y de las aguas?».

35. Alusión a Balzac y Van Dick para referir que la mujer tendría entre 25 y 30 años.

una compañera, porque, de otro modo, Dios no hubiera formado dos seres diferentes; y si la sociedad ha establecido la manera cómo le debe ser presentada esa compañera, y esa manera se llama matrimonio, pues él, en rectas conclusiones, tiene que ser indispensable: la forma, que ha sido siempre la gran cuestión, importa muy poco, como toda cuestión de forma. La ley civil no quiere sino que sea un contrato convencional. La Iglesia lo considera como un vínculo indisoluble, significando así su unión con Cristo. Rousseau se lo explicaba en un día de tiempo a faz del del sol; algunas naciones antiguas imponían la compra o la conquista, y así lo practican aún hoy día muchas tribus salvajes; por último, en Alemania e Italia se conserva el matrimonio morganático o de la mano izquierda³⁶. Pero todos conducen, como usted observará, a la unión de hombre y mujer, es decir, a la formación de la familia. Verdad que ha sido atacado, sobre todo por los poetas; pero a estos locos no hay que hacerles caso, porque, como dice Epícteto, sus escritos no son más que el reflejo de las impresiones del día; por eso Lamartine lo cree contrario a la gloria, y Hugo contrario al amor; pero Augusto lo juzgó tan bueno, tan magnífico, tan estupendo, que publicó una ley contra los célibes, que les privaba de todos sus derechos de ciudadanos romanos. El matrimonio, para mí, la verdad sea dicha, solo tiene dos inconvenientes: el de los celos —y yo estaba a cubierto de ellos porque mi cara consorte era más fea que Picio³⁷—, y el de la ofensa al pudor, por esa especie de previsión que, según Alphonse Karr³⁸, todo lo fija de antemano por días, horas, por minutos: el marido y la mujer saben lo que han de hacer con mucha antelación, y no se recatan de nadie, porque la ley los autoriza para todo. Sus acciones, pues, están sujetas a un programa que conocen perfectamente cuantas personas entran en su casa...

36. El matrimonio morganático se da entre dos personas de rango desigual; por lo general, un noble y un plebeyo. El cónyuge y los hijos de esta unión no heredan las propiedades, privilegios y títulos del noble.

37. **Más feo/a que Picio:** dicese de una persona extremadamente fea.

38. Jean-Baptiste Alphonse Karr fue un crítico, periodista y novelista francés, vinculado al Romanticismo.

Contaba dos años en mi nuevo estado, si no dichoso, al menos tranquilo, cuando estalló una revolución terrible, y varios señores principales vinieron a Tunes a formar un batallón. Casi todos mis discípulos se alistaron en él, muchachos llenos de vida, de 17 a 25 años, a quienes yo había formado, educado, hécholes esperar...

Cuando los vi formados en la plaza, llorando de júbilo y la vista tendida hacia el porvenir, recibiendo, juntamente con las bendiciones del señor cura, la bandera que madres, esposas, hermanas y prometidas les acababan de presentar, yo no sé lo que pasó en mí. El batallón desfiló a dos pasos del sitio en que me había colocado, y el abanderado, en medio del ruido que formaban tantos oídos al maestro y al amigo, me envolvió en aquel lábaro, donde leí como Constantino:

*¡In hoc signo vinces!*³⁹

Corrí a mi casa, metí en la maleta lo que hallé más a mano, abracé a mi esposa, tomé mi fusil y partí en seguimiento del que más tarde fue batallón 2º y al que me incorporé, poco después, a media jornada, de último soldado.

En esa clase hice toda la campaña. Cada vez que los tambores y cornetas tocaban diana, por el ascenso concedido a alguno de mis discípulos, sentía explayarse mi corazón, y gozaba como si el honor fuera discernido a un hijo mío. ¡Cómo es cierto que el afecto no es más que el resultado de la comunicación constante alcanzada con caracteres que nos son simpáticos! Atravesábamos el Sur y el Centro venciendo en todas partes, y nos encaminábamos al Norte, donde, al pasar el Sube, reventaron los rejos de la taravita, y caí estrepitosamente en el río. Me buscaron hasta río arriba, como si alguna vez hubiera sido espíritu de contradicción: toda pesquisa fue inútil, y el

39. Es latín. Traduce: *En este signo vencerás*. Referencia a la visión que tuvo Constantino I cuando marchaba con su ejército a una batalla. Miró hacia el sol y vio una cruz de luz en el cielo acompañada de esas palabras escritas en griego.

batallón siguió su marcha sobre un reguero de lágrimas. Yo, entre tanto, me deslizaba en el hilo de la corriente, defendiéndome de las peñas contra las cuales debía estrellarme, hasta que alcancé a una orilla, después de cinco horas de lucha con la muerte. Diez días tardé para reunirme al batallón, durante los cuales, según supe después, se despacharon algunos correos para el Sur.

¿Quién ignora lo que fue la campaña del Norte? Vencimos dondequiera, y el país quedó pacificado: mi batallón debía regresar a Bogotá precipitadamente, no sé por qué motivos, y aproveché aquella circunstancia para pedir una licencia por quince días, la que me fue concedida, con el objeto de ir a abrazar a mis padres y a mi hermana.

¡Vana ilusión!... El hogar de mis padres estaba vacío, y la maleza crecía en toda su extensión: pero Floridablanca era el mismo sitio con sus cacaotales, sus fuentes y sus perfumes: la guerra no le había alcanzado. Como iba a amanecer, corrí a casa del cura y hallé otro en su lugar; retrocedí ante aquella fisonomía enteramente extraña para mí, y vine a golpear a la puerta de un amigo de mi padre, que siempre me amó con particular afecto.

—¿Quién eres? —me dijo, pues al punto no me reconoció.

—Quiero saber —le repuse— de mis padres, de mi hermana, del señor cura, de usted, en fin...

—¿Quién eres? —insistió.

—Soy Ramón Sierra.

—Dios te dé fuerzas, hijo mío —y echó a llorar...

Después me contó cómo mi padre, hombre sencillo, no sabiendo de mí, a pesar de tantas cartas como yo le había escrito, las que el Gobierno o sus agentes interceptaban sin duda, me creyó muerto, sobre todo por lo que los periódicos decían; y acusando sin cesar al anciano señor cura de mi desgracia, este cayó agobiado bajo el peso de las inculpaciones. Mi padre había perecido en el incendio de la casa de una amiga moribunda, a quien no quiso abandonar; mi madre no pudo sobrevivir a esta fatalidad, y mi hermana, seducida por un oficial de artillería, corriendo de pueblo en pueblo y de vergüenza en vergüenza, fue a morir en un hospital de Panamá. Desangrado

por todas las heridas de mi alma, visité aquellas tres tumbas, sagradas para mí; puse a los pies de Nuestra Señora la Virgen Dolorosa las trenzas de Clemencia; le pedí fuerzas para continuar la peregrinación de mi vida y me alejé pausadamente, y para siempre, del lugar donde vi la primera luz. ¡Oh, saber humano, inútil a los hombres! ¿Para qué me has servido? ¿Para todas mis desgracias!...

El sol había trasmontado la colina que roba algo de luz a Florida-blanca; los pájaros continuaban en su batahola cotidiana; las fuentes murmuraban; el aura mecía la copa de los árboles, y el prado se engalanaba con sus más ricos colores, saturando de perfumes la campiña. Yo hice alto maquinalmente; contemplé aquel panorama con los ojos llenos de lágrimas, y continué de nuevo mi camino, murmurando como Chateaubriand: «¡Feliz el hombre que no se ausentó nunca del suelo que le vio nacer!».

Llegado que hube a Bogotá, me uní a mi batallón, el cual se dispuso para seguir a Popayán; pero quise antes ver y saludar a tantos amigos de colegio, y fui de casa en casa y nadie me reconoció. Uno hubo que hizo reminiscencia fría y que puso en mi mano, extendida para saludarlo, algunas monedas de cobre, como si yo hubiera ido a pedirle una limosna: luego me volvió la espalda y se alejó.

Mi primer impulso fue correr y detenerle, volverle al rostro sus monedas y gritarle:

—¡Miserable! ¡Yo no soy mendigo!

Pero había mucho orgullo en aquella resolución, y reconviniéndome interiormente, me eché a llorar. La policía, que pasó en aquellos momentos cerca de mí, me tomó por un ebrio y me condujo a la cárcel; allí creyéronme loco y me llevaron al hospital. Verdad es que yo no cesaba de clamar contra mi suerte y que me quejaba a Dios enumerando, en la fuerza de mi dolor, tantas penalidades como había apurado en el curso de la vida; y concluía siempre, reconociéndome mendigo, pero de una lágrima, de un suspiro, de una mirada, de cualquier movimiento simpático, porque en la escala de los afectos tenía necesidad de algo para que no desfalleciera mi espíritu.

Algunos días estuve a punto de volverme loco, por el interés con que me tomaban por tal; y tuve necesidad de esfuerzos inauditos para que me creyeran cuerdo, cuando tantos que pasan por tales debieran estar en las jaulas de un hospital. Por fin salí y me reuní con mis compañeros en Popayán, donde obtuvimos nuestra licencia indefinida, y partimos inmediatamente para Tunes.

¡Qué viaje aquél, Dios mío! ¡Íbamos como en romería a la Meca o al Santo Sepulcro, cargado cada uno con los objetos que había conseguido durante la campaña, para la esposa o la prometida, para la madre, la hija o la hermana! Ya no había jefes, oficiales ni tropa, y yo, siempre el último soldado, los mandaba entonces como mejor convenía: disponía la formación, las marchas, los altos, etc., sin que uno solo dejara de obedecerme: era que había recobrado todo mi prestigio de amigo y maestro.

¡Con cuánto orgullo no pensaba yo en devolver a sus familias aquellos jóvenes importantes, abrumados de gloria y llenos de honrosas cicatrices, contristándome solo los claros que se notaban en las filas!...

Por su parte el pueblo, a nuestra aproximación, se había vestido de gala para recibirnos. Banderolas de distintos colores flotaban en todas las puertas y ventanas, y palmas de mil especies diferentes sembraban las calles iluminadas con antorchas y faroles. Aquello era una fiesta, la fiesta del corazón.

Al llegar a las primeras casas del pueblo, una nube de mujeres y hombres nos asaltó y perdimos la formación. Pasados los primeros cumplimientos, los abrazos, los apretones de manos, las lágrimas, las preguntas innúmeras, a las que nadie podía responder en medio de los vítores, los repiques de campanas y las músicas, nos dispersamos como una bandada de pájaros, en distintas direcciones, cada cual en busca de su hogar.

¡El hogar!... ¿Acaso yo lo tenía?

Un hombre joven y robusto abrió la puerta a mis golpes repetidos.

—¿Y mi esposa? —le dije.

—Ha muerto usted —me contestó.

Yo no entendí por lo pronto lo que me decía, y le repuse:

—Déjese usted de bromas, señor, que no es caso para eso; y dígame pronto si es esta la casa de mi esposa, pues ansío verla.

—Es esta la casa de su viuda.

—Se burla usted, señor —volví a decirle perdiendo la paciencia.

—No, señor, no me burlo: usted murió; su esposa, viuda y libre, pudo volverse a casar y se casó; yo soy su marido, *et voilà tout*⁴⁰, como dicen los franceses.

Rugiendo de cólera, me arrojé sobre aquel gañán para estrangularlo; pero Tadea Calixta apareció repentinamente, se interpuso y me dijo:

—Entra en razón, hombre de Dios y escúchame. Tus discípulos escribieron desde un lugar llamado Los Santos, que al pasar el río Sube te habías ahogado: te guardé luto como debía, porque te sentí mucho; este hombre que ves aquí se presentó a mi tío, el señor Cura, pidiéndome en matrimonio, y mi tío creyó que debía casarme con él, puesto que me debía una reparación. Yo resistí cuanto pude, pero al fin convine, estrechada por tantas personas como venían a rogarme que me decidiera, manifestándome haberte querido mucho, porque tú habías educado sus hijos o parientes, y que tu muerte no dependía sino del afecto que les habías profesado. Pero no te irrites: donde hay engaño, no hay trato. Bartolo no puede ser mi marido viviendo tú, y yo quedaré a tu lado, porque te amo de veras y porque mi corazón me dice que así lo hago mejor.

Confieso que aquel discurso, descarnado y todo, pero que revelaba una inclinación superior y que en cierto modo halagaba mi amor propio, estancó mi audacia. Solo Artemisa no se casó con nadie y se comió los huesos de su marido⁴¹, me decía, como queriéndola justificar; y casi estuve a punto de arrojarme a sus pies y levantarla en su caída. Mas, de todos modos, era la mujer de dos maridos, y estaba en el quinto mes de su gravidez...

40. En francés, *Y eso es todo*.

41. Se dice que, en su dolor por la pérdida de su marido, Artemisa II de Caria mezclaba las cenizas de este con su comida y bebida, transformándose, por decirlo así, en una tumba viviente.

Entonces me incliné ante ella respetuosamente, opresa el alma como entre una mano de hierro, y le dije:

—Señora, eso es imposible, ya usted no puede pertenecerme: ame a Bartolo, y usted, caballero, hágala dichosa.

En seguida me retiré. Recorrí calles y plazas presenciando la felicidad general y ocultándome de todos, porque sentía una secreta vergüenza que no alcanzaba a comprender; ¡oí las risas, los juramentos; vi el despertar de los hijos, la ternura de las esposas y las lágrimas de las madres!...

¡Yo, entre tanto, perdido el hogar, rendido de fatigas y con el porvenir vacío, principié a desandar mi camino!

¿Podré acusarla? Me decía. ¡No! ella es inocente y quizás me ama. ¡Acuso a mi suerte, acuso a... pero tampoco, que no debo blasfemar!

Seguí y seguí hasta dar en la villa de Ibarra, donde me contraté con un ganadero para cuidar de los becerros, y a poco no más este me echó por catedrático; de modo que hasta mis pobres aptitudes me perjudicaban. Continué siguiendo, siguiendo hasta llegar a Quito. Me detuve y llamé a una puerta que tenía grandes clavos de hierro cubiertos de herrumbre: era la puerta de un convento que hospedaba peregrinos. Me recibieron bien y me acomodaron en una vasta celda llena de libros, que juzgué ser, y así era en efecto, la biblioteca del convento.

Al día siguiente me notificaron que tenía que permanecer allí cuarenta días para restaurar mis fuerzas, imposición que me agradó de pronto. Me eché sobre aquel pasto sagrado y devoré cien volúmenes y ciento más, cuando aconteció este hecho singular. Un frailecito amado del prior llegó como extraviado a mi celda, tomó asiento y, hablando consigo mismo, exclamó:

—No puede ser; ¡yo no haré jamás un sermón!

Enseguida continuó:

—Y sobre tesis tan difícil: Job y el hijo pródigo. No puede ser; es imposible.

Yo me le acerqué y, tocándole el hombro, le dije:

—Eso es fácil...

El frailecito, sobrecogido, me contestó:

—Delira usted.

No, señor, le repuse: ensayemos.

—¡Qué diablos voy a ensayar, si yo no entiendo nada de esos enredos!

Luego, examinándome de pies a cabeza, preguntó:

—¿Usted me ayuda?

—Sí, señor, con mucho gusto.

—Manos a la obra, pues.

Y nos pusimos, o, mejor dicho, me puse a trabajar.

El sermón quedó concluido a los tres días, y el frailecito, según mis indicaciones, lo pronunció con tan buen éxito que dio materia para un mes de alabanzas. Mis cuarenta días, que iban a cumplirse ya, fueron prorrogados, no sé por qué causa, en cuarenta más; ello es que el frailecito que no me desamparaba, volvió una tarde con otro tema y lo despaché en cuarenta y ocho horas. Siguió trayéndome temas, y yo fabricando sermones y mi permanencia en la celda prorrogándose.

Una mañana me trajo varios periódicos, en los que hablaban de su imponderable mérito, y me confesó francamente que quería dar un golpe maestro.

—Cuenta usted conmigo —le dije.

Me reveló su idea y me puse a trabajar.

La novena de Dolores era muy concurrida en el convento en que me hallaba, y preparé un novenario de pláticas, de las que yo mismo quedé satisfecho.

Como el frailecito tenía una memoria prodigiosa, aprendía en el instante cuanto le daba, y luego yo lo ensayaba en la oratoria sagrada. En la semana de prueba, mi fraile subió al púlpito y alcanzó un éxito brillante. El Viernes Santo predicó también, y este sermón afirmó su reputación de primero entre los primeros.

Por entonces, de un ataque apoplético fulminante, murió el prior del convento, y en las nuevas elecciones, mi frailecito obtuvo la mayoría. Ya no predicaba sino en ciertas solemnidades, haciendo resaltar

su elocuencia con los desatinos de sus inferiores; pero en cambio tenía ocupaciones más graves, pues que su voto era decisivo en el Consejo de Estado de la República. Mi fraile no asistía a Palacio, sino que hacía venir a los señores del despacho a mi celda, donde los oía, no cuidándose estos de mí, porque mi fraile les había dicho que yo era un sordomudo custodio de la biblioteca. Por supuesto que su objeto era el imponerme de todo para que yo le impusiera después mi voluntad; de donde vino a resultar que, por más de ocho años consecutivos, tuve en mis manos los destinos del Ecuador.

Pero la vida teológica me cansaba, y resolví romper con los libros, los papas y el cordero. Comprendí que tenía que fugarme, porque el frailecito con su poder no me dejaría partir. Pretexté, pues, una indisposición y la necesidad de respirar al aire libre, y entonces dispuso mi tirano y esclavo que partiera para una hacienda del convento, de clima muy saludable. Una vez en ella, me resolví y pasé al Perú.

Allí permanecí dos años en el servicio de las armas, pues apenas me presenté al ministro de la Guerra y le dije que era colombiano, me preguntó mi grado militar; me llamé modestamente capitán, y se me destinó a un cuerpo como primer jefe de él; pero ocurrió la caída del Gobierno a quien yo servía y tuve que regresar a la patria. Quise aquí tomar servicio en la revolución que por entonces estalló, como coronel peruano, mas no consideraron en nada mi despacho de esa nación hermana y amiga, y me echaron a un cuerpo como simple soldado. Peleamos en algunos puntos; nos derrotaron en todos, y la revolución sofocada me obligó a venir a esta heroica ciudad (Cartagena), donde viví ignorado cerca de tres años.

Otra revolución general y sangrienta sacudió al cabo de ese tiempo la República, y me alisté como soldado de artillería en una de dos compañías que seguían para Bogotá. Nos embarcamos en Calamar en El Manzanares, y en un lugar llamado Purnio, arriba de Conejo, voló el vapor, y muchos con él al otro mundo. Yo caí al río y me recogieron unos pescadores, quienes me curaron y mantuvieron algunos días, hasta que, ya bueno y avergonzado de no ganar el pan con mi trabajo, fundé una leñera que me dio muy buenos pesos.

Cinco años contaba de esa vida, cuando la última revolución vino a ponerme la cuerda en los brazos y después el fusil al hombro. Marché y contramarché; vencí, me vencieron y volví a vencer; y desde entonces me tiene usted vistiendo la blusa y aprisionado en el corbatín de cuero.

He sobrevivido —continuó Sierra incorporándose en el lecho y como rodeado de una aureola de luz— a pesar de mis catástrofes, que no tienen ejemplo en tantas como han asomado al mundo desde Otello hasta Antony⁴², porque Dios quizá me reserva para algo. No concibo para cuánto sea, porque mis fuerzas se agotan, mi cuerpo se encorva bajo el peso de los años y mi espíritu desfallece; pero comprendo que se me debe una reparación. Si así no fuere, ¿qué me importa? He aprendido a estar contento en cualquier situación que Dios me envíe, como dice San Pablo en su epístola a los Filipos...

Sierra guardó silencio, y me pareció como rendido bajo el peso de la larga narración que me había hecho.

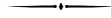
El médico cirujano del ejército, que había entrado a la mitad de este relato, y que permanecía a mi lado sin que yo lo hubiese notado, se me acercó algo sobrecogido y me dijo a media voz:

—No hay esperanza; solo que Dios haga uno de sus milagros.

Aquellas palabras me llegaron al corazón como la punta acerada de un puñal. Salí triste del hospital y me dirigí al cuartel, donde sin detenerme pasé a la cuadra de la segunda compañía y pedí el morral de Sierra. Lo registré rodeado de algunos soldados curiosos que no me perdían de vista, y hallé en él una cartera muy vieja, llena de cifras y de números. En la última página estaban escritas estas tristes palabras:

«No hay paz en el mundo para mí y solo me resta una esperanza: la de volver pronto al seno de Dios».

42. El autor menciona las tragedias *Otelo* y *Julio César*, de William Shakespeare. *Antony* es Marco Antonio (Mark Antony), un personaje de esta última.



—Vuelve, pues, hombre infeliz, desventurado. El mundo no indemniza los males que nos hace, ¡pero el Evangelio promete el cielo a los pobres de espíritu, a los que han hambre y sed de justicia!...

El batallón está triste y el cuerpo de oficiales también. En su muerte, Sierra no tendrá honores de ordenanza, porque no pudo ascender entre nosotros ni a cabo siquiera; ¡pero, en cambio, la ingratitud de la patria no alcanzará a prohibirnos que llevemos luto en el corazón!

El Brujo

Hemos dicho en otra parte, y lo corrobora la historia, que Labatut, apenas hubo ocupado Santa Marta (1813), se entregó a todo género de excesos. En efecto, saqueó la corbeta Indagadora, que surgió en el puerto creyendo ocupada la ciudad por fuerzas realistas; compró almacenes enteros con el papel moneda y las *chinas* de Cartagena, impuestos por la fuerza al comercio de aquella plaza, y decretó y cobró empréstitos y suministros. No contento con esto, azotó en las plazas públicas a hombres y mujeres, y encarceló o desterró por sospechas a muchas personas de lo más granado de la ciudad. Esto y otros sucesos que no es de este lugar referir hicieron aborrecible la causa de la Independencia en Santa Marta. Por esta razón, el Cabildo envió secretamente comisionados a Riohacha y Valledupar, en busca de las pequeñas fuerzas realistas que allí habían; sublevó los indios de Mamatoco, Bonda y Masinga, y con ese cuerpo de gente atacó a Labatut, quien se embarcó precipitadamente para Cartagena, abandonando la guarnición y el inmenso parque de que disponía.

El Gobierno de Cartagena, en vista de tamaños desastres, organizó nueva expedición, la que siguió para Santa Marta a órdenes del presidente Torices, con 1.000 hombres de desembarco, comandados por el francés Chatillón. Torices con sus buques hizo un movimiento estratégico sobre el puerto de Ciénaga, y Chatillón con sus infantes desembarcó sin ser molestado en las ensenadas de Toribio y Papares.

A las diez de la mañana del día 11 de mayo de 1813, Chatillón formó su división en columna cerrada y tomó camino de la Ciénaga. Narciso Crespo lo esperaba a las afueras del pueblo con 16 piezas de artillería de grueso calibre y 700 hombres de todas armas. Cuando se avistaron los dos ejércitos, el jefe español mandó a sus tambores que tocaran a *diablitos*; y los indios se pusieron a danzar por delante

de las piezas de batalla, en infernal algazara y confusión. De repente, ábrense en alas a derecha e izquierda, corren a formar a retaguardia, y quedan descubiertos los cañones, los que, atronando en los aires, vomitan simultáneamente sobre la columna republicana un torrente de metralla. Cuando se disipó el humo, 300 hombres yacían por el suelo; mas, a la voz de Chatillón, los que sobreviven llenan los claros y siguen avanzando en la misma dirección. Una nueva descarga contestó a aquel movimiento de los patriotas, sobre los que, lanzándose enseguida los feroces indios, los desordenaron y persiguieron, dándoles muerte sin misericordia a todos.

Uno solo logró escapar de aquella espantosa carnicería: don Miguel Gonzaga de los Espinares y Velilla, mozo andaluz, de apuesta y gallarda figura, gracioso, tañedor de vihuela y dado a todo género de aventuras; el cual, hallándose en Cartagena cuando estalló la revolución, tomó cartas en ella por su grande intimidad con don Gabriel Gutiérrez de Piñeres, joven de las mismas o semejantes condiciones, a quien decía con su gracioso acento:

—Camarada, de este embolismo de federación no vamos a salir con vida. Yo he reparado ya en el gancho del farol, donde tengo de ser colgado.

Gonzaga de los Espinares y Velilla mandaba la 2.^a compañía del batallón Libres de Cartagena, y cuando se declaró la derrota, se arrancó las presillas, rompió la espada, y recogiendo en la carrera un corraje de los que iban botando los soldados, se cruzó con él y ganó monte buscando un escondite. Desde él oía los gritos de los indios que vitoreaban al Rey de las Españas y a San Juan de la Ciénaga; así como el *perdón*, *perdón* de sus infelices compañeros, los que, arrodillados y juntas las manos, en vano lo demandaban, porque el silencio que sucedía a aquellas voces de misericordia bien le revelaba que acababan de ser asesinados.

—Así se lo decía yo a mi camarada Piñeres —pensaba el alegre joven; y examinando de nuevo su escondite, se dijo a media voz:

—¡Diablos! Si aquí estoy más seguro que en La Popa: descansenmos un rato.

Y puso de almohada la cartuchera, se acomodó cuanto pudo en medio de las zarzas y durmió profundamente.

Como a las dos de la tarde, el sol que le daba en la cara lo despertó rendido de fatiga, muerto de hambre y de sed; y se aventuró a salir del zarzal en busca de agua y también para orientarse y resolver el partido que debiera tomar; mas de repente, por muchas que fueron sus precauciones, vio desfilas por los atajos una partida de indios que andaba recorriendo el campo. Su primer impulso fue huir para el monte, pero viendo la proximidad de los indios y lo inútil de su propósito, les salió resueltamente al encuentro, a los gritos de «¡Viva el rey!»

—¡Muera el pícaro insurgente! —contestaron aquellos salvajes.

—¡Viva el rey, nuestro señor y amo! —insistió con admirable aplomo Espinares y Velilla; mas, observando que no desarmaba a aquellos energúmenos con sus gritos de fingida sinceridad, y viendo que principiaban a rodearlo para darle muerte, prendió carrera por medio de ellos, y llegándose al grupo que formaban las indias, se abrazó con la primera que le vino a manos, la besó en la frente, y le dijo:

—Sálveme usted, hermosa india.

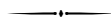
La india se deshizo de los brazos de Espinares y Velilla, se colocó por delante de él y gritó con tono de autoridad:

—¡Nadie lo toque!

A aquella voz bajaron los machetes que estaban levantados sobre la cabeza del joven español. La india continuó diciendo:

—Paso; yo respondo de este hombre.

Los indios, silenciosos, abrieron calle, dando lugar a la hermosa pareja, que tomó camino del pueblo.



Después de pasar la grande acequia que divide la Ciénaga de los terrenos particulares, la india cruzó a la izquierda por un laberinto de trochas y veredas, y a una hora nomás de marcha llegaron a un rancho bastante capaz, en el que entraron sin ceremonias y tomaron

posesión de él. Sentóse la india con llaneza en las piernas de Espinares y Velilla, le rodeó el cuello en los brazos, y besándole en la frente, le dijo:

—Yo te amo, español. El beso que me diste y que acabo de devolvarte, te constituye mi marido en ley: yo te seré fiel y te haré dichoso; oye: soy rica y nieta de caciques.

La soledad, la llaneza de la india, su hermosura y la situación particular en que se hallaba colocado el joven andaluz, le hicieron meditar largo rato, hasta que concluyó por fijarse en aquello de «mi marido en ley».

—«Mi marido en ley» —repetía hablando consigo mismo—. ¿Cómo será esa ley? Desearía leerla. En España, la costumbre que es ley es que, cuando uno da de besos y abrazos a una doncella sin su consentimiento, los padres o los hermanos de ella le muelen a palos las costillas. En el Estado Federal de Cartagena... pero mi camarada Piñeres nunca me habló de semejante ley. En fin —se dijo después de una larga pausa—: esa ley, aunque sea de Indias, debe de tener alguna excepción: ya buscaré el artículo cuando interponga recurso de nulidad. Enseguida se retorció el mostacho, se acarició la hermosa barba y gritó con su linda voz:

—¡Esposa en ley, la comida! ¡Diablos! Hace veinticuatro horas que no paso bocado.

La india, que se hallaba en esa ocupación, activó cuanto pudo, y a poco sirvió una olla magnífica con plátano, yuca, legumbres y carne de res y de marrano.

—Sancocho —dijo el español, viendo humear la olla y aspirando tan sabroso olor—: ¡lástima que este santo no esté en el calendario! Ven, esposa mía, comamos juntos, que esto es de ley —y comieron mano a mano en la mayor intimidad.

A medida que iba cayendo la noche, la india buscaba mil pretextos para alejarse, ruborizada de las apasionadas caricias del joven español, y este procuraba por todos los medios posibles atraerla hacia sí... A la mañana siguiente, la india no quería separarse ni un instante de Espinares y Velilla.

«Ya he cumplido la ley natural», se decía; «mas esta ley de aquí es la que yo no puedo comprender. Veremos, pues, en lo que paran estas misas: bien se lo decía yo a mi camarada Piñeres».

Serían las doce del día cuando se sintió gran ruido de pasos de caballos y voces de hombres. Espinares y Velilla corrió hacia el rancho y dijo con emoción a la india:

—¡Esposa, los enemigos!

Ella sonrió y se puso a la puerta, a tiempo en que llegaba inmenso gentío que pedía a voces la cabeza del pícaro insurgente.

El mayor Pacheco se adelantó cortésmente, acompañado de Ventura Bustamante; penetraron juntos en el rancho y este le dijo en tono de reconvención:

—Hermana, has amparado a un enemigo de Dios y del rey. Padre está desagradado contigo.

—Sobre todo, María Engracia —continuó Pacheco con enfado—, un español traidor a su rey, aunque no fuera el seductor de una honrada hija de familia, merece la muerte.

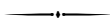
Espinares y Velilla, que asistía silencioso a este diálogo, no pudo contenerse, y encarándose con Pacheco, le dijo:

—Alto ahí, señor oficial, ni traidor, ni...

—Quite usted de aquí, miserable —le interrumpió el fiero realista, y asiéndole del cuello lo arrojó fuera del rancho y dio orden a sus soldados de que lo prendieran. La india, desesperada, quiso volar en socorro de su esposo; pero su hermano, el indio Bustamante, la detuvo diciéndole que no contraviniera una orden superior.

Al día siguiente, la familia de María Engracia se presentó al coronel Crespo, a reclamar la libertad de Espinares y Velilla como esposo de ella en ley; pero el jefe peninsular se negó a concederla, alegando que en la Ciénaga no imperaba más ley que la de España, y que, según ella, Gonzaga tenía que ser juzgado y sentenciado. Narciso Crespo quería coronar su triunfo con un espectáculo nuevo en aquella villa

y había resuelto de antemano la suerte del joven andaluz. Así, pues, hizo formarle causa precipitadamente, y fallada que fue, la mandó en consulta a Santa Marta, al señor don Pedro Ruiz de Porras, gobernador de la provincia, quien la devolvió confirmada. Por ella, Miguel Gonzaga de los Espinares y Velilla era condenado a la horca y a ser quemado después en una plaza pública para escarmiento de infames y traidores.



El 24 de junio, día del patrono de San Juan de la Ciénaga, amaneció en la plaza pública una horca de colosales dimensiones, colocada en la mitad de una plataforma de madera capaz de contener cosa de ochenta personas: dos escaleras macizas partían de sus ángulos salientes, e iban a apoyarse en el barrote transversal de los dos postes principales, sobre cuyos remates se destacaban las banderas de la Santa Inquisición y de los Reyes Católicos de España. En el centro de la plataforma había dos mesas, formada la una de género rojo, y de negro, la otra, las que guardaban entre sí regular distancia. Sobre la primera estaban los atributos de la justicia humana: un bastón con borlas, una espada, un tomo de leyes de Indias, papel, tintero y plumas; sobre la segunda los atributos de la muerte: un crucifijo, una Biblia, una calavera, un reloj de arena, una estola y un hisopo. Debajo de la plataforma y alrededor de ella, en un cuadrado mayor, habían hacinado, con diabólica simetría, haces de leña seca, entremezclados con resinas inflamables y yesca vegetal.

Tratábase nada menos que de ejercer la sentencia que condenaba al infeliz Espinares y Velilla a ser ahorcado y quemado después.

Como es sabido, en la fiesta del santo patrono de aquella populosa villa, el carnaval principia desde la víspera y dura hasta las doce de la noche del siguiente día. Los disfraces más raros llenan las calles principales, por las cuales es difícil buscarse salida, obstruidas como se hallan a toda hora por los reinados, la conquista y las comparsas de negros, indios, moros y cristianos. Y, sin embargo de tanto ruido

y algazara; sin embargo de que no hay tradición siquiera de que hasta entonces hubiera habido en la Ciénaga una fiesta igual o semejante, por el frenesí que se había apoderado de sus moradores, la plaza estaba desierta. Nadie se atrevía a ir a ella, temeroso de resfriarse con aquel espectáculo mudo y sombrío, o quizá por las supersticiosas creencias de los pueblos nuevos de origen español.

A las tres de la tarde, las campanas de la iglesia principiaron a tocar rogativas, son plañidero, que, mezclado con el zumbido que producía el viento por entre los claros de la leña, formaba un concierto espantoso y lúgubre. No obstante, la gran mascarada continuaba a más y mejor.

Antes de las cuatro, un barbero asturiano, vestido de penitente, se presentó en la alcoba de la casa que servía de capilla al joven andaluz. El verdugo se admiró mucho de hallar a Espinares y Velilla con la guitarra en la mano, y más cuando, después del preludio, le enderezó, como a guisa de bienvenida, esta antigua seguidilla:

*Juzgo por tu vestido
que eres verdugo.
Pobre de quien te manda
si le obedeces.
La misma muerte
en tus pasos la siento
que se te acerca.*

A medida que Espinares y Velilla repetía «que se te acerca, que se te acerca», acompañando a este estribillo terribles miradas, el pobre asturiano, que por la primera vez en su vida se veía en trance semejante, daba pasos a retaguardia, hasta que, cuadrándose a la salida de la puerta, hizo una contramarcha marcial, y fue a decir al oficial de la escolta que, si no le quitaban la guitarra al señor condenado, juraba por Nuestra Señora de Atocha que no entraba a prepararlo para el suplicio. Fue necesario, pues, desguitarrar al triste Espinares y Velilla.

La procesión se puso en marcha.

El coronel Crespo y su segundo, el mayor Pacheco, iban los primeros, rodeados por el Estado Mayor, el ilustre Ayuntamiento, los alcaldes de barrio y demás autoridades locales: seguíanlos Espinares y Velilla en medio de dos sacerdotes, atadas las manos por detrás de la espalda con una cuerda cuyo extremo, a poca distancia, llevaba el verdugo. Jamás se había notado, como en aquella ocasión fatal, el aire de distinción del joven andaluz: alta la frente, firme el paso, desenvueltos los movimientos y radiante la mirada, tal semejaba a los antiguos mártires en el camino del cielo, circundada la cabeza de aquella aureola de luz, presagio de la inmortalidad, que tanto aterraba a los paganos, era imposible reparar en tanta juventud, en tanta belleza en flor, sin sentirse involuntariamente arrastrado hacia aquel mancebo desgraciado. Una compañía de los Granaderos de León, con la banda del batallón Artillería a la cabeza, cerraba la marcha.

Al llegar a la plaza, la División realista que estaba en columna cerrada frente a la horca echó armas al hombro, y más de cuatro o cinco mil disfrazados, que silenciosos aguardaban el fin de aquella escena bárbara para continuar la fiesta, se descubrieron con respeto y echaron abajo las caretas.

Entre tanto, las campanas de la iglesia habían comenzado a tocar agonías, y las puertas, de par en par abiertas, daban salida a más de doscientos penitentes, cubiertos todos con un negro sayal, que solo les dejaba libres los pies y las manos, en una de las cuales llevaban un cirio ardiendo. Estas gentes piadosas, que en coro venían cantando el *De profundis clamavi ad te, Domine*, tomaron puesto en la procesión oficial, entre el condenado y la escolta.

Como cuarenta varas antes de llegar a la plataforma, se notó un movimiento general y se oyeron los gritos de *¡fuego! ¡fuego!*, los que, repetidos de un extremo a otro de la plaza, formaron un espantoso clamoreo. Con efecto, una llama roja con perfiles azules se levantó de súbito de entre los haces secos amontonados en el lugar del suplicio, la

que, agitada por el viento, convirtió muy en breve toda aquella leña en una inmensa hoguera. La confusión, el desorden, los gritos de desesperación de las mujeres y niños, el esfuerzo de los hombres por abrirse paso por entre aquella multitud compacta, el calor sofocante; a todo esto, en fin, efectuado en menos tiempo del que puede emplearse para describirlo, debió su salvación Espinares y Velilla.

Al grito de «¡fuego!», Crespo se abalanzó sobre el tumulto de donde salió la voz, y Pacheco corrió a ponerse a la cabeza de la división. Roto el orden de marcha, los Granaderos quedaron separados a mucha distancia de los penitentes, quienes se echaron sobre el verdugo, desataron al infeliz Espinares y Velilla, y vistiéndole el sayal que le llevaban preparado, huyeron con él al favor de aquella espantosa confusión.

Excusado es decir que fueron inútiles las pesquisas de Crespo por saber el paradero de Espinares y Velilla; y es de advertir que el indio Bustamante no se prestó a practicar ninguna, y que se le suponía, no sabemos si con razón o sin ella, autor de cuanto había acontecido. Los disfraces tampoco siguieron aquel año, como de costumbre,

Hasta rayar la luz del nuevo día,

como dice un canto de la tierra; y todos convienen en la Ciénaga en que en aquello hubo algo de extraordinario, cosa de magia o encantamiento, por lo cual denominan al joven andaluz, siempre que tienen que nombrarlo, con el epíteto de *el Brujo*.

Algunos días después de la salvación de Espinares y Velilla, un anciano encorvado bajo el peso de los años trepaba por la alta Sierra, acompañado de una joven de extraordinaria hermosura. Llegados que fueron al Salto del Agua, se desviaron del camino real, hacia la derecha; y a otra legua nomás, hicieron alto en un caney Espinares y Velilla llamado por un mozo de rastrojo, y el anciano, sin ceremonia, le dijo:

—Vengo de Santa Marta, y he conseguido del gobernador, señor Ruiz de Porras, este pasaporte para usted; puede, pues, marcharse cuando guste. Estos auxilios le son necesarios para su viaje: tómelos usted.

Y así diciendo, le alargó la mano con una cartera de cuero, repleta de oro.

Espinares y Velilla dio un paso atrás, sin reparar siquiera en que María Engracia estaba próxima a desmayarse, hinchados los párpados con la retención de las lágrimas.

—Rehúso su dinero —le dijo con dignidad—; pero acepto la vida si usted quiere permitirme que la consagre toda a María Engracia.

—¡Español! Yo no he venido para eso aquí —le replicó el anciano, como si lo hubiera mordido una víbora.

—Papá —exclamó la india—, tú no me amas: ¿quieres que me muera primero que tú?

El anciano palideció. Espinares y Velilla y María Engracia se acercaron más. El hijo de los caciques levantó sus manos al cielo con una mirada sublime de enternecimiento y resignación, a tiempo en que aquellos hermosos jóvenes caían arrodillados a sus pies.

—Benditas sean, Dios mío —dijo—, las conquistas que se hacen por el amor.

Y dejó caer pausadamente sus descarnadas manos sobre la cabeza de sus hijos, como para significar aquella unión que los ángeles celebraban desde el cielo.

María Engracia y don Miguel Gonzaga de los Espinares y Velilla vivieron retirados del poblado, dichosos y felices. Su descendencia ha buscado el ruido de las ciudades; pero nadie podrá reconocerla si no pregunta por *los Brujos*.

Un soneto

(Recuerdos de la patria)

Aún vibraba en los aires el trueno de gloria que llevó al más remoto confín americano la fausta nueva de la gran batalla de Ayacucho, cuando ya el general Sucre, siempre diligente, se movía con su ejército para la ciudad de Huamanga, a fin de reorganizarlo, equiparlo y seguir al Alto Perú, a combatir las huestes realistas que comandaba el general Olañeta.

En los primeros meses del año de 1825 se abrió la nueva campaña rápida y feliz, porque se levantaron en masa las poblaciones y se sublevaron algunas fuerzas de las acaudilladas por Olañeta, lo cual bastó para que el ejército de las cuatro naciones ocupara el Alto Perú, en una marcha no interrumpida de aclamaciones de entusiasmo y bajo arcos triunfales, recibiendo la acogida más benévola, cordial y hospitalaria en toda aquella vasta comarca.

La ciudad de Chuquisaca, asiento metropolitano del Obispado de Charcas, capital principal donde residían las altas autoridades civiles y judiciales, se esmeró tanto como La Paz por hacer al Gran Mariscal de Ayacucho y al ejército libertador un pomposo recibimiento.

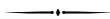
Desde las afueras de la ciudad se alzaban arcos lujosamente vestidos con sedas, felpas y encajes; las cintas tricolores flotaban al aire con inscripciones apropiadas a aquella festividad del patriotismo; vivanderas en trajes caprichosos repartían gratuitamente licores y refrigerios, y aquel suelo, tantas veces regado con las lágrimas y la sangre de los patriotas, se tapizó de flores cuando el ejército desfilaba en su marcha para la ciudad.

Todas las corporaciones, así civiles como eclesiásticas y militares, salieron al encuentro del Gran Mariscal, y formaron en el cortejo con el Grande Estado Mayor general; y ya en la plaza, donde el ejército

había formado por columnas, en medio de los vítores, las músicas, los repiques de campanas y un diluvio de flores, cintas y perfumes que lanzaban de todas las ventanas y balcones, el Gran Mariscal recibió la corona del triunfo que puso sobre sus sienes palpitantes una virgen América, rodeada de sus ninfas.

En la casa que se le había preparado, recibió después las felicitaciones de cada una de las corporaciones que le acompañaban; y habiendo en su arenga el presidente del Tribunal hecho alusión a la batalla de Ayacucho, el general Sucre, al contestarle, concluyó con estas notables palabras:

«Habéis recordado el campo de Ayacucho: cierto que aquel campo será siempre de grato recuerdo al patriotismo americano, porque allí se vio bajar a la Victoria a coronar a los hijos de la gloria».



A un banquete de los muchos que hubo en esas fiestas, asistieron, entre otros, el nunca bien lamentado teniente coronel Rafael Cuervo y el capitán José María Tello. A los postres, después de haber brindado el Gran Mariscal, el general Córdoba y algunos otros jefes superiores, tomó la palabra el coronel Cuervo, y después de un brillante brindis, concluyó dándola al capitán de cazadores del batallón Bogotá de la Guardia. Cuando aquel Oficial se disponía para brindar, el capitán Tello, amigo suyo, deseoso de ponerlo en algún apuro, exigió que el brindis fuera en verso, obligando a su camarada a improvisar una octava real. Este, en venganza jovial del apuro en que se le había puesto, pidió se concediera la palabra al capitán Tello, y aplicándole la ley del talión, pidió igualmente que el brindis fuese en verso; mas, notando que Tello no se desconcertaba, y queriéndolo poner en mayores apuros, exigió que aquél terminara su composición con las imágenes usadas por el Gran Mariscal, al concluir su discurso en contestación al presidente del Tribunal Superior.

Tello se inmutó, palideció y estuvo por algunos instantes sobreco-
gido y meditabundo; pero enseguida, como si le hubiera animado el
fuego de la trípode de una pitonisa⁴³, improvisó el siguiente soneto:

El ronco parche con furor batido
anuncia del combate la llegada;
El fusil, el cañón, lanza y espada,
La muerte esparcen con fatal sonido.
¡Todo es horror, lamento y alarido!
Sólo la voz de ¡muera! es escuchada;
Sobre la parda tierra ensangrentada
Se mezcla el vencedor con el vencido.
Tal es el campo de Ayacucho, hermoso,
Testigo del esfuerzo americano;
El que a la vez valiente y generoso
Humilló la cerviz del fiero hispano:
*Allí se vio por fin a la Victoria
Coronando a los hijos de la gloria.*

Júzguese de los aplausos y arrebatos con que sería acogida esta
magnífica improvisación, los que no fueron mayores aún por la
compostura que la cortesanía exige en actos en que hay que acallar
el grito arrebatado del entusiasmo.

Cuando Tello principió, reinaba un silencio profundo...

Cada verso resonaba en el corazón de los circunstantes de distin-
ta manera. El orgullo colombiano estaba empeñado en ese esfuerzo
de la inteligencia; y las miradas centellantes de aquellos cuya cuna se
había mecido de este lado de Túmbez parecían formar una aureola

43. La Sibila de Cumas, la agorera más famosa de la antigüedad, adivinaba sentada en un
trono de tres patas que estaba colocado encima de una grieta o falla que había en la cueva,
de donde salían los vapores que la hacían entrar en trance.

de luz sobre la cabeza gallarda de Tello, cuya inspiración se percibía como una luz superior destacada sobre tantos luminares.

La improvisación fue pausada, pero suelta y bien medida.

Al primer verso, el general Córdoba dijo por lo bajo a un canónigo que tenía a su lado:

—La entonación es subida y le faltará la voz en el do sobreagudo —con lo que quiso dar a entender que languidecería en los tercetos.

Con efecto, cualquiera que haya estado en un campamento, sabe muy bien que un mismo toque, la llamada, por ejemplo, suena de distinto modo según las impresiones de que está poseído el tambor. Nosotros nunca hemos entrado en las investigaciones: pero es la verdad que la *general* a la aproximación del enemigo nos ha hecho ver al enemigo mismo, a diferencia de la que ordenan los jefes para cerciorarse del entusiasmo de sus tropas, la cual nunca nos ha sobresaltado: esto explica *el parche con furor batido*.

Pero después de la cesura poética del primer verso, lo que había permitido observar rápidamente lo que dejamos apuntado, vino el segundo, y al escucharlo murmuró el coronel León Galindo:

—Estamos en pleno Ayacucho.

Como la idea era obligada, por la exigencia del capitán de cazadores, Córdoba tenía razón; porque tras la batalla seguía inmediatamente la victoria, y sobraban versos a falta de ideas: el interés del desenlace en los terceros tenía que ser de ningún efecto y, por consiguiente, el soneto, detestable. Pero era que Córdoba no contaba con los recursos de imaginación del capitán Tello, y sumamente preocupado con la forma, no esperaba que este diera en los cuartetos todo el rodeo, digámoslo así, que era necesario, acompañado de imágenes que realizaban el interés, para llegar al desenlace con brío desusado y redondear el soneto con las reglas del arte.

—Estamos en pleno Ayacucho —repitieron por lo bajo los guerreros allí presentes; porque es bien sabido que la emoción de esa gran batalla se hizo sentir con un redoble general en el centro y en las alas de nuestro ejército.

Esos dos versos, es decir, la idea que ellos encarnan, fue precisamente lo que allí se sintió. Emancípanse del resto del soneto, y cualquiera, sabiendo a lo que aluden, verá los batallones cerrándose en columnas; las guerrillas desplegándose a vanguardia; los regimientos de caballería cubriendo los flancos; la División Córdoba marchando armas a discreción, a la célebre voz de «paso de vencedores»; el Gran Mariscal recorriendo el campo tan impávido como diligente, y a pie firme los cuerpos de reserva, en espera de la hora suprema que no debía tardar.

Cuando Tello acabó el primer cuarteto, el teniente Vallejo dijo al capitán Andrade:

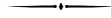
—Te vuelvo a ver trepando la colina.

Andrade estaba en el día derecha el día de la batalla, y sus guerrillas de descubierta rompieron los fuegos.

El primer cuarteto parece la vanguardia empeñada en el combate. El primer verso del segundo representa a lo vivo lo recio de la refriega, y el que sigue, el furor y el encarnizamiento salvajes que se apoderan de los batalladores y los mueven a acompañar el *muera* a cada golpe descargado; el tercero y el último son un cuadro completo de la desolación de un campo de batalla, donde parecenos mirar esos grupos sarcásticos que forma la muerte, de irreconciliables enemigos, abrazados en una charca de sangre.

El coronel Cuervo, que era hombre muy entendido en asuntos literarios, respiró como para descargarse de un inmenso peso: el éxito del soneto estaba coronado para él; porque siguiendo su trabazón ordinaria, no otra cosa le restaba a Tello, sino decir en el primer terceto que aquel campo descrito era el de Ayacucho, y en el segundo, batiendo la diana de triunfo, coronar a los hijos de la gloria: forma de la que se vio obligado el poeta a prescindir, para encerrar en pareados la idea forzada que se le había dado.

El Gran Mariscal, que había permanecido mudo disimulando su emoción, fue el primero en demostrarla, y tras él todos los circunstantes; y es de notar que los peruanos, chilenos y argentinos, que, al principiar Tello, se sonrieron maliciosamente, no fueron de los menos entusiastas, ni quienes menos felicitaran al vate colombiano.



Hemos sabido que el capitán Tello, hoy teniente coronel, existe en Neiva, anciano y achacoso, con una parálisis en la lengua, que apenas sí le permite articular una que otra palabra de fácil pronunciación.

Hablando de esto con el ciudadano general Piñeres, que en nuestra pobre *Leyenda* hace el papel de capitán de cazadores del batallón Bogotá de la Guardia, nos decía:

—No podía ser de otro modo: el poeta que en el banquete de Chuquisaca improvisó el soneto a la batalla de Ayacucho, tenía que ser víctima de la envidiosa venganza del padre de las musas⁴⁴.

44. El padre de las musas es Zeus, la divinidad máxima del panteón griego, dios del cielo y el rayo.

El peñón de Caro

Ningún historiador, ni aun Arístides Rojas⁴⁵, que con divina pluma acaba de escribir la biografía del doctor José Cortés Madariaga, protagonista de la revolución de Venezuela en 1810, hace mención de Fabián de Arco, tan sobrino del canónigo como el mismo Cámara, cuyo nombre corre, en los anales de la Independencia, inseparable del de su tío.

Es la verdad que Fabián de Arco, por apartadas opiniones políticas, rompió con Madariaga desde el famoso 19 de abril, y que públicamente le negó el derecho de asistir al ilustre Ayuntamiento como diputado del clero y del pueblo, porque ni el uno ni el otro, decía, habían hecho elección de su persona. De aquí que Arco no volviera a casa de su tío, y que apenas sonaron los primeros tiros de la revolución, sentara plaza en el ejército realista.

Arco no alcanzó a distinguirse en la guerra, mas sí en las crueldades. En 1817 era subteniente apenas. En una carta que el célebre historiador Mackenna conserva en sus archivos, dirigida por Cámara a uno de los Guardias, se lee lo siguiente:

Nuestro primo Fabián no ha hecho fortuna peleando contra su patria. Mi tío no lo perdona, y ahora menos, cuando, para oprobio nuestro, ha visto figurar su nombre al lado de los de Urreistieta, Nogueras, Jiménez, Bauzá, Navas y demás monstruos que asaltaron la Casa Fuerte de Barcelona⁴⁶. Sábetse que

45. Arístides Belisario Rojas Espailat (1826-1894) fue un escritor, naturalista, médico y periodista venezolano, destacado por su erudición y su labor como divulgador científico.

46. La Casa Fuerte de Barcelona fue un convento de la Orden de Hermanos Menores Recoletos, construido en la ciudad de Barcelona, Venezuela. Simón Bolívar lo convirtió en un fuerte durante la guerra de independencia de ese país. Fue declarado Monumento Nacional.

esos bárbaros no respetaron mujeres, ancianos ni niños, y que de aquella carnicería tan sólo salvaron tres o cuatro de las primeras, las cuales fueron destinadas al oprobio.

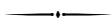
Arco fue de los que capitanearon el asalto y de los que se mancharon en la sangre inocente allí derramada. Cuando entraron a la iglesia del convento donde se habían refugiado las personas inofensivas, una madre, con el pecho atravesado de una estocada, arrojó lejos de sí su hija de tres años, gritando en la agonía:

—¡Malvados! ¡Piedad para ese ángel!...

La niña, que llegó rodando hasta los pies del alférez Fabián, se abrazó a una de sus rodillas y le sonrió tristemente. Algo debió de pasar en el alma de aquel hombre cruel, puesto que alzó a la niña en sus brazos y salió con ella de aquel sitio pavoroso.

Nunca más volvió a sonar el nombre de Arco, y tanto el canónico como Cámara escribieron a Chile que el desgraciado había muerto, probablemente, en la oscuridad, puesto que por ningún conducto se había vuelto a saber de él.

Sin embargo, ocho meses después del fatídico 7 de abril, un hombre joven todavía, de frío y desapacible continente, con una niña de la mano, llegaba a Humucaro por el camino de Tocuyo; de allí siguió a Carache, a Trujillo, a Mérida, a Villa Tovar, y por último se detuvo en Cúcuta, de donde desapareció para no saberse más de él.



Hay en la ribera occidental del Bajo Magdalena un punto culminante, denominado peñón de Caro. Los bongos y champanes que surcan por el río demoran en Nervití o fuerzan la marcha para llegar a Tenerife, pueblos equidistantes del referido peñón. Los bogas, siempre supersticiosos, se santiguan cuando el *gambiero* anuncia la proximidad a aquel sitio maldito, sobre cuyo remate cónico flota por las noches un alma en pena que a grito herido provoca a la pelea. Ese gigante de piedra infunde pavor. La base, que parece destacarse del

fondo del río, es semejante a una muralla de granito. Como a ocho metros sobre la superficie de las aguas, hay en el Peñón un cuadrado saliente, algo irregular, en el que se distinguen algunos signos cabalísticos; dos números en el ángulo superior de la derecha, una letra en el de la izquierda, y cuatro más de formas y tamaño distintos, colocadas arbitrariamente. Del cuadrado para arriba decrece rápidamente en espesor, formando cintura; y de allí hasta el remate la forma es oblicua, como si quisiera recostarse sobre los altos barrancos en la ladera desigual. El extremo, lo hemos dicho, cónico, granilloso, en donde nacen zarzas y enredaderas silvestres que durante el invierno cubren el Peñón hasta su base con una veste de follaje, y que, en el verano, deshojados, amarillentos los tallos, semejan una mortaja. Las aguas que se precipitan con violencia contra la muralla, y los vientos por entre las hojas de los árboles bravíos, forman un concierto espantoso y lúgubre, que se percibe más de una legua a la distancia.

Refiere la tradición que en 1818 un hombre como de treinta años de edad con una niña de cinco tomó posesión del célebre Peñón, y con ayuda de unos cuantos mozos de labor, en poco tiempo construyeron rancho de *pajareque*, rozaron monte y cultivaron cuanto se produce en nuestros climas cálidos. Su nombre nunca se supo, mas todos le llamaban Caro, de donde indudablemente se deriva el del Peñón.

Después de los triunfos de Barbacoas y Tenerife y de la ocupación de las plazas de Santa Marta y Cartagena en 1820 y 1821 por los patriotas, Caro, el misterioso huésped del Peñón, con algún acomodo ya, puesto que sin competencia había hecho el negocio de frutos en todo el Bajo Magdalena, llevó a Fabina a la ciudad de Mompox, donde la puso interna en un colegio de señoritas.

Fabina, como flor de invernáculo, se desarrollaba pálida y triste. Vagos recuerdos de las caricias de una madre, de su tribulación y de sus lágrimas, cuando con el pecho atravesado la arrojó lejos de sí, la hacían detener, siempre que la llevaban al templo, delante del altar de la Virgen de los Dolores, a contemplar aquella imagen apenada y llorosa, con la que se figuraba haber tenido anteriores conocimientos. Era tanto el fervor de Fabina que la directora del colegio no se atrevía

a interrumpir el éxtasis en que parecía abstraída, cuando, arrodillada, cruzados los brazos sobre el pecho, fija la mirada en la Madona, los labios palpitantes, velados los ojos por las lágrimas, murmuraba:

—¡Madre mía!...

Al fin era necesario interrumpir tanta contemplación, y Fabina se levantaba para unirse a sus compañeras, no sin enviar antes, como en señal de despedida, un beso hacia el altar, beso que los ángeles recogían en toda su pureza para llevarlo al cielo en ofrenda a la Madre de los desamparados.

Fabina pasaba todos los años las vacaciones en el peñón de Caro, y su padre, puesto que por tal pasaba, la colmaba de atenciones y finezas; la rodeaba de juguetes, la llevaba a los pueblos comarcanos. La niña huérfana lo recibía todo con respeto, mas no con alegría. Seria, concentrada en sí misma, solo se la veía sonreír cuando al paso hallaba algún desgraciado a quien socorrer. Su padre la reprendía por estas dádivas, pero Fabina no se corregía, porque su corazón le decía que hacía bien.

Cierta tarde al embarcarse en Heredia para regresar al Peñón, se le acercó una mujer haraposa y le pidió limosna. La niña registró en los bolsillos de su delantal y nada halló que darle. Volvióse entonces hacia su padre y tímidamente le pidió dinero. Caro le arrojó su bolsa murmurando:

—No solo te privas de tus golosinas en la semana, sino que me obligas a gastar en esas haraganas.

Fabina no contestó; tomó la bolsa, sacó de ella una moneda de plata, la besó y la puso en manos de la pobre mendicante.

A poco de haber salido del puerto, rodó la canoa sobre un remolino, y Caro, que era su piloto, luchó contra el remanso y la corriente. Todos sus esfuerzos fueron vanos; la barca, como poseída de un vértigo, daba vueltas y se acercaba cada vez más al centro del remolino, el que se señalaba por una abertura, especie de sumidero, llegando al cual era imposible toda salvación.

Caro, desesperado, increpó a Fabina:

—Ya lo ves, por salir tarde, siempre perdiendo tiempo con tus limosnas.



La batalla de Junín (1895), de
Martín Tovar y Tovar.

Fabina le replicó:

— Padre, el *Dios los lleve con bien* de aquella necesitada nos salvará.

Apenas fueron proferidas tales palabras, la canoa cabeceó sobre las amenazantes aguas y se deslizó rebelde a todo remo y a todo gobierno por un lado del remolino, y se halló a salvo contra la ladera.

—•—

Así habían pasado los años, y Fabina, a la sazón, cumplía dieciséis. La niña enferma se había desarrollado de un modo prodigioso. La cabellera negra y undosa, la frente pálida, los ojos rasgados de un azul sereno, la nariz recta, la boca pequeña y sonrosada, cuello de cisne, casto seno, cintura mórbida, manos alabastrinas y albos pies; el conjunto de aquella mujer seráfica, su voz, su hálito perfumado, el aire de distinción, un no sé qué de modesto, humilde o triste, todo, en fin, hacía de Fabina como la realidad de un ensueño o como una visión oriental. Sus condiscípulas la adoraban, la directora del colegio jamás tuvo por qué reconvenirla, las gentes sencillas, cuando paseaban por la albarrada, la señalaban con ternura murmurando:

— Esa es un ángel.

—•—

El desarrollo físico suele coincidir con el desarrollo moral; el espíritu, como la materia, tiene sus necesidades, y el alma, concentrada en la infancia, se expande más fácilmente en la juventud. Fabina, sin saberlo, amaba.

Montegranario Méndez acababa de regresar del Perú, adonde había ido en solicitud de su padre, el benemérito teniente coronel José Hilario Méndez, quien le había escrito desde Lima que estaba enfermo, sin fuerzas para regresar a la patria, y que antes de morir quería abrazarlo y bendecirlo. Montegranario llegó a tiempo a aquella ciudad para recoger el último suspiro de su padre, sus bienes particulares y el haber que le había tocado en la distribución hecha por

la República a los del ejército libertador. Tenía veintidós años, belleza varonil, hermoso carácter, grande energía. Acostumbrado estaba desde niño a la presencia de Fabina; pero a causa de la severa regla del colegio, pocas veces se habían hablado.

La víspera de partir para el Perú, al despedirse de su tía, la señora directora, dijo a Fabina, a la sazón de catorce años:

—Señorita, voy a hacer un viaje muy largo. Ruegue usted por mí, que Dios oye a sus ángeles.

Todas las noches la inocente niña lo encomendaba a Dios, y el recuerdo de Montegranario, y su presencia luego, grabaron su imagen en su corazón.

Caro, que hubo de notar la inclinación de su hija, fue a Mompox con el objeto de combatirla; pero todo fue inútil: Fabina supo resistir, y Montegranario, con permiso suyo, pidió su mano.

Concluida la demanda, Caro estuvo a punto de estrangularlo. Todas sus malévolas pasiones, un tiempo contenidas, se sublevaron en tropel. Increpó a su hija porque lo iba a dejar; porque olvidaba por un extraño sus cuidados y beneficios, y luego, encarándose con Montegranario, pálido, con la voz convulsa y los ojos encarnizados, le dijo:

— ¿Y quién es usted para pretender la mano de mi hija?

—Soy —le contestó Montegranario— un hombre honrado.

—Pero eso no basta —le repuso Caro con reconcentrada ironía—. Necesito saber quién es usted; su origen, sí, su origen.

—¿Mi origen?... Lo traigo de la República, caballero. Mi padre, el teniente coronel Méndez, hizo con el general Rivas la campaña de Venezuela; peleó en La Puerta, Gamarra y La Victoria; vino con Bolívar a Gámeza, Vargas y Boyacá; fue con Sucre a Pichincha, Junín y Ayacucho, y acaba de morir en Lima, cubierto de laureles y cicatrices.

— Eso es —exclamó Caro en el colmo del despecho—. Un hombre oscuro, un teniente coronel de insurgentes, un soldado de fortuna: su esposa tuvo que ser por fuerza alguna paya⁴⁷ del ejército.

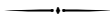
47. Payo, ya: ignorante, zafio, rústico.

— Se equivoca usted, caballero —le replicó Montegranario con altivez—. ¡Mi madre era una respetable matrona de Valencia, asesinada por los oficiales del rey en la Casa Fuerte de Barcelona!...

¡Imposible describir la sensación de Caro al oír el nombre de aquel calvario de la patria!... Por mucho tiempo estuvo aterrado, confundido. Los sucesos de 1817 debieron de transparentarse ante su vista con su repugnante deformidad. A ser Caro capaz de cualquier sentimiento generoso, habría aprovechado la ocasión para unir con sus propias manos, en las que apenas estaba oreada tanta sangre inocente, aquellos jóvenes puros, hermosos, condenados por él a la orfandad: quizás el cielo le hubiera sonreído. Pero, como hemos visto, aquel realista era propenso a lo malo; y así, apenas repuesto de su emoción, despidió a Montegranario, diciéndole en tono desabrido:

—Diré a Fabina su deseo de usted.

Aquella misma noche, Caro y su hija navegaban para el Peñón.



Seis meses habían pasado. Aquel Peñón tan concurrido, tan alegre, estaba sombrío. La maleza crecía en todas direcciones, porque Caro había despedido los trabajadores, a causa de que suponía que, al regresar los lunes de sus hogares, llevaban para Fabina cartas o memorias de Montegranario. En vano había luchado durante aquel tiempo por combatir en el corazón de su hija, empleando para ellos cuantos medios le sugería la imaginación, aquel amor malhadado, que tanto lo desesperaba. Fabina permanecía inflexible. Triste, resignada, atendía a las necesidades del hogar sin dejar escapar un suspiro ni una lágrima. Todas las mañanas iba a saludar a su padre, y ponía bajo sus labios su frente pálida y fría; por las tardes daba un corto paseo, acompañada de su única criada, una mujer de edad, o se iba al huerto inmediato a indicar a José María, el hijo de la dueña, la manera de trasplantar y de injertar algunos árboles.

Un día la madre y el hijo se alejaron del Peñón a hora desacostumbrada. Fabina, que desde la ventana de su alcoba vio partir la

barca, tuvo miedo, sin saber por qué; mas las horas pasaban, y Caro, como siempre, abstraído en sus ideas, ni siquiera se acercó a su hija sino llegada ya la noche.

—Fabina, quiero hablarte —le dijo.

La pobre niña creyó hallar en el acento de su padre algo amenazador, y tembló como la sensitiva bajo un hálito impuro.

—Cuando usted quiera, padre mío —le repuso con temblorosa voz.

La meseta del Peñón estaba limpia todavía, y a ella se dirigieron Caro y Fabina.

Un fúnebre crespón cubría el cielo, en el que no se divisaba ni una estrella; los vientos tibios del mar batían los árboles saturando la campiña de un olor salino, y las aguas, en tumbos sucesivos, se estrellaban contra el collar de piedras que forma la muralla del Peñón. Ante aquel espectáculo de la naturaleza, Caro no se conmovió siquiera; pero Fabina, opresa el alma, dejó correr sus lágrimas tanto tiempo contenidas, murmurando:

—¡Madre mía!...

—Sentémonos aquí —le dijo Caro, indicándole el asiento de piedra, desde donde Fabina solía contemplar las crecientes del río o las embarcaciones cuando subían a la vela.

—Nada ha bastado —continuó— para hacerle desistir de ese loco amor.

Fabina guardó silencio.

—Te he dado una educación distinguida; he trabajado al sol, viento y sereno durante largos años, para asegurarte un porvenir dichoso haciéndote rica; porque eres muy rica, hija mía. En cambio de mis cuidados, de mi ternura de siempre, intentas abandonarme ahora, cuando más te necesito, cuando me eres indispensable, cuando estoy acostumbrado a ti. Vuelve la vista, Fabina, y repara cómo las zarzas han invadido nuestros campos; oye el canto de la cigarra que ha reemplazado al de los trabajadores; la luz se esconde tras esos árboles que amenazan devorar tu alcoba blanca y perfumada; yo estoy enfermo, acongojado, y tú misma, hija mía, ya no eres tú. Desiste

de ese amor que a todos nos hace desgraciados. Oye, Fabina, ¡soy yo quien te lo ruega, quien te lo pide por última vez!...

—Padre mío —repuso la niña con acento doloroso—: yo he combatido este cariño con todas mis fuerzas, con todos mis sentidos, desde que comprendí que Montegranario no le era simpático a usted; pero, créame, el corazón me vence y no puedo olvidarlo. Es tan bueno, tan noble, tan generoso, que a pesar mío se me impone, y no puedo desechar su recuerdo que me tiraniza a toda hora, cuando riego mis flores, cuando hago mis bordados, cuando lo considero a usted ¡y hasta cuando me encomiendo a Dios!...

—Entonces, Fabina, vámonos de aquí. Podemos establecernos en La Habana o en la Península Española⁴⁸. El lujo, las necesidades de la vida social, distraerán tu imaginación enferma; quizá amas a ese joven menos de lo que tú misma te imaginas. Ponte a prueba, y considera que quien ha hecho viaje solo para buscar una herencia, es capaz de amar tu dote más que a ti.

—¡Imposible!... Montegranario es demasiado orgulloso para admitir nada que le vaya de nosotros. Hay caracteres que se transparentan en una mirada. Si yo lo creyera capaz de una indignidad... ¡ah!, ¡solo así podría olvidarlo!...

—Para conseguirlo, hay un medio más eficaz: imponte un nuevo cariño, y el deber y el honor te harán olvidar ese capricho de colegio.

—Pero ¿a quién podría amar como a él?...

—A mí...

Fabina no equivocó el sentido de las palabras, porque exclamó llena de espanto:

—¡Oh!, ¡eso es horrible!...

Y se levantó para huir.

Caro la retuvo por el vestido y la atrajo hacia sí.

—Oye —le dijo— el secreto de tu vida, y luego que lo sepas todo, resolverás lo que quieras: te dejaré en libertad.

48. Antiguo nombre para la península ibérica.

Fabina, pálida y temblorosa, el rostro cubierto con ambas manos, volvió a caer sobre el banco de piedra.

—Escúchame bien y no me interrumpas. Yo no soy tu padre, Fabina, pues ni siquiera he nacido en tu patria. Soldado del rey desde los principios de la revolución, hice la campaña de Venezuela hasta 1817. En el asalto dado por nuestras tropas a la Casa Fuerte de Barcelona, los oficiales se cebaron en las indefensas mujeres, y hube de recurrir en auxilio de ellas por mandato de mis jefes. Una señora, joven y bella todavía, traspasado el pecho a puñaladas, se arrastró hasta mí y me hizo la entrega de su hija. Yo le juré salvarte y educarte con las consideraciones debidas a tu rango y tu desgracia, haciendo en el templo de Dios y en presencia de aquel cadáver palpitante el voto de casarme contigo luego que tuvieras la edad. Por eso abandoné la carrera de las armas, que tanto me sonreía y en la cual hubiera alcanzado las más altas distinciones, por esta vida humilde, laboriosa, a ti entera consagrada, esperando el día de las revelaciones que acaba de llegar por fin.

— ¡Pobre madre mía! —exclamó Fabina, cayendo de rodillas, anegada en llanto—. ¡Perdón!, ¡perdón!, pero no puedo amarlo.

—Considera —le dijo Caro— que eres mi prometida ante Dios y ante tu madre... Por otra parte —continuó después de una ligera pausa—, Montegranario puede ser tu hermano: su madre fue asesinada en aquella ocasión fatal.

—¡Oh, no! —repuso Fabina, retorciéndose los brazos en su dolor—. Me lo hubiera dicho mi corazón, lo hubiera sentido mi alma. Tengo recuerdos vagos de mi madre, de usted cuando me desperté abrazada a una de sus rodillas, y no hago memoria de Montegranario, a quien estoy segura de no haber visto sino en el colegio de su tía. Pero, de todos modos, aclaremos el misterio, y si no resulta ser lo que usted supone, sea generoso, haga dichosos a dos huérfanos, y déjeme amarlo a usted como padre, como al mejor de los padres, puesto que, sin serlo, ha cumplido conmigo las obligaciones de tal...

Y arrastrándose hasta el sitio donde estaba Caro, se abrazó a sus rodillas en actitud suplicante, sollozando, transida de dolor...

Caro sintió un estremecimiento en su corazón y una crispatura en todo su ser. La levantó y la puso sobre sus rodillas; la rodeó el cuello y la cintura con sus brazos, y estampó en su frente virginal un ósculo impuro. A aquel fuego, Fabina volvió en sí y comprendió que el deseo hacía estragos en su padre; quiso gritar y le faltó la voz. Caro, entretanto, los ojos dilatados, secos los labios, jadeante la respiración, carbonizada la sangre, más estrechaba a su hija, sofocándola a besos y caricias. Fabina se defendía en aquella lucha desigual: un momento más, y la virtud hubiera sucumbido; pero, ¡Dios mío, tú estás en los cielos para mirarlo todo, y para no permitir que el vicio manche a tus vírgenes purísimas!... Fabina clama a ti en su angustioso trance... ¡protégela, Señor; no la dejes sucumbir!...

Una luz amarillenta que llenó el espacio y un trueno sordo que sacudió la tierra paralizaron en Caro todo movimiento; y Fabina, como empujada por invisible mano, rodó hasta el borde del Peñón.

Caro fue el primero en reponerse; amenazó al cielo con una frenética mirada y corrió hacia su hija. Fabina creyó percibir entre los pliegues del viento la voz de su madre, que le decía:

—¡Salva tu virtud!...

Y ya casi al alcance de Caro, se lanzó al abismo, murmurando:

—¡Piedad para él!...

Una como sombra vaporosa flotó ligera en el vacío; después se oyó un ruido semejante al que produce la caída de un cuerpo en el agua, y enseguida todo quedó sumergido en pavoroso silencio...

Caro, al borde del Peñón, como petrificado, creyó oír el golpe de un remo cuando quiebra las aguas, ¡y descubrir la argentada estela que deja un barco al alejarse!...

Todas las noches a la misma hora iba Caro al borde del Peñón, y principiaba por llamar muy quedo a Fabina; después prorrumpía en desaforados gritos:

—¡Miserable! Nunca será tuya, porque la tengo en un palacio encantado... ¿Quieres mis riquezas?... ¡Ven por ellas!... Pelearemos mano a mano; después al arma blanca. ¡Ven, que quiero pelear!... ¡Ven a pelear!...

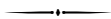
Y el fin de este monólogo era una estrepitosa carcajada: estaba loco.

Una noche, en traje de etiqueta, fue más temprano que nunca al Peñón: ¡iba a baile al Palacio de las Aguas! Después de muchas cortesías, paseos, sonrisas, cuchicheos, etc., se paró de súbito y estuvo largo tiempo silencioso y sombrío. Dirigióse al borde del abismo donde quiso detener a Fabina; midió de una mirada la distancia que lo separaba del río, y se precipitó en él murmurando:

—¡He tardado mucho!...

¿Iba al baile, o era que había recobrado el sentido y que renunciaba voluntariamente a la vida?...

¡Solo sé que las aguas se abrieron y se volvieron a juntar, describiendo multitud de círculos que se fueron ensanchando y perdiendo en la superficie del río!...



Un año había corrido. ¡Fabina con Montegranario volvió al peñón de Caro a cumplir un sagrado deber!...

Al desembarcar en el puerto, formado por un recodo de la parte abajo, José María, que los acompañaba, exclamó con sencillez:

—Señorita, aquí fue donde vine a ocultarme en la canoa después de que dejé a mi madre en la ladera: ¡por eso pude salvarla a usted!...

Fabina, enternecida, le tendió su mano, que el campesino besó respetuosamente.

Hermosa recompensa a su adhesión desinteresada y... ¿por qué no decirlo?, a su amor humilde, oculto, resignado: amor que nadie analiza ni define, porque lo creen imposible o demasiado bajo; como si las inclinaciones del alma pudieran medirse por las conveniencias sociales; como si el amor no fuera una chispa divina que prende también en el corazón plebeyo; ¡como si no fuera, en fin, el resultado de una mirada, de un movimiento de cabeza, de una sonrisa, a cuyo influjo todos estamos sujetos! ¡Amor sublime, por lo mismo que no se declara y que muere sin esperanza!...

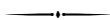
Las zarzas y los espinos se habían repartido aquel campo antes verde y florido. Fabina tuvo mucho trabajo para llegar al hogar; ¡para ir al Peñón y para arrodillarse en aquellos sitios sagrados, llenos para ella de tan extraordinarios recuerdos!... Oró largo tiempo con fervor. Recordó a su madre mártir; a su protector, con olvido de la manera triste como se habían separado; regó con lágrimas aquellos lugares en donde habían corrido serenos y plácidos los días de su niñez; besó la tierra y se alejó despacio y para siempre de aquel peñón solitario, ¡abrigo luego de bandidos y reptiles!...

Montegranario, que por respeto se había apartado de su prometi-da para dejarla cumplir con su tributo filial, se distraía, entre tanto, en saltar por encima de las piedras que formaban la muralla del Peñón, y descubrió el cuadrado saliente, medio oculto por las enredaderas silvestres. Se puso a descifrar aquellos números y letras enigmáticos, mas solo halló que el 1 y el 8 podían corresponder a una fecha de mes o de año; la letra F a Fabina (también a Fabián), y la A, R. C. O., al apellido CARO.

Fabina, de regreso a Mompox, trocó su vestido de luto por el velo y la corona de novia. Vivo o muerto su padre, iba a cambiar de estado y de nombre; a unir su suerte a la del hombre amado; ¡a pertenecerle!... Los derechos se trocaban; así lo ha dispuesto la sociedad.

Antes de la ceremonia, Fabina se arrodilló a los pies de la señora García, la que durante un año la había amparado en su orfandad; la generosa matrona de Jesús del Monte, adonde la condujo José María después de la noche triste, guiado por el renombre de piadosa de que gozaba en toda la comarca; ¡la que no quiso abandonarla, en fin, hasta que la vio feliz!...

—¡Noble señora —le dijo—, bendígame usted en nombre de mi madre!...



Cerremos esta narración fidedigna, con la siguiente reflexión:

Montegranario no era hermano de Fabina. Tenía la prueba de este hecho la directora del colegio, quien dio su consentimiento para el matrimonio. ¿Era ella, pues, madre de Montegranario? ¿Era simplemente su tía, la que cuidó de su niñez, después de asesinada su hermana en la Casa Fuerte de Barcelona? En cualquiera de esas dos situaciones, ¿fue ella alguna de las tres señoras que salvaron la vida en aquel sitio maldito?...

¡La Historia no es la Inquisición, y el que la escribe, no tiene derecho para descorrer el velo que oculta miserias íntimas!...

¡Alma santificada por el dolor... expiación de una falta que no es tuya!... La expatriación, las privaciones, el culto de la enseñanza, la austeridad de las costumbres, la ausencia de la familia, ¡oh!... ¡si fuiste desgraciada y todo eso no te ha redimido, que, a lo menos como una compensación, el cielo a manos llenas derrame la felicidad sobre tus hijos!...

El canónigo Macenet

Brión y Montilla, tras su arribo a Sabanilla, escribieron a Córdoba para que bajara pronto, con el fin de abrir la campaña sobre el litoral.

El presbítero Santiago Paérez Macenet, venciendo riesgos inauditos, fue el encargado de conducir los pliegos al primer destacamento patriota que se hallaba en Pinto, sobre la boca de Tacaloa.

El señor Restrepo llama, al doctor Macenet, Francisco, así como Tacalva a Tacaloa.

Estos errores de nombres de lugares y personas son muy frecuentes aun en los mejores autores.

El señor Larrazábal observa que el mismo Restrepo escribe *Aguín* por *Acquín* (Quijano Otero dice *Aquín*), puerto de donde zarpó la escuadra del Libertador en marzo de 1816; y que Baralt dice que Mariño fijó su cuartel general en la Cantaura, cuando no fue sino en las Sabanas de Cantauro.

Aunque estas correcciones, agrega, tienen poca importancia, es conveniente hacerlas para la exactitud de la historia.

Nosotros tenemos a la vista el expediente original formado por el canónigo Macenet, para comprobar sus servicios en los empleos que ejerció durante su vida; comprobado todo con los despachos del Libertador y del general Santander, y con espléndidas certificaciones de Montilla, Rieux, Córdoba, la Municipalidad de Santa Marta, varios obispos, provisos y autoridades subalternas, tanto del orden político como del eclesiástico; y ya que el señor Groot, en su *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*, ni siquiera hace mención del doctor Macenet, no obstante el principal carácter de su obra, hagámoslo nosotros para que no se pierda para la patria la memoria de sus buenos servidores.

Santiago Paérez Macenet nació en Santa Marta el día 23 de diciembre de 1778.

Hizo sus estudios en el Colegio Seminario de aquella ciudad, y se ordenó de presbítero en 3 de julio de 1803. Al siguiente año fue nombrado sacristán mayor de la iglesia parroquial de Valledupar, con licencia de confesión. En 1805 sirvió interinamente el curato de las Doctrinas de Bonda y Masinga, y en 1806 obtuvo dicho curato en propiedad. En 1810 se opuso al de la Catedral de la Diócesis (por concurso), y lo obtuvo sin contradicción. A principios de 1811, el Gobierno español le siguió causa por patriota, y lo redujo a prisión en el Seminario, de donde lo trasladaron, para mayor seguridad, a la cárcel pública; después a la goleta de guerra Junta de Sevilla, y últimamente a la fortaleza del Morro, con un par de grillos. En marzo de 1814 se fugó con otros compañeros, con extraordinario riesgo de la vida, y recaló a Cartagena; el Gobierno de Santa Marta, indignado, le confiscó todos sus bienes, que eran cuantiosos, dice la certificación del Ayuntamiento de dicha ciudad. En el mismo año fue nombrado capellán de la división del coronel Caraballo, y estuvo en campaña con él hasta la aproximación de Morillo a Cartagena, época en que recibió la orden de replegarse a la plaza. Sufrió todo el sitio sirviendo en la Proveeduría y ejerciendo su ministerio en los fuertes de la muralla. En la emigración fue apresado su buque, y habiendo recalado a Portobelo, se escapó del puerto, tomando como peregrino el camino de Granada, donde fue reconocido y enviado preso a Cartago. En esta ciudad lo tuvieron diez meses; de ahí lo enviaron a Panamá, y de aquí a Cartagena, en cuyas cárceles permaneció con grillos hasta 1817. A fines de este año, en atención vista al deterioro de su salud, lo confinaron a San Juan Nepomuceno, de donde se fugó para Sabanilla en 1820, cuando supo la llegada a aquel puerto de Brión y Montilla con la escuadra.

Ya sabemos la peligrosísima comisión que desempeñó cerca de Córdoba, estando todo el río en poder de los españoles, y los inmensos

beneficios que de ella se derivaron. Después fue destinado a la columna del coronel Carreño como capellán, y vino con ella a la Ciénaga y Santa Marta, donde permaneció postrado de las piernas, a causa de sus anteriores prisiones. El Gobierno quiso recompensar sus servicios, y lo nombró el 19 de agosto de 1825 para la chantría de la iglesia de Panamá, puesto que no aceptó, probablemente por sus males. Desde 1821 hasta 1839 fue, casi sin interrupción, elector por el primer Cantón, y electo diputado al Congreso en varios periodos, nunca aceptó, quizá por lo mismo que no pudo ir a Panamá. En 1831 le confirieron la canonjía penitenciaria de la iglesia Catedral de Santa Marta, después de haber desempeñado los puestos de juez hacedor de diezmos de la mitra, promotor fiscal eclesiástico y defensor de obras pías.

Desde 1835 se retiró al Colegio Seminario con el nombramiento de rector de él, donde vivió humildemente haciendo clases de latinidad, historia sagrada y teología dogmática, hasta el día 21 de enero de 1846, en que, como dijo su orador fúnebre, «su alma grande volvió al seno de Dios».

Un ordenanza infame

No hay quien ignore en América que Córdoba atravesó con su espada a un ordenanza.

—¡Cruel!... dicen los unos.

—¡Bárbaro!... dicen los otros.

Y los que blasonan de conocer los motivos por los cuales el héroe de Ayacucho cometió aquel homicidio, repiten:

—¡Presuntuoso!...

Esos motivos, que consigna la leyenda vulgar, son los siguientes:

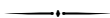
Córdoba, que tenía confianza y demasiado concepto de sí mismo, un día, vestido de riguroso uniforme, miróse al espejo y exclamó con orgullo:

—Joven, buen mozo, valiente, rico, amado de las mujeres, Córdoba, ¿qué te falta?

—Juicio, mi general —le contestó el ordenanza que se mantenía a poca distancia de él.

Y el guerrero, por eso no más, desenvainó la espada y lo pasó de parte a parte.

En el hecho estamos de acuerdo; pero veamos ahora la causa que indujo a Córdoba a cometer aquella muerte, en esta, sí leyenda histórica.



Con las fuerzas que bajaron por el río Cauca después de la acción de «Chorros-Blancos», en Antioquia, iba una voluntaria.

Dicen que había perdido a su marido en aquel combate, y que Córdoba, no obstante, lo hacía aparecer como presente en las listas de revista.

Y fue que se valió de este medio para darle una ración, porque la viuda no había querido regresar a Medellín.

¿Había motivos para ello?...

¡No lo sabemos!

Pero Misericordia, su hija, a la sazón de ocho años, se parecía tanto al general Córdoba, y gastaba éste con ella tales extremos, que en el batallón Antioquia, entre los oficiales y entre los individuos de tropa, no faltaban cuchicheos.

Quién decía que el cabo Uribe, muerto en Chorros-Blancos, ni siquiera había conocido a la viuda; quién, que era simplemente camarada de ella; en fin, todos concluían por que aquella mujer guardaba algún secreto.

¡Dicen que la mies brota lo mismo en el estiércol que en la almáciga guardada!...

Como es sabido, después de Tenerife, Córdoba ocupó a Barranca Vieja, en donde se detuvo, después de apresar la artillería enemiga, más tiempo del necesario.

¿Cuál fue la causa de semejante demora?

¡Misericordia era huérfana otra vez!...

—Fidel —le dijo Córdoba a su ordenanza, con enternecimiento—: esa niña queda sola en el mundo: ampárala, y sé tú su padre desde hoy.

—Muy bien, coronel —le repuso el ordenanza.

Y era de ver aquellas atenciones.

Misericordia, como La Hija del Regimiento, vestía uniforme de cantinera; solo que llevaba los galones de cabo 1.º y que pasaba revista de presente con el nombre de su padre.

Fidel y Misericordia andaban solos por todas partes. Rivalizaban en atenciones y cuidados para con el coronel. ¡En Barranquilla, en las Sabanas de Corozal, durante el sitio de Cartagena, en Pichincha, en Junín, en Ayacucho!...

Después de la ocupación del Alto-Perú y de los acontecimientos del año de 1825, Córdoba, general de división ya, paró mientes en la falsa posición en que se hallaba colocado, a causa de llevar consigo

a todas partes una joven de quince años, a quien los unos reputaban como allegada por la sangre, ¡y los otros como allegada por el amor!...

Y resolvió llevarla a La Paz y colocarla en un convento de monjas, en donde educaban señoritas.

El viaje, aunque con el beneplácito del Gran Mariscal, fue hecho con algún misterio, de tal modo que la ausencia de Córdoba ni siquiera se hizo constar en la orden general.

En el tránsito, el héroe se adelantaba de ordinario para alejar toda sospecha; porque a los quince años, casi no se concibe en las mujeres una inocencia purísima, máxime si han tenido la escuela de los campamentos y la sociedad de los soldados. Pero Misericordia era inocente como una alondra. Córdoba, ya se sabe, era hombre de pocas intimidades, adusto, temido; y su tolda de campaña o su casa particular, pues que en toda población siempre la montaba, no eran para el acceso de quienes lo querían. La niña andaba solo con el ordenanza, y este la cuidaba como a una hija.

Y para el caso de que se nos pidan pruebas de la inocencia y candor de aquella niña, allá van las siguientes:

Durante el sitio de Cartagena, Córdoba con su batallón apoyaba la artillería que hacía fuego sobre la ciudad desde la Popa. Montilla, general en jefe, rendido por el insomnio y la fatiga, llegó una mañana al cuartel del jefe antioqueño, y quiso descansar.

—Misericordia —le dijo—, sácame las canas de la cabeza, y por cada una ofrezco darte un caramelo.

La niña se dio a la tarea y a poco Montilla se durmió.

Aquello fue motivo para un arreglo de cuentas de nunca acabar. Montilla siempre estaba adeudado, según ella.

Después de Ayacucho, Monet se hallaba prisionero. La niña, que lo había visto partir con Córdoba antes de la batalla, le llevó una taza de café.

—Tómela usted, señor general —le dijo.

—¿Y quién es usted, que tanto se interesa por mí? —la interrogó el fiero castellano, picado entre la gratitud y la curiosidad.

—Yo soy la cantinera del general Córdoba —le repuso la joven con la más dulce inocencia.

En Chuquisaca, una mañana, Misericordia se acercó a Córdoba, algo enfadada, y le dijo:

—El Gran Mariscal te ama mucho, y tú no eres hombre para mandarme donde él a que me abrace y que me bese.

Ya sabemos que Bolívar llamaba a Sucre *impecador*. Acogió este a la niña, en quien antes había reparado con paternal cariño, y la besó en los ojos y en la frente.

Iban a llegar a La Paz.

Córdoba, que tenía casa preparada, se detuvo en una posada e hizo adelantar a Fidel y a Misericordia.

A la mañana siguiente llegó muy temprano, y con la impaciencia de su carácter, pidió sus prendas de parada.

Puesto de riguroso uniforme, mirábase al espejo.

—¿Y la niña? —preguntó.

¡El ordenanza guardó silencio!

—Quiero verla antes de hablar con las hermanas Mercedarias.

¡Fidel no se movió!

—¿Por desgracia, ha enfermado Misericordia?

El mismo silencio.

Córdoba, con un principio de disgusto, reparó en su ordenanza, ¡y lo halló pálido y trémulo!

Cerró instintivamente la puerta de la alcoba que daba salida a la sala.

—¿Y bien?...

—¡General!... ¡general!... —exclamó una voz que parecía salir de lo profundo.

¡Córdoba corrió!... ¡La pobre niña le tendió los brazos!...

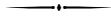
—¡Me hizo beber aguardiente!... le dijo.

Y cayó desmayada!...

¡Loco, ciego de furor, el León de los combates rugió de tal modo que hasta los elementos parecieron estremecerse! ¡Aquello era la conmovedora odisea de los dolores infinitos!... ¡Volvió a mirar

a todos lados y se halló con su ordenanza de rodillas, pidiéndole misericordia!

A tal nombre, lo que el héroe tomó por una profanación y un insulto, tiró de la espada y... ¡sin misericordia lo atravesó por el corazón!...



¡Si hubiera de seguirse un juicio moral a la memoria del general Córdoba por este hecho, yo apelaría a los padres de familia!...

¡Cosas de Sucre!

Es bien sabido que el general O'Leary y el coronel Illingroit eran paisanos y que se amaban. Pruébanlo, si no, el 22 de mayo de 1828 y los combates navales en los días 23 y 24 contra los buques de Guise, a Almirante del Perú; pero si se quiere una prueba más acentuada todavía, allá va un párrafo de carta, de tantas otras como se han escapado al compilador de documentos para las Memorias del ilustre general O'Leary.

Illingroit, y vaya esto como paréntesis, había sido sometido a juicio con motivo de la capitulación que celebró el 13 de enero de 1829, siendo Prefecto de Guayaquil, con José Beterín, agente de Lamar. O'Leary, que sabía la inocencia de su amigo, le escribía frecuentemente para consolarlo en su desgracia; y hombre de talento, al fin, amenizaba sus cartas con sabor propio para producir alguna distracción en aquella alma atribulada.

De la carta a que hemos hecho referencia, tomamos lo que hace relación a nuestro objeto.

«Ayer (14 de febrero de 1829), un sargento del batallón Rifles puso monstruosa a golpes a una voluntaria: entiendo que esta le pertenece y como que le habrá jugado alguna mala partida.

«Así y todo, la india se quitó de ruidos y se dirigió adonde el Gran Mariscal. Sucre la recibió con su dulzura ingénita.

—«General —le dijo—: yo vengo con usted desde Pichincha. Vea usted cómo me ha puesto uno de sus soldados.

—«¿Quién te ha maltratado así? —le repuso el héroe.

—«El sargento Juan Antonio Uribe.

—«Que lo traigan aquí en seguida —exclamó con visible desagrado.

«Poco después se presentó un ayudante con el sargento en cuestión.

—«¿Por qué ha maltratado usted a esta mujer? —le interrogó Sucre.

—«General, es mi comprometida, ¡y me ha sido infiel con el teniente Lizarazo!

«¡No era decoroso entrar en las investigaciones!...

«Habían tocado ya la orden generalísima.

—«O'Leary —me dijo el Gran Mariscal—: dicte usted un artículo adicional a la orden, dando de baja en el ejército al teniente Lizarazo.

«Luego se volvió hacia Uribe:

—«Mi sargento, yo no sé qué aconsejarle con respecto a la mujer que le ha sido infiel: ¡usted sabrá lo que hace! Preséntese arrestado en el *Principal* por quince días, y no olvide que hay un proverbio árabe que dice:

«*A la mujer no se le debe pegar ni con una flor*».



Antonio José de Sucre, segundo presidente de Bolivia (1895), de Antonio Michelena. Palacio Legislativo, La Paz, Bolivia.

Castillo Rada

A Ricardo Núñez

Dicen los señores Scarpetta y Vergara, en su *Diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y Perú*, que «el señor Castillo se ocultó a la llegada de Morillo a Bogotá, y que después de mil penalidades (las consiguientes a tres años en escondrijo) lució de nuevo para él la luz de la libertad con el triunfo de Boyacá en 1819»; y el señor Franco, en sus *Rasgos biográficos de los próceres y mártires de la Independencia*, que «perdida la República a consecuencia de los desgraciados sucesos del Sur y de la llegada de Morillo al país, Castillo anduvo prófugo de monte en monte por algunos meses, hasta que, vuelto a Bogotá de incógnito, fue reducido a prisión y sentenciado a sufrir la pena capital, salvándose del suplicio, según queda expuesto, merced a las simpatías que la sociedad le profesaba y a la rara magnanimidad de Tolrá»; que «vuelto a esconder después de libertado, permaneció oculto hasta tanto que los soberbios vencedores de Boyacá libertaron de los viles tiranos el suelo que habían sembrado de cadáveres Morillo, Enrile y el cobarde Sámano».

Este error ha sido anotado por el señor Corrales, dado también al estudio de la historia patria, en la carta que dirigió al director de *El Porvenir* de Cartagena, con fecha 18 de abril de 1880.

Al hacer yo las explicaciones que anteceden, entiéndase bien que es solo porque mi leyenda «Castillo Rada» se refiere precisamente a la época transcurrida de 1816 a 1819.

La verdad histórica es que Tolrá, después de una conferencia con el señor Castillo en el mismo calabozo en donde este estaba, le conmutó la pena de muerte por la de presidio en Omoa; «que, escoltado

en unión de otros patriotas, salió de esta Capital (Bogotá) para aquel punto, y que para tentar el medio de proporcionarles una muerte lenta y dolorosa, no los condujeron directamente a Cartagena, sino por el Quindío a Cartago, y de esta ciudad al Chocó, por caminos practicados solo de las fieras. El señor Castillo, con sus compañeros de infortunio, se embarcó por el Pacífico con dirección a Panamá; luego se le llevó a Portobelo, y de este punto fue conducido a Cartagena, donde permaneció por mucho tiempo, debido a la circunstancia de que el gobernador de Panamá se determinó a no cumplir la consigna de enviarlo al presidio de Omoa y ponerlo a las órdenes del capitán general don Francisco de Montalvo»⁴⁹. Castillo, pues, había mejorado poco o nada con la variación de su destino; en vez del presidio en Omoa, tenía ahora el trabajo forzado en Cartagena.

Sabido es que, a consecuencia del terrible sitio puesto a aquella ciudad en 1815, las familias de los patriotas habían emigrado para las Antillas; así que Castillo se halló como extraño en la tierra donde vio la luz primera, sin parientes, sin amigos, sin una simpatía de causa siquiera, porque hasta esas manifestaciones, lejanas en el sentimiento, el terror las había ahogado.

Consta, en un registro que yo tuve ocasión de consultar en Cartagena, que el DOCTOR JOSÉ MARÍA DEL CASTILLO RADA era el número 14 en la segunda escuadra del presidio.

(Perdóneseme este paréntesis. ¡Me brincan las carnes!)

Castillo en su escuadra jamás trabó conversación con ninguno de los reclusos: lo habían apartado de sus compañeros de infortunio y dándole adrede una sociedad de malhechores. Por las noches, antes de la hora de silencio, ellos platicaban entre sí mismos; así fue como

49. **Nota del Autor** (en adelante, **N. del A.**): *Efemérides y anales del estado de Bolívar*, obra inédita de mi amigo, el señor doctor Manuel Ezequiel Corrales.

supo Castillo que eran los unos reos de robo o de homicidio; los otros, de envenenamiento, estupro o incendio.

Sin embargo, un domingo, al salir de misa en la capilla de la cárcel, se le acercó llorando el número 7 y le dijo:

—Doctor, mi madre le ruega que me haga bueno.

Castillo a su pesar se detuvo y clavó una mirada penetrante en aquel joven, casi niño.

—¿Por qué te han condenado? —le interrogó.

—Porque di de puñaladas a un hombre —contestó sin turbarse el presidiario.

—Pero bien, ¿y qué te hizo para tanto?

—Señor, que en mi presencia abofeteó a mi padre anciano y achacoso.

Castillo estuvo a punto de abrazarlo.

Esas, sus últimas relaciones, le consolaron un tiempo. Ya podía hablar. Escribió con un carbón sobre la pared del calabozo las letras del alfabeto; el muchacho aprendió a conocerlas y pronunciarlas, a combinarlas luego. Los demás presos oían a veces y se burlaban las más.

Una noche hubo requisa de repente. En la cadena que pende de la cintura hasta el grillete, en los sacos que contenían las prendas de vestir, hasta en los rincones de la pieza, todo, todo fue examinado, revuelto, bien que nada hallaron que pudiera justificar una sospecha.

Esto no obstante, el carcelero gritó con agria voz:

—¡Número 7!

—Señor —contestó el infeliz muchacho.

—Sal al punto.

—¡Señor!... —repitió con lastimero acento, como quien pide favor.

—Sal, te digo. Bonito que estamos con ese acento de Magdalena. ¿Y cómo no lloras los domingos cuando pides permiso para hablar con la buena pieza de tu madre, ni cuando traes sus falsas noticias a ese pícaro insurgente? Vamos, vamos, sal, pillastre.

El señor Castillo no volvió a saber de Rafael, que tal era el nombre de aquel infortunado joven...

Las obras de macadamización⁵⁰, que tanto habían adelantado los españoles en la plaza del Matadero y en la calle de la Media Luna, estaban destruidos a consecuencia del sitio de 1815 y del fuerte invierno y del mar de leva en 1816. El Gobierno había dispuesto la reconstrucción de aquellas obras, y, en consecuencia, las 1.^a y 2.^a escuadras del presidio recibieron orden de trasladarse al Castillo de San Felipe, a efecto de que principiaran el camellón de la calle de la Media Luna, en la dirección de la plaza del Matadero, hasta encontrarse en los trabajos con las otras escuadras que de esta partirían para la calle indicada. Un catalán bonachón, buen vecino, antiguo cocinero en un buque de guerra español, que había dejado el servicio algunos años hacía, por un capricho con una negra de Getsemaní, de la cual le había quedado una niña de diez y seis años de edad, sacó la contrata para la provisión del rancho a los forzados.

Era Emiliana una mulata alta y delgada con los duros lineamientos de las razas cruzadas; pero tenía dulce carácter, alma purísima y alguna educación, debida esta al interés de la madre; porque los negros de Cartagena siempre en eso han sido cuidadosos. Todos los días a ciertas horas, cuatro o seis presidiarios con parihuelas se presentaban escoltados en casa del maestro Félix, que así se llamaba el padre de Emiliana; cargaban con los calderos y regresaban para la calle de la Media Luna, en donde las 1.^a y 2.^a escuadras pasaban trabajando todo el día. El catalán y su hija seguían a las parihuelas, y en llegando al sitio designado, formaban los reclusos alrededor de ellas, y padre e hija principiaban la distribución del grosero rancho.

Desde el primer día se fijó Emiliana en que un presidiario, aun en medio del trabajo, se aislaba de los demás con cierta moderación,

50. Se refiere a un tipo de construcción de carreteras desarrollado por John Loudon McAdam.

como para no herirlos. A la hora del rancho, sin entrar en rueda con sus compañeros, presentaba su plato de barro y se apartaba y comía lo necesario apenas para mantener la vida: era el último a quien servían y el primero en empuñar de nuevo la pala o el pico. Emiliana reparó más, y halló mucho de distinción en el porte del forzado; un tinte de resignación y de tristeza impreso en su fisonomía, y en sus ojos un brillo particular, algo de esa luz superior que pone Dios en el cerebro de sus privilegiadas criaturas. La mestiza, sin caer en la cuenta, principió a interesarse por el forzado; ella misma le servía, y dejaba en el fondo del caldero para el último plato, aquello del rancho que mejor le parecía. Esta delicadeza no pudo escapar por mucho tiempo al señor Castillo: una vez, al recibir su plato servido, halló en él una ala de gallina. Volvió los ojos sobre Emiliana con una dulcísima sonrisa y la envolvió en un vapor de luz infinita. La pobre muchacha sintió un dolor agudo en su corazón.

—Papá —le dijo al maestro Félix, al regresar para el hogar—: ¿quién es ese presidiario silencioso en el trabajo y que con tanto cuidado se aparta siempre de sus compañeros?

—¡Ay, hija mía!, no lo quieras saber: ese es un gran doctor, hombre de ciencias; el que ha hecho esta revolución maldita, alegando que Su Majestad el Rey puede mandar en España, mas no en estas colonias, que Dios hizo libres para los americanos.

—¿Y es ese su único delito? —preguntó la joven.

—¿Y te parece poco? —contestóle el padre.

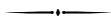
Emiliana guardó silencio.

Desde aquel día redobló sus cariñosas atenciones para con el señor Castillo, las que este, gracias a su tacto, sabía admitir sin comprometerla.

Así transcurrieron quince meses, cuando de repente corrió en Cartagena la noticia de que iban a fusilar al doctor Castillo Rada.

«Era que Sámano se propuso tener o reputar al doctor Castillo Rada, quien nunca había sido militar, por otro individuo llamado

José María Castillo, el que, habiendo servido en la milicia, fue condenado a presidio y la corte de Madrid no aprobó la sentencia»⁵¹.



¡La pobre Emiliana, al saber tan triste nueva, estuvo para volverse loca!...

Principió por preguntarse qué tenía ella de común con aquel presidiario, que había caído bajo la acción de la justicia; si de lo que le acusaban sería crimen también para ella, americana y de las razas desheredadas, que señores extraños con la violencia y por la fuerza habían reducido a la servidumbre; si todos no éramos hijos de un mismo Dios; y si sería justo dar muerte a un hombre en la flor de la vida, ¡después de infamado y de tanto como le habían hecho sufrir!... ¡Y sin poder resolverse estas cuestiones, prorrumpió en llanto, porque las mujeres, cuando se aturden en las ideas, se descargan de ellas con las lágrimas!

El señor Castillo había sido reducido a más estrecha prisión; cambiándosele por la barra el grillete.

Solo, en su calabozo, durante tres días mortales, ¡qué de pensamientos cruzarían por aquella cabeza portentosa!... ¡Quién sabe si recordó sus años floridos; cómo ellos corrieron plácidos, serenos, en la dulce Bogotá; sus triunfos como estudiante en el Colegio del Rosario; que había sido miembro del Colegio constituyente en aquella ciudad, en el de Ibagué, en el de la Villa de Leiva; gobernador en Tunja; su célebre nota a Nariño sobre cesación de la guerra; cómo lo disuadió para que emprendiera la campaña del Sur; sus artículos en *El Argos*, en los cuales demostraba la necesidad de centralizar la guerra y la hacienda; su autoridad en el ejercicio del poder ejecutivo de Nueva Granada; sus famosas palabras a Tolrá!... porque la soledad concentra el alma y despierta en ella los recuerdos. Así, el enfermo en su lecho, después de que habla, oye y medita, pasa revista en silencioso reposo a los objetos que le rodean: los cristales, el papel

51. N. del A.: *Efemérides y anales del estado de Bolívar*, Corrales, obra citada.

de colgadura, el ensamble de las maderas en puertas y ventanas, ¡las correcciones o defectos del estucado en el cielo raso!... ¡Quién sabe también si por una visión del alma vino en ensueños a halagarle la esperanza; y se vio libre del patíbulo y del presidio, y vio a su patria feliz! ¡Si creyó que los pueblos le llamaban al Congreso de Cúcuta; que de él no quiso aceptar la vicepresidencia de la República que declinaba en Santander; que iba para la Convención de Ocaña; que presidía el Consejo de Ministros; que arrebatava con su elocuencia en el Congreso de 1830; que Bolívar lo amaba, y que sus discípulos de Economía política le daban sepultura, a escote, a él, que había sido siete años secretario de Hacienda y que había manejado los \$ 30.000,000 del empréstito nacional!... ¡Pobre presidiario condenado a muerte, sueña, sueña con la verdad de tu destino! ...

A los tres días, Castillo sintió ruido de armas en la puerta de su calabozo y que descorrían con violencia los cerrojos.

«Ha llegado —pensó— mi última hora».

Y trató de serenar su rostro, para que los enemigos de la patria no le notaran la emoción.

Sámano se había persuadido, por fin, de que el doctor José María del Castillo Rada no era el comandante José María Castillo y otra vez lo mandaba a galeras.

Al llegar cerca al Castillo de San Felipe, alcanzó a ver a Emiliana que, triste y demudada, lo esperaba a la puerta de la fortaleza. Castillo lo comprendió todo y le tendió la mano enternecido; mas Félix, que estaba al lado de su hija:

—¡Abrázala —le dijo—, que bien lo merece, puesto que ha sufrido tanto!

¡Castillo, aunque desconcertado con la rudeza del padre, vino al encuentro de Emiliana, y en estrecho y largo abrazo, sus corazones latieron a compás!...

Pasados dos días, el pobre maestro Félix, con el grillete al pie, estaba en la misma escuadra que Castillo; sin más, sino que este, por esos trastornos numéricos que ocasionan las enfermedades y la muerte, había cambiado de nombre: ahora se llamaba número 3.

Los moradores de Cartagena estaban aterrados a los comienzos del año de 1819.

Habíase sabido por varios conductos que la viruela hacía estragos en las Antillas Menores, y nada se omitió para preservar a la ciudad de tan terrible mal. La limpieza en los alrededores, el aseo en las calles, la ciega de los pantanos, el ramoneo a las entradas, todos estos cuidados fueron encomendados al presidio. La visita de sanidad a los buques que llegaban al puerto era severa; inquebrantable la cuarentena: nada bastó, sin embargo.

Un día, el pavor se apoderó de la ciudad. Habíase presentado un caso de viruela en el barrio de San Diego y otro en el de la Catedral; al otro día, tres en el de La Trinidad y cuatro o seis en Getsemaní: estaba, pues, desarrollada la epidemia. Las matronas, con la diligencia innata a la caridad, andaban de puerta en puerta en solicitud de hilas, vendajes, subsistencia etc. Los hospitales estaban llenos de enfermos; casi no había camas. Una fetidez horrible circulaba por aquellos antros de putrefacción. Era en vano quemar resinas y pólvora; el aire no se desinfectaba.

Una noche entró Castillo en su cuadra rendido de emociones y fatigas, a descansar de las faenas del día, y se halló con que maestro Félix velaba.

—¿Ha sabido usted —le dijo— de Emiliana?

—Sí —contestó el pobre padre—, anoche la llevaron para el hospital.

Castillo recordó con dolor que en dos días no la había visto. Se dirigió a su número marcado en alto en la pared, tendió la estera que estaba debajo y se acostó sin articular una palabra: no pudo dormir.

A la semana siguiente, una madrugada, abrieron la puerta del calabozo y el carcelero gritó: «1, 2, 3 y 4».

Castillo se puso en pie, y colocado con sus compañeros en medio de la custodia, se dirigió al hospital.

A la entrada estaba el carro mortuorio, y de él tomaron el ataúd; pasaron luego a la sala de profundis, en donde ponían a los desahuciados para que los otros enfermos no los vieran expirar. ¡Santa piedad!

—Ese primero, que murió a las diez —exclamó el cabo de sala con un registro en la mano.

Puso una cruz al margen junto al nombre que anotaba, y continuó diciendo:

—Emiliana, hija del catalán de Getsemaní.

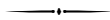
Castillo sintió que toda la sangre le afluyó al corazón, y como un golpe en la cabeza; flaquearon sus piernas, y tuvo necesidad, para no caer, de apoyarse en la pared...

¡Después, con ese imponderable dominio que los hombres superiores ejercen sobre sí mismos, se arrodilló al lado de Emiliana, la besó en la frente, la envolvió mejor en su blanco sudario, la alzó en sus brazos con todo respeto hasta colocarla en la caja fatal y puso encima la tapadera! ...

Los otros presidiarios, que presenciaban todo aquello, se dijeron por lo bajo:

—Quiere contagiarse.

—¡No! ¡Quiere morir!...



El carro y la escolta desfilaron. A cada chirrido de las ruedas al ludir con los ejes, corría Castillo al lado del ataúd: parecía que en las sacudidas se magullaban las formas vírgenes de aquella niña. ¡Oh!, ¡cuánta delicadeza tiene el dolor!...

Por fin llegaron a Manga. La gran fosa abierta para el día estaba cegada, que tanta así fue la mortalidad el 7 de febrero de 1819. Fue necesario abrir otra; Castillo tomó el azadón y se puso a trabajar con afán. ¡Después de haber concluido, dos reclusos levantaron la caja por los extremos, y al uno, dos, tres, rodó el cadáver hasta el fondo de la sepultura!... ¡El golpe lo sintió el número 3 en su alma!...

Cayó la tierra a paladas; se fue colmando la fosa, ¡y todo quedó parejo en la superficie de aquel vasto cementerio!...

El sol había principiado a aparecer abriéndose paso al través de una atmósfera de plomo; las aves cantaban con melancólicos trinos; ¡un aire letal se mecía en todos los contornos!...

El cabo de la custodia gritó en voz airada:

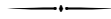
—En marcha.

Castillo no lo oyó: tan abstraído estaba en su oración.

—En marcha —repitió colérico; y sacudió en los aires el látigo con fuerza.

Al chasquido, volvió Castillo al mundo de la vida. Alzó sus ojos al cielo como para buscar inteligencia con el alma pura de Emiliana; los volvió a la tierra, ¡y por sus mejillas secas corrieron dos lágrimas, que fueron a humedecer el polvo removido!...

A la noche, Castillo se fugó de la prisión. ¡Quién sabe si Dios, cansado de las iniquidades de los hombres, rompió el grillete y la cadena del mártir; abrió las puertas de su calabozo y le puso en libertad segura!...



¡Seis meses habían corrido, fecha precisa! Bolívar triunfa en Boyacá. ¡Nueva Granada es libre para siempre, y uno de sus más esclarecidos ciudadanos, el doctor José María del Castillo Rada!

La sombra negra⁵²

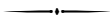
A Joaquín Lafaurie

Los historiadores ignoran, o aparentan ignorar, el porqué del apodo de Negro Primero dado al teniente Pedro Camejo. Páez mismo, tan justiciero con los valientes que lidiaron a sus órdenes en las campañas de Venezuela, consagra tres páginas de su *Autobiografía* a referir chistes y originalidades de Camejo, sin explicar tampoco de dónde proviene el mencionado apodo.

Quién sabe si este olvido sea por una especie de piedad, puesto que, de todos modos, es horrible derramar la sangre de nuestros semejantes; pero siendo así, Páez y sus comilitones debieron renunciar a sus nombres de combate: el León de Apure, el Tigre encaramado, los soberbios Dragones, etc., etc., no fueron menos sanguinarios que el Negro Primero.

¿O será porque este título, ya que por tal debemos tenerlo, es en cierto modo depresivo, si no del valor, sí de la destreza de los demás llaneros?

Sabido es que Camejo en los combates mojaba el primero su lanza: de ahí el dictado.



Era Camejo un esclavo de don Vicente Alfonso, rico propietario en el Apure. Por su valor y maestría en el manejo del caballo, como por su vigilancia, discreción y malicia, el amo lo destinó al servicio de las armas, y peleó contra Florencio Palacios en la acción de Araure. Una circunstancia lo hizo desertar de las filas del rey.

52. N. del A.: Conservo esta locución tal como me la dieron en Los Llanos. Por más irregular que ella parezca, yo no me he creído con derecho para hacerle ninguna alteración.

Después de la batalla, el ejército realista pernoctó en la Villa, y el jefe español obligó a Camejo a cavar sepulturas para oficiales peninsulares. Camejo reclamó de aquella distinción odiosa, mas en vano: era americano, era negro, era esclavo. Con otros de su misma condición se puso, pues, al trabajo ya bien entrada la noche.

Camejo refería después, con infantil candor, sus sustos durante aquellas horas mortales. Jamás había entrado a un cementerio; y, sea por los vicios de la educación española, o porque la mansión de la muerte impone de suyo, el negro esclavo sudaba a torrentes, erizado el cabello, espeluznado el cuerpo. El tropezar del pie con una cruz de madera musgosa y movable al buscar apostura para descargar con la azada el golpe en la tierra, el olor nauseabundo, el hundimiento de la barra cuando esperaba hallar resistencia, la pala al chocar con las gruesas arenas y las piedras menudas, aquel hacinamiento a los bordes de la sepultura de barro húmedo, pedazos de madera y humanos despojos; y todo esto iluminado a los rayos moribundos de una luna que se apaga en el horizonte, cuando se oyen a lo lejos el canto monótono del gallo y los aullidos del perro, y cuando un viento tibio a bocanadas nos da en el rostro; pues a fe que en situación semejante fuera de verse a cualquiera de esos hombres despreocupados que se ríen y se burlan de la muerte.

A la noche siguiente, Camejo tuvo sueños horribles.



Una procesión de espectros, precedida por una *Sombra negra*, llegaba hasta su lecho y le interrumpía el descanso. Era en vano apartar con la mano aquella visión importuna; en vano cerrar los ojos y volverse a éste, al otro lado: la Sombra, siempre delante, le abría los párpados, obligándole a fijar la mirada, y con sólo tocarlo, crispaba sus miembros con las apariencias de la muerte. Quería hablar, pero la voz se ahogaba en su garganta.

Camejo no pudo evitar que lo amortajaran, que lo encerraran en la caja fatal. Camino del cementerio, la Sombra, en esas posas ordinarias

en todo entierro mayor, atravesaba por en medio de aquel concurso de espectros, y se llegaba al negro, y le decía al oído:

—Bien merecido lo tienes, puesto que fuiste a turbar el reposo de los muertos.

Y seguía la fúnebre procesión, y la Sombra volvía y revolvía, y el desdichado Camejo veía cómo cruzaban en tropel ante su vista aquellos despojos humanos que él había removido la noche anterior en el seno de la tierra; cómo se buscaban los huesos y se juntaban; cómo se animaban luego, y cómo de aquellas calaveras con remedos de bocas, salían voces de otro mundo que exclamaban:

—¿Qué mal te hice para que fueras a inquietarme?

—¿Por qué no me dejaste dormir?

—¡Maldito seas, negro esclavo!...

Camejo sentía un frío letal, que discurría por todo su ser. Trataba de moverse, de pedir socorro, de volver a otro punto los ojos, pero la Sombra le salía al paso para detener cualquiera de sus impulsos.

Así llegaron a la puerta del cementerio.

Una luz amarillenta iluminó de pronto aquella necrópolis. Las cruces negras, con sus letras y números blancos, señalaban el derrotero del camino; las bóvedas saltaron en pedazos con lúgubre son; la tierra se esponjó como levadura y nuevos espectros vinieron silenciosos a formar en calle. Un canto que salía de los osarios daba más triste solemnidad a aquella fúnebre escena.

Camejo reparó en que le tenían destinada una de las fosas que él mismo había abierto en otro tiempo, y trató de incorporarse; mas la Sombra paralizó su sensibilidad.

Vio cómo le conducían al borde de ella y que en ella lo botaban; sintió que la tierra buscaba su nivel; que los espectros volvían a sus tumbas, que las cruces las señalaban de nuevo, que cesaba el canto, y que de pronto, bajo el montón de tierra, la Sombra negra lo estrechaba contra su seno murmurándole al oído:

—¡Voy a revelarte ahora los secretos de la tumba!

Camejo se despertó adolorido y con ese malestar de ánimo que sucede siempre a una pesadilla.

Páez, en su *Autobiografía*, no refiere todos los pormenores acerca de la manera como se le presentó el Negro Primero; pero nosotros, que contamos largos años de andar en pesquisas de tradiciones y memorias, tenemos el deber de consignarlos aquí.

Desde luego, Camejo quedó aterrado con aquel sueño que, dada su condición, tenía que ser para él una revelación del demonio.

Meditó, en la esfera de su inteligencia y a la luz de la superstición, acerca de aquella noche en que había ido a turbar el reposo de los muertos y recibido por ello el castigo merecido; que lo habían obligado, bien es cierto, así como también que obedeció sin voluntad; de donde dedujo que somos nosotros mismos quienes podemos estimar mejor las acciones buenas y malas, y no un déspota o amo. De este raciocinio a la idea de la libertad, no hay más que un paso. Camejo, pues, vino convencido a las filas de la independencia.

—Comandante —¡le dijo a Páez después de la acción de Yagual!—, yo he peleado contra usted; pero quiero ser libre, quiero pelear ahora por la libertad: recíbame en su gente.

—Está bien —contestó el héroe con indiferencia—. Ve a que te alisten en el escuadrón Guías, y escoge lanza y caballo.

—Pongo una sola condición —observó el negro.

—Vamos, despacha pronto, ¿qué quieres?

—Que el día en que asaltemos alguna ciudad o pueblo, no me destinen al ataque del cementerio, ni a defenderlo si somos atacados en él; ¡y que si me matan, no me entierren en camposanto.

Los llaneros son creyentes, y Páez, disgustado, reparó en el negro con torvo ceño. Sin embargo, para concluir le dijo:

—Concedido.

Camejo lanzó sombrero al aire y gritó lleno de alborozo:

—¡Viva la libertad!...

Después, la historia reza sus hazañas. Vino Pedraza. El Mamón, Barinas, Chorrera, San Juan de Payara, Coplé, Misión de Abajo, Orionsa, Sombrero, San Fernando, Biruaca, Ortiz, Rincón de los Toros,

Cogedes, Guayabal, Cañafístolo, Gamarra, Queseras del Medio, Sacra-Familia, ¡La Cruz!...

La Cruz fue una acción terrible y sangrienta.

El 22 de julio atacó Páez con 500 caballos, y don Juan Durán, con 350 veteranos del batallón Barinas, le cerró el paso en todas las bocacalles del pueblo.

Páez porfió.

Con aquellas cargas, que solo sus llaneros sabían dar, obligó al enemigo a concentrarse en la plaza y en el cementerio; entonces nuestro héroe dividió sus jinetes en dos grupos y ordenó un ataque general. Él atacó por la plaza y el coronel Urquiola por el cementerio, pero a un mismo tiempo fueron rechazados. Otro ataque, un tercero: todos fueron inútiles.

El batallón Barinas estaba sin un oficial siquiera: lo que restaba de las compañías era mandado por sargentos o cabos. Nuestras mejores lanzas yacían también por el suelo. Urquiola, el comandante Navarro, el mayor Gamarra, Gómez, Arraíz, Estévez, Ledesma, Peña, Oliva... ¡oh!, ¡qué carnicería aquella!

El Negro Primero era el oficial de mayor graduación que quedaba al frente del segundo pelotón, y recibió orden de atacar. El asalto fue prevenido con un toque de *atención*, al que siguió el de la señal de *degüello*. Páez, por fin, penetró en la plaza, y por sobre un montón de cadáveres voló con veinte húsares en auxilio del Negro Primero; mas este había ocupado el cementerio, y Páez lo halló con el caballo hundido en tierra hasta las rodillas, rígido sobre la silla, rendida la lanza.

—Camejo —le dijo—, ¿te han herido?

—No, peor que eso —contestó el negro.

—Pero ¿quién demonios te detiene ahí?

—La Sombra negra...

—
Camejo desobedeció la orden de pernoctar con sus jinetes sobre el campo conquistado, gloria que reclama y disputa siempre todo vencedor, y se retiró a las afueras del pueblo.

En vano Páez amenazó, rogó: el Negro Primero estuvo inflexible.

—Durante el combate —le dijo—, era mi deber obedecer. Después del triunfo, reclamo la palabra de mi general.

Páez recordó la palabra dada y comprendió que no tenía el derecho de insistir.

—Pero explícame a lo menos: ¿cómo es que te bates como un león y luego te asalta el miedo como a un niño?

—Porque yo no temo la muerte, sino a los secretos del cementerio. ¡Ah!, yo la vi, yo la oí —continuó el Negro Primero, animándose—. ¡Si mi general supiera!... Al saltar por encima de las tapias, un vapor que brotaba de la tierra principió a tomar forma delante de mí. Yo cargaba y volvía a la carga y el vapor se iba convirtiendo en una Sombra negra. Ya no había enemigos; todos habían perecido en la punta de nuestras lanzas, y entonces la Sombra detuvo mi caballo por la brida, lo hundió de patas en la tierra y, acercándose a mi oído, me dijo airada:

—¡Temerario!...

A su voz, sentí mis brazos y mis piernas rígidos; el frío de la muerte se apoderó de todo mi ser; no hallé voz para llamar a mis jinetes, y mis ojos, como paralizados en sus órbitas, no dejaban de mirar aquella risa satánica que plegaba sus labios y que en sueños otra vez me había aterrado.

—¡Temerario! —repitió—, ¿para qué vienes a turbar la paz del cementerio?

Y me atraía hacia sí, y se resbalaba conmigo bajo los cascos de mi caballo, y en tocando el fondo de la fosa me dijo:

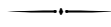
—¡Voy a revelarte ahora sí los misterios de este sitio!...

—¡Perdón, perdón! —le repuse—; la culpa no fue mía!

—Vete, pues, —agregó, por último—. Van dos veces ya: a la tercera... no habrá piedad para ti.

Páez guardó silencio porque no podía comprender aquel desvanecimiento de ideas, y repasó el Apure, con lo cual renunció a las ventajas que había alcanzado en aquella acción sangrienta y desigual.

Después del combate en la Cruz, el Negro Primero no se ocupó más que en disciplinar reclutas, domar caballos, coger toros y ponerlos en dehesa.



No había corrido un año todavía.

Era el 24 de junio, 2.^a Carabobo.

El ejército español, en línea, al frente de la llanura, aguardaba la batalla.

El batallón Apure comenzó a pasar el desfiladero por un movimiento sobre la derecha, y Burgos, Hostalriche y Barbastro llegaron a tiempo para detenerlo.

El Británico⁵³ refuerza al Apure; con todo, no pueden atravesar el riachuelo que corre antes de llegar a la Pica de la Mona.

Entonces Páez manda cargar por el flanco izquierdo un cuerpo de caballería, compuesto del escuadrón Guardia de Honor y del Estado Mayor montado.

El enemigo abandona la altura para hacer frente a nuestros jinetes, ¡y el Negro Primero cae muerto al cerrar contra Barbastro!⁵⁴...

El Negro Primero, por sus preocupaciones y su nombre, no quedaba bien en un estrecho cementerio. ¡Necesitaba de amplia tumba, al calor del sol, entre bosques de laureles y rodeada de trofeos!... Dios, que así lo dispuso, iluminó la bóveda del cielo en la noche serena que sucedió al día de la batalla; ¡un ángel batió sus blancas alas sobre la tumba del héroe, y la Sombra negra huyó a perderse para siempre en el antro de las eternas inquietudes!...

53. Se refiere a la Legión Británica o batallón Albión, constituido por mercenarios británicos que lucharon al lado del bando independentista.

54. **N. del A.:** «En Carabobo 2.^a, la primera bala que se disparó privó de la vida a este hombre sencillo, modelo de los valientes, dejando a Bolívar y a Páez sumidos en el dolor». Scarpeta y Vergata, *Diccionario biográfico*.

José Antonio Anzoátegui

A José David Guarín

Mi querido David: muchas veces hemos hablado del general Anzoátegui, y yo, que soy doble hijo de los próceres de nuestra independencia —por lo que les debo y por lo que en el estudio de la historia he aprendido a amarlos—, te agradezco el cariño y la veneración con que siempre los recuerdas.

Me has traído a la memoria, en ocasiones, que el ilustre barcelonés hizo la campaña de Oriente durante la dominación, en Venezuela, del feroz Monteverde; que en 1813 y 1814 casi no hubo día en que no batallara; que Mosquitero, Bocachico, Araure, Carabobo, San-Mateo, el regreso de Los Cayos, Carúpano, Ocumare, Quebrada-Honda, Alacrán, Juncal, San Félix... ¡Ah! Sería interminable esta, en donde Anzoátegui fue ascendido a general de brigada por el mismo a quien más tarde debía condenar a muerte en un Consejo de Guerra, borrando con sus lágrimas las letras de su nombre a medida que lo escribía: ¡doloroso deber al cual jamás se vio sujeta humana criatura...!

Tú me has dicho que Anzoátegui, en Guadualito, hizo parte como vocal en el Consejo que allí reunió el Libertador para consultar la campaña sobre Nueva Granada, y que, con Manrique, se pronunció en favor de la idea.

Mucho te he oído hablar de Sombrero, Semén, Ortiz, Cogedes. ¿Para qué recargar con tanta gloria a quien no pudo resistir su peso y que con él, agobiado, se rindió a los 30 años de su edad?

Todo eso está muy bien, David; ahora, escúchame tú.

En la galería de retratos por Rubiano, quizá los menos correctos, pero los más parecidos, de todos cuantos se encuentran en las otras del Continente americano, hay una figura que llama, desde luego, la atención.

Joven, serio, pobre de belleza y de carnes, Anzoátegui manifiesta lo que al correr de la pluma indica Santander en sus *Apuntaciones para la historia*⁵⁵: «La voluntad de cumplir lo que hiciera otro cualquiera». Cejijunto, y oleada su frente por precoces arrugas, revela en ella el pensamiento que lo agita: el labio superior contraído hacia el extremo izquierdo, como para dar salida a la voz de mando en las terribles cargas; sus ojos negros y brillantes están como abstraídos en la contemplación del mundo exterior; pero no, por un fenómeno de doble efecto, sus ojos miran a su alma, que acongojada se halla por los sucesos de 1814, que venir le hicieron por estas tierras con su despedazado batallón, en los despedazados restos del ejército del general Urdaneta. Anzoátegui fue de los del Arado y Mucuchíes, y dicho se está todo.

Mas no importan los desastres. Bolívar, que en todas partes se halla para repararlos, recibe en Cúcuta a Urdaneta; llega con él a Tunja, y antes de moverse sobre Bogotá, reorganiza los cuerpos y los sitúa según su plan de campaña. Anzoátegui por unos días hizo la guarnición de Duitama.

¡Lástima, y grande, es que tú no conozcas aquella partícula del cielo desgajada sobre Boyacá!

En la dirección de Tunja para Santa Rosa, subes por una cuesta agria, y a medida que vas coronando la eminencia, principia a aparecerse un valle hondo que corre suave de las faldas de la cordi-

55. El título de la obra es *Apuntamientos para las memorias sobre Colombia*.

llera hasta perderse en un valle de infinita verdura: las calles tiradas a cordel; ¡las casas blancas, los patios llenos de limoneros y naranjos, templado el sol, mucha luz, mucho perfume!... Con razón que el Libertador, que también era poeta, hubiera pensado en edificar en Duitama la «Ciudad Bolívar», capital de la gloriosa Colombia. No extrañes, pues, que Anzoátegui, en medio de aquella atmósfera oriental, hubiera amado con toda la fuerza de su eléctrica naturaleza.

—Dime, David: ¿nunca has oído hablar de Cecilia Gómez? Pues bien, Cecilia era un tipo con todas las correcciones de la belleza.

Blanca y pálida, virgen de Duitama, grandes, negros los ojos y el cabello, duros los labios, perfecto el cuello, ancha de espaldas, levantado el pecho, como de junco la cintura, breves las manos y los pies... ¿Te habían interesado el héroe y sus desgracias, o sentías la necesidad de amar?...

Tras un encuentro, una palabra de cortesía; después de una declaración respetuosa, una mirada húmeda y larga; un apretón de manos; un beso, otro y otro... ¡Ah!, no hay virtud que pueda resistir el tercero...

El batallón se puso en marcha, que así lo había dispuesto el Libertador. Anzoátegui a la cabeza, coronó la cumbre de la montaña, serio, frío, sin articular una palabra. Al quebrar el lomo de la cuesta, hizo alto y dilató sus ojos sobre Duitama como en señal de despedida, y parecióle ver una mujer en actitud propiciatoria, cara al sol, la que no notaba siquiera cómo el astro rey avanzaba en su camino rompiendo por entre los blancos celajes. ¡Si aquella mujer era Cecilia, Dios como de la mano la había llevado a la contemplación de la imagen fiel de su pecado!...

La Independencia andaba aprisa. Anzoátegui había regresado para Venezuela, vuelto a Nueva Granada. Hallóse en Gámeza, Vargas, Boyacá. Era general de división; no le cabían en el pecho las condecoraciones; iba a mandar en jefe el ejército del Norte: ya era bastante.

Llegó por último a Pamplona; ¿y cuál sería su sorpresa cuando, al volver de la calle principal para dar en la plaza, se halló cara a cara con Cecilia, que parecía aguardarlo desde uno de los balcones?

Ahora, ¿estaba ella allí en espera, o la había retenido el infierno en aquel sitio para que Anzoátegui la contemplara, y para que desde ese momento se apoderase de su alma el deseo que aviva el recuerdo y que consume y mata?

Sea lo que fuere, es lo cierto que Cecilia estaba hermosa como nunca, y que Anzoátegui quedó deslumbrado al contemplarla.

Porque cosa sabida es que todas las edades tienen sus exigencias, sus gustos naturales. Anzoátegui tenía treinta años, estaba en la plenitud de la fuerza, y Cecilia contaba veintidós. Un joven halla la armonía en la juventud de la mujer: un hombre, en la mujer formada. Con razón, pues, que Anzoátegui encontrase cierta arrebatadora corrección en las facciones de la virgen de Duitama; cierto desarrollo en las formas; ese no sé qué majestuoso en el porte, que la mujer sabe acentuar con un movimiento de cabeza o con una elipse de cintura.

Anda, héroe, a descansar de tu camino; paga cariñoso tributo al pueblo agradecido que en triunfo te recibe; oye con orgullo cómo, desde el gobernador de la provincia hasta el alcalde del barrio, te aclaman por tu nombre; cómo refieren tus hechos gloriosos uno a uno; ¡ya se ve, eres Anzoátegui! Mas, pecador de ti: en ovación tan merecida, nadie ha traído una gota de miel para tu labio; ninguna mano ha buscado, para arrancarla, la espina que te parte el alma.

¡Lecho de Procusto⁵⁶, en él revuélvete, pobre mártir! Combina ideas, ensaya frases, búscale acentuación al sentimiento: escribe, enmienda, corrige, borra... ¡Imposible!, que nadie en el mundo ha sabido

56. Procusto fue un personaje de la mitología griega que asesinaba y robaba a sus huéspedes con un particular método: los invitaba a acostarse en una cama de hierro; si sobresalían de ella, cortaba las partes del cuerpo que superaran las dimensiones del mueble, y si eran más pequeños, los descoyuntaba a martillazos para estirarlos y hacerlos coincidir con el tamaño del lecho. Se decía que ninguna persona coincidía con el tamaño de la cama porque, de hecho, tenía dos: una grande y una pequeña. El héroe Teseo dio fin a la vida de este criminal usando su propio método.

escribir cartas de amores o cartas de pésame, porque en las primeras sobran las simplezas y tonterías, así como en las segundas falta el dolor.

—•—

Cecilia había recibido la primera carta del héroe sin emoción siquiera: la leyó con cierto aire de indiferencia, o con esa seguridad de la mujer cuando se siente fortalecida en la virtud. Anzoátegui cobró aliento y escribió la segunda.

Durante dos días, que fueron dos siglos para él, estuvo preocupado, alegre, triste, risueño, irascible, festivo; en una palabra, en esa situación de ánimo en que este desmaya o crece con las alternativas de la esperanza. Mil veces quiso interrogar a cuantos le visitaban acerca de Cecilia; saber de su pasado durante ese lustro en que había perdido su huella luminosa; coordinaba en su cabeza fórmulas indirectas, delicadas; pero la palabra nomás, al pronunciarla, moría en sus labios; sentía susto en el corazón y volvía hacia otro lado los ojos, temeroso de que su pensamiento fuese leído en ellos. Y es que hay en nosotros cierto pudor innato, invencible, en tratándose de cuestiones en que no tenemos bien puesto el honor.

Amaneció el tercer día. Anzoátegui estaba desesperado. Como a las dos de la tarde le anunciaron una visita: vaciló en recibirla, pero cedió a la cortesanía.

—Señor general —le dijo el recién llegado, después de los cumplimientos de etiqueta—. Tengo encargo de poner en manos de usted estas cartas —y así diciendo, le presentó las que Cecilia había recibido en dos días anteriores: la una abierta, cerrada la otra.

—¡Caballero! —exclamó Anzoátegui poniéndose en pie y como si las furias del infierno le hubieran mordido en el corazón.

—Me explicaré, señor general.

—Sí, pero enseguida, enseguida —contestó este avanzando contra su interlocutor, asida una silla por el espaldar con crispada mano, chispeantes los ojos y echando espumarajos por la boca.

—Es que...

—¿Es qué? —le interrumpió Anzoátegui, tomándole del cuello y buscando con rápida mirada una arma para darle muerte—. ¿Es qué?...

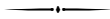
—Soy el marido de Cecilia —repuso el esposo ultrajado con voz firme.

Anzoátegui se sintió sacudir en todo su ser. Rugió como un león herido y dio un paso atrás: estaba pálido como la muerte.

—¡Ah!... es usted... —fue lo único que pudo articular.

—Sí, señor general, yo soy el hombre afortunado que posee ese corazón. Cecilia ha sido leal conmigo; antes de corresponder a mis solicitudes, me hizo la relación de su vida en Duitama. Alma caída, yo la he levantado para devolvérsela a Dios. Ella y dos ángeles, fruto de nuestra unión, le piden a usted paz para mi hogar. No se puede ser valeroso sin tener buenos sentimientos. Apelo a su hidalguía, señor general.

—¡Piedad!... —fue lo único que éste pudo articular...



¿Y habrá quién dude de que una afección moral mata más rápidamente que todos los dolores físicos?

¡El 15 de noviembre de 1819 cerró Anzoátegui sus ojos a la luz de la vida!... El vicepresidente Santander decretó que el Ejército de la República, en señal de duelo, vistiera luto por ocho días. Bolívar, abrumado de pesar, exclamó: «Habría yo preferido la pérdida de dos batallas a la muerte de Anzoátegui. ¡Qué soldado ha perdido el ejército, y qué hombre ha perdido la República!». ¡Nueva Granada lloró a uno de sus libertadores, y a la esposa honrada le fue permitido recordar al héroe con una corona de laurel sobre su tumba!...

Candelario Obeso

¡Obeso me amaba con particular cariño!
¿Cuánto le correspondía yo?...
¡Solo Dios, que es la verdad, puede medir la diferencia entre
nuestros recíprocos afectos!...

Una ocasión, de tantas como tuvo difíciles en su vida, se presentó en mi pieza y me dijo:

—General, necesito de la firma de usted.

—Disponga de ella —le repuse sin vacilar.

—Firme, pues —y me presentó un escrito en papel común con la estampilla nacional.

Yo firmé sin saber lo que firmaba.

Obeso tenía derecho para esperar de mí ese voto de confianza.

Un mes más tarde, estábamos a 28 de diciembre de 1880.

El señor don Daniel Acevedo, persona que también amaba a Obeso; grande amigo mío, como que tenemos la tradición de la infancia, del colegio y de los campos de batalla, se entró de rondón en mi pieza, y sin saludarme siquiera, sin exordio, me echó a la cara estas palabras:

—Candelario está vendiendo gran parte de sus libros.

—¿Y eso por qué? —le repuse, sin comprender el sentido de sus palabras.

—Porque hoy se le cumple el plazo en el Banco Popular.

—Pero bien, ¿y qué? Explícate.

—¿No recuerdas que hace un mes le dimos nuestras firmas para que tomara en el Banco \$ 200?

—¡De veras! —le dije, tratando de componer mis ideas.

—¡Pero, hombre! —exclamó Daniel, con principio de mal humor—, ¿te olvidas de que la obligación está firmada por los dos como fiadores?

A estas palabras, todo lo comprendí.

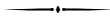
Permanecí por unos momentos meditabundo, y luego le dije:

—Tú, que eres más experimentado que yo en estos asuntos, aconséjame: dime lo que debemos hacer.

—Pues está claro: impedir que Obeso se deshaga de sus libros y pagar la obligación.

¡Dirigí a Daniel una mirada de angustia!...

—No hay remedio —continuó con noble decisión—, yo me voy al Banco; ve tú donde los usureros; y si hubiere que pelear, ese es tu oficio.



Como es sabido, por la época a que me refiero, mi situación era bien triste. Los sucesos políticos del estado del Magdalena me habían traído a esta capital, entré derrotado y prisionero. ¡Valieronme entonces antiguas relaciones!...

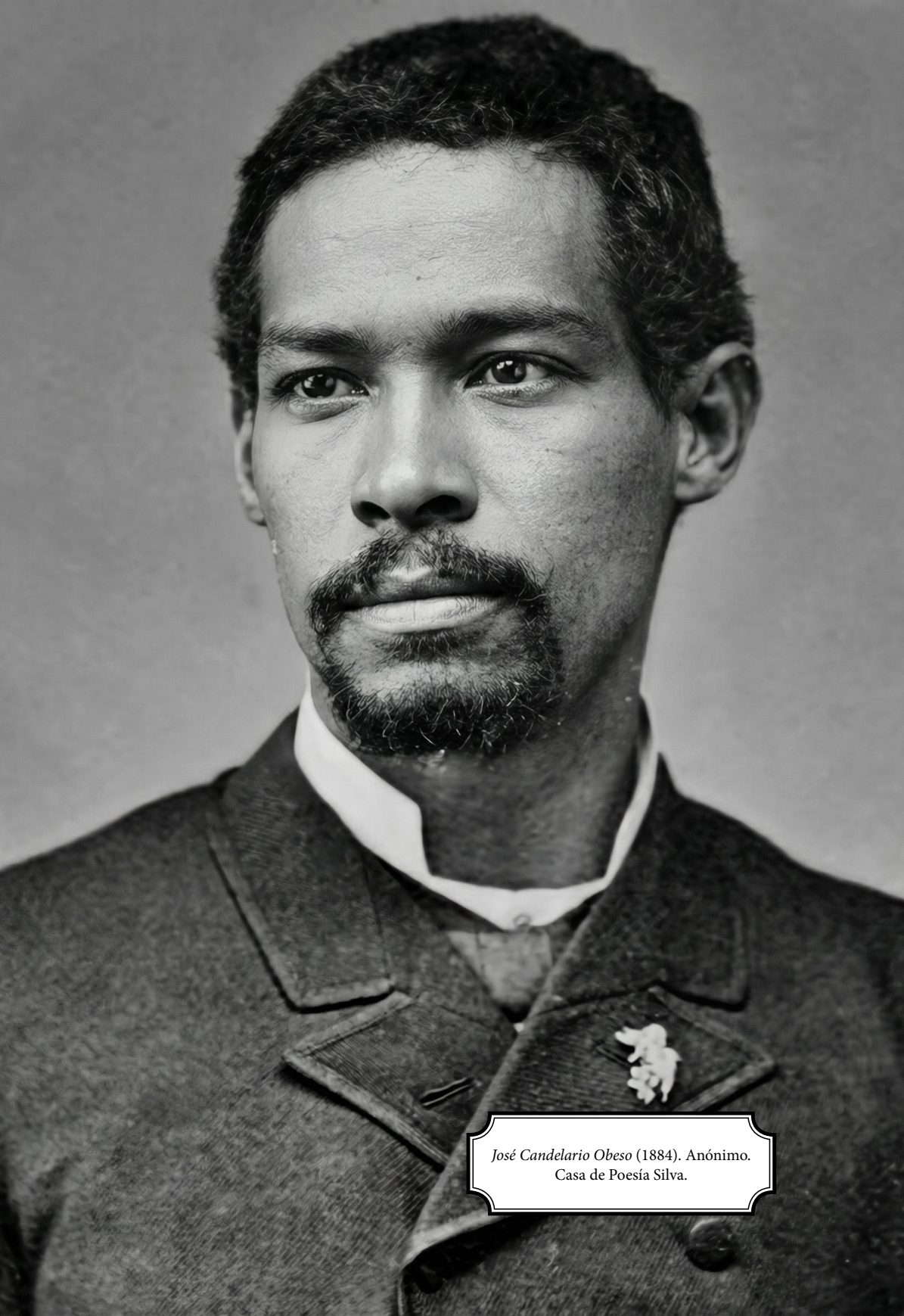
¿Qué hacer?

El general González Garro, el coronel Dávila y el doctor Octavio de la Espriella, representantes al Congreso, paisanos y amigos míos, habían montado casa, y por lo mismo era fácil hallarlos reunidos.

Me dirigí a ellos y les expuse cuanto estaba sucediendo.

Con el dinero que me dieron, no sin disgustos y molestias, principié a manumitir los libros de Obeso; ¡libros preciosos, sobre todo por las notas que el infortunado vate había escrito en los márgenes, fruto de sus meditaciones y estudios!...

Daniel y yo que nos buscábamos para darnos cuenta de nuestro cometido, nos hallamos en la esquina de la 1.^a calle de Florián. De



*José Candelario Obeso (1884). Anónimo.
Casa de Poesía Silva.*

repente apareció Obeso y sin que nos pudiera evitar. ¡Estaba lleno de emoción y casi blanco, con esa blancura amarillenta que presta la luna a las hojas de los árboles!...

En aquella situación, era muy difícil pronunciar la primera palabra. Sin embargo, Daniel, que es hombre de mundo, le habló sin dificultad.

—Ven con nosotros —le dijo—, para que nos ayudes a terciar en el disgusto de Octavio con González.

Tranquilizóse un tanto el poeta y nos pusimos en camino.

Con personas inteligentes, una mirada, media palabra basta. González, Dávila y Octavio, que estaban en el secreto, principiaron su papel.

Después de algún tiempo de una conversación seria y al parecer reposada, Dávila llamó aparte a Obeso y le dijo:

—Enseguida, pero sin excusa, escriba usted una sátira anatematizando el duelo.

El vate reflexionó un momento, y expuso:

—No hay más sino referir el lance entre Emilio de Girardin y Armando Carrel y deducir la consecuencia moral.

—Exacto —afirmó Dávila—: manos a la obra.

¡Y lo encaminó para su pieza privada, en donde se hallaban los libros rescatados!...

Pasados unos instantes, Obeso se presentó en la sala en que nos hallábamos reunidos, desconcertado y lívido: parecía que hubiera visto la cabeza de la Medusa⁵⁷.

—Inocente mariposa, le gritamos en coro.

—Verdad que sí; hoy estamos a 28 de diciembre —¡contestó el poeta entre humillado y triste!...

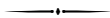
Luego, con ese poder que ejercen los hombres superiores sobre ellos mismos, llamó a un criado de la casa, y le dijo con arrogancia:

57. Medusa fue un monstruo femenino de la mitología griega, una de las Gorgonas. Tenía serpientes venenosas por cabellera y podía convertir en piedra a quien la mirase. El héroe Perseo, con la ayuda de la diosa Atena, la decapitó.

—Pronto, la comida: tenemos tres convidados.

Aludía a él, a Daniel y a mí.

¡En esto había gracia y talento!...



La comida fue bulliciosa. Se comprende: hombres solos...

A los postres, Obeso habló largamente acerca de las leyes de la naturaleza y la inconveniencia de ciertas leyes sociales.

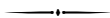
Luego subió de tono hasta el lirismo:

—Yo jamás he ofendido a nadie —exclamó—; pido prestado y obligo a mis amigos, no sólo para satisfacer las propias miserias, sino también las ajenas. La Patria tiene obligación de formar buenos ciudadanos: los ciudadanos que forman la Patria tienen obligación de ser dignos; pero a los hombres de talento, en esto que se llama república democrática, ¿qué esperanza social les queda por sus esfuerzos? De mí sé decir que mi posición no corresponde bien con mi situación. ¿Cómo explicar este desequilibrio? Entre las leyes de la naturaleza y las leyes de la sociedad, ¿cuáles son las preferibles? ¿La educación y el talento son un bien o son un mal?

Y ya iba a perderse en el dédalo de la filosofía moderna, cuando Octavio le interrumpió:

—¡Obeso, yo creo en las reparaciones!

—Sí, puede ser que se cumplan después de la muerte —¡contestó como con tedio de sí mismo!...



El día 3 de julio de 1884 murió el ilustre vate. ¡Una bala lo detuvo en su vuelo, cuando se remontaba hasta el Olimpo!

¿Fue aquello una premeditación?...

¡Hay otra vida mejor!...

¡Noble amigo, tras el cansancio de la vida, viene el reposo de la muerte!...

¡Yo creo, como dice Octavio, en las reparaciones!
Quizá en el mundo estabas de más y en el cielo de menos.
¡Solo Dios sabe lo que hace!...

La serrana de Anco

A Jerónimo Argáez

En la capitulación de Ayacucho, firmada por los generales Canterac y Sucre, hay este artículo:

«11. La plaza del Callao, con todos sus enseres y existencias, será entregada a disposición de Su Excelencia el Libertador, dentro de veinte días».

Pero el general Rodil no quiso someterse a las condiciones de la capitulación y se encerró en el Callao con su división. Era preciso, pues, rendir aquella plaza, lo cual explica el sitio de 10 meses 16 días de que trata la historia.

El mando de nuestras fuerzas fue conferido al prudente general Salom, y a Valero el Estado Mayor general, quien con sus dependencias se sitió en Bella Vista para atender a las necesidades del sitio y para comunicarse con Lima, que, como es sabido, dista dos leguas de aquel lugar.

El Libertador había dispuesto visitar una parte del país y creó un Consejo de Gobierno para que durante su ausencia atendiera a las necesidades de la guerra; el cual obró con tanto patriotismo y eficacia, que el ejército sitiador del Callao de nada careció. Los fieros colombianos, los libertadores de Venezuela y Nueva Granada, hablando de aquella campaña, decían que los habían llevado a temperar.

Una de las medidas que dictó el Consejo, fue imponer una contribución nacional de subsistencia; y era de ver cómo hasta de los departamentos más lejanos venían las familias en romería conduciendo carnes de ganado, de llamas, vicuñas y de otros animales de monte; así como también trigo, maíz, papas, legumbres y frutas.

Era Valero hombre a propósito para el puesto que se le había confiado, de modo que recibía a aquellas gentes con exquisita cortesanía, devolviéndoles en palabras y buenos modos los dones que hacían a la República.

—•—

Una mañana le avisaron que había llegado el convoy de Huamanga y salió con algunos oficiales a recibirlo. Venían a la cabeza los vecinos de Anco, pueblo situado entre los Andes, como a veinte millas de la capital del departamento y que en algunas hondonadas produce paltas, limones y chirimoyas.

Una serrana como de 18 a 20 años, de ojos grandes, negros y luminosos, naturaleza de fuego, de esas que extravasan y espuman, preguntó con desenfado por el general.

—Soy yo, hermosa joven —contestó Valero.

Y la Serrana le hizo presente unas piñas de Anco, de exquisita calidad.

—Gracias, hermosa joven.

Las mujeres, cualquiera que sea su condición, acostumbradas como están a los cumplimientos de los hombres, sonríen indiferente ante una flor, como se dice en el ameno valle de Maromarca; pero la repetición de una frase lisonjera la toman las serranas como declaración de amor.

Sagrario, meneando la cabeza con que hacía un gracioso mohín, dirigió a Valero una de esas miradas con que se da gracias a la vez que se interroga. Y es que ella no podía explicarse aquel amor imprevisto.

—•—

En nuestras Repúblicas, las costumbres de las sierras son idénticas o parecidas. Dos jóvenes que corresponden en edad, por la naturaleza de sus ocupaciones se hallan todos los días en unos mismos sitios —a orillas de la fuente, en la caza del ciervo, camino del pueblo—, y el

amor, que es resultado de choques eléctricos, se despica imponiéndose como necesidad de la naturaleza en los que tienen el hábito de verse y de tratarse.

Esto explica por qué Felipe era prometido de Sagrario.

Valero había hospedado a la familia de Sagrario en su tienda de campaña, vestida de gasas flotantes, llena de luz y de blandos ruidos. Tenía 30 años, es decir, era joven y serio; estaba en la edad en que pasamos por sobre los corazones de las mujeres que vienen en tropel a arrodillarse a nuestros pies; bien parecido; nostálgica el alma, por la ausencia de la patria o por los sucesos de Mina y Spos, Valero, con su dulce melancolía, sus maneras cultas, su voz llena y sonora, no hubiera tenido necesidad de entrar, como Júpiter, bajo la forma de una lluvia de oro en la torre de bronce que encerraba a Dánae⁵⁸: hubiera entrado por sí mismo.

¡Oh!, ¡qué día aquél!...

¡Con razón que estimemos en más ciertas horas de la vida que toda una eternidad!

Valero estuvo dulce, sonreído, amante por fin.

La pureza de costumbres subleva de repente las pasiones: la vida de campamento es de tentación. Y luego esparcen alrededor de sí tal frescura las mujeres de las tierras altas, que nos parece respirar aires más puros cuando estamos cerca a ellas y como que el corazón se dilata.

¡Qué de atenciones!... ¡qué de finezas!...

¡Sagrario sonreía, con esa risa que mantiene los labios de un mismo modo, como paralizados, mientras dura el éxtasis del alma!

58. Alusión a la historia de amor entre Zeus y Dánae, hija de Acriso, rey de Argos. Se había predicho que el hijo que tuviera Dánae daría muerte a Acriso, así que este la encerró en una prisión para que no concibiera nunca. Sin embargo, Zeus, que se había enamorado de ella, se transformó en una lluvia de oro y la dejó encinta. El fruto de esa unión, Perseo, fue un famoso héroe. Años más tarde, como se había vaticinado, dio muerte a Acriso accidentalmente.

A un *¡ángel mío!* a una mirada húmeda, a un apretón de manos, hay que renegar de la luz del sol y clamar por las sombras con todos sus misterios...

¡Una lágrima vino a turbar tanta felicidad!

La primera gota de agua que cayó del cielo para despertar a Adán y Eva en su pecado no fue tan fría como la lágrima que se desprendió de los ojos de Felipe como una reconvención.

Valero reparó en ello, mientras Sagrario sonreía enajenada.

Yo no sé por qué será; pero es lo cierto que las mujeres, en el juego de los sentimientos, se apasionan más fácilmente por aquellos que las enaltecen.

—Felipe —le dijo el padre de Sagrario—, los hombres no lloran.

—Cuando no hay remedio al ultraje, se llora para desahogarlo —contestó el cuitado, como un oráculo.

—Y bien, ¿qué? —interrogó Valero algo turbado.

—¡Señor! Felipe es el prometido de mi hija.

—Y ya hemos corrido la primera amonestación —continuó Sagrario, tras una larga carcajada.

El misterio estaba aclarado.

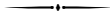
No había, pues, otra cosa que hacer sino llevar al sacrificio a la víctima voluntaria, o desatar las ligaduras a la blanca paloma para que volara libre a la cima de sus montañas.

El sol que había principiado a descender cubrió de sombras el corazón del héroe. Con todo, Valero no vaciló: el deber triunfó de su pasión.

—Amigos míos —dijo a la familia de Sagrario en momento oportuno—, el general en jefe no consiente en que pernocten en nuestro campamento personas que pueden comprometerse. Esto se explica: una mujer casada, una joven honesta, exponen su decoro, en el silencio de la

noche, bajo la tienda de un soldado. Es necesario, pues, regresar a Lima: ¡el tiempo está hermoso!

Y se puso a mirar al cielo como para acusarlo de los favores con que le había mentido.



Valero acompañó largo trecho a aquella familia: y se sabe de cierto que una voz, la que vagando iba de rama en rama por la arboleda que conduce hasta llegar a Lima, repetía en tono quejumbroso:

—¡Sagrario, ama a Felipe!...

—¡Vuelve a la Sierra, Sagrario!...

¡El general Valero era ventrílocuo!...

El héroe de Tenerife

A Clodomiro Castilla

I

Maza no es tema para una leyenda: su gloria pertenece a la epopeya. ¡Sin embargo, no ha tenido cantor!...

El señor Azpúrua mismo, que ha estudiado y escrito tanto, enalteciendo, si cabe, con sus biografías, la memoria de los *Hombres notables de Hispanoamérica*, al tratar de Maza, copia de *verbo ad verbum*⁵⁹ a Baraya, escritor parsimonioso en apreciaciones históricas y severo hasta el punto de pasar por alto circunstancias positivas, honrosas para sus héroes, pero que a él le parecen malsonantes.

Hablando de esto en Cartago con un amigo mío, el señor doctor Conto, a la sazón presidente del estado del Cauca, me decía:

—De esos hombres, óyelo bien, no hay que perder ni las interjecciones.

Baraya, por ejemplo, pone en duda el hecho de que Maza fuera flagelado por el español Brito, a quien aquél después pasó de un lanzazo frente al Humilladero⁶⁰ en esta capital; y se contenta con decir: «En su juventud y antes de la guerra, Maza tenía un carácter naturalmente suave y benévolo; pero con la vida de campaña, los sufrimientos de esta y la guerra a muerte, que le hizo presenciar escenas tan horribles y dolorosas, se fue endureciendo su alma y envenenándose con la venganza, hasta el punto de hacerse proverbial su crueldad».

59. En latín traduce *Al pie de la letra*.

60. Se menciona la capilla del Humilladero, que fue la más antigua de Bogotá. Fue demolida el 6 de mayo de 1887.

De modo que, aunque Baraya imprueba⁶¹ las crueldades de Maza, les da origen en causas accesorias; y no investiga ni analiza los motivos que obraron en aquella alma, pura al principio de la Independencia, para rebelarse y convertirse luego en el infierno que lo lanzaba por todos los desvíos: ¡rabia, cólera, ceguedad, sangre, destrucción y muerte!...

La historia debe a Maza una reparación, por medio de la inquisición minuciosa de los hechos que dañaron su carácter...

Nosotros tenemos noticia del modo de ser de Maza hasta que siguió para Venezuela con el Libertador en el año de 1813; y si alguna duda nos hubiera quedado acerca de esto, bastaría fijarnos otra vez en su retrato, que se halla en el Rectorado del Colegio de Nuestra Señora del Rosario. Nada más serio que la mirada de ese niño-hombre con los ojos inmóviles en su alvéolo; ¡qué corrección en las facciones, qué talante, qué de fuerza en los músculos! Viendo ese retrato se comprende que los elementos de aquel ser estuvieron tan felizmente mezclados en él que la naturaleza, como dice Shakespeare, pudo levantarse y decir a todo el mundo: ¡he aquí un hombre!

El valor de Maza no necesitaba educación ni estímulo. Estaba en su organismo: lo llevaba consigo a pesar de sí, ni más ni menos que si llevara un lunar en la cara o una verruga en el brazo.

Cuando en presencia del Libertador censuraron la batalla de Tenerife, porque la fuerza con la cual contaba Maza era insuficiente para el asalto, Bolívar, que tenía símiles para cortar toda conversación enojosa, contestó:

61. **Improbar:** «Desaprobar» (DLE).

—Maza, como el héroe de Ariosto⁶², hubiera atacado a los gigantes, aunque fueran de la estatura de Polifemo⁶³ y tuvieran armaduras como la de Ferragus⁶⁴.

¡Pobre Maza!...

Después de tanto batallar en Venezuela, cae prisionero en Urica y es conducido a Caracas.

Tres veces fue sentenciado a muerte:

En la primera se le conmutó la pena en la de presidio perpetuo, gracias a la intercesión de varias familias realistas, a las cuales había tratado hidalgamente cuando estuvo de gobernador en aquella capital.

En la segunda, se le conmutó en 200 azotes por la mano del verdugo. (Brito ejecutó con placer tan bárbara sentencia).

En la tercera, era verdugo un tal José L. Moreno, y Maza, no sabemos por qué medios, corrompe al verdugo, se abre las puertas de su calabozo, mata al centinela, atropella por el cuerpo de guardia y huye...

¡La señora Curvelo de Rachedal, ese ángel del cielo, lo ampara y salva!...

Maza vino a Bogotá por los valles de Cúcuta, ¡Dios sabe cómo!...

62. El héroe de Ariosto es Roldán, también llamado Orlando. Es protagonista del poema épico *Orlando furioso*, arquetipo del caballero medieval. Pierde la razón cuando su amor no es correspondido por la princesa Angélica.

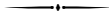
63. Polifemo es un cíclope, seres gigantes de un solo ojo, hijo de Poseidón. Es famoso por su aparición en la *Odisea* de Homero, donde atrapa al héroe Odiseo y a sus hombres en su caverna para irlos devorando. Odiseo y los suyos le destruyen su único ojo y logran escapar.

64. Ferragus es un gigante de la obra *Orlando furioso*. Su piel era tan dura que ningún arma podía herirlo. Sin embargo, tenía un punto débil: su ombligo. Luchó contra Roldán durante tres días, hasta que este le atravesó el ombligo y le dio muerte.

Hasta el 9 de agosto de 1819, dos días después de la batalla de Boyacá, permaneció oculto, amontonando en su alma iras y tempestades.

¡Maza jamás pudo conformarse, ni aun con el triunfo definitivo de la República, de que los españoles lo hubieran flagelado!...

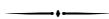
¡Por eso, para vengarse, hizo lo que hizo en Honda, en el peñón de Barbacoas, en Ciénaga Grande, en Pueblo Viejo y la Ciénaga, en Gaira y Santa Marta, en el sitio de Cartagena, en Panamá, en Naranjal y Cuenca, en Guaranda, en la campaña de Pasto!...



«Maza, allá por los años de 1842 y 1843, arrastraba, según Baraya, una vida de privaciones y miserias. El Gobierno de la República trató entonces de formarle su hoja de servicios para decretarle la pensión a que tenía derecho, y un empleado de la Secretaría de Guerra se acercó al héroe, solicitando de él, a nombre del secretario, los documentos militares que tuviera».

—«Diga usted al señor secretario —respondió Maza— que mi hoja de servicios la encuentra en las mejores páginas de la historia de la Independencia».

¡Bien se puede perdonar esta arrogancia a un prócer ilustre que moría de hambre!...



Después de esto, Maza llegó a Honda, en donde el coronel Mazutier le brindó con su mesa. No queriendo ser gravoso al amigo, se embarcó en un champán para los pueblos de la Costa, y los bogas lo abandonaron en una isla desierta. ¡Otra embarcación lo recogió moribundo y lo condujo a la ciudad de Mompox!...

¡Allí fijó su residencia, valetudinario y pobre!...

¡Vivió hasta el 20 de julio de 1855, aniversario del día en que había nacido para la patria!...

En los momentos de expirar, saciado de venganza y descontento, exclamó:

—Ahí les queda su mundo de...

¡Y su última palabra fue la de Cambronne!⁶⁵, que para las diosas no es muy incienso, como dice Samaniego⁶⁶.

II

Copiemos ahora lo que en otro lugar hemos escrito acerca de la batalla de Tenerife:

Tenerife es indiscutiblemente, después del Banco, la posición militar más ventajosa que hay en el Bajo Magdalena. Todas las aguas de este río y las del Cauca, que se le juntan en las bocas de Tacaloa, bajan en gran masa por el frente de aquella villa histórica, sin que se desvíe la más insignificante corriente por ninguna ciénaga o por ningún brazuelo o caño. La ribera, que tendrá de extensión algo más de media milla, era de forma irregular con promontorios salientes, que se deprimían naturalmente por los lados hasta tocar en la orilla, lo que hacía formar, entre unos y otros, pequeñas ensenadas de agua dormidas. Un barranco deleznable de gruesas arenas rojas y de más de quince metros de altura cortaba la entrada por la parte superior de la villa, y por la inferior, anchas grietas formadas con las lluvias y cubiertas de zarzas y espinares. Los españoles habían acoderado sus once bongos, que montaban artillería de grueso calibre, mandados por expertos oficiales de la marina peninsular en las pequeñas ensenadas de que ya hemos hecho mención; y habían construido trincheras de forma aguda sobre los altos barrancos para proteger la marina y cambiar los

65. Pierre Jacques Étienne, vizconde de Cambronne (1770-1842), fue un general de Napoleón. Cuando los ingleses le exigieron, en la batalla de Waterloo, que se rindiera, contestó: «*Merde!*» (en francés, *mierda*). Por esta anécdota es que a este insulto se le conoce eufemísticamente como «la palabra de Cambronne».

66. Félix María de Samaniego (1745-1801) fue un escritor español, famoso por sus fábulas.

fuegos fácilmente, según que el ataque viniera de la parte de arriba o de la parte de abajo del río, confiando la defensa de esa larga línea exterior a las compañías de milicias pardas, que de tiempo atrás venían haciendo la guarnición de aquella fortaleza inexpugnable; y de reserva, en la plaza, tras los escombros de una casa de cal y canto, habían situado a los Granaderos de León y algunas partidas sueltas, para cubrir la retaguardia y reforzar los puntos débiles, según las necesidades del combate. Tomadas estas disposiciones, esperaban confiados en el triunfo, saboreando de antemano la satisfacción de un desquite a sus rotas en Chorros Blancos, Barbacoa y Majagual.

Los patriotas, entre tanto, bajaban a todo remo con la corriente del río. Componíase su expedición de siete pequeñas embarcaciones («llamadas de guerra», dice con cierta gracia el señor Restrepo), que montaban pedreros en zorras. Al llegar a Zambrano, el teniente Benedicto González, que iba de vanguardia, apresó una canoa pescadora, y por su tripulación se supo que en la boca del caño Plato había del enemigo una escucha en observación. Córdoba y Maza dispusieron que en aquella canoa siguiera el cabo Ramírez con cuatro soldados a sorprender la escucha, operación que se efectuó sin darle tiempo a defenderse, ni menos a hacer fuego con el falconete de proa, cuyo disparo habría sido fatal a los patriotas, por ser la señal convenida para anunciar en el campamento de Tenerife la aproximación de nuestras fuerzas.

Estas siguieron de Plato hasta el desembocadero de caño Ciego (hoy Sura), donde Córdoba desembarcó con 200 hombres y tomó camino de tierra para atacar por retaguardia, en tanto que Maza, con el resto de la expedición, debía hacerlo de frente al rayar la aurora. Este jefe aguardó hasta las tres de la mañana, tiempo calculado para caer a las cuatro sobre el enemigo, en razón de distar el caño Sura de Tenerife poco menos de dos leguas.

Una densa niebla protegía el osado movimiento de los patriotas, los que, al favor de ella, venían rastreando la orilla, suspensos los remos y dejándose caer con las aguas en orden de batalla. Maza venía en el centro, en el mejor bongo de nuestra débil escuadrilla; contenida la respiración, a horcajadas sobre el esmeril de proa, medio cuerpo casi

sobre el río, tratando de disipar la niebla que lo envolvía con el rayo ardiente de su mirada, para asegurarse de la situación en que se encontraban respecto de las trincheras de Tenerife y dirigir el ataque con acierto. De repente siente ruido de voces casi sobre su cabeza; rompe diana la banda de los españoles, y seguro Maza de hallarse frente a las fortificaciones enemigas, grita con una voz que le prestaba la solemnidad del momento y que dominó el estrépito de las cajas y clarines:

—¡Fuego en la línea!...

Nuestra flotilla, movida como por un resorte mágico, carga los remos de babor y vira uniforme sobre la derecha; una luz roja, que desmayó al instante, ilumina la línea española, y tras la explosión que atronó en los aires, y que iba perdiéndose a distancia, llevando hasta en sus últimos ecos la nueva de aquella locura afortunada, Maza, sable en mano, como el ángel del exterminio, cae sobre el bongo enemigo que más cercano le quedaba, dando esta voz general:

—¡Al abordaje...!

Un ruido siniestro, pavoroso, se siguió a aquella orden sangrienta: era el crujir de las carnes humanas bajo el arma blanca de los patriotas. Los gritos, la confusión, el desorden, los ayes, las blasfemias, los vítores incesantes a la República, y uno que otro «viva el rey», que se apagaba en la garganta antes de ser proferido por entero, todo esto representa el cuadro de desolación y muerte que ofrecía el puerto de Tenerife en la memorable mañana del 25 de junio de 1820. Las milicias pardas que guardaban las trincheras no hicieron fuego al principio, sobrecogidas por la sorpresa, y luego, a medida que se disipaba la niebla, por no herir a sus compañeros en la lucha que cuerpo a cuerpo sostenían con los republicanos; y cuando llegaron a efectuarlo, se vieron atacados por estos, que, a medida que se desembarazaban de los bongos realistas, saltaban a tierra y subían a los barrancos por los fáciles declives. Acometidos por todas partes, ya principiaban a ceder, y se hubiera completado la derrota en aquellos instantes, a no haberse presentado los Granaderos de León que restablecieron el combate. Este fue el momento en que el teniente coronel don Vicente Villa, que mandaba el Príncipe de Asturias, y no la Comandancia, como reza la historia, heroico y casi sublime en su des-

esperación, rodeado de cadáveres, acribillado de heridas, rota la espada y acosado por todas partes, corre a proa y toma el botafuego, lo aplica a la Santa Bárbara⁶⁷ y vuela por el espacio en trozos carbonizados. Aquella espantosa detonación y sus efectos aterraron a unos y otros combatientes por un instante, durante el cual, de las últimas trincheras gritaron:

—¡Estamos cortados...!

Eran nuestras pobre embarcaciones que, después de abordadas sus contrarias, se alejaban a merced de la corriente, y que, habiendo caído en un remanso de la parte de abajo de la población, hicieron creer a los realistas que se trataba de un desembarco para cortarles la retirada. Entonces sí, ya no hubo quien hiciera parar a los españoles, los cuales huyeron a refugiarse en sagrado; en tanto que una parte del batallón Granaderos, conservando la formación, tomó por la montaña camino de Santa Marta. Maza no se ocupó en perseguir a los derrotados, sino que, antes bien, prefirió hacer una requisa general en la populosa villa, no quedando de ella punto alguno que no fuera escudriñado.

Sentado a la orilla del río, en una silla del convento, con el sable cruzado sobre las piernas, semejante a Plutón con su bidente al bordo del infierno; apacible y tranquilo, sentenciaba a cuantos prisioneros le iban presentando, con esta fórmula sencilla.

—¡Al baño!⁶⁸

«Tan sólo escapó de aquella bárbara carnicería el español Juan Sordo; y esto por ser padrino y maestro de Maza, consideraciones por las cuales obtuvo, juntamente con la vida, su pasaporte para Bogotá, donde esta salvación causó verdadera sorpresa, por ser Maza el que firmaba para un español ese pasaporte»⁶⁹.

Córdoba, que a la una de la mañana había salido del desembocadero del caño Sura, con doscientos hombres de los rifleros de Maza,

67. Lugar de la embarcación donde guardaban la pólvora los viejos navíos españoles.

68. **N. del A.:** Consistía este género de muerte en sujetar cuatro soldados a la víctima, de pies y brazos, en tanto que otro le halaba de los cabellos hasta hacerle caer el cuello sobre la borda de un bongo. Entonces el verdugo descargaba el golpe fatal, y aunque la cabeza no hubiera quedado desprendida del tronco, por un esfuerzo común todos lo arrojaban al río.

69. **N. del A.:** Baraya, *Biografías militares*.

de los voluntarios del Magdalena y del batallón Medellín, para atacar por retaguardia, se alarmó mucho al notar, después de una hora de marcha, que se desechaba un camino ancho y traficado que cortaba el atajo, lo cual los alejaba cada vez más de la orilla del río, en dirección a la montaña. Córdoba pasó la voz en la columna de hacer alto la cabeza; y adelantándose hasta la descubierta, que iba mandada por el sargento Calle, dijo a los guías:

—¿Qué camino es ese que dejamos atrás?

—El de los *Pueblos*, mi comandante —respondió un negro ladino llamado José Isabel García, el cual espontáneamente se le había presentado en San Zenón, vendiéndose por patriota y conocedor del terreno.

—Pero ¿cómo es que seguimos montaña adentro —insistió Córdoba—, cuando Tenerife queda a la orilla del río?

—Porque damos un rodeo —contestó el negro con admirable aplomo—. Abajo de la boca de Sura, el río hace una *comba* y se *quiebra todito* sobre esta ladera (y mostró la oriental); usted verá, mi *jeje*, cómo nos va a salir *lueguito* por delante.

El joven republicano no insistió, y la columna se puso otra vez en marcha. Cerca de las cuatro mandó hacer alto nuevamente, y allegándose a los guías, les dijo:

—Creo que he caído en un lazo; si antes de veinte minutos no estoy sobre Tenerife, los fusilo a ustedes. Capitán Corral —continuó—, asegúreme usted a esos hombres.

Corral, que iba con su compañía a la cabeza de la columna, pidió a unos soldados sus portafusiles para amarrar con ellos a los guías; lo que oído por José Isabel, emprendió carrera, llevándose los montes con el pecho y desapareciendo casi instantáneamente: los otros dos infelices fueron detenidos sin dárseles tiempo para huir⁷⁰.

70. N. del A.: Se llamaban Pedro Sayavedra y Miguel Cortina, habitantes de la ladera del Vijagual, donde los tomó Córdoba como guías, dando a cada uno de ellos dos onzas de oro a buena cuenta de sus servicios. Durante el sitio de Cartagena, José Isabel cayó en manos de Córdoba, quien lo fusiló al momento.

Córdoba estaba dado a los demonios y parecía indeciso acerca del partido que debía tomar; cuando de repente se ilumina la copa de los árboles y un trueno sordo, que hizo retumbar la tierra, se prolongó por los claros de la montaña. Ya no era posible dudarlo: el cauto, el avisado, el fiero antioqueño, había caído en una celada infame. Sin más detenerse, pasa por las armas a Sayavedra y a Cortina; manda echar mochilas a tierra y, con solo un cambio de blanco, se puso a trote a desandar el camino. Llega a aquel ancho y traficado que tanto le había llamado la atención y reconoce, por la dirección que traían los fuegos, ser el que conduce de Plato a Tenerife; lo toma sin vacilación; apura el trote merced a la limpieza de aquella hermosísima vía: cada descarga, que siempre oye más cercana, infunde nuevo aliento en su columna, la que ya no trota, sino corre, aunque sin perder la formación. «¿Qué será de Maza?» pensaban Córdoba y aquellos hombres generosos que lo acompañaban. Él ha cumplido su deber y luchará como un león comprometiendo en un ataque general todas sus fuerzas, confiado en que nosotros de un momento a otro romperemos los fuegos por retaguardia: ¿nos acusará de ineptos, cobardes o traidores? Y el héroe presuntuoso de Ayacucho, sin detenerse siquiera a recoger el sombrero que un remolino le había arrebatado, cubierto de sudor y polvoriento, erizado el cabello, con la espada envainada bajo el brazo izquierdo y con una pistola montada en la mano derecha, daba el ejemplo en el ardor de la marcha, gritando sin cesar:

—¡Adelante, adelante!

Cuando Córdoba en son de combate llegó, por fin, a las primeras calles de la villa, todo había concluido. Quiso ver a su rival afortunado, pero estaba ebrio de sangre. Entonces resolvió dictar el parte detallado de la batalla, lo que hizo concienzudamente, declinando en Maza todo el honor de la jornada y ateniéndose a los informes que le suministraron, entre otros, el cabo Ramírez, ascendido en el campo a Sargento 2.º *por su bravura*, como dice un certificado que tenemos a la vista. Verdad es que esta memorable acción le valió a Córdoba el ascenso a coronel vivo y efectivo, y a Maza nada más que el grado; pero la apreciación de estos hechos no nos corresponde, ni es de este lugar tampoco.

Desde la acción de Tenerife para acá, los promontorios y ensenadas han cambiado de forma, merced al tiempo, que todo lo trastorna. Hoy, de todo cuanto existió en aquella época no queda más que un punto culminante que sirve de atalaya para divisar los vapores y buques menores que navegan por el río, y la grande ensenada, especie de puerto, adonde llegan a rendir jornada todos los que lo suben o bajan vendiendo baratijas. En ese soberbio promontorio ha edificado una casa con cimientos de piedra el señor don Miguel A. Núñez, sujeto de buenas prendas y que ha figurado en la política del estado del Magdalena.

En el patio, que está en un plano que va decayendo suavemente hasta el mismo puerto, se muestra el sitio desde donde Maza decretaba y presenciaba sus abominables ejecuciones. El viajero atento puede observar allí un sauce de Babilonia que ha nacido espontáneo y que la familia Núñez se esmera en conservar con religioso respeto. Por el mes de junio, en que soplan fuertes huracanes, el árbol se despoja de todo su follaje; pero en el resto del año, frondoso y triste, extiende su pobre ramaje y presta algún sombrío. ¿Qué hace allí ese árbol de la muerte? ¿Guarda acaso la memoria de un guerrero implacable o la sangre de sus víctimas?...

¡Dios lo sabrá...!

La eficacia de un filtro (o un doble ascenso)

Al doctor José María Sojo

Cayetana Pérez, mujer legítima de William Sánderson, cabo 1.º del batallón Albión, era natural de la pequeña ciudad de Chogher en Irlanda; y su esposo había nacido en la ciudad de Valencia, en la República de Venezuela.

La inglesa tenía nombre español, y nombre inglés el venezolano.

La ley de los viceversas.

Y para que estos fueran más completos, Cayetana contaba treinta y seis años; era de estatura grande y robusta, austera en sus costumbres; al paso que William tenía diez y ocho; de mediana estatura, moreno, dado a los chistes y a las bromas, como que se hacía pasar por nigromántico y especialista en filtros para el amor.

Cayetana vino a América en el primer golpe de gente que trajo de Inglaterra el general D'Evereux.

¿En qué condición vino a nuestro país? Nadie lo sabe todavía.

Las inglesas se casan, enviudan; se vuelven a casar; ¡y si vuelven a enviudar, se dan al concurso público una y otra vez más, sin emoción ni ruido, y se entregan a un tercero o cuarto marido, con la misma estoica naturalidad con que cambian de camisa de dormir! Solo una virtud tienen: la de ser fieles al hombre a quien pertenecen.

Cayetana seguía a su marido adondequiera. Él no había hecho carrera, no obstante su valor, porque es bien sabido que a los caracteres ligeros no les sopla la fortuna.

Después de los sucesos de Venezuela y Nueva Granada en 1819, cayó herido en Boyacá.

Su esposa, fría como las aguas de Irlanda en un invierno deshecho, permanecía silenciosa a la cabecera del lecho del moribundo, sin articular palabra, en movimiento solo cuando tenía necesidad de ir a la botica o a la cocina del hospital, en demanda de lo que el médico había ordenado.

Un día se presentó a visitarlo el oficial de semana.

—¿Cómo se siente usted, mi cabo? —le dijo.

—Mejor, mucho mejor, mi teniente —le contestó William.

—Dicen los facultativos que usted está fuera de peligro.

—Lo que equivale a decir que me han desahuciado.

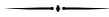
—¿Cómo es eso? Explíquese usted.

—Pues está claro: cuando un médico dice que uno está mejor, es porque le ha señalado el derrotero de la muerte.

—Pero bien: suponga usted que así sea; aquí de la eficacia de sus filtros.

—Mis filtros solo son eficaces en materia de amor.

El teniente se retiró, al parecer de un modo natural, pero no sin haber clavado sobre Cayetana una mirada entre interesada y curiosa. La inglesa no reparó en aquello.



Era tanto lo que se hablaba en el ejército del filtro del cabo Sánderson que uno decía haberlo empleado con buen éxito con una mujer casada; otro con una viuda honesta; este con una doncella purísima; aquél con una solterona rejugada. Y como estos decires tomaban cuerpo cada vez más, debe sobrentenderse que ya no había quien dudara de su eficacia, o por lo menos, quien no quisiera persuadirse de ella.

El teniente Casimiro Noriega era hombre de color; largo, derecho y delgado como un huso. En él se cumplía también la ley de las viceversas, puesto que, habiendo reparado en la mofletuda-blanca-inglesa Cayetana, prendóse de ella, y en la imposibilidad de alcanzar

su amor, a lo que juzgaba, por los medios ordinarios, pensó en el ponderado filtro, reparador de las dificultades.

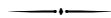
Pero es el caso que quien lo propinaba era el cabo Sánderson, marido de Cayetana; y este había dicho muchas veces que era necesario ponerlo en el secreto, para saber, según la edad, color, nacionalidad, delicadeza o fuerza en las formas, la calidad mayor o menor de sustancias que debía emplear para conciliar el amor de la mujer apetecida.

¿Era esto una precaución?...

El teniente Noriega cada mañana visitaba a William. Inquiría de los médicos, reconvenía al cabo de sala, a los practicantes, a los enfermeros. Tanto cuidado no escapó al herido. Cayetana, sí indiferente, zurcía sus ropas y las de su marido a la cabecera de la cama de este, o se movía cuando tenía otros oficios qué hacer.

Así pasó una semana. A la otra, Noriega, de plantón, sin saberse por qué, estuvo más delicado en sus atenciones para con Sánderson.

Por fin se publicó una orden general, en virtud de la cual los cuerpos del ejército estacionados en Tunja debían moverse al siguiente día para Venezuela.



El teniente Noriega se decidió.

—Vengo a despedirme de usted, mi cabo; partimos mañana —le dijo.

William no pudo disimular su emoción.

Es bien sabido que nada acongoja tanto al soldado como la marcha de su batallón, cuando aquel queda en un hospital de sangre; sin saber si curará de sus heridas o si, ya sano de ellas, podrá incorporarse a sus compañeros algún día. Esto se explica. ¡Un batallón es una familia, y el mismo pesar se siente cuando esta se ausenta y nos deja solos que cuando nos vamos y la dejamos sumida en el dolor!...

Después de una larga pausa, el oficial continuó:

—No se aflija usted, que pronto habrá de reunírsenos.

—¡Las mujeres son más sensibles a los dolores mudos de los hombres que a sus propios dolores, porque ellas pueden llorar!... ¡Cayetana buscó pretexto y se retiró!

—Bien —dijo Noriega a William—: ¿cómo está usted de recursos?

—Calcule usted, mi teniente. Las raciones equivalen a las hospitalidades.

—Pues entonces, tome usted —y así diciendo le puso en la mano una bolsa con algún dinero.

—¿Y esto?

—Para usted. Yo no lo necesito. Sane usted pronto, y venga luego en nuestro alcance.

Sánderson, en la voz, en la mirada, algo comprendió que no fue de su agrado, puesto que, sin dar las gracias, puso con despego, a un lado de la cama, la bolsa con dinero.

—¿Como que los dos nunca hemos hablado de su poderoso filtro, no es así? —interrogó Noriega, variando de conversación.

—Con efecto, nunca hemos hablado de eso.

—¿Y usted?

—Ya ve usted...

En aquellas medias palabras estaba dicho todo. Noriega quería un filtro.

El herido pareció serenarse.

Metió la mano debajo de su almohada y sacó un pomo.

—Desde Eva, mi teniente, si resucitara —le dijo—, todas las mujeres del mundo, de hoy en adelante, estarán a los pies de usted.

Y le entregó el pomo con una sonrisa como de satisfacción o de broma.

—Quisiera una prueba.

—Hágalo usted con quien le cuadre.

—Con Cayetana, por ejemplo —le dijo con el mayor cinismo.

La frente de William se oscureció.

¡Jamás un esposo encadenado por las leyes militares y aquejado en un lecho de muerte ha pasado por tanta humillación!...

La inglesa, que entró en aquellos momentos, y que todo lo había oído, indignada, hizo un signo de aprobación a su marido.

Con todo, Sánderson apenas si podía contenerse. Y es que no saben sufrir las burlas y las bromas aquellos que se acostumbran a hacerlas y a darlas.

—Quiero vino —dijo William.

Su esposa, en una contracción nerviosa más acentuada todavía que la de Diana Cazadora cuando abominó de los hombres⁷¹, se dio sus trazas y les sirvió de beber.

—¿Y usted, mi señora?

—Los acompaño, caballero.

Era la primera vez que Noriega la oía pronunciar palabra.

¡Qué delicioso enredo en el acento!... ¡Cuánta melifluidad!... ¡Bah! ¡Como que las blancas-inglesas pronuncian con más gracia el castellano!...

—¿Una gota de elixir de amor?...

Y Cayetana dejó derramar en su copa casi la mitad del contenido del maravilloso pomo.

No es necesario decir que ella estaba en el secreto. Sin tomar parte en las bromas de su marido, veíalo preparar el filtro con agua natural, miel de abejas y algo de ruibarbo. ¡Así, pues, apuró la copa sin desconfianza!...

¡Luego tendió una mano a su esposo, y se *telegrafiaba* con él en los momentos en que fingía desmayos de amor!

El pecho levantado daba penosa salida a los suspiros; el parpadeo abrillantaba su mirada; el cabello en desorden; secos los labios; aventada la nariz; cierto abandono en la caída del cuerpo; los pliegues del vestido que revelaban secretos íntimos... ¡Oh! ¡Ya era tiempo!...

71. Diana es la diosa arquera de la caza, los bosques y los caminos para mitología romana. Su equivalente en la mitología griega es Artemisa. Le pidió a su padre, Zeus, permanecer siempre virgen.

Noriega no podía resistir más...

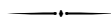
¡Aquello era demasiado!...

—Mi teniente —dijo Sánderson, cobrando el buen humor perdido—, ¡emplee usted mucha delicadeza para acercarse a la mujer vencida! ¡No olvide usted *las palabras de orden*!

Noriega jadeante, encendida la sangre; con esa risa en los labios que solo el diablo de la carne hace revelar con todo el fuego del infierno... ¡acercóse a Cayetana!...

Ya iba a manchar aquella frente pura, y al *Eres mía...* (las palabras de orden), la inglesa invocó para su brazo la fuerza de Hércules, y de revés, le asestó un *trompis*, más de uno y más de dos; ¡de tal modo, que se sintió un considerable ruido, y corrió de sangre en abundancia, como si las trompetas del juicio final hubieran llamado a los muertos y las aguas del cielo por sesenta años hubieran diluviado!...

¡Y todo acabó por lo pronto, así!...



Siguió la guerra.

Noriega volvió a Venezuela y se halló en Carabobo 2.^a. Sánderson bajó el Magdalena y se halló en el sitio de Cartagena.

Por distintos caminos, tal parece como que se hubieran aplazado para hallarse en Pichincha.

El día de la ocupación de Quito⁷² fue motivo de contento para el ejército libertador.

El oficial y el individuo de tropa se buscaron y se abrazaron.

—¿Y Cayetana? —preguntó Noriega con respeto.

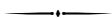
—Presente —contestó la irlandesa.

—Hagamos paces, pero déjame besarte.

—No —exclamó la esposa honrada—; bese usted a mi hijo.

72. N. del A.: ¡El 25 de mayo de 1821 ocuparon los patriotas a Quito, cabalmente a los doscientos años cumplido en que, por la primera vez, tremoló el estandarte de Castilla sobre las nevadas cimas de los Andes del Ecuador!

Y así diciendo, le presentó un hermoso niño de nueve meses de nacido.



—Vayan al templo, y sáquelo usted de pila, mi capitán —dijo el general Sucre, quien de paso, casualmente, oyó aquel diálogo; y por los antecedentes en que estaba, todo lo comprendió al instante.

¡El teniente Noriega quedaba, pues, doblemente ascendido!...

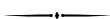
¡En la estimación y respeto de una familia, y a su inmediato grado superior!

El coronel Cuervo

Para que pueda formarse juicio acerca de los próceres de nuestra Independencia, ya que se tiene la opinión de que todos eran hombres groseros, desprovistos de instrucción y de talento, insertamos a continuación un juguete del coronel Rafael Cuervo.

Cuervo era tertuliano de la señora doña Ramona Quevedo de Hostia en Chuquisaca.

Una noche, en 1825, pasaban el tiempo, en juegos de prendas, varios jefes del ejército libertador y algunas señoras y señoritas de lo más granado de aquella culta capital; y el tan justamente renombrado jefe del Voltijeros, a cada pena, como siempre, respondía en verso, ya sobre temas que él mismo escogía con intención, o ya sobre motivos caprichosos, con pies forzados, a petición del agraviado o de cualquiera de los circunstantes. Era en vano apurar aquella imaginación. Cuervo, *al rompe*⁷³, como solemos decir en estas alturas, salía airoso de las pruebas a que lo sujetaban.



Había en la tertulia una joven de quien el coronel estaba apasionado; pero ella no se fijaba en él, porque se complacía en distribuir sus miradas y sonrisas más en el todo que en la parte.

En el curso del juego fue penada a formar un ramillete con las flores que debía recoger de las personas presentes. El uno le daba una violeta, el otro una azucena, este un lirio, aquel un jazmín; por último llegóse al coronel Cuervo, y le dijo:

—Caballero, ¿qué me da usted para mi ramillete?

—Un Juan de día, señorita.

73. **Al rompe:** De inmediato, directamente.

Es bien sabido que el Juan de día, en el lenguaje de las flores, significa coquetería.

La joven se encogió de hombros y se mordió los labios.

Cuervo fue penado luego a dictar un artículo literario sobre este tema:

La segunda página de mi vida.

La señorita ofendida había contribuido a esto, creyendo que Cuervo no pasaba de ser un simple coplero.

El jefe del Voltíjeros dijo:

—¡Bueno es que no se olvide que la primera está en blanco! Después, con el mayor desenfado, dictó lo siguiente:

«Mi adolescencia corrió purísima!...

Pero vino la juventud.

¡El ángel de mis sueños, que dormía oculto entre el follaje de las flores, se despertó de pronto y estampó un beso de fuego en mi frente!...

A aquel beso, el cielo me pareció plácido y sereno; sobre su fondo azul se destacaba la luna con su cortejo de estrellas rutilantes; la Vía láctea parecía velada por un húmedo vapor; la ventolina jugaba con mis cabellos; blandos ruidos me circuían; mis ojos se cerraban en lánguido desmayo, ¡y mis labios te llamaron, a ti, visión encantadora!...

¡Sí!... tú estabas allí murmurando palabras que los ángeles no tienen en sus saluciones para la Madre impecadora; tus sonrisas, tus miradas suplicantes, aquel dejo de la cabeza, semejante a la azucena cuando tiembla con el rocío de la noche; ¡de tu seno las palpitaciones que, irregulares, mil suspiros contenidos hacían!... ¡Oh!... sí... ¡tú eras la mujer idealizada por mi fantasía!... Yo te buscaba en el resplandor de las estrellas, en el perfume de la violeta, en la espuma que argenta la ola del mar, en el canto del turpial, en el murmurio de la fuente... ¡y tú estabas aquí, cerca de mí!...

¿Qué mano poderosa te ha empujado hasta el alcance de la mía?...
¿Acaso Dios ha contenido tanto tiempo mis pasiones para que se desborden de golpe, y para que te ahogues en ese océano infinito?
Cuando había soñado contigo en el cielo, ¿por qué estás en la tierra?...
Dime, ¿es cierto que la luz, los perfumes, las melodías tienen espíritus, y que Dios los separa del día, de las flores, de las aves y las fuentes, para que vengan a animar a los ángeles desterrados cuyo amor no pudo hallar correspondencia en el cielo?...
¿Soy yo dilecto de Dios?
¿Cómo te llamas?...
¿Eres la Beatriz de Dante o la Laura de Petrarca?⁷⁴
¿Vives en las églogas de Virgilio o en los lamentos de Ariosto?⁷⁵...
¿Moras en el aire de los campos como las sílfides, o como las ondinas, debajo de las límpidas corrientes?...
¿Arpas eólicas, decidme su nombre!...
Coros celestiales, ¿por qué no la nombrais?...
¡Vén!... ¡Acércate!... ¡No me mires así!...
¡Pero no, así está mejor!... ¡A distancia!...
¡Quizá al tocarte, te conviertas en un lampo de la luna, en las titilaciones de una estrella, en el rumor que se ahoga, en el aroma que se pierde!...
¡Ilusión o realidad, lo que seas, mantente lejos... déjame gozar... así soy feliz!...
¡¡¡Ah!!!
¿Tú en mis brazos?
¡Eco no hubiera sido tan ligero!...
¿Qué morbidez la de tus formas!...
¡No me estreches así!...
¡Me embriagas con tu hálito perfumado!...
¡Tu seno palpitante, tu cuello de cisne, tus purpúreos labios, tu frente purísima, toda tú estás en contacto conmigo!...

74. Ambas mujeres son las musas de la literatura italiana medieval.

75. Los lamentos de Ariosto es una referencia a *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto.

¡El rayo de sol que dora las nubes de la mañana, el céfiro que se mezcla con los murmurios del río, el perfume de la rosa que se confunde con el del lirio, no están más estrechos que lo estamos tú y yo!

¡Ah! ¿Por qué me estrechas así?...

¡Mejor, dame besos!...

¡Más... más besos!...

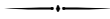
¡Quiero tantos... como hay gotas de agua en los mares y los ríos!...

¡Como hay estrellas en el camino de Santiago!⁷⁶...

¡Más... más todavía!...

¡O dame uno solo que tenga toda la extensión del poder de Dios!...

¡Caí desfallecido!...

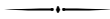


La luz crepuscular se colaba por los intersticios de las puertas y ventanas de mi alcoba.

¡Hice un esfuerzo, sin embargo, para apurar en un todo, lo que me restaba de savia y de vida, y morir prendido a los labios de la mujer amada, como la abeja a su dulcísimo panal!...

¡Abrí los ojos y... hallé entre mis brazos... con rubor lo confieso, una almohada... descosida, bien usada y que ni funda tenía!...

¡Colérico la arrojé lejos de mí!... me incorporé sobre el lecho... y allí... afligido, permanecí largo tiempo, ¡semejante a las estatuas que los escultores de la Edad Media colocaban sobre los sepulcros!...».



No hay para qué decirlo: ¡este *artículo literario* pudo más en la señorita a quien Cuervo galanteaba que el Juan de día con que la había obsequiado para su ramillete!...

76. Se dice que un ermitaño llamado Pelayo encontró la tumba del apóstol Santiago, gracias a que, durante varias noches, cerca del lugar se vieron unos resplandores misteriosos que se asemejaban a una lluvia de estrellas.

Por un abanico

Al doctor Manuel E. Corrales

A los principios de este siglo vivía en el barrio de Getsemaní, en Cartagena, un zapatero llamado Agustín Morales.

Era el tal hombre de trabajo y de crédito.

Viudo a los tres años de casado, le quedaron de su idolatrada esposa dos niños, mujer y varón, a los cuales consagraba su existencia.

José María, idéntico a la madre, era blanco, de buen pelo, de facciones finas. Dolores, parecidísima a su padre, morena, pelo ensortijado, boca grande, ancho el pecho, las caderas levantadas. José María no faltaba a la escuela y aprovechaba en ella que era un primor. Dolores acababa de casarse con un mocito de las provincias del Norte, de esos que nos gustan en la Costa, quizá porque su humildad hace contraste con nuestra fanfarronería. El indio trabajaba con su suegro en la zapatería, tenía las opiniones de este y aquella familia vivía contenta y feliz.

Así discurría el tiempo, cuando vinieron las agitaciones de Cartagena: Cabildo abierto, Junta de Gobierno, sociedades tumultuarias, la revolución en fin.

José María fue de los que asistieron a la plaza de San Francisco en Getsemaní el memorable 11 de noviembre de 1811: de los que estuvieron en todo.

Su padre, que era realista, miró aquello con malos ojos; y como barruntara que tanto desorden no podía conducir a nada bueno, *lio*

*sus petacas*⁷⁷ y se marchó a Santa Marta, refugio entonces de los adoradores del rey.

Señor Agustín y su familia fueron bien recibidos en aquella ciudad; ya se ve, eran godos y llevaban capital. Pero el buen hombre no había meditado en que por salvar un escollo iba a caer en otro; es decir, en que, por huir de la demagogia, como se decía en aquellos tiempos, iba a dar con su persona y con la de sus hijos en la sociedad más profundamente preocupada que por entonces existía en el vasto virreinato.

En efecto, Santa Marta tenía la inmodestia de llamarse a sí misma LA PERLA DE AMÉRICA: el rey más tarde le dio el título de «Muy Noble y Leal Ciudad de Santa Marta». Alardeaban los samarios de que, habiendo el pontífice Paulo IV suprimídoles el obispado, Gregorio XIII lo restableció a petición del Concejo Municipal de la ciudad; de que sus bisabuelos rechazaron al aventurero Cristóbal Cardello, cuando Baal y Drake la habían saqueado, el cacique Corapomaima incendiado, y el holandés Pater, no hallando más que robar, cargó con el obispo Piedrahita; en fin, de que la nobleza española había echado raíces en su suelo y de que desde los altos torreones pondrían a raya a los invasores de Cartagena.

No doy derecho a la maledicencia para que vocifere ahora con que estoy escribiendo contra Santa Marta. Describo una época de preocupaciones y de extravío político, y por más doloroso que sea decirlo, la verdad no me pertenece, como observa Aimé-Martin.

El 20 de diciembre hubo tedeum en la Catedral:

Preciosa azucena blanca,
Reina del pensil florido,
como reza *La Floresta*⁷⁸.

77. **Liar las petacas:** Hacer las maletas.

78. *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*, del alférez José Nicolás de la Rosa, publicada en el siglo XVIII.

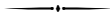
Tratábase de dar gracias a Dios (¡qué blasfemias!) porque los republicanos iban en todas partes de mal en peor, y de pedirle que acabara con ellos, que los hundiera en el infierno; ¡¡¡pero no como quiera, sino en lo más profundo del infierno!!!

Jesús, María y José, digo yo. ¡Qué odio aquel!...

Hubo por supuesto, lo que hay siempre en tales solemnidades: cirios encendidos, música mística, mujeres bien vestidas y un mal sermón.

Dolores, que participaba de las opiniones de su marido, porque las mujeres en general no tienen principios, puesto que solo se guían por los impulsos del corazón, y en este acto se conducen conforme a aquellos a quienes aman, según afirma La Bruyere, ¡iba muy peripuesta y llevó a Dios sus preces contra la Patria!

¡Ella es la mulata criolla!...



Terminada que fue la función, muchas señoras en el atrio de la Catedral discutían con calor.

En esto salió Dolores, que se había rezagado un poco.

Al verla, hubo un movimiento de indignación en el corro de señoras, las que cerraron contra ella, y una le dijo:

—¡Oye!, ¿quién te ha dado derecho para venir a misa con abanico?

—Y con alfombra —agregó otra.

—Y se arrodilló en el cuerpo de la iglesia en medio de nosotras.

—Es, *niña* (término de allá), que ella se figura que estamos en la República de Cartagena.

—¡Oh!, esto es insufrible —exclamó una anciana encendida de cólera.

—¡Es preciso escarmentarla! —prorrumpió frenética la que primero la increpó.

Y así diciendo, le arrebató el abanico de las manos y se lo hizo añicos en la cara.

Dolores llegó a su casa humillada y llorosa. Su padre y su esposo se entristecieron: solo José María bramó como un mar de leva.

Así procedía la aristocracia de Santa Marta, de la cual se podía decir lo que el barón de Humboldt hablando de una de las ciudades más importantes del Pacífico:

¡¡Aristocracia canalla!!⁷⁹...

Dios, que es la justicia, castigó el odio y el orgullo de aquellas nobles matronas.

Diecisiete días más tarde, Labatut, con una horda de aventureros, ocupó la plaza.

Púsose a recoger gente para tripular sus buques, y José María fue uno de los reclutados.

En vano el padre y el cuñado rogaron, ofrecieron doble rescate. Labatut estuvo inflexible, y José María siguió a su destino.

No iba contrariado.

Hallóse en Tenerife, Banco, Guamal, Chiriguaná, Tamalameque; siguió con Bolívar por Ocaña a Cúcuta, e hizo la desgraciada campaña de Venezuela en 1812 y 1813; asistió a la toma de Bogotá en 1814; volvió a Venezuela con Urdaneta; fue a Boyacá, y, por último, se unió con Montilla en Angostura y salió por Margarita a libertar las costas de Cundinamarca.

79. **N. del A.:** No se crea que hay exageración en lo que afirmo. Hasta 1850, un año antes de la emancipación de los esclavos, la gente de color no asistía en las grandes festividades a la iglesia Catedral; y si lo hacía, era en las naves. La misa de la madrugada estaba destinada a reparar en algo distinción tan odiosa. En cambio, el 2 de febrero era el día de aquellos desheredados, y en la parroquia de San Miguel (como fiesta de carnestolendas) hacían lujo de sedas y piedras preciosas.

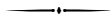
Era teniente coronel, y sobre cinco cicatrices en el pecho, las que velaban su modestia y su uniforme de húsar de Páez, llevaba las mejores condecoraciones de la patria.

En la gran batalla de la Ciénaga, era 2.º de Calderón, y por orden de Carreño ocupó a Santa Marta con el escuadrón La Muerte el 11 de noviembre de 1820, aniversario del día en que él, 19 años antes, había concurrido al tumulto de San Francisco en Getsemaní, como su padre llamaba a la emancipación de un pueblo.

En el terror que se apoderó de los ánimos a la noticia de la toma sangrienta de la Ciénaga, muchas de las familias aristocráticas de la ciudad corrieron a casa del señor Agustín a refugiarse en sagrado.

El zapatero fue noble.

¡Exigió de su hijo consideraciones y respeto para aquellas señoras desgraciadas, entre las cuales había muchas de las que habían insultado a Dolores!...



Algún placer inefable de esos que Dios nos envía como compensación a nuestras grandes amarguras debió de sentir el pobre anciano al ver a su hijo cubierto de gloria y saboreando él mismo una venganza verdaderamente noble.

Todo lo odioso de un sistema de privilegios y la igualdad de derechos en la ley debieron, en un instante, de abrir su inteligencia, porque derramando lágrimas y con el acento de la más profunda convicción, gritó a todo pecho:

¡Viva la República!...

Por una página

Miradlos, ¡cómo se aprestan a la pelea!

¡Bolívar recorre la línea, y él mismo sitúa en las quiebras del terreno y en las faldas de la cordillera sus 1.200 infantes y sus 600 jinetes!...

Nunca se le había visto tan gallardo; levantado sobre los estribos, sujeto de la rienda el fogoso retinto que con el casco despedazaba los chinarrros del sendero; el sombrero en alto en una mano, pálida la frente, rizado el cabello, la mirada llena de luz y de unción.

Boves aparece sobre las crestas del Cagua con 7.000 llaneros.

«Singular es y digno de advertencia que la descripción hecha del fiero Atila por Paulo Diácono, sea el retrato más idéntico de Boves: ancho de pecho, de gesto feo, la frente oscura, las fosas nasales abiertas, ojos hundidos, cabeza grande, mirada inquieta, horrible, que paseaba al rededor como un tigre que se acuerda de su presa; ¡nacido para la desolación del mundo!»⁸⁰...

¡Estamos en pleno San Mateo!...

¡La llanura resuena a los gritos de aquellos Cosacos, sedientos de sangre y de rapiña!

¡Vedlos cómo llegan hasta nuestros parapetos!

—¡Atrás, que el mayor general Mariano Montilla es quien dirige en persona los fuegos de vanguardia!

¡Otra carga, otra y otra!

Vano empeño...

¡Los muertos embarazan las operaciones en ambos campamentos!

Boves ha tenido que retirarse a las alturas, a curarse de su herida.

«La noche pacificó la ira».

80. N. del A.: *Hist. Miscel*, 1, 15.

—.—.—
Boves, más furioso que nunca, ha vuelto a la carga.

¡Qué terquedad!...

¿Pero cómo resistir?

Villapol, Campo Elías, Ruroz y cien oficiales más yacen por el suelo; la tentativa de Cedeño se ha frustrado; Rosete acaba de ocupar los valles del Tuy: hay que atender a las guerrillas del Lago de Valencia, atrincherar el Camino real de la Victoria y cubrir el punto del Palito; Mariño no llega; D'Ellrúyar teme que rompan su línea sitiadora de Puerto Cabello; solo quedan 1.000 hombres de pelea, de los cuales 300 marchan para Caracas, que pide auxilio; y en medio de tanto afán, de tanta angustia, de tanto heroísmo, una columna de Boves aparece sobre las lomas de nuestro flanco y amenaza la Casa de Tejas, en donde Ricaurte cuida del parque y del hospital de sangre...

—.—.—
¡Momento de suprema angustia!

¡«El parque...!», exclamaron todos.

Carecía el enemigo de municiones; iba ya a tomarlas.

Del valor de Ricaurte pendía la salvación de los republicanos en San Mateo. Ricaurte es indomable; pero ¡cómo resistir!

Un instante de incertidumbre turbó el ánimo de todos...

¡Qué será, en fin, lo que ha de suceder!

Descolgábanse de las serranías numerosas fuerzas sobre la casa.

Ricaurte ordena salir a los heridos.

Creció con esto la ansiedad. Amigos y enemigos volvieron a mirar lo que sucedería.

Las falanges de Boves se aproximan. ¡El parque va a ser de ellos!

Ricaurte ordenó a los suyos bajar en retirada...

Resuenan entonces gritos de victoria en las filas enemigas...»⁸¹.

81. N. del A.: Larrazábal.

Lino Clemente, Martín Tovar, Tomás Montilla, Gogorza, León Torres, Hermógenes Maza, han salido fuera de las trincheras para morir, ya que no pueden vencer.

Bolívar manda desensillar su caballo, y a la cabeza de los restos de su infantería:

—Aquí —les dice—, aquí moriré el primero.

¡La Casa de Tejas está rodeada!...

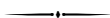
¡Van a tomarla ya!...

¡Bolívar, a pesar de su energía, vio con dolor que tenía en contra suya los elementos de los hombres, y adoró a Dios!

¡¡Sí, a Dios!!

«Es necesario que ÉL nos oiga, que lo sepa todo», se dijo.

Y con ese magnetismo del espíritu con que los hombres grandes se inteligencian entre sí mismos, instruyó a Ricaurte...



¡La situación apremiaba!

Un instante más, y Boves hubiera cantado hosanna.

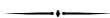
Pero Ricaurte no vacila.

¡Comprende la naturaleza de su viaje y la necesidad de efectuarlo sin demora!

No tiene a Pegaso... ni la escala de Jacob...⁸²

¿Qué hacer?...

¡¡¡Se envuelve en la lava del volcán de San Mateo y sube a los cielos!!!!...



¡DIOS, conmovido, contestó a Bolívar con la independencia de Colombia!...

82. Referencia a Pegaso, el caballo alado de la mitología griega, y la escalera del cielo que Jacob, patriarca hebreo, ve en sus sueños (Génesis 28: 10-19).



Ricaurte en San Mateo (1883), de Antonio Guerra Toro. Galería de Arte Nacional, Venezuela.

Lo que la historia llama un naufragio

El progreso no es la belleza.

Esta verdad axiomática la confirman los sentidos. Si no, ¡mirad!

Allá viene un tren expreso. Ya llega... ya pasa... ¡se perdió de vista!...

¿Qué emociones ha dejado en vuestro espíritu?

¡Ah!, se os responderá: esa es una forma del progreso.

Aunque la respuesta no viene bien, convenido, digo yo. Pero aquella velocidad os ha dado vértigo; os repugna el olor a carbón de piedra; vuestros ojos se han irritado con la agitación del aire; ¡los oídos os zumban todavía con el silbido de la locomotora y con el ludir de las ruedas con los rieles!

En cambio, he aquí una diligencia que llega y se detiene.

Los viajeros quieren tomar un refrigerio.

¡Cuánto ruido, cuánto movimiento simpático!

A una señora, al bajar, se le ha enganchado el vestido en un estribo de la portezuela, y ha dejado ver una pierna maravillosa. Vos que reparáis en ella, no pudiendo hacer otra cosa, exclamáis como Arriaza:

«¡Pero qué pierna! ¡Dios se la bendiga!».

Mirad aquel rostro casi infantil.

¡Ah!, ¿no os gustan las niñas alfeñicadas?

Tenéis razón, porque se acedan al primer beso.

Guapa señora la que viene con un niño de la mano; pero, silencio; un ogro la acompaña: debe de ser su marido.

¡Qué contraste! ¡Una rubia y una morena se dirigen por este lado!... ¡con cuánta complacencia las miráis!... Tendrán cosa de veinte años; ¡estación de la fuerza en la mujer, porque es la de su completo desarrollo! ¡Qué senos!... ¡Qué morbidez en los contornos!... A esa edad la sangre corre tibia por las venas, que se transparentan

bajo la piel satinada; ya se tiene historia; ¡los besos queman, los abrazos dan paroxismos!

Y cuando iba a deciros que he dado con la juventud que más agrada en la mujer, se oye el silbato del conductor; y ruidos y voces y gritos resuenan de nuevo, y cada cual corre listo a ocupar su puesto.

¡Qué carruaje tan cómodo!, ¡qué resortes más blandos!

El conductor engancha seis u ocho mulas colosales, entendidas, fruto quizá de los culpables devaneos del caballo de Troya con la burra de Balaam⁸³, y la diligencia parte, dejándoos pensativos, porque se os figura ver cómo chocan los hombros, las rodillas y los pies con los vaivenes de los viajeros!...

Y agrego que, si no se burlaran de mí como de un «retrógrado», sostendría que el correo de marras tenía más belleza poética que una diligencia. ¡Oh!, cuando entraba a una ciudad, puesto todo de limpio, con la cucarda nacional en el sombrero, la banda tricolor cruzada sobre el pecho, una lanza como la de don Baltasar en la mano derecha, y en la izquierda la «hoja realera», arreando al filosófico jumento hasta llegar a la puerta de la oficina postal, como se dice hoy día, era cosa de atropellarla todo para salir a verlo.

En esto no hemos adelantado mucho que digamos: al «Correo» ha sucedido el prosaico «Mensajero», que de ningún modo es signo de progreso.

Otra comparación:

Allá van dos buques: el uno de vapor, de vela el otro.

Negro el primero como un cuervo marino; blanco el otro como la gaviota.

El vapor tiene la proa en forma de tajamar, y la popa angosta y deprimida como la cola del pato rey; de popa a proa y desde la línea de agua hasta la borda, gruesas planchas de hierro forman los costados,

83. Esta burra es aquella que, para salvar a su dueño, se apartó del camino tres veces, pues un ángel de Dios, a quien Balaam no podía ver, esperaba adelante para matarlo. Balaam se enfureció con el animal y le azotó. Entonces, Dios le otorgó el don de la palabra a la burra, quien le explicó a Balaam por qué se desviaba. En ese momento, Balaam pudo ver al ángel y entendió que su jumento lo había salvado.

y de la línea de agua para abajo, las planchas aumentan en espesor, para que el buque tenga fuerza y empuje; los cañones fumívomos, la poca y ennegrecida guinda, los revueltos tumbos que la hélice deja como si quisiera producir la pleamar: todo, todo, hasta la escasa amplitud, hace formar una idea, mezquina por cierto, de la belleza de ese motor del progreso.

El buque de vela, que es un bergantín redondo, no tiene más palos que el de trinquete y el mayor, con sus correspondientes masteleros; el bauprés y el botalón, las vergas secas, de velacho y de juanete, la botavara mayor y la de trinquete, y sus picos respectivos; pero de tan pobre arboladura parten las jarcias y *estáis*, el barbiquejo y barbadas, las brazas y bureles, la relinga y amantillo. A esta primera belleza, esqueletada y fibrosa, sigue la segunda, el vestido de lona con la bandera en la cangreja, y «allá va la nave», ¡como el cisne sobre un lago, rizando la superficie de las ondas, de las cuales las espumas hierven y se juntan, como cuando produjeron a la madre del amor!...

¡Bien está el progreso que es obra de los hombres, pero bendita la belleza que es obra de Dios!

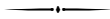


El 10 de junio de 1815 se hallaba en el puerto de Kingston, lista para hacerse a la vela, la goleta de velacho Isabel María.

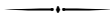
Varios patriotas residentes en aquella isla, sabedores del arribo del general Morillo a las playas de Santa Marta para abrir operaciones contra Cartagena, fletaron el expresado buque; y con recursos que allegaron, y el disimulo de las autoridades, cargáronlo de elementos de guerra y mantenimiento de sitio.

El mando de la goleta fue confiado a Mr. Alberto Serpente, de la armada francesa; desertor de ella, según unos; según otros, patriota fervoroso, que no habiendo podido soportar el despotismo de Napoleón y de los Borbones, vino a América con el fin laudable de servir a la Independencia.

Valga la verdad, Serpente acompañó a Labatut en la campaña del Bajo Magdalena: fue a la Ciénaga con Chatillón⁸⁴, y desempeñó varias comisiones a Lorica y Ayapel; ¡pero era inquieto, turbulento, rencoroso y feroz! El alma de los antiguos *Sans-culottes*⁸⁵ rebosaba en su pecho; por sus discursos demagógicos en las plazas de Cartagena, cuando ocurrieron las disensiones de García Toledo y los hermanos Piñeres, Castillo lo desterró junto con estos y el presbítero Gordón; pero Serpente buscaba los peligros, esperaba el advenimiento de la República universal y amaba en Cartagena. Esto, no obstante sus enojos, le hizo aceptar el mando de la Isabel María.



Una vez a bordo, mandó levar, y las lengüetas del cabrestante relincharon hasta que llegó el ancla a la serviola. Luego, con el pitifoque y la mayor, principió a sotaventar, orzando y derribando hasta salir del puerto; izó foque y trinquete, velacho y juanete, la trinquetilla, y por último la escandalosa mayor; y aquel barco sobre las aguas intestinamente removidas, corría en popa cerrada como si quisiera anticiparse con el presente que a la ciudad amenazada hacían muchos de sus ausentes hijos.



Pero ¿quién es aquel pasajero al cual el capitán mira con torvo ceño, sin dirigir siquiera una palabra?

¡Ah!, ¡es D'Elhúyar!...

La trompa guerrera que un día despertó a Temístocles⁸⁶ vino a herirle los oídos; y sin más reflexionar, desterrado y todo, con el beneplácito de

84. Louis Ferdinand de Chatillon.

85. En francés, *Sin culotes* (*calzones*). Así se les llamaba a los partisanos (guerrilleros) de las clases populares que lucharon durante la Revolución francesa.

86. Temístocles (ca. 524 a. C.-459 a. C.), famoso político y militar ateniense que jugó un destacado papel como defensor de Grecia durante la primera y segunda guerra médica.

los dueños del cargamento, sus amigos, se embarcó también para Cartagena. Serpente, bien que quiso rechazarlo, no pudo por eso hacerlo.

¡D'Elhúyar!...

El niño de Ventaquemada y Santa Fe, el héroe en todas partes; en la Grita, Bárbula, Trincheras, Vigirima, Barquisimeto; el jefe de división siendo apenas coronel... de cuyo retrato al pie el Congreso nacional un día debía escribir con propia mano esta inscripción:

«Jefe del sitio de Puerto Cabello en 1814. Tan modesto y honrado como valiente, fue el más bello ornato del ejército granadino libertador de Venezuela».

Pero siendo así, el uno benemérito, buen servidor el otro, ¿qué causa pudo producir el odio que se profesaban?

En primer lugar, D'Elhúyar no odiaba a Serpente: lo despreciaba.

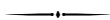
Hallaba meritorio el que un extranjero viniera a exponer su vida por la libertad americana; pero creía necesario, para que tomara servicio, que presentara un pasaporte cualquiera en abono de su conducta anterior.

Y después, los sucesos del 5 de enero de 1814, en Cartagena.

D'Elhúyar, comandante de armas, fue quien aprisionó a los cónsules y sus amigos, condenados al destierro; y Serpente se hallaba entre los últimos.

Procedimiento fue este quizás necesario, respecto del cual la historia no ha fallado todavía; pero de consecuencias funestas, porque abrió el camino del ostracismo. D'Elhúyar mismo hubo de trillarlo más tarde cuando las desavenencias de Castillo con Bolívar.

A esos motivos atribuía el héroe de Bárbula y Puerto Cabello la mala voluntad del capitán de la Isabel María. Serpente tenía otro: amaba con violencia a una señorita principal de Cartagena comprometida con D'Elhúyar; así, pues, bien que éste lo ignorara, eran rivales.

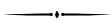


¡Paulina!... rayo purísimo del alba, esencia de las flores que riegan los ángeles a los pies de la dilecta Madre; arrullo de la tórtola sobre su nido

de amores, quejas de la fuente, céfiro del pensil, sonrisas del cielo, sombra siempre fresca, doradas ilusiones, gota de agua vuelta diamante en el cáliz de una azucena; lágrima que tiembla y no cae; suspiro de amor, blanca mariposa con polvos de zafiro y de esmeralda sobre las alas; sendero musgoso; luz, misterios, blandos ruidos, matices cambiantes: la nube que pasa, el aire sutil, todo ese conjunto de delicadas armonías, pálido es ¡oh, Paulina!, ¡para pintar una sola de tus perfecciones!...

¡Tuya no fue la culpa si te amaron!

¡La estrella de los cielos se refleja del mismo modo sobre el cristal del límpido arroyuelo que sobre la ola cenagosa de un lago irritado!...



Faltaba una singladura para arribar al puerto, mas las capas atmosféricas no se movían: la calma era chicha.

Durante la navegación, D'Elhúyar solo pensaba en la patria y en su amada, por lo que poco o ningún caso había hecho del capitán; este a su vez se complacía en ello, porque, como ya sabemos, lo odiaba de muerte.

En el mes de julio, nubes eléctricas corren ligeras y lanzan lluvias y vientos que cesan pronto. D'Elhúyar, meditabundo sobre el castillo de proa, sintió en el rostro una bocanada y, ebrio de gozo, exclamó:

—Sopla, viento; sopla, sopla...

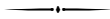
Serpente, a dos pasos de él, porque en aquel momento salía de la escotilla del rancho de los marineros, leyó en el rostro de su rival la impaciencia por llegar; comprendió la causa de aquella impaciencia, y el demonio de los celos removió en su corazón los tormentos de las malas pasiones: envidia, rabia, ira.

Figurábase la goleta anclada en el puerto; y que mientras él se ocupaba en recibir la visita de fondeo, en aferrar las velas, principiar la descarga, etc., D'Elhúyar corría desalado a la casa de su prometida. ¡Qué sorpresa!, ¡qué de preguntas innúmeras!, ¡qué de lágrimas!... ¡Las manos en blanda presión, la mirada indefinible, levantado el pecho con la dicha presente, entreabiertos los labios como para proferir un yo te amo o para ser sellados con un beso antes de que la palabra

desbordara en el vaso de perfume! Agréguese a esto la vigilia que impone el gobierno de un buque y la irritación que produce en los nervios el olor salino del mar; ¡y se comprenderá toda la rabia que hacía extravasar el odio de aquel corazón desdichado!

«Pues bien», se dijo, «ya que todo lo he perdido, patria, familia y amor; ya que no puedo formarme un hogar con la sola mujer cuya esperanza de posesión me había dado fuerzas hasta aquí, ¿para qué la vida?».

¡Y la mirada que clavó en D'Elhúyar no fue menos feroz que la de Ugolino sobre el cadáver de su último hijo!⁸⁷...



Por la noche, cuando todo era silencio a bordo, y solo se oía el golpe de las velas en la caída que la mucha guinda imprime a las goletas de velacho, Serpente bajó a la bodega, y con infernal actividad la comunicó con la escotilla de la carbonera; hizo barrenos en el casco; quitó de las bombas los émbolos y guarniciones, y volviendo a popa abrió las costuras en la lancha del capitán.

¡Oh!, ¡solo la demencia pudo darle fuerzas para tanto!...

A las cuatro de la mañana la guardia dio aviso de que el buque estaba haciendo avería. D'Elhúyar y los marineros se pusieron en pie, y Serpente mandó darle a la bomba.

Empeño inútil.

Las bombas parecían inutilizadas y la línea de agua subía ya hasta la parte exterior de la escotilla de la Santa Bárbara.

—Ropa a la mar —gritó el capitán con un acento que hizo volver en sí a los atemorizados tripulantes.

87. Ugolino della Gherardesca (ca. 1220-1289) fue un noble, militar y político italiano. Fue encerrado en la Torre della Muda y condenado a morir de hambre junto con dos de sus hijos y nietos. Hay una leyenda que dice que devoró los cadáveres de sus familiares después que fallecieron. Esta historia fue inmortalizada en la *Divina comedia*, donde Dante lo sitúa en el último círculo del Infierno. A pesar de que, por su dramatismo, esta leyenda se hizo popular en el arte, estudios recientes señalan que no se encontraron señales de canibalismo en los esqueletos.

Pero era imposible aliviar al buque de la carga. El agua que iba subiendo había invadido todas las bodegas.

Hubo entonces un momento de suprema angustia. Rostros lívidos unos, feroces otros, denunciaban la situación de ánimo en que se hallaban aquellos desdichados.

Serpente todo lo comprendió de una mirada; y como quiera que su vida de marino le había enseñado que en tales casos la subordinación acaba donde el peligro empieza, dio la voz de:

¡Lanchas al agua!

Apenas dada tal orden, las cuerdas flotaron al aire y las roldanas de las garruchas produjeron un chirrido estridente: las lanchas de babor y estribor cayeron al agua.

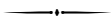
Serpente subió a la chopeta y examinó con su catalejo el horizonte. Bajó luego y distribuyó las dotaciones.

—Hasta las cuatro de la tarde —dijo—, proa al N. E.; después en popa cerrada al Sur: la tierra no está lejos.

Dos o tres marineros quisieron quedarse para remar en la lancha del capitán, pero este no lo consintió.

—¡Allá va con Dios!... —les dijo como en señal de despedida, empleando la frase que sirve para virar por redondo, porque el tecnicismo marino no tiene ninguna todavía para tan desgraciado trance.

¡D'Elhúyar había asistido indiferente a toda esta escena!...



Las lanchas se alejaban a todo remo... Casi se perdían de vista... El agua tocaba en los arrufos... Y era necesario, pues, tomar una determinación.

D'Elhúyar se volvió a Serpente con mirada interrogadora. Este le indicó con un gesto la lancha del capitán. Aquél corrió a popa; cortó a hachazos los cables que la sostenían, y la lancha al dar en el agua se abrió por las costuras.

¡No había salvación posible!...

D'Elhúyar, un momento se concentró en sí mismo para pensar en Dios, en la patria y en su amada!...

Serpente, al ver aquello, lo tomó por una debilidad y prorrumpió en una carcajada que los ecos no repitieron.

—¿Cómo —exclamó el héroe—, se trata de un suicidio?

—¡Ni más ni menos!

—Pero en tal caso ¿por qué me arrastra usted a él?

—Porque lo odio a usted.

—¡Ah!, ya comprendo... una venganza innoble...

—No!, no es eso... es la dicha que usted me roba, el tormento a que me condena, la satisfacción que yo no quiero verle gozar... ¡Paulina, Paulina!...

—¡Miserable!, ¡ese nombre no pueden pronunciarlo todos los labios!

¡Y se abalanzó contra el capitán, ebrio de furor, para abofetearlo, para escupirlo, para arrancarle la lengua!...

Cerraron cuerpo a cuerpo.

En ese pugilato el marino era superior al guerrero, por lo que este requirió la espada. Serpente, que todo lo había previsto, tiró de la suya.

Y principió el duelo más terrible que hayan visto jamás los cielos y los mares...

El agua, que había subido de la cinta, penetraba en la cubierta por los intersticios que hay entre la banda y la estamenara⁸⁸; la arboladura temblaba, el buque se resquebrajaba... el duelo continuaba más encarnizado... ¡y la sangre corría a torrentes!...

Aquel espectáculo era una profanación a la naturaleza y un insulto a Dios.

Una ola que se levantó de repente cubrió el buque... ¡y amor, rabia, ira, esperanzas y gloria, todo, todo rodó por las profundidades del abismo!

88. **Estamenara:** Es un madero de los primeros que se ponen de cuenta en el navío, que, junto con el plan, hace una cuaderna (*Diccionario de autoridades*, 1726-1739).

El general López y el general Durán

Cuando el general José Hilario López editaba en París su *Autobiografía*, su cuñado, el general Liborio Durán, hombre también de servicios, le decía:

—¿Para qué pone usted su retrato al frente de su obra? Ya conoce usted nuestro espíritu nacional. Los amigos y partidarios gozarán en conocerlo o contemplarlo, y harán de usted memorias cariñosas; pero los enemigos y malquerientes le pintarán gorra de cuartel para significar que usted no es más que un soldado; mitra o bonete, para recordar la expulsión de los jesuitas; en fin, su retrato de usted va a sufrir modificaciones tan particulares y extravagantes que nosotros mismos, los de la familia, no lo vamos a reconocer cuando nos lo hallemos a la puerta de la casa de una mujer cualquiera o en la de una posada de camino.

—No importa —contestó el viejo veterano—: quien mal me quiere, dueño es de apelar a tales miserias: en ellas se retratará. Los espíritus serios considerarán tan sólo que, si la fisonomía es el espejo del alma, como dicen, en la una hallarán los atributos de la otra. ¡Ya sabes que yo jamás le he hecho mal a nadie!

Los botones de oro del Libertador

A Juan Manuel Dávila

Bolívar, durante su permanencia en la quinta de La Magdalena, fue objeto de las más cordiales solicitudes.

De las provincias del Perú, de Bolivia, Chile y hasta de Buenos Aires, las familias, como en romería, venían a conocer y hacer presentes a aquel hombre extraordinario, que, en un itinerario de 15 años, desde las hoyas de los ríos hasta la cumbre de las montañas, había recorrido las distancias, sufrido reveses e infortunios, rivalidades y envidias, apurado, en fin, alma fuerte, las angustias de la vida, todo por conquistar la independencia de un mundo⁸⁹.

89. **N. del A.:** «Bolívar se hallaba hechizado en el Perú (1826), según él mismo decía, y no creemos que la expresión sea figurada, sino que la usamos en el sentido propio. Los elogios que se le tributaban, los obsequios de toda clase, la sumisa obediencia a su voluntad, las dulzuras del poder y las delicias de Lima en la hermosa quinta de La Magdalena, causaban aquel encanto. El ejército libertador y su ilustre caudillo hallaron a Capua en la deliciosa capital del Perú». (RESTREPO, tomo 3.º, cap. X).

«Los siguientes eran los versos que se cantaban en las misas de acción de gracias, tanto en Lima como en otras ciudades del Perú, en el tiempo que media entre la Epístola y el Evangelio:

“De ti viene todo
lo bueno, Señor:
Nos diste a Bolívar,
gloria a ti, gran Dios.
¿Qué hombre es este, cielos,
que con tal primor
de tan altos dones
tu mano adornó? Lo futuro anuncia
con tal precisión,
que parece el tiempo
ceñido a su voz.

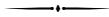
Bolívar, en esas temporadas de campo de las cuales tanto gustaba, volvía a su modo de ser natural, es decir, se ponía alegre, festivo, locuaz.

Recibía a horas determinadas; siempre hallaba una sonrisa para las damas, una palabra para los hombres, una caricia para los niños. Nunca le faltaba a la mano un objeto delicado; una concha de mar, una flor purísima, un vaso de perfume. Y luego, como tenía una gracia particular y un porte tan distinguido, aquellos presentes, retribuciones o no, por más modestos que en apariencia fueran, por venir de sus manos, eran de imponderable valía.

No sé yo de una sola persona, de tantas como hicieron parte de aquella cruzada de admiración y respeto, que no hubiera quedado agradablemente impresionada con el trato del Libertador. Yo tomé vino en Piura en una copa de plata que un amigo mío mantenía en su sala de recibo, sobre un cojín de rico terciopelo, cuajado de perlas y recamado de oro:

—Bebe —me dijo con orgullo—: ¡esa es la copa que el Libertador regaló a mi padre!

Después supe que, en efecto, el Libertador se la había obsequiado al padre de mi amigo y que aquel se había servido de ella en Bomboná y en Junín.



Un día, en medio de la concurrencia más selecta que imaginarse pueda, una joven de provincia, de 18 a 20 años de edad, bella como la luz de la mañana, presentó a Bolívar unos botones bien bruñidos, macizos, del tamaño de avellanas grandes.

—Señor —le dijo—, no tienen otro mérito que el de haber sido hechos con el oro de las pulseras que regaló a Atahualpa una india enamorada.

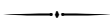
De ti viene todo”»,
etc., etc., etc.
(Larrazábal, tomo 2.º, cap. XLIX).

Bolívar palideció: clavó una mirada aguda sobre la hermosa provinciana, la que a su vez se puso encendida como el fuego de verano que vemos algunas noches en las crestas de las cordilleras.

—Gracias, señorita —le repuso con emoción.

Aquel emporio de amor estaba al alcance de su mano; pero Bolívar jamás la posó, siquiera fuese sobre uno solo de los azahares de su corona de virgen.

Y es que el Libertador gustaba de ser amado por sí mismo, ¡y quién sabe si en su orgullo midió la distancia que media entre el amor al hombre y el ciego arrebató por los héroes!



Copiemos ahora del diario del 2.º jefe del batallón Junín:

Quinta de La Magdalena, mayo de 1826

Día 7. Son las cuatro de la tarde y acabamos de llegar a este sitio encantador. Yo vengo mandando el Cuerpo, porque el coronel Carlos María Ortega quedó en Lima con licencia. A las cinco fui con el coronel Morán cerca del Libertador a pedirle permiso para hacerme cargo del campamento:

—No —me contestó—, que siga Vargas de facción. Relévelo después de diana para que marche temprano, con eso desde mañana no se hará aquí otro servicio que el de plaza. Que una compañía siga haciendo la guardia de honor, pero sin bandera.

—¿No tiene V. E. otras órdenes que darnos? —le dije.

—Por ahora no.

Y con la venia de estilo, pedimos permiso para retirarnos.

Día 10. Acaban de llegar el Mariscal Santacruz, presidente del Consejo de Gobierno, los ministros Unanue y Pando y algunos oficiales generales, todos los cuales permanecerán aquí dos días. Bolívar y Santacruz han hablado largamente, y entiendo que de cosas importantes.

Día 11. El Libertador con su secretario general y el mariscal Santacruz con sus ministros, han pasado todo el día trabajando en piezas separadas.

Varias veces ha venido Pando como a consultar algún punto, y Bolívar ha puesto de su mano notas al margen del papel que aquel le ha presentado.

A las seis nos hemos puesto a la mesa. Bolívar ha estado encantado: jamás lo había visto de humor tan parejo. Ha bromeado con Miller, Lara, Plaza, Leal y Suárez. Ha recordado que me vio herido en Junín, y reconocido al teniente Navas, oficial oscuro, del cual yo mismo apenas si hago reminiscencia. Por la noche, en el salón de tertulia, ¡qué de cuentos delicados!... Santacruz recordó sin amargura que un capitán de Tiradores había estrenado en Lima, en un baile de barrio, sus pantalones de casimir blanco con franjas de oro.

—General —le dijo Suárez—, usted lo ascendería por esa acción distinguida de valor.

—Ni aun esa venganza pude tomar —repuso Santacruz en tono jovial—, porque me había destituido de mi grado y títulos.

—Cuéntenos, general, cuéntenos la aventura —agregó el Ministro Unanue con marcada curiosidad.

—Es muy sencilla: pues bien, se hacía llamar por mi nombre, o señor mariscal, señor presidente del Consejo de Gobierno, según que le convenía para la importancia que se daba; sus compañeros, otros tantos truhanes, aparentaban deferencia y respeto hacia él, y las chicas, orgullosas y contentas de hallarse *conmigo* en aquella reunión, lo tuteaban y para todo le decían *Andrés, Andrés*, como él lo había prescrito. Dicen que se me parece, y que me imita admirablemente en la voz, en el gesto, en el andar, de modo que la ficción era completa. Lo curioso del cuento, continuó Santacruz con acento encantador, es, que ya a la madrugada, el pisco había hecho de las suyas, y que nuestro capitán, trepado sobre una mesa, proclamaba a grito herido:

—¡Imbéciles!, ¿tengo yo algo del presidente del Consejo de Gobierno? ¿Creéis que el insecto puede confundirse con el águila real?

Sastre bribón, toma tus pantalones y llévalos al mariscal Santacruz. Por supuesto que en seguida hubo las del Pantano de Vargas.

Bolívar, que apenas podía contenerse, prorrumpió en una carcajada semejante a la de los dioses del Olimpo, y tras él todos nosotros, porque deber y cortesía es, como dice Sancho, reír o llorar cuando lo hace el señor.

Después de esto fueron las hermosas palabras del Libertador:

—General —exclamó, dirigiéndose a Santacruz—, la dulzura de carácter de usted lo hará dueño del corazón de las gentes.

No quiero olvidar aquí que Bolívar es muy dado a este género de delicados cumplimientos.

De Soublette había dicho: «Tiene capacidad, discreción y finura: es cortés con todos y no mancilla a ninguno, porque él sabe que la cortesía se queda en quien la usa y la honra en quien la hace».

A Sucre le escribió desde Caracas: «El gran poder existe en la fuerza irresistible del amor... Usted es un hombre impecable, general».

El incidente de la conversación había terminado en punto redondo; pero hay personas, y en la buena sociedad, sobre todo, que tienen el poco tacto de diluir y diluir sobre un tema ya agotado. La conversación es semejante a un libro escrito, en el cual al autor no le es permitido entrar en minuciosos detalles sin ofender el sentido del lector, quien desea hallar algo en qué meditar, algo qué comprender o adivinar.

Cuando constreñían a Santacruz para que dijera de qué fábrica era el paño, cómo una mano amiga había bordado los laureles de oro de las franjas, por qué prestó el sastre al capitán de Tiradores tan ricos pantalones etc., Bolívar, que jamás deja languidecer ninguna conversación en su presencia, se acordó de sus botones, y con un *a propósito* delicado varió de asunto:

—Son del oro de las pulseras de Atahualpa —exclamó con orgullo.

Y principió a referir con entusiasmo la manera como le fueron obsequiados.

Pero el mayordomo no parecía: fui yo y revolví cuanto encontré en la pieza privada del Libertador, mas en vano. Vino el coronel Pérez y no adelantó resultado mayor.

Entonces salimos a la sala mudos, mustios, y Bolívar lo comprendió todo. Quiso estallar; pero como observara que el general Santacruz se sonreía por lo bajo, se mordió los labios y dijo con fingida indiferencia: —¡Es lástima!

En seguida, con esa volubilidad de expresión de la que echa mano como recurso, habló de mil generalidades, se puso de pie y nos despidió con gracia y cariño.

Día 15. Ha llegado Vargas para relevarnos. No sé yo por qué esta interrupción en el servicio, cuando siguen en turno Rifles, Voltígeros y el regimiento de Húsares de Ayacucho. Bolívar quiere revistar mañana los dos cuerpos que se hallan aquí, y así lo ha dispuesto por orden generalísima.

Día 16. Hemos formado frente a frente a la casa principal de la hacienda. Vargas está a la cabeza, lo cual ha mortificado a muchos de mis subalternos. ¿Qué hacer? Verdaderamente Vargas es el más antiguo y más glorioso. El Libertador está a caballo en medio de su Estado Mayor, de los secretarios de Estado y de muchos jefes y oficiales. Monta en su Palomo blanco, y le sientan admirablemente el sombrero elástico con plumas y la casaca azul con botones de oro.

Vamos camino de la ciudad.

El coronel Pérez se me ha acercado y me ha dicho:

—¿No es verdad que son preciosos los botones del Libertador?

En aquel instante el sol le daba de frente y cada botón despedía un iris de luz.

—Cómo —le repuse, sorprendido—, ¿esos son los del oro de Atahualpa?

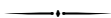
—Ni más ni menos, amigo mío.

—Pero dime, ¿dónde parecieron?

—El Libertador cree que todo ha sido broma de duendes —y sonriendo maliciosamente, puso su caballo a galope y fue a reunirse con Bolívar.

Entramos a la plaza. Rifles, Voltígeros y los cuerpos peruanos presentan las armas en homenaje a nuestras banderas y al Libertador. ¡Qué júbilo! El Libertador se despide del ejército y del pueblo.

Tocan fagina, y por distintas direcciones vamos a descansar a nuestros respectivos cuarteles.



El batallón Junín había sido elevado a 1.400 plazas, y recibió orden de ponerse en marcha para el Callao.

Ya en aquella ciudad, su segundo jefe recibió las siguientes cartas del coronel Pérez, secretario general del Libertador:

Quinta de La Magdalena, junio 27 de 1826

Señor teniente coronel Pedro Blanco.

Callao.

Querido compañero:

Va ya para diez días que no recibo carta tuya, lo cual atribuyo a que siempre me las envías por conducto del Estado Mayor general que reside en Lima, en vez de hacerlo sobrecartadas al Libertador Presidente, La Magdalena. Por aquí las cosas siguen ni más ni menos que como las dejaste. Esta quinta es una Babilonia, y tal parece que todas las mujeres hermosas se hubieran dado cita para venir a trastornarnos las cabezas. ¡Qué variedad de tipos, de bellezas, de coqueterías!... ¡Quién sabe si aquí hubiera sucumbido la virtud del casto José!⁹⁰...

Vargas hace la guarnición permanentemente. Ya sabes que el Libertador le tiene afecto a ese cuerpo y que distingue su oficialidad, compuesto en lo general de los más gallardos jóvenes de Caracas y Bogotá.

Han parecido los consabidos botones, perdidos otras dos veces más. La primera los reconoció el Libertador en el dormán de un capitán de Húsares de Ayacucho, y los reclamó sin enfado; la segunda vez fue así: estaban varios oficiales jugando al dado en el molino que separa los jardines de las huertas, cuando vinieron a darle cuenta de aquel hecho irregular. Ya sabes tú que el general Bolívar no perdona

90. Es decir, san José de Nazaret.

en asuntos de juego o de tragos. Tomó la capa y se dirigió al molino. Ya para empujar la puerta, oyó que el juego estaba animado y que en él reinaba mucha cordialidad.

—¿De quién es el dado? —dijo una voz.

—Tuyo —le contestaron.

—Pues entonces, todos *la dicen*.

—*Treses*.

—*Cincos*.

—*Senas*.

—*Cinco y seis*.

—No —contestó el que maraqueaba los dados—; al que la diga más corta.

—Pues entonces, *botón y botón*.

—A botón y botón.

El Libertador comprendió que se trataba de los suyos y no aguardó el desenlace de la parada. Se embozó en la capa y medio corrido regresó para la casa grande: yo lo esperaba.

—Pérez —me dijo—, los oficiales del Vargas están jugando con mis botones. Vaya Ud. y reclámelos; pero no humille a nadie, ni quiera conocer a ninguno.

Es por demás decirte que Bolívar sabe ya que está en Vargas el duende que persigue sus botones.

He conseguido la orden para que le paguen a Muñoz los \$ 2.000. Te está muy agradecido porque sabe que todo cuanto yo he hecho ha sido por recomendación tuya. La carta que te incluyo es de él.

Recibe saludes de todos y todas, y yo soy, con mi mayor cariño, tu compañero y amigo de corazón.

José Gabriel Pérez.

La carta siguiente, fecha 14 de julio, se reduce en lo general a referir los desgraciados sucesos de Venezuela, comunicados al Libertador por el general Santander con un correo de gabinete, y a manifestar la resolución de Bolívar de volver a Colombia.

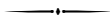
Veamos ahora la de 2 de septiembre.

No suponía yo en el Libertador tanta energía para resistir a los halagos con que le han tentado. Figúrate que todo el mes de agosto ha sido de ruegos y lágrimas. Ocho comisiones diversas le han hablado cada una por su respectivo departamento; todo el pueblo de Lima en procesión, con músicas y banderas, ha venido a decirle: «Saldrás hollando nuestros pechos, nuestros hijos y destruyendo tú mismo la vida que nos has dado?». La municipalidad ha depuesto a sus pies las insignias de su poder, como que su conciencia no tolera más el ejercerlo; los tribunales, clase y cuerpos de la sociedad; el ejército uniendo sus votos a los del pueblo con el ardor de la elocuencia militar; el venerable cura de San Lázaro, a nombre del clero, llorando como un niño, cubriendo de flores y derramando con sus manos aguas aromáticas sobre el suelo que debía pisar el Libertador; y en fin, las matronas armadas de sus gracias, y con el dulce lenguaje de la sensibilidad, invocando al héroe, interponiendo el interés del corazón y la vida de la sociedad, que existe por la que dan las madres a los hijos de los hombres, nada, nada ha bastado a disuadirlo.

A tantas súplicas y ruegos, ha contestado con el lenguaje del deber:
—Colombia me llama, y obedezco.

Seguiremos de aquí dentro de dos o tres días. Hoy se ha dado orden para que esté aparejado el bergantín Congreso, en el cual nos embarcaremos para Guayaquil.

Hasta luego, pues, ya que pronto tendré el gusto de abrazarte.



Tras los encantos del Perú, las amarguras de Colombia. La ley de esa armonía dolorosa se cumple siempre, y son los grandes hombres quienes menos pueden sustraerse a ella.

¡Infaustos acontecimientos en Venezuela, Santander al frente de una oposición terrible, sublevación de Bustamante, disolución de la Convención de Ocaña, conspiración del 25 de septiembre, guerra del Perú, batalla de Tarqui, insurrección de Córdoba, separación de

Venezuela, asesinato de Sucre, dictadura de Urdaneta!... ¡he ahí los tristes sucesos que precedieron al 17 de diciembre de 1830!...

—•—

Bolívar no se dio cuenta de su estado de gravedad sino cuando el obispo Estévez le brindó con la eucaristía y la extremaunción.

Algunas noches después, ya frecuente el desvarío, el Libertador decía a su fiel mayordomo:

—¡Vámonos, José, que de aquí nos echan!... ¡destruye mis papeles y guarda mi casaca azul con botones de oro!...

¡Última memoria, no de vanidad, sino de algún sentimiento de la tierra cuidadosamente guardado, y del cual su alma tenía que desprenderse antes de alzar el vuelo a las regiones de Dios!...

El 20 a las 8 de la noche llegó a la Catedral el cortejo que conducía los restos del Libertador. Después de los últimos oficios, y ya para darle sepultura, las autoridades superiores y los generales del ejército comenzaron a arrancar los botones de oro de la casaca del héroe.

Viendo aquello Révérend, palideció; pero no pudo contenerse cuando alzaron el cadáver para tirar de los que había en el talle:

—Señores —les dijo—, yo no consiento en esa profanación.

Uno, sin embargo, había quedado.

—•—

Doce años más tarde (20 de noviembre de 1842), el doctor José Vargas, jefe de la comisión de Venezuela, por encargo del Congreso de aquel pueblo vino a Santa Marta a recibir los restos del redentor de cinco repúblicas.

El gobernador de la provincia hizo la entrega de ellos.

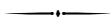
Para comprobar la identidad, se extendió un acta antes de levantar la losa del sepulcro, y se anotaron en ella varias circunstancias.

Révérend afirmó que entre los despojos del general Bolívar debía hallarse un botón de oro, el único que habían dejado a la casaca.

Buscado cuidadosamente y hallado que fue, Vargas, que estaba en los antecedentes, lo presentó a Révérend, diciéndole:

—Tengo encargo de la familia del Libertador para ofrecerlo a usted.

Révérend lo recibió sin articular una palabra: ¡estaba profundamente conmovido!...



«Vive aún en Santa Marta el compatriota de Service y Lafayette, el anciano de espíritu afable, de trato social muy sencillo, recuerdo viviente de la dolorosa escena de San Pedro Alejandrino, la postrema escena, acá en la tierra, del Libertador de gran parte del Nuevo Mundo y fundador de cinco repúblicas en regiones que fueron desde tres siglos colonias de España»⁹¹. Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia han sido ingratas con él: en cambio, Venezuela ha sido agradecida. El presidente Falcón le presentó la medalla que el Congreso ordenó se le obsequiara, guarnecida de diamantes, con honrosas inscripciones. Está condecorado con el busto del Libertador y goza pingüe pensión.

Sin embargo, en los días solemnes, cuando el cañón truena, cuando flotan al aire los colores nacionales y que las músicas y los repiques de campanas y los vítores anuncian algún glorioso aniversario, el doctor Alejandro Próspero Révérend viste con sus honrosas distinciones; pero nada le sienta tanto como el botón de oro en medio de la escarapela nacional que lleva en el ojal izquierdo de su casaca negra, ¡con distintivos de médico de cabecera del LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR!

91. N. del A.: Azpúrua, *Biografías de hombres notables*.

El almirante Brión

Era Brión un rico armador y mercader de la isla de Curazao, en donde había hecho una gran fortuna a fuerza de trabajo, actividad y economías.

Antes del sitio de Cartagena en 1815, entregó su corbeta Dardo, de veintiocho cañones, al teniente coronel de la Unión José María Durán, para que condujera en ella a las costas de Cundinamarca quince mil fusiles y otros elementos de guerra; y él mismo vino comandándola, después de facilitar a Durán recursos de que carecía: por estos y otros servicios, la ciudad histórica le dio el título de «hijo querido de Cartagena».

Cuando la expedición que partió de los Cayos, «era ya tanto el influjo que sobre su ánimo ejercía el Libertador, que desde entonces dedicó Brión todos sus haberes y el resto de su vida al servicio de la República»⁹².

En las ruidosas desavenencias que Montilla y Bermúdez tuvieron con Bolívar en los Cayos, Brión los reconvino echándoles en cara su falta de patriotismo: opinó con admirable independencia por qué no debían ser invitados a la gran Junta que iba a reunirse con el fin de acordar el Jefe de la expedición, y fue el primero que en ella dijo: «“En Venezuela se elegirá un Jefe Supremo a cuya elección concurrirán los demás patriotas que allí existan; pero aquí nosotros debemos nombrar al general Bolívar, jefe de la expedición”. La totalidad de la Junta, empezando por Marino, aprobó la propuesta de Brión, a los gritos de *¡viva la patria!*»⁹³.

92. N. del A.: Restrepo, *Historia de Colombia*.

93. N. del A.: Larrazábal, *Vida del Libertador*.

La última vez que el Libertador regresó de Haití, a instancias de Zea, Arismendi, etc., etc., Bríón con la escuadra fue por él, y al pisar en la patria, Bolívar dijo en su proclama de Juan Griego: «Vedme aquí, venezolanos: vengo a la cabeza de una cuarta expedición con el bravo almirante Bríón; a servirlos, no a mandaros»⁹⁴.

Bríón, así como Zea, don Diego Urbaneja y otros hombres serios, entró en la farsa del Congresillo que Mariño y el Canónigo Madarriaga reunieron en Cariaco; pero Bríón se arrepintió de luego a luego⁹⁵, y, «apenas recibió orden del Libertador para penetrar con su escuadrilla en el Orinoco, se apresuró a cumplirla, llevando para rendir a Guayana lo único que Bolívar necesitaba, es decir, escuadra. La navegación del Orinoco quedó abierta. ¡Qué alegría! ¡Qué momento de regocijo indefinible! Aquel fausto acontecimiento aseguraba el resultado pronto del sitio de Angostura. Para resguardar la escuadra, que aún era menor que la realista, el Libertador mandó construir un fuerte que tituló *Bríón*, dirigido por el ingeniero Pasioni y el general Arismendi»⁹⁶.

A poco de ocurridos los atentados del infortunado Piar, la situación de suyo se hizo peligrosa. Piar era un hombre audaz y fuerte, estaba resentido y meditaba usar armas de una naturaleza destructora: hombres igualmente ambiciosos e inquietos, igualmente ignorantes e indóciles, igualmente enemigos de todo freno y disciplina, podían muy bien, llevados del ejemplo, de la fama del caudillo y de geniales propensiones, unirse a la empresa y levantar el pendón de la desobediencia: la tropa adicta a Piar, que la había conducido a la victoria, y mandada por jefes de su misma clase, no daba muchas garantías de subordinación y lealtad: pueblo no había; la miseria era espantosa; ella y la peste producida por el sitio en Angostura tenían abatidos los ánimos en el poblado y en las filas.

94. N. del A.: Documentos de la vida pública del Libertador.

95. **De luego a luego**: Expresión en desuso, significa 'prontamente, sin dilación' (DLE).

96. N. del A.: Larrazábal, *Vida del Libertador*.

En esta situación propicia para hacer triunfar una novedad cualquiera que condujese a variar el orden de cosas existentes, ¿cuáles eran los auxiliares de Bolívar? Unos pocos jefes adictos de buena fe a su persona, amigos del orden y suficientemente instruidos para ver en su conservación la más segura esperanza de salud⁹⁷. El Libertador creyó necesario juzgar a Piar y nombró jefes independientes para que conocieran en la causa. Los vocales se reunieron en casa del almirante Brión, a quien nombraron presidente del Consejo. Piar era paisano y amigo de Brión: el Consejo falló únicamente su muerte, cuya sentencia no condena ningún historiador concienzudo.

Al instituir el Libertador en Angostura el Concejo de Gobierno para abdicar ante él el ejercicio de la Suprema Autoridad, dio base para la creación de los poderes Legislativo y Judicial que no existían. Brión fue nombrado presidente de la Sección de Guerra y Marina.

Para la represión del motín de Apure, Brión fue destinado con Bermúdez a la ocupación de Güiria.

Después de la famosa proclama de Angostura (15 de agosto de 1818) y de la convocatoria del Congreso, el Libertador trató con Brión para que viniera a Nueva Granada con un jefe de tierra, a fin de libertar sus costas. Brión aceptó, y ya hemos visto en otra parte el importante papel que hizo en ellas hasta la comunicación del armisticio.

En Bogotá fue recibido Brión por Bolívar y Santander espléndidamente, y en su intimidad dulcísima, así como en la de los demás jefes patriotas y ciudadanos distinguidos de la culta capital, halló, como él escribía a un amigo suyo de Amsterdam, «larga compensación a sus sacrificios por la independencia y libertad de Colombia». De regreso para la patria natal, murió en Caracas el 27 de septiembre⁹⁸.

El día en que el Libertador amaneció en la hacienda de San Pedro Alejandrino (6 de diciembre de 1830), «estuvo contento, alabando mucho la mudanza de temperamento, o más bien el hallarse en el

97. N. del A.: Baralt y Díaz, *Resumen de la historia de Venezuela*.

98. N. del A.: El señor Restrepo afirma que en Curazao.

campo»⁹⁹. A mediodía recibió algunos amigos que deseaban obtener del héroe una palabra, una última mirada. Desde luego le fue presentado un joven holandés, de hermosísima figura, llamado Sicthz, el cual venía desde Cartagena rastreando los pasos del Libertador, sin haber logrado acercársele. El general Montilla se lo presentó como pariente de Brión, cuyo solo nombre pareció despertar en el moribundo una inmensidad de recuerdos.

—¿Qué me quiere usted, joven? —le preguntó Bolívar con interés y ternura.

—Vengo, señor —le repuso Sicthz con acento conmovido—, a pedir a V. E. una inscripción para la tumba de mi bienhechor y vuestro amigo¹⁰⁰.

Y así diciendo se disponía a escribir en una cartera que tenía abierta entre ambas manos.

El Libertador meditó un instante. Tomó la cartera y escribió con mano segura:

BRIÓN, EL MAGNÁNIMO.

Sin duda pensó en que ese era el epitafio que debía colocarse sobre aquella tumba querida, o recordó que en un documento oficial, desde Venezuela, él mismo le había dado ese título en 1817.

«A la muerte de Brión terminó la lista de los almirantes de Colombia, que él solo había comenzado»¹⁰¹.

99. N. del A.: *Última enfermedad y últimos momentos del general Bolívar*. Révérend, médico de cabecera.

100. N. del A.: La que existe en el cementerio de Curazao, de mármol blanco.

101. N. del A.: Restrepo, *Historia*, citada.

Bigote y pera

A Juan B. González G.

¡Hiciste bien en retirarte del servicio, José Vicente Moreno!...

¡Cuando un oficial de ejército cae en ridículo, mejor le está quedarse en su casa mohíno y todo, que seguir sirviendo de befa en las filas de un cuerpo que se bate!...

El ridículo es lo único contra lo cual no hay arma conocida.

Maza fue sanguinario, bien es cierto; ¡pero tú fuiste bajo!... de ahí todo.

Nunca falta motivo para arrancar la vida a un hombre; ¡jamás lo hay para deshonrarlo!...

Y luego, ¡Hiperdulía no valía la pena para tanto!...

¿Por qué, pues, en vez de asistir a las sangrientas ejecuciones en el puerto (lo que hubiera sido menos malo), te entretenías en platicar con una mujer que ni joven era, y en decirle ternezas, y en ponderarle amor que no sentías, y al cual ella no podía corresponder, sino rendirse, dada la tribulación de aquellos momentos en que los toques de diana y los de degüello se sucedían sin cesar?...

¡Ayudas a ocultarlo!...

¡Hiperdulía tiembla!...

¡Un triunfo seguro no satisface!...

Con todo, triunfas y gozas, según la expresión de Hacket: *homo ex luto et argilla epicurea factus!*¹⁰²...

102. Lat. *Hombre hecho de lodo y de arcilla epicúrea.*

— — — — —

Córdoba, horrorizado con la hecatombe de Tenerife, abandona la villa en la noche del 25 de junio de 1820, y el alférez José Vicente Moreno, como era su deber, lo sigue en la segunda compañía del batallón Antioquia.

Mientras tanto Hiperdulía llora:

—Te he salvado la vida —dice a su esposo Conmemor...

Este lo comprende así; mas con todo, no está satisfecho. Bota la jabonera y la brocha, las esponjas, las navajas, las toallas, el aceite dulce; ¡y el barbero castellano se marcha sin saber a dónde, dejando a Hiperdulía entre el remordimiento y el dolor!...

— — — — —

Pasan la acción de la Ciénaga de Santa Marta y el sitio de Cartagena en 1820 y 1821.

Córdoba y Maza atropan gente para sus batallones, y el triste Conmemor, sin saberse cómo, viene a dar en el del Bajo Magdalena.

¡Sigue Pichincha!...

¡Oh!, ¡qué dicha!...

¡El Antioquia y el Bajo Magdalena se han cubierto de gloria!...

¡Necesario es, para llegar a Quito, que los oficiales de aquellos cuerpos vayan distinguidos, como aditamento, con atributos diferentes de los que discierne Marte¹⁰³ a sus hijos queridos!...

¡Así es la juventud!...

—¿Qué hacer?

—¿Qué inventar?

—*Bigote y Pera* —dijo algún pobre de pelos en la cara.

—*Bigote y Pera* —contestó unánimemente el cuerpo de oficiales.

103. El dios de la guerra de la mitología romana. Su equivalente griego es Ares.

Pero el teniente Moreno era abundoso en barbas, y, pase, rapársela nunca había querido, por lo cual sus compañeros le llamaban el Oso del ejército.

Desconfiaba de que sus camaradas fueran a hacerle alguna mala pasada.

La cosa urgía.

Los rostros estaban llenos de jabón.

La navaja jugaba de mano en mano.

En esto, 1.^{er} toque de marcha... 2.^o... 3.^o

El ejército principia a desfilar, y Moreno en la guardia de prevención, *no estaba aún al orden de parada*.

—Mi teniente —le dice el ordenanza—: el cabo Conmemor... ¡Qué nombre más raro!...

—Sí: que venga al punto, ya sé que lo hace bien.

Y sobre una carga de municiones, Conmemor acomoda a Moreno, y despacio da principio a su tarea.

—No se afane usted, mi teniente— le dice—: llegaremos en tiempo a la ciudad, y usted, mejor perfilado que los oficiales de Paya y Bajo Magdalena.

—Con todo, apura, date prisa.

¡Qué habilidad aquella!...

De una sola caída, la navaja se lleva en claro una patilla; pero en vez de seguir con la otra, Conmemor se puso a repicar los contrapeños bajos de la barba (*fer à cheval*)¹⁰⁴, subiendo a derecha e izquierda para formar con arte la *Pera*.

En esta operación, Conmemor, como buen barbero castellano, púsose a conversar de todo, todo, y en un momento.

Y trajo a colación la batalla de Tenerife:

—¡Usted estuvo en ella, mi teniente! —afirmó con intención.

104. En francés, *Herradura*. En este contexto, es un corte de barba.

Moreno, aunque observó que Conmemor se ruborizaba, no dio importancia a la cosa, y le repuso con indiferencia:

—Sí, sí estuve.

—Dicen que hubo allí cosas horribles —agregó el barbero con acento ahogado.

¡Moreno se estremeció!...

—Un soldado del Antioquia me ha referido —siguió diciendo Conmemor— que un oficial de su cuerpo fue poco generoso con la esposa de un pobre diablo a quien había salvado la vida...

El teniente alzó los ojos y miró fijamente al barbero.

Este fingió no observar aquella mirada interrogadora, y continuó con marcado acento:

—Hizo mal, ¿no es verdad, mi teniente? Una mujer no es una fortaleza que se toma por asalto. Hay que sitiarla, acosarla, hacerle fuego por hileras, por batallones, en fin, rendirla por capitulación que ella dicte.

Aquí tembló la mano de Conmemor, en los momentos en que la navaja corría sobre la manzana que tenemos atorada ¡ay!... desde el pecado venial de nuestra buena madre, la señora Eva.

Moreno apartó la mano del barbero y quiso ponerse en pie; mas este se lo impidió con blanda presión sobre el hombro y con sus ruegos:

—Espere usted, mi teniente, que aún no hemos concluido. Verá usted lo guapo que va a quedar.

Y se disponía a rasurarlo de nuevo por la garganta, con este estribillo:

—Qué mal que hizo, qué mal hizo, ¿no es verdad?...

Moreno, que no estaba para el caso, se levantó bruscamente y se encaró con el barbero, como para buscar alguna certidumbre en aquel rostro vulgar, ahora burlón.

—¿Querrás decirme quién eres? —le interrogó con voz agria.

—El cabo Conmemor, mi teniente... El marido de Hiperdulia —contestó el chocarrero castellano—. ¡Qué!, ¿ya usted no me recuerda? ¡Y esto que le debo la vida!... ¿Conque el 25 de junio de 1820 no me ocultó usted detrás de los baúles, casa de mi mujer, para que no me asesinaran los soldados del comandante Maza? Por cierto que

usted hasta le hacía caricias... sí, muchas caricias... y ella... eso sí... ella;... ya ve usted, mi teniente...

—•—

Aquella situación no podía durar más tiempo: era insostenible para ambos. Conmemor todo lo había hecho, todo lo había dicho con marcada intención, mejor, con intención maligna. A Moreno no podía quedar duda alguna respecto a esto. ¡El tono quejumbroso, el juego de las miradas, la queja, las burlas y la revelación por último!...

—Acabemos —exclamó el teniente irguiendo la cabeza—. Es necesario que desertes, Conmemor; yo te lo mando.

—¡Imposible! —repuso el barbero—. Podrían echarme mano, y no quiero darle a usted el placer de que mande la escolta que hubiera de fusilarme. Por otra parte, no quiero renunciar a mis ventajas; más aún, le voy tomando afición a la guerra.

—Pues entonces... —dijo colérico Moreno.

—Pues entonces, oiga usted, mi teniente —le interrumpió Conmemor, a vuelo las campanas de las iglesias, la salva de artillería, el vocerío de las gentes y la polvareda aquella que levantan—. Pues entonces, mi teniente, quiere decir que estamos perdidos, que vamos a ser atacados por las guerrillas que tenemos a retaguardia, que vamos a abandonar el parque y que el coronel Córdoba lo fusilará a usted sin remedio, por no haber seguido el movimiento de la División.

Y diciendo todo esto con una verbosidad que no daba lugar a meditar, y cargando con las cajas de municiones, y tocando el corneta pasitrote, llegaron por fin a la plaza de la ciudad libertada.

—•—

Tras la ovación, los cuerpos desfilaron a sus respectivos cuarteles; de modo que Moreno se halló con su compañía en la plaza de Quito a vista de balcones y ventanas, y examinado de cerca por aquella multitud de curiosos, ornato y gala de toda fiesta gratuita.

Mandó a la compañía en su lugar las armas, y esperó órdenes.

Pero la gente más lo estrechaba, y lo señalaban con el dedo y reían.

—Vamos —pensó Moreno para sí—; estoy en mi mal día.

¡Una, dos horas de espectáculo!...

¡Qué horror!...

Las acémilas se rendían bajo el peso de las cargas, el sol reverberaba, la tierra evaporaba sus efluvios, el soldado ya no podía tenerse en pie, no parecía ningún ayudante del E. M. o del general de servicio, y el populacho en pelotones, que se descomponía y recomponía sucesivamente, miraba al rostro del teniente Moreno, y reía y reía a más y mejor. Ganas le daban de mandar hacer fuego o de dar una carga a la bayoneta sobre aquella multitud impertinente.

—¿Pero de qué reirán? ¿Qué habrá producido tanta hilaridad en estos canallas? —se preguntaba colérico aquel hombre.

El sargento primero que él había mandado a avisar de su llegada no había vuelto.

Y mientras tanto los curiosos aumentaban, y venían como en remolino alrededor suyo, y reían y reían con esa risa interminable de los dioses olímpicos.

Valga la verdad, Job no hubiera tenido paciencia para tanto.

Moreno estalló.

—¡Al hombro!...

Y al ruido de las armas, a la voz ejecutiva, la multitud echó paso atrás en grupos desordenados, haciendo y cerrando claros.

Aquello era de ver. Se codeaban, se empujaban, se atropellaban; caían y se levantaban para volver a caer; lloraban los niños, las mujeres gritaban; los sombreros, bastones y paraguas; los tiples y pande-retas; las mantillas y zapatos, todo jugaba por los aires y venía a tierra para ser destrozado por las gentes en aquel flujo y reflujo de pavor.

¡Moreno estaba vengado, y sonreía!...

¡Sin embargo, aquella fue su última sonrisa!...

Un pobre hombre, cargado de achaques y de años, enemigo del rey, amante, por convicción, de las nuevas instituciones, azotado sobre la picota por su amor a la libertad, el señor don Juan de Celestino Asís, que había roto por entre la multitud para llegarse hasta el teniente Moreno, y a quien la ola terrible no alcanzó a arrastrar, le dijo:

—Joven oficial, aconsejo a usted que se retire a su cuartel.

—¡Pero qué!, ¿usted se figura que yo temo a esa montonera? Por otra parte, no tengo orden para retirarme.

—Así y todo —insistió el buen hombre—, ruego a usted que se retire. Usted está sirviendo como de espectáculo, y esto es muy triste para un vencedor en Pichincha.

—Cómo es eso de que estoy sirviendo de espectáculo!... ¿Acaso tengo yo la culpa de que me hayan dejado plantado aquí? Pues en tal caso, que rían del jefe de Estado Mayor o del general de día, ya que han olvidado sus deberes...

—No es eso, joven —insistió el anciano con acento cariñoso—. Vea usted, los oficiales del Piura y del Trujillo, así como los del Paya, Yaquachi, Magdalena y Albión, hicieron muy buen efecto con sus *Bigotes* y *Peras*; pero usted lo ha hecho detestable con una sola patilla. Créame usted, es de eso de lo que ríe el pueblo.

Apenas pronunciada la palabra *patilla*, Moreno llevó las manos a la cara y buscó con la mirada al cabo Conmemor; pero este, que no perdía ninguno de sus movimientos, como estaba arma al brazo, pasó rápida la mano derecha por el cañón del fusil y descansó el dedo gordo sobre el tomillo pedrero.

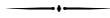
Moreno, por vanidad, por hábito, por fastidio, muchas veces había acariciado su hermoso *Bigote* y tirado de la *Pera*, obligando al labio inferior a que hiciera traición a lo bermejo de sus encías y a lo blanco de sus dientes; y esto no obstante, no había notado de que le faltaba una patilla. Y es que hay situaciones de espíritu que no nos permiten parar mientes en aquello que nos mortifica y que quisiéramos evitar.

Desde el momento en que descubrió el teniente Moreno que Conmemor era el esposo de Hiperdulía, se puso a pasar en revista las circunstancias que precedieron a la violación de aquella mujer, antes impecable; y algo así como el remordimiento, la vergüenza o el miedo se apoderó de su alma.

Atontado había oído el *pues entonces* del barbero castellano, atontado trotó y llegó a la plaza de Quito, dando esas órdenes materiales, como gira la máquina de un reloj, que la práctica de las ordenanzas nos enseñan; y si de su abstracción había despertado alguna vez a los silbos de los muchachos, a la risa de las mujeres y a la burla de los hombres, esto no fue sino porque la vanidad supera a todo otro sentimiento.

¡Conmemor estaba vengado!

¡Para acabar con un hombre, no hay como vestirlo de Arlequín!...



Lo demás, el lector lo habrá adivinado por el comienzo de esta leyenda.

Moreno se retiró del servicio. No pudo resistir a la burla general.

En su pueblo, que pertenece a lo que hoy se llama estado de Antioquia, tomó la costumbre de afeitarse todos los días. Un solo pelo en la cara le hubiera recordado las patillas; y por lo que hace al *Bigo-te* y la *Pera*, quita allá, ¡con solo oírlos nombrar le daban crispaduras nerviosas!...

El coronel Rondón

**(o los besos de Magdalena pecadora y
de Magdalena arrepentida)**

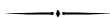
A don Nicolás Pontón

La previsión fue una de las condiciones del genio de Bolívar.

Por eso, desde Bonza, antes de empeñar combate, minorado su ejército y sin saber a qué número alcanzaba el de Barreiro, principió a formar el que debía invadir a Venezuela, o hacerle frente a Morillo, caso de que este trasmontara los Andes en su persecución. Al efecto, envió al coronel Antonio Morales a la provincia del Socorro, y a la de Pamplona al coronel Pedro Fortoul, quienes organizaron los cuerpos que después de Boyacá constituyeron el ejército del Norte. Soublette tomó el mando de él a causa de la muerte de Anzoátegui; y bien sabemos hasta dónde se cumplieron las previsiones de Bolívar, puesto que Soublette apenas llegó a tiempo a la villa del Rosario para rechazar a Latorre, que venía a marchas forzadas con la 5.^a División del ejército realista.

Entre los cuerpos que salieron de Bogotá en auxilio de Soublette, iba el escuadrón de Llano Arriba, el cual recibió orden de permanecer en Cúcuta hasta que nuestros infantes no avanzaran sobre San Cristóbal.

Rondón asumió el mando militar de aquella plaza.



Aunque era Rondón hombre de color, su presencia no desagradaba.

Tenía la frente plana pero no estrecha; los cabellos ensortijados, los ojos ni grandes ni pequeños, y la mirada llena de infinita bondad; la nariz larga y correcta hasta las ventanillas, que se abrían un poco más de lo ordinario; los labios proporcionados, la boca grande, las patillas cortas, el bigote rasurado, la barba redonda, el cuello maravillosamente hecho, el pecho y la espalda no muy anchos; alto, delgado, bien formado, en fin¹⁰⁵.

Y luego tenía virtudes muy recomendables. «Reunía a un valor asombroso, la obediencia nunca alterada, una moderación siempre afable: era desinteresado para con todos, humilde con sus superiores de todo género, amigo fiel e idólatra del “VIEJO LIBERTADOR”, como él lo intitulaba de ordinario. Nunca abusó de la disciplina militar para molestar al soldado, que cuidaba como a hijo; pero no le dispensaba la corrección cuando cometía faltas inexcusables. Tales cualidades en un oficial a quien su condición social primitiva le había obstruido los medios de adquirir alguna educación le granjearon un aprecio general y muy particular de sus inmediatos jefes en el ejército»¹⁰⁶.

Una tarde, a tiempo que estaba sentado a la puerta de la casa que le habían destinado, vio acercarse una joven desmelenada, que pedía socorro. Paróse de repente delante de él, y con la voz ahogada por el cansancio.

—Señor coronel —le dijo—, sálveme usted; sus Llaneros han querido hacerme daño.

—¿Cómo, dice usted que mis Llaneros? —exclamó Rondón frunciendo el entrecejo.

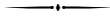
—Sí, señor, sus Llaneros —continuó la joven fingiendo un terror mortal.

105. N. del A.: Su retrato se halla en la galería Rubiano, Bogotá.

106. N. del A.: Azpúrua, *Biografías de hombres notables*, tomo 3.º.

—Permítame, pues, ir a informarme de lo sucedido; pero entre usted, mi señorita, que en mi casa será respetada. Espéreme usted; vuelvo al instante.

Y después de haberla hecho tomar asiento, salió a toda prisa.



En efecto, dos o tres oficiales de caballería se habían presentado en la casa de la joven, con el objeto de matar el tiempo. Principió la charla: vinieron los equívocos, las sonrisas malignas, las miradas atrevidas, y ahí quedó todo, como decía el teniente Echeverría. «A la verdad (agregaba), no ha habido combate, porque el enemigo hizo un movimiento a retaguardia».

En efecto, la joven desconocida había salido por la puerta trasera.

Rondón no se dio por satisfecho con aquella explicación en forma de parte, y castigó a los oficiales responsables del fastidio dado a aquella hermosísima mujer.

De regreso a la casa, le dijo:

—Siento lo que le ha sucedido a usted; pero créame, la previsión de un jefe nunca alcanza a impedir las irregularidades de sus subalternos.

—Gracias, señor coronel; pero es el caso que yo vivo sola con una criada; que mi casa está retirada, y después de lo que ha pasado...

—Nada tema usted, mi señora; yo le ofrezco que ningún militar en servicio irá a molestarla a usted.

—¿No tendré el honor de verlo a usted por mi casa, señor coronel?

—Puede usted comprometerse, mi señora; y luego, los oficiales a quienes acabo de castigar podrían echar a mala parte mi severidad.

—Usted está a cubierto de toda sospecha, caballero. Siempre he oído decir que el coronel Rondón es un hombre de bien.

El llanero guardó silencio.

—Bueno, me despido de usted llena de agradecimiento; pero ofrézcame usted que irá a visitarme: deme su palabra.

Rondón vacilaba.

—Lo aguardo a usted mañana a las doce. La plenitud del sol aleja las sospechas.

Y salió como una reina del desierto, con la cabeza alzada, isócrona¹⁰⁷ la marcha.

Ahora, para la mejor inteligencia de esta leyenda, ruego al lector que lea las siguientes cartas:

CARTA PRIMERA

Cúcuta, 1818.

Perdóname, querida María Luisa.

Tengo dos años de ausencia y hoy te escribo mi primera carta

¿Qué quieres?

Las lágrimas que derramé en tu seno cuando nos separamos, quizá para siempre, han velado mis ojos, y nada percibo en medio de esta naturaleza gigantesca que por todas partes me estrecha y me sofoca.

¡Valiente primor el de mi tío!

¡Encerrar mi juventud aquí, para que lo herede mi corazón muerto!

Para esto no valía la pena de darme una educación superior; familias de Castilla; de realzar mi belleza con las comodidades de la vida; de abrirme, en fin, nuevos horizontes, llenos de luz, con los cambiantes del arco iris.

Pero tú lo sabes, fue también la voluntad de mi madre moribunda.

Aunque no te haya escrito, no por eso te he olvidado.

¿Cómo olvidar ocho años de colegio, durante los cuales estuvimos unidas en nuestros infantiles juegos, con un mismo gusto en todo y habitando hasta la misma celda?

¿Te acuerdas de nuestra primera comunión? ¡Cuán bella estabas tú con tu vestido blanco!

107. **Isócrona:** «Dicho de dos o más movimientos: Que se hacen en tiempos de igual duración» (DLE).

Años más tarde tejiste una guirnalda de azahares, y al adornar con ella mi cabeza, me dijiste:

—Toma también el beso de novia.

Yo me ruboricé y tú te afligiste, porque no podías comprender cómo era que no había bajado un ángel al rumor de nuestros labios. ¡Ah!, ahora puedo decírtelo: fue que con aquel beso me olvidé del cielo.

Tengo miedo, no tanto de la sociedad que me rodea, cuanto de los sueños que me asaltan.

Yo soy naturalmente buena, pero pienso tantas cosas... que la cabeza se me desvanece y un fluido eléctrico recorre todo mi ser: temo la descarga.

La guerra de emancipación, como llaman por aquí el vandalismo en que vivimos, ha hecho emigrar a las familias principales, y no se ven más hombres que los del ejército que alternativamente ocupan la ciudad.

Como mi tío es súbdito inglés, los partidos lo respetan, por lo que nuestra casa es un campo neutral. Aquí han estado Bolívar, Morillo, Santander, Enriles, Soublette, Latorre, Correa, Urdaneta, que sé yo cuántos hombres de guerra, héroes, o bandidos, como se llaman los unos a los otros. A todos los atiende mi tío de un mismo modo al parecer; pero he observado que gasta más cumplimientos para con los republicanos. Una vez me atreví a decírselo, y me contestó:

—Te he dado una educación netamente española, por respeto a tu madre; pero España es un pueblo que no ama a la Inglaterra.

Me afligí tanto que me dieron ganas de llorar.

Otra vez me dijo:

—Magdalena, ¿no te gusta ninguno de esos jóvenes que acompañan al Libertador?

Verdaderamente, los ayudantes de Bolívar (este es el Libertador) son cultos, instruidos, de buenas familias, pero tienen un aire tal de tristeza... visten tan mal... que quisiera darles el triunfo para que recobraran la alegría.

En estos últimos tiempos ha llegado aquí, de un campamento cercano, con cartas del general Morillo para mi tío, un joven de buena figura, de talento, aunque en extremo burlón. Siempre he gustado de los hombres serios, y no sé por qué me complace la sociedad de don Faustino, cuando alguna vez he llegado a hallarla inconveniente. Nos tratamos con confianza, y mi tío lo atribuye a la permanencia, que no es corta ya, del joven español en nuestra casa. Figúrate que se le han abierto las heridas y que no puede dar un paso. Por la mañana, el médico las cura y después de almuerzo dos criados lo traen a la sala y me hace la tertulia.

Te he hablado de mil tonterías, y poco o nada del objeto principal de esta carta, cual es el decirte que no te olvido, que te amo siempre lo mismo y que guardes alguna memoria de tu pobre desterrada.

CARTA SEGUNDA

Este don Faustino es el hombre más original que ha venido al mundo. Figúrate que dos o tres días después de haberte escrito mi primera carta, se presentó en la sala sin ayuda de nadie. Debía de sufrir cruelmente, porque estaba pálido; pero con esa palidez que sienta tanto a los hombres que llevan hermosas patillas negras y que tienen los ojos grandes y luminosos. Mi tío había salido para su oficina y estábamos solos.

—Usted no se tiene lástima —le dije—. ¿Cómo es que, estando convaleciente apenas, ha venido hasta aquí por sí solo, cuando los criados han podido rodar la silla de usted?

—Necesito ensayarme —me contestó.

—¡Pero qué!, ¿tiene usted deseos de marcharse? Pues esté usted cierto, señor capitán de los ejércitos del rey, de que no se lo permitiremos, hasta que esté del todo restablecido.

—Es que estoy enamorado.

Yo volví a mirarlo y él soltó una estrepitosa carcajada.

Entonces me puse seria.

—Estoy enamorado, y usted no sabe de quién.

Me serené un tanto y le repuse:

—Vamos, usted se chancea.

—¡Oh!, nada de eso. Estoy enamorado, créame usted; profundamente enamorado.

—¿Y se puede saber quién es el objeto de su amor?

—¡Ah! —exclamó con arrebató—, si usted la viera... Largos y rubios los cabellos como esos rayos del alba que se desvanecen a la aparición del sol; serena la frente, los ojos de un azul claro como el pedazo de cielo que había imaginado Byron¹⁰⁸ para asiento de su ángel custodio; la nariz rectilínea, la boca fresca y bermeja como una rosa, la garganta de Juno¹⁰⁹ bajo su faz simpática, la piel transparente, suave, satinada; dos hoyuelos en los hombros, el pecho lleno de efluvios, elegante el talle; la morbidez de las formas, los brazos redondos, la mano, el pie, ¡ah! todo, todo lo que yo había idealizado y lo que la naturaleza ha copiado de mi fantasía.

Mientras don Faustino hablaba, yo me sentía transportar a regiones llenas de luz, de armonías, de aromas, de blancos celajes: había escalado el Olimpo¹¹⁰ y le disputaba a Venus¹¹¹ el ascendiente de su belleza.

A cada palabra que como un dardo iba a mi corazón, él reparaba en mis facciones y parecía complacido en delinearlas. Es mi retrato, pensé con orgullo.

Por un exceso de coquetería, segura de mi triunfo, y para gozar con su respuesta, le dije:

—¡Hermoso cuadro!

—Sí —me contestó con la más fría indiferencia—: el de la Magdalena pecadora.

108. George Gordon Byron (1788-1824), popularmente conocido como Lord Byron, fue un poeta inglés y uno de los máximos exponentes del romanticismo.

109. Juno es la diosa romana del matrimonio y los nacimientos, reina del cielo y esposa y hermana de Zeus. Su equivalente griego es Hera.

110. Según la mitología grecorromana, en el monte Olimpo moran los dioses olímpicos, las principales deidades.

111. Venus, la diosa del amor y la belleza de la mitología romana. Su equivalente griego es Afrodita.

Calcula, querida María Luisa, cuál sería mi indignación.

Quise arrojarle a la cara toda la rabia que sentía, pero no hallé una voz en mi garganta; suspiré para aliviar el pecho comprimido; volví a suspirar y una lágrima tembló en mis párpados.

La situación se iba haciendo difícil para ambos, cuando de repente se abrió la puerta de la sala y apareció mi tío.

Al verle, don Faustino prorrumpió en una estrepitosa carcajada, y le dijo:

—¿Sabe usted que por poco no se nos pone mala la señorita Magdalena?

—¿De veras? ¿y eso por qué? —exclamó el señor Suffolk.

—¡Ah!, ¡porque le estaba pintando cómo son los tormentos del infierno!

Yo hallé pretexto para retirarme, y me fui a mi alcoba a llorar mi humillación.

A la hora de la comida no pude excusarme. Aunque don Faustino notó mi congoja, se cuidó poco de disiparla. Lo castigaré, me dije; y he estado dos días sin presentarme más que en las horas de rigor.

CARTA TERCERA

Recuerdo que, en mi carta anterior, algo te dije respecto del castigo que le había impuesto a don Faustino.

¿Habrás visto locura semejante?

¿Qué derecho tengo yo para castigar a un hombre porque no me hace bonitos madrigales? Por otra parte, si me desdeña, ¿qué me va a mí con sus desdeños? Don Faustino es un hombre que ha llegado a mi casa como otro cualquiera; lo hemos atendido, ni más ni menos que como lo hacemos con los oficiales patriotas; y si ha permanecido aquí más tiempo que los demás, débelo al estado de su salud. Mañana se irá, porque de irse tiene, y entonces lo recordaremos como a esos pájaros que cruzan el espacio a nuestra vista y que graznan en vez de vocalizar.

Pero ¿esto mismo que te escribo no está probando que me intereso por él? Si me es indiferente, ¿por qué lo acuso?

¡Ay!, mi querida María Luisa: el célebre poeta inglés, el hombre que más ha inventado después de Dios; el que profundizó el corazón humano hasta en sus fibras más recónditas, razón tenía en afirmar que el amor se impone como una necesidad, y que, llegada la hora, amamos lo que se nos pone por delante: en la corte al príncipe, en la granja al aldeano¹¹².

¿Será que ha sonado mi hora y que don Faustino es el príncipe o el aldeano que debe disfrutar de los encantos con que me ha dotado la naturaleza? Pero siendo así, ¿por qué no me festeja, por qué no me adula?

¡Somos tan vanas las mujeres!...

Principiamos por burlarnos de los falsos cumplidos, porque no escapan a nuestra penetración las palabras que parten de los labios de las que nacen del corazón; y con todo, a fuerza de oír una misma cosa todos los días, concluimos por engañarnos a nosotras mismas, atribuyendo al que nos galantea un gusto raro, extravagante, pero que nos enorgullece, porque hace perfección de lo que tenemos por defecto.

Y luego, cuando me pongo al espejo, me persuado de que no tengo nada que reprocharme; y sonrío, y mis ojos se adormecen de voluptuosidad, y mis carnes se coloran, y entonces tengo necesidad de movimiento, de peligros, de emociones, porque, como decía la Duquesa de Longueville, se atormenta una... pero está ocupada.

El capitán español estuvo ayer insufrible. Creo que hay más prosa en llamarlo así, y por eso no le digo don Faustino.

¿No te parece que Faustino es bonito nombre? Faustino tiene algo de Fausto, de Goethe y, por consiguiente, analogías con Margarita; y Margarita es una flor bellísima que dio su nombre a reinas de la tierra y a santas del cielo.

112. Probablemente, el célebre poeta inglés a que se refiere sea Shakespeare.

Pero me olvidaba; y es que me cuesta trabajo confesarte la indiferencia de que soy objeto para ese hombre.

Pues bien, ayer, durante la comida, la conversación rodó en inglés. Don Faustino sabe mucho de comercio, y mi tío estaba encantado oyéndole hablar de tratados entre Inglaterra y España para la introducción de artefactos en estas colonias, sobre la base de concesiones recíprocas; del cultivo del algodón y del cafeto, qué sé yo de cuántas barbaridades más por el estilo.

¿No te parece que es una falta de consideración departir así sobre asuntos áridos delante de una hermosa joven de veinte años?

¡Pero mi tío, mi tío tuvo toda la culpa!

CUARTA CARTA

Esta mañana he pasado un rato delicioso. Salí del baño y me presenté en la sala ligera como Eco¹¹³. Trataba de sorprender a don Faustino, quien emplea las horas que preceden a la del desayuno, en tomar notas en su libro de memorias.

—Buenos días —le dije.

—Buenos días, encantadora Magdalena.

—Ya lo ve usted, escribiendo a estas horas, en vez de salir a respirar el aire puro del jardín. ¿Hace versos, por ventura?

—No —me repuso—. Por las noches paso revista en mi memoria a los acontecimientos en que he tomado alguna parte, y aprovecho las mañanas para hacer mis apuntes. Es esta una precaución contra los historiadores apasionados o venales.

Viéndole tan bien dispuesto, cobré ánimo; di un paso hacia él, y tendiéndole la mano le dije:

—Dejemos a los historiadores para otro día y bajemos al jardín, ya que hace un tiempo tan hermoso.

113. En la mitología griega, Eco es una ninfa que fue condenada por Hera a repetir la última palabra que dijera su interlocutor. Se enamoró de Narciso; pero como este se había enamorado de sí mismo, su cuerpo se consumió de pena y solo le quedó la voz.

—No, por hoy no, perdóneme usted.

Y entre sus manos retuvo la mía.

—¿Sabe usted, Magdalena —continuó—, que una de las cosas que le apruebo a usted es la sencillez en su persona? Yo soy de la opinión de Boileau: *Rien n'est beau que le vrai*¹¹⁴. ¡Por eso me gusta verla a usted con sus colores naturales, con hermosas trenzas rubias, con su garganta purísima! ¿A qué, pues, este aro de oro que le oprime el dedo?

—Esta sortija era de mi madre!...

—¡Ah!, entonces... ¡lo comprendo!

Y me pareció conmovido.

—Vea usted, Magdalena —me dijo, después de una ligera pausa—. Es este un regalo delicado y tierno para el hombre a quien usted ame...

Retiré mi mano de la suya y me puse a sacar la sortija para dársela. Entonces, con entusiasmo, recitó estos dos versos de *El anillo del Rey*:

Solo el anillo no quiero,
Quiero el anillo y la mano.

El beso que imprimió en ella sacudió mi brazo; los colores me subieron a la cara, y sentí angustia...

Si un beso en la mano nos conmueve así, ¿cómo será en los labios, donde Dios ha puesto la suprema sensibilidad?

Yo no sé por qué no enumeran los labios en el número de los instrumentos, cuando corresponde con los tonos. Un beso en la frente de los padres, en la cabeza de un niño, en la mejilla de la amiga, tiene más o menos extensión, más o menos ruido, más o menos calor, según el sentimiento que lo dicta. Del beso del primer amante brotó la melodía, madre de todas las partituras del arte. El cielo, a pesar de sus innúmeros encantos, carece de los rumores de la tierra: esto es

114. En francés, *Nada es bello sino lo verdadero*. Lo escribió Nicolás Boileau-Despréaux (1636-1711) en su obra *Epístola IX*. El verso completo dice: *Nada es bello sino lo verdadero; solo lo verdadero es digno de ser amado*.

así, porque Dios no se copia en ninguna de sus obras. Cuando Cecilia¹¹⁵ cantaba, un beso cruzaba el éter al final de cada estancia: con ellos los ángeles han compuesto los coros celestiales.

No te burles de mí: estoy pindárica, ¿no es verdad, querida María Luisa? Pero si el sol besa la aurora, el céfiro la azucena, el árbol la sombra, el crepúsculo la luna y el cielo las estrellas, ¿por qué yo en el concierto de la armonía no he de besar también? Tengo la curiosidad de la Psiquis de Apuleyo; y en la primera ocasión que se me presente, me dejaré besar de don Faustino, o yo lo besaré, que para el caso es lo mismo.

¡No quieran los hados que una gota de aceite condene mi imprudencia!...

CARTA QUINTA

Ya no sé qué hacerme con este hombre: no puedo quebrantarle los dientes al dragón.

A veces me figuro que alguna decepción influye en su ánimo, para burlarse, como en venganza, de las mujeres y para odiarnos; porque creo firmemente que nos odia.

Quisiera leer en su corazón y ver si sufre, para disipar con mi ternura los males que lo abruman; quisiera que se fuese... pero imposible... De la herida del brazo, el médico frecuentemente extrae esquilas, y mi tío, en ese estado, no lo dejará marchar.

A pesar de todo le debo gratitud por la manera como se ha comportado conmigo en estos días.

Ha sido más amable que de costumbre, y he gozado buenas horas a su lado; pero a medida que se me insinúa, por supuesto que a su modo, siempre frío; esta cosa que nos es ingénita, el pudor, como lo llaman, me hace apartar de él. Así que, no he cumplido mi deseo: ¡no lo he besado!...

A la verdad, yo he andado un poco torpe también.

115. Santa Cecilia de Roma, patrona de la música.

Le pintaba ayer mis emociones, en recuerdo del mar, que me parece infinito; los delfines, los voladores, las blancas espumas, los senos profundos entre ola y ola...

—¿La ola? —me interrumpió—. La mujer es como la ola del mar, según Shakespeare.

Pero esto lo dijo con una dulcísima sonrisa.

—En cambio —le repuse— Lessing afirma que la mujer es la obra maestra de la creación, y Napoleón, que Dios también ha hecho obras: que su prosa es el hombre, y su poesía la mujer.

¡Al oír el nombre de Napoleón, palideció! Estuvo un rato silencioso, y luego, visiblemente contrariado, exclamó:

—Napoleón era un estúpido, y Lessing no supo hacer otra cosa en toda su vida que malas fábulas y excitar turbulencias entre los teólogos. La obra maestra de Dios es la creación, y la creación lo encierra todo: hombre, mujer, prosa, poesía...

Yo me había olvidado de que nosotros los españoles tenemos el deber de odiar a Napoleón: no sé si por la invasión a la Península, o por los sucesos tristísimos de Bayona.

Guardé silencio.

Don Faustino no estaba satisfecho y me disparó a quemarropa este dístico latino:

¿Qué es más ligero que la pluma? El polvo; ¿y qué es más ligero que el polvo? El viento; ¿y qué es más ligero que el viento? La mujer; ¿y qué es más ligero que la mujer? ¡¡NADA!!

¡No pude contenerme y se me desgranaron las lágrimas!

Don Faustino no se conmovió siquiera.

—Apelar a pensamientos de otro —me dijo— es reconocer nuestra propia insuficiencia. Una cita viene bien si es en corroboración; intercalarla en el discurso sin motivo es hacer gala de erudito.

El estudio lo que tiene de bueno es que nos hace meditar y que podemos asimilarlos las ideas ajenas, perfeccionándolas o deduciendo de ellas consecuencias propias.

Te declaro que el capitán me pareció impertinente: el consejo no pedido revela orgullo.

Por otra parte, yo hubiera podido observarle que una pobre mujer como yo, condenada a vivir entre matorrales, puede decirse, carece de pretensiones; que, como él observa, una cita en corroboración es permitida, que él me había dado el ejemplo; que toda lectura deja algo que retenemos a pesar nuestro, sobre todo si nos ha cautivado y tenemos plenitud de memoria; pero la conversación habría tomado carácter profesional, y yo no quiero instruirme en otra cosa que en asuntos de amor.

Me puse de pie y le tendí la mano con la intención de que aprovechara aquel favor. ¡La tomó como distraído y la besó!... Se la abandoné, sin embargo, por algún tiempo y... ¡nada!... como acaba el dístico con el cual me había hecho llorar.

«¡Bonaparte!... ¡ah!, ¡Bonaparte!...», me dijo, todavía bajo la impresión de su amor a la patria.

Me fui a mi alcoba y me despiqué con mi almohada. ¡No pudiendo responder a mis besos, la volví pedazos con los dientes!...

CARTA SEXTA

Después de dos días, durante los cuales hemos hablado poco, él entregado a sus libros y notas, yo a mi labor, lo he hallado más razonable.

Mi tío nos concede una libertad absoluta, y aunque es más amigo de los republicanos que de los realistas, parece como que piensa que el señor don Faustino puede convenirme. Con mucha delicadeza le ha insinuado que quiere retirarse de los negocios, que está cansado ya, que en el mundo no tiene más afecto que el mío, que desearía verme establecida con un hombre que me mereciera, que quiere pasar en España sus últimos días...

A cada palabra de mi tío, don Faustino volvía a mirarme y yo me encendía en mil colores.

Vas a saber lo que me ha pasado esta mañana.

Salí del baño y directamente me fui a la sala.

Después del saludo y de los cumplimientos ordinarios, le dije a don Faustino, como una sultana, en ese tono entre imperativo y suplicante,

cuyo secreto solo nosotras poseemos, y que hace la desesperación de los hombres, porque ellos no han aprendido todavía la mezcla de los sentimientos en las inflexiones de la voz:

—Señor don Faustino, acompáñeme al jardín.

Se puso de pie, desconcertado con la brusquedad del ataque, y sin darle tiempo a que se repusiera, tomé su brazo.

Vagamos por aquí, por allí; ora me detenía para coger una azucena, ora para coger un lirio; fingía andar con torpeza, apoyaba mi cabeza sobre su hombro.

«¿Habré de renunciar a saber lo que es un beso?», decía entre mí.

Viendo aquella terquedad, tomé una resolución. Inspíreme la serpiente y decidamos a Adán.

Hice alto y me puse a componer un rosal cuyas ramas estaban en el suelo. Aunque las espinas me alarmaban, logré alzar algunas varas, y requerí a don Faustino para que las tuviera mientras yo levantaba las demás. Él, a pesar de que no dispone más que de un brazo, porque el otro lo tiene enfermo, cerró con el rosal inclinándose lo más que pudo para no dejar escapar ninguna rama, y huyó el rostro, porque las puntas de los renuevos le daban en los ojos. Entonces me ideé como pude, y con algunos tallos en mis brazos levanté la cabeza hasta colocarla debajo de sus labios. Sentí su aliento... ¡pero está visto, este hombre es de hielo!...

A mi vez cerré con furor contra el rosal por ver si sus espinas se clavaban en mi corazón. Don Faustino abandonó la posición ridícula en que yo le tenía colocado y apartó con exquisita delicadeza las ramas que me envolvían:

—Magdalena —me dijo—, vea usted que puede hacerse mal.

Las espinas habían respetado mi dolor, y él, entre tanto, se desangraba por toda la mano.

Según Pitágoras, el alma de los poetas pasaba al cuerpo de los cisnes y conservaba el poder de la melodía que aquéllos habían poseído durante la vida; y yo creo que a los rosales pasa el alma de las doncellas que mueren de amor.

¡Si esto fuere así, la hermana que mora en el rosal me ha vengado!...

CARTA SÉPTIMA

No sé cómo principiar esta carta. He gozado mucho, y sin embargo, ¡noto que hay en mí alguna imperfección!...

¡Con todo, don Faustino es mi esclavo!

¡A nada se niega, a todo condesciende!

¡Qué hombre tan encantador!

¡Qué universos de ternura los que tenía guardados para mí!... para mí sola, óyelo bien María Luisa; ¡porque he quebrantado las furias del león a fuerza de generosidad y sacrificios! ¡Oh!, ¡que no comprendan las mujeres que con ciertos hombres es necesario emplear una táctica contraria a la que nos enseña nuestra natural coquetería, es decir, que se debe principiar por el fin!...

¡Te repito que soy feliz, que he gozado mucho y que don Faustino me pertenece en propiedad, por honor y por deber!

Vas a saber lo acontecido.

Después de la escena del rosal, que casi con lágrimas te describí en mi carta anterior, lejos de desalentarme cobré bríos, e ideé la manera de hacérmele presente a todas horas sin parecerle importuna.

No sé yo qué presentimiento, qué inspiración de mi hada favorita me hacía arrastrar con don Faustino camino del jardín. ¡Como que este con sus ruidos blandos y puros deleitaba mis oídos, o como que refrescaba con su aire perfumado la ardiente sed de mis labios!...

Una noche... ¡Oh!, ¡Dios no empleó las noches en la obra de la creación porque las necesitara para su descanso, sino porque las había destinado para la dicha de los amantes!... ¡Una noche!... El cielo estaba transparente, melancólica la luna, las estrellas titilaban con una luz particular, y nubes ligeras como copos de nieve cruzaban el éter; el agua de la fuente hacía maravillosos espejismos, manchas de sombra caían de golpe sobre los blancos rosales, las que se desvanecían lentamente a medida que los vapores pasaban por debajo de la luna; las flores todas del jardín con sus emanaciones nos envolvían en una atmósfera de voluptuosidad, algún complemento faltaba allí. ¡Las maravillas de la naturaleza y el amor del hombre pueden

desposarse en un beso sobre los labios purísimos de una mujer joven y hermosa!...

¡Uno... dos... ciento... mil... qué sé yo los que fueron y que no podrían enumerarse sino por las estrellas que de sus pechos derramó Juno en el camino de Santiago!...

¡Todo el lirismo de aquella escena anacreóntica tuvo su fin con la ligereza y rapidez tan recomendadas por Horacio!

CARTA OCTAVA

¡Don Faustino está triste!

¿Será por mí?

¿Será por él?

¿Será por los dos?

Noto ahora que en el fondo de todo placer hay siempre alguna amargura.

¿Será que el cansancio es inherente a la satisfacción de las cosas de la vida?

Mis besos ya no lo ponen quitesenciado.

Necesito prenderme a sus labios de un modo espasmódico, y que mi pecho lleno de *efebo* llame al suyo para que su corazón responda.

Ayer me dijo:

—Magdalena, en la hendidura de tu linda boca hay una sombra.

Yo le respondí a besos, y lo demás... ¡no puede deducirse sino por el encadenamiento de un silogismo!...

CARTA NOVENA

¡En esta carta hallarás más lágrimas que letras!

¡Don Faustino parte dentro de dos días!...

Un correo de Santafé le trajo ayer el nombramiento de comandante de un cuerpo de caballería de reserva, y el médico ha declarado que el *Húsar del Rey*, como lo llama Barreiro en carta particular, se

encuentra ya en estado de emprender viaje. Esto ha coincidido desgraciadamente para mí con la aproximación de la división de vanguardia que manda Santander y con el movimiento de fuerzas de Venezuela sobre estos sitios, a cuya cabeza viene Anzoátegui, Soublette y Bolívar mismo. En verdad que don Faustino ya no puede permanecer más tiempo decorosamente aquí; pero figúrate cómo estará mi alma. Hoy, al hacerme estas confidencias, me pareció enternecido.

CARTA DÉCIMA

A los postres, en la comida de hoy, mi amante se ha despedido oficialmente. Nos ha dado las gracias por las atenciones que le hemos dispensado durante los meses de su enfermedad y convalecencia, y nos ha prometido una visita con fines particulares (son sus palabras), para después de la próxima campaña.

¡No comprendo todavía cómo pude contener mis lágrimas durante su relato!...

A mi tío no le queda duda alguna acerca de que nos amamos; pero como él ignora hasta dónde hemos ido en el camino del amor, no extraña que don Faustino haya sido poco explícito con él.

Conmigo sí habrá de serlo esta noche. Hace mucho tiempo que para acostarme no corro el cerrojo a las puertas de mi habitación.

CARTA UNDÉCIMA

Don Faustino no me ha increpado por mi ligereza; antes bien se reconoce en el deber de reparar su falta.

Seré su esposa: me lo juró de rodillas cuando puse en un dedo de su mano el anillo de mi madre, que hasta entonces había llevado conmigo.

CARTA DUODÉCIMA

Partió por fin.

Mi tío ha salido a acompañarlo algunas leguas de aquí, y esto me ha dado libertad para llorar, gritar, mesarme los cabellos y arrojarme contra los árboles del jardín y las piedras de la fuente, testigos de mi felicidad pasajera.

¡Yo no sé por qué pienso en que no he de volver a ver a don Faustino!... ¡Se me figura que ha de serme infiel, que puede morir en la guerra o ambas cosas!

Tú bien sabes que no soy agorera, pero creo en los presentimientos desde el que tuvo respecto de Josefina Mademoiselle Lenormant¹¹⁶...

Toda la mañana, durante los aprestos de viaje, estuvo silencioso; después sonrió como pudiera hacerlo Mefistófeles¹¹⁷, y se puso a cantar y a decir chistes que no eran propios de la ocasión.

Recuerdo estos versos:

«¡Marchita estás por Dios! —dijo el viajero:
¡Cumpliste tu destino!
Y arrojándola a un lado del sendero
Prosiguió presuroso su camino».

¿No crees tú que hubo crueldad, digo mal, refinada crueldad, en recitar delante de mí versos semejantes?

Viéndome llorar murmuró por lo bajo:

*Deum femina plorat
Decipere laborat*¹¹⁸.

116. Marie Anne Adelaide Lenormand (1772-1843) fue una adivina francesa famosa y una de las más recordadas cartománticas de la historia.

117. Famoso demonio que captura las almas para llevarlas al infierno. Se le representa un ser como astuto, inteligente y manipulador.

118. Lat. *Cuando una mujer llora / está intentando engañar*. Es un proverbio antiguo que aparece recopilado en el *Malleus maleficarum* (*El martillo de brujas*), el famoso e infame tratado sobre brujería publicado en 1487.

La ocasión era para Píndaro y Tirteo¹¹⁹: ¡a uno dudarlo, don Faustino ha estado poco lírico!...

¡Una mujer que llora... aunque fuera la misma Magdalena, debe ser compadecida! Cristo arrostró la censura de los Apóstoles solo por contener las lágrimas de la hermosa penitente.

Siempre he creído que hay algo en las profundidades del alma de mi amado.

¿Será nobleza y generosidad, o falacia y perfidia?...

¿Si habré quedado yo como Psiquis cuando perdió a Cupido?¹²⁰...

II

La naturaleza se impone siempre, a pesar de las precauciones que tomamos para burlarnos de ella. Magdalena había podido disimular su estado grávido, pero al fin fue madre.

Pintar la sorpresa y el enojo del señor Suffolk sería imposible; pero como hombre práctico en las cosas de la vida, guardó silencio, no obstante la humillación a que se veía condenado.

Repuesta Magdalena, el señor Suffolk se hizo anunciar, y sin ambages, con un acento frío, le dijo:

—Señorita, explíqueme usted su conducta.

Magdalena cayó de rodillas anegada en lágrimas y le presentó a su hijo como pidiendo para él misericordia. Precioso niño, quizá predestinado: mezcla de todo lo noble que lleva en su fisonomía el tipo español. La energía romana, la corrección morisca y el desenfado hebreo. Nariz recta, pómulos proporcionados, despejada la frente, firme la barba, el desdén en los labios y la arrogancia en la mirada.

119. Píndaro y Tirteo fueron antiguos poetas griegos célebres.

120. Cuenta el mito que Cupido, dios del amor, se enamoró de Psiquis (o Psique), la salvó de morir y se convirtió en su amante, aunque le ocultaba su rostro en cada encuentro. Como resultado de esos encuentros, al poco tiempo ella queda encinta. Movida por la curiosidad y el posible temor de que su pareja fuera un monstruo, una noche, Psiquis espió a Cupido y descubrió su aspecto. Decepcionado, el dios la abandona, y ella se sumerge en la locura por el despecho.

El señor Suffolk, a pesar suyo, reparó en su sobrina y con acento menos frío, repitió:

—¿Ha olvidado usted, señorita, que es indispensable una explicación entre los dos?

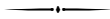
Magdalena se repuso poco a poco, y principió con algún embarazo su ingenua confesión; pero cuando llegó a la escena del jardín, miró a su tío frente a frente y le dijo sin titubear:

—He sido culpable, sin caer en la cuenta de que mi curiosidad habría de conducirme al atropello de mis deberes; pero don Faustino reparará su falta: me lo ha prometido.

El señor Suffolk se retiró sin articular una palabra.

«Bueno», se dijo para sí, «que la honre. Eso exige mi decoro; después yo sabré cómo debo comportarme con quienes se han burlado de mi confianza y de mis canas».

Mandó ensillar un caballo y partió inmediatamente con uno de sus criados.



Mientras esto ocurría, los cuerpos de los dos ejércitos se movían en distintas direcciones. Bolívar acababa de trasmontar la cordillera y Barreiro se situaba en Tunja: el país estaba cruzado de cuerpos volantes, de guerrillas y espías.

Una mano desconocida hizo llegar a las de Magdalena la siguiente carta:

«Muy mal hiciste en confiar a tu tío la broma aquella de nuestro próximo enlace: esta imprudencia de tu parte le acarreará la muerte. Figúrate, paloma mía, que el señor Suffolk se me presentó en nombre del honor, reclamando los fueros de la hospitalidad y de la inocencia ultrajadas. Solo le bastó hablarme de aquellos famosos *beeb-steaks* que él mismo, por complacerme, preparaba con sus manos; y todo esto para concluir con que tú tenías un chiquillo, y que yo debía de casarme contigo. ¿Has visto chochera semejante?

«Pues no, señor Suffolk —le dije—, eso no puede suceder: no me gusta el nombre de su sobrina, y en cuanto al pequeñuelo, él salió de un beso como Venus de la espuma de las olas. Todo lo que usted me está contando es historia antigua: cosas de Roma y de Grecia. Vuélvase usted por donde ha venido, que la guerra sopla en todas direcciones; cuide del angelito, trabaje mucho para que lo dote y combata en Magdalena la afición a los besos. ¿Y has de creer que, a consejos tan razonables, se puso irascible y trató de abofetearme?

«¿Qué juzgas, dime, de la tan ponderada flema británica? ¡Pues si así son todos con sus iras o con sus besos, frescos estamos! El señor Suffolk maneja muy bien la espada, y a un descuido mío me pasó ligeramente el brazo izquierdo: te lo confieso, paloma, me dio cólera entonces, y en guardia cerrada, me entretuve largo tiempo en *chas, chas, chas*, ¿entiendes? Es decir, en darle alfilerazos como los muchachos a las mariposas que clavan veinte veces al día sobre una misma tabla. Pero admírate de la terquedad de tu tío. Un mes más tarde, me envió de nuevo sus padrinos: ahora quería el duelo a pistola. El duelo a pistola es una barbaridad, porque muchas veces lo obliga a uno a dar la muerte sin quererlo. No se puede dar dirección a la bala como a la punta de la espada: en esta clase de duelos una línea separa la vida de la muerte: no hay defensa, es automático, y por lo mismo, está proscrito entre la gente de buena educación. Sin embargo, no había camino, y acepté. El señor Suffolk reclamó, como ultrajado, que le correspondía hacer fuego el primero: otra barbaridad, me dije, pero adelante. Tu tío hizo fuego, y la bala de su pistola creo que corre incrustada por ahí en alguno de esos planetas que bailan contradanzas en el vacío. Te juro, paloma, que mi intención fue la de romperle un brazo; pero ahí tienes lo que te decía antes: una línea, una línea: mi vista y mi pulso no tuvieron la precisión mecánica imposible de imprimirles, y el buen inglés cayó atravesado por el pecho, tan largo como plugo hacerlo a la naturaleza. ¡Creo que morirá, y anda sumando desde ahora a todo lo que asciende el calor de un beso!

«Por lo demás, para nada necesitas ya de casarte conmigo. Eres joven, bella y rica sobre todo, Magdalena. Goza la vida, gózala; la

vida, racionalmente hablando, no tiene más que un fin, como dicen los asiáticos: *comer, beber y gozar...»*.

—•—

Con tanta burla y tanto insulto, Magdalena quedó anonadada.

Al fuego de su imaginación pasó en revista las circunstancias que habían precedido a su deshonor, y vio claro que el capitán todo lo había hecho, todo lo había dirigido con diabólica maldad.

Quiso gritar, pero el corazón le negó un rugido; quiso llorar, pero secas estaban las fuentes de sus lágrimas. ¡Entonces blasfemó!...

—¡Espíritu de las sombras! ¡Rey de las tinieblas!, ¡yo te invoco! Perezca el infame que me insulta, y me entrego entera a su asesino. ¡Con la vida de mi hijo te respondo!...

—•—

El señor Suffolk no había muerto. Habíale entrado la bala oblicuamente al nivel de la parte media de la séptima costilla derecha y salídole del lado opuesto, a la misma altura, poco más o menos, después de haber pasado por delante de la aponeurosis y de los músculos rectos de la misma región.

Durante su convalecencia en el pueblo de Samacá, se habían cumplido los hechos de Bonza y Pantano de Vargas.

El Libertador y Barreiro movían sus ejércitos sobre el territorio de la provincia de Tunja, el segundo para cubrir la capital del Virreinato y el primero para impedírselo, como diestros jugadores las piezas de un ajedrez.

Bolívar fue más hábil: con un movimiento retrógrado desconcentró las combinaciones de su contrario y ocupó a Tunja. Barreiro quedaba en círculo de hierro; quiso atropellar por el puente de Boyacá para buscarse una salida, y Bolívar lo detiene y bate con todas las ventajas del arte.

Al día siguiente (8 de agosto), un extranjero como de 50 años de edad se presentó en nuestro campamento preguntando por el Libertador: Bolívar había seguido para Santafé con el escuadrón de Llano Arriba.

Recibiólo Soubllette, como antiguo conocido, y lo alojó bajo su tienda de campaña. Como a las doce del día, el jefe de Estado Mayor General del ejército dispuso recorrer el campo, y el señor Suffolk se ofreció para acompañarlo: Soubllette consintió en ello.

—Vea usted, señor Suffolk —le decía—, aquí mismo, en el ángulo que forman los dos caminos, principió la batalla. Al romperse los fuegos, la descubierta de nuestra caballería coronó aquellas alturas y dominó el ala izquierda del ejército realista; este trató de seguir su marcha y lo contuvo nuestra infantería, que apareció de golpe en columna cerrada sobre la derecha; nuestros Cazadores desalojan de la casa de teja a los Cazadores del rey, pasan el puente y se sitúan allí sobre la quiebra del río; el enemigo carga impetuosamente por nuestra izquierda y se estrella con el Rifles y la Legión Británica, a tiempo en que el 1.º de Barcelona, Bravos de Páez y la caballería de Llano Arriba como un huracán se precipitan por el centro. Barreiro se rehace sobre la altura principal; forma en columna su división, con tres piezas de batalla en el centro, y los cuerpos de caballería a los costados, y aguarda el ataque. Bolívar entonces cambia la faz de la batalla. Santander con la vanguardia y yo con las reservas cargamos por los flancos, en tanto que Anzoátegui por el centro se va a fondo y rinde el cuerpo principal del enemigo.

Todo esto lo decía Soubllette al trote de su caballo, subiendo y bajando por las lomas, como que tenía necesidad de no perder ninguna circunstancia, ningún detalle, para dictar después el parte de aquella jornada inmortal.

—Mire usted, señor Suffolk, en este mismo sitio tuvo efecto el combate más sangriento y el duelo personal más encarnizado de que tenga usted noticia.

Un cuerpo de caballería de reserva¹²¹ opuso una resistencia tenaz: ordené que lo cargaran los Guías de Vanguardia y los Guías de Retaguardia, y no pudieron rendirlo. Mandé entonces por Rondón con el escuadrón de Llano Arriba, y cerraron los dos cuerpos, como yo mismo no había visto jamás en Venezuela. El jefe de la caballería enemiga, gritaba, levantado sobre los estribos:

—¡Que salga Rondón, que salga Rondón!

Este lo oye y parte a escape.

El comandante realista lo espera: cierran; principia el tira y desquite; y en la confusión de una tercera carga no pude seguir con la vista aquel duelo singular. Caen los caballos y los jinetes; al ruido que produce el choque de las lanzas y espadas, se unen los gritos, las maldiciones y los vítores a la República y al rey de España... Cuando se disipó la nube de polvo que envolvía a unos y otros combatientes, Rondón acababa de dar el cuarto lanzazo al fiero castellano.

—Mírelo usted a su lado, que solo está a dos pasos de usted.

El señor Suffolk volvió la cara y... hallóse con el cadáver de don Faustino.

¡Una sonrisa indescriptible era lo único que sobrevivía en aquel hombre!...

—Téngase bien a la silla, señor Suffolk. ¿Qué le ha sucedido a usted que tan pálido se ha puesto? Vamos —continuó Soublette un tanto conmovido—; bien dice Ercilla, que:

La muerte de un contrario valeroso
Solamente el que es vil la solemniza.

Suffolk se puso más pálido todavía.

121. N. del A.: «¡Un cuerpo de caballería que estaba en reserva aguardó el combate con denuedo y casi todo pereció!». Restrepo, *Historia de Colombia*, tomo 8.

—¿Qué había pasado en su alma durante aquella escena?

—¿Pensó en Magdalena deshonrada; en aquel niño inocente, que, a pesar suyo, le había llamado la atención, condenado a la miseria, quizá a la muerte, por una culpa que no era suya; pensó en sus heridas, pensó en Dios?...

—No sé su nombre todavía —dijo Soublette; y apuró el trote de su caballo—. En el ejército enemigo, me han dicho que tenía el título de Húsar del Rey.

El señor Suffolk, prendido con ambas manos a la cabeza de la silla, siguió, sin saber lo que estaba pasando, hasta la tienda del jefe de Estado Mayor General.

Los oficiales y soldados, al verlo pasar, reían a más no poder.

—¡Vaya con el inglés! —se decían.

Quizá ignoraban esta sentencia antigua:

¡No rías por el aspecto de un hombre sin profundizar los misterios de su alma!...

El señor Suffolk no pudo dormir en toda la noche.

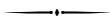
Al otro día mandó ensillar su caballo, se despidió del general Soublette y demás amigos, y partió para Cúcuta con su fiel criado.

En todo el camino no se ocupó en otra cosa que en analizar con frialdad matemática, más que matemática, estrictamente británica, las circunstancias que habían precedido a la desgracia de Magdalena.

«Ese don Faustino era un mal hombre» se decía. «Falta a los deberes de la hospitalidad; seduce a una niña inocente y pura; se burla de mí, me da de estocadas y un balazo... ¡pero casi en seguida se halla con el coronel Rondón! Mi afán era matarlo y ya está muerto. Si yo lo hubiera hecho con mis propias manos, ¿habría perdonado a Magdalena? Quién sabe si sí, porque estaba satisfecho. Y ahora ¿por qué no lo estoy? Hemos llegado a un mismo resultado, con la ventaja de

que mis manos están limpias de sangre. ¿La perdonaré? ¡Quién sabe si no, porque no fui yo quien le dio la muerte!».

«También es cierto», continuaba en sus soliloquios, «retrotrayendo las cosas, que no era Cúcuta teatro para Magdalena. Su nacimiento, su educación, mi fortuna... ¡Qué!, ¿había de casarla con el sobrino del cura o con el hijo del alcalde? Y esa sangre española que hierve y espuma... ¡Qué pasiones!... ¡qué pasiones!... ¡Con que se atrevió don Faustino a retar y a batirse con Rondón... con Rondón!... ¡Y luego, ese niño que me miró de un modo tan raro!... ¡Hermoso niño!... Si su fisonomía netamente castellana pudiera iluminarla yo con una sola chispa del alma de mi hermano... ¡Pero qué!, ¿no es su nieto? ¡Magdalena deshonrada, pobre!... ¡Yo rico, muy rico! ¡Qué sé yo lo que me pasa, ni lo que habré de hacer!...».



En esta situación de ánimo llegó a Cúcuta.

Advertida Magdalena de la muerte del capitán y de la próxima llegada de su tío, abandonó la casa paterna y se refugió con su hijo en la de una antigua criada que había cuidado de su niñez...

El señor Suffolk entró haciendo mucho ruido; se bañó las manos y la cara, se peinó bien, hizo lustrar los botines y se cambió los puños y el cuello de la camisa. En seguida se dirigió a la habitación de Magdalena; empujó la puerta, y se halló cara a cara con la doncella.

El señor Suffolk pareció contrariado.

—La señorita —dijo aquella— ha partido con su hijo. Me ha recomendado que ponga en manos de usted estas llaves, que son las de sus cofres y escaparates.

—Y bien, ¿qué?

—La señorita no ha tocado a nada. Vistió un traje de percal viejo, y al niño fui yo quien le cambió de pañales.

Y la pobre muchacha se echó a llorar.

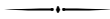
—Así es la nobleza castellana —murmuró el señor Suffolk—; se paga de nimias delicadezas y atropella por el decoro.

El señor Suffolk, que había llegado a su casa con el apetito de un dominicano, se hizo servir de comer; y él mismo se admiraba de tocar apenas los manjares que tenía por delante.

«¡Si tendrá hambre Magdalena», pensaba!...

En cambio, se desquitó con el vino Jerez; y tuvo el capricho de hacerse servir de cuatro o seis clases diferentes, y agotar casi el contenido de las botellas.

¡Esa noche el señor Suffolk estuvo en duelos en la batalla de Boyacá, y recogió por último las lágrimas de Magdalena, y el postrimer aliento de su hijo que moría de hambre!...



Al siguiente día, después de dictar su testamento, se dirigió a la casa que habitaba Magdalena:

—Señorita —le dijo—: he visto a su amante de usted muerto a manos del coronel Rondón. He otorgado testamento y la instituyo a usted heredera de una parte de mis propiedades. En cuanto a ese niño, me lo llevo conmigo.

—¡Imposible! —exclamó Magdalena, comprimiéndolo contra su seno—. ¡Es mi hijo! ¡Es mi hijo!...

—Es un hijo natural —repuso fríamente el señor Suffolk.

Magdalena levantó la cabeza estupefacta.

—Quiero que él ignore siempre —continuó aquél— que ha venido al mundo deshonorado. A falta de un nombre, yo le daré el mío.

Y así diciendo, arrancó al recién nacido de los brazos de la madre.

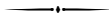
¡Magdalena lanzó un grito desgarrador y profundo, y rodó por el pavimento sin sentido!...

Cuando un día después lo recobró, supo con espanto que el señor Suffolk, con una nodriza y un niño, habían seguido para el puerto de los Cachos con dirección a Maracaibo...

III

El lector recordará que al principio de esta leyenda se refiere cómo una hermosa joven, jadeante, suelto el cabello, se presentó al coronel Rondón pidiéndole favor contra unos oficiales del escuadrón de Llano Arriba que, valga la verdad, no habían tratado de violentarla, sino de bromear y de pasar el rato; que con resolución tomó asiento en la casa del coronel y que esperó mientras este salía a informarse de lo sucedido; que le insinuó el que vivía con una criada y en casa retirada; que le brindó con ella y que le instó para que le hiciera una visita, con tanta fuerza y libertad, que Rondón pareció turbarse: pues bien, esa joven era Magdalena.

Repuesta de sus quebrantos, había tomado posesión de los bienes que le legara su tío, y colocándolos de la manera como almas generosas le aconsejaron. Con los usufructos de ellos podía vivir con desahogo; y como bien comprendía la extensión de su caída, se retiró sola con su antigua doncella a una casa decente y cómoda, cita en las afueras de la ciudad, en donde pasaba su vida triste y resignada.



Así transcurría el tiempo, cuando llegó a sus oídos la nueva de que el coronel Rondón se hallaba en la ciudad con un cuerpo de caballería, y que iba a permanecer en ella por algún tiempo.

El Espíritu de las sombras removió entonces en su memoria el recuerdo de su voto indiscreto, y la vergüenza le subió a la cara.

¿Qué hacer?

Ella no había jurado correr en pos del matador de su amante; pero este se le presentaba como empujado por el *Rey de las tinieblas* a reclamar el cumplimiento de la segunda parte del pacto innominado.

Magdalena se acordó de Dios, y oró:

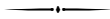
—¡Ser de los seres!, ¡tú que lo puedes todo! ¡tú, que a Job le devolviste sus hijos y que apartaste el brazo armado de Abraham, vela por el mío!...

Pero como la superstición es otro de los gajes de la educación española, Magdalena vivía inquieta, atormentada.

Figurábase que el buque en que navegaban su tío y su hijo era combatido por vientos contrarios; que el mar se encrespaba, que las olas hacían senos profundos, y que el *Espíritu de las sombras* tendía sus alas sobre el vasto océano. Creyó que su sacrificio no ofendía a Dios y salvaba a su hijo; por eso exclamó con resolución:

—¡Perezca mi carne!

De ahí el que buscará pretexto y se le presentara a Rondón con tan estudiada coquetería.



Pero el coronel no asistió a la cita.

Por la noche, Magdalena, contrariada, se metió en cama más temprano que de costumbre.

Soñó que detrás del encapotamiento del cielo, la tormenta se había desatado con todos sus horrores; que el mar era un vasto hervidero; que el buque en que iba su hijo, dismantelado, sin brújula ni timón, casi se sumergía en las aguas, y que el señor Suffolk, arrodillado sobre la cubierta con el niño entre sus brazos, exclamaba:

—¡Mala madre, cumple tu voto!...

Magdalena se despertó al siguiente día con mucho malestar.

«Idomeneo», se dijo, «cumplió su voto derramando la sangre de su hijo; ¿por qué no he de sacrificarme yo, lo que es menos caro, para salvar al mío?».

Y mandó llamar al coronel Rondón.

Este no fue.



Las mujeres tienen una idea perfecta de su superioridad y del dominio que ejercen sobre nosotros; de modo que, cuando no nos rendimos a su primer mandato, se sienten heridas, se sublevan y apuran

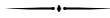
los recursos con que la naturaleza providente quiso dotarlas, para someternos a su yugo.

Por la primera vez, después de tantas amarguras como las unas a las otras se habían atropellado en su corazón, se miró al espejo y se halló bella todavía; solo que algunas arrugas en las comisuras de la boca denunciaban cuán inconsideradamente sus besos habían sido prodigados.

«Triunfaré del casto Hipólito»¹²², se dijo, y se dirigió a la morada del coronel, con un paso como aquel con que Virgilio veía andar a las diosas.

Quizá Rondón no era impecador; pero halló en las instancias de aquella pobre mártir algo que no era el grito de la carne, y la entrega pasiva, aun tratándose de la mujer deseada, no inflama los sentidos de los hombres.

Esto la salvó.



Al siguiente día, de orden superior, el coronel se puso en camino con su escuadrón, y fue molestando la retaguardia del general Latorre, hasta que pudo incorporarse en las fuerzas de Pérez.

Tras la inesperada partida, Magdalena quedó inconsolable. Arregló sus negocios y siguió en persecución del héroe.

Ella hallaba en su sacrificio la salud para su hijo, y ya sabemos cómo son las madres cuando se toca este punto delicado.

Pero el torbellino de la guerra la alejaba cada vez más del coronel Rondón, por lo cual resolvió situarse en Valencia y esperar.

122. Hipólito, nieto de Poseidón y gran cazador, era seguidor de la diosa virgen Artemisa. Se dice que, por despreciar a la diosa del amor, Afrodita, esta se vengó haciendo que la madrastra de Hipólito, Fedra, se enamorase de él.

—•—

Vinieron muchos encuentros, y por último el del pie del cerro de la Guardia.

En esta jornada, el ínclito guerrero recibió la herida de Aquiles¹²³ y fue conducido a Valencia.

Magdalena acudió al punto en su auxilio.

¡Qué delicadeza!, ¡cuánto afán!, ¡cuánta ternura manifestó aquella pobre niña por la salud del héroe!...

¡Rondón agravaba!

¡El voto era imposible de cumplir!...

Magdalena entonces se creyó obligada a hacerse confesión de su vida íntima desde que había conocido a don Faustino, e hizo-lo en efecto.

—Señorita —le contestó el coronel—: pronto estaré en presencia de Dios... ¡Él me oirá!... ¡Y si en el cielo hay retribución para las virtudes que practicamos en la tierra, yo demandaré por la vida de su hijo y por la tranquilidad del espíritu de usted!

Magdalena selló con un casto beso la boca del héroe, y luego, apenas los ángeles se perdieron en la inmensidad con aquella alma bendita, recibió de su notario una carta que, entre otras cosas, decía lo siguiente:

«¡¡¡El señor Suffolk me escribe que ha llegado a Londres con toda felicidad!!!».

—•—

IV

En el *Times* de aquella ciudad, de fecha 17 de septiembre de 1844, se lee lo que sigue, escrito por amiga mano:

123. Se decía que Aquiles era invulnerable, excepto en el talón. Allí recibió la herida que le causó la muerte.

«M. William Suffolk, joven de grandes esperanzas para Inglaterra, como que lo ha demostrado en el Parlamento con su palabra, en los *meetings* con su energía y con su valor en los campos de la India, hace más de un mes que regresó de América, con su señora madre, matrona llena de virtudes, de ilustración vasta y de trato ameno y delicado. El conde Suffolk no había querido consentir en el matrimonio de su hijo, hasta que este no lo reconciliara con su esposa, que desde el año de 1822 permanecía en un convento de la ciudad de Valencia, en la República de Venezuela. Casi todos los periódicos de esta ciudad, con permiso del señor conde, han publicado relaciones más o menos interesantes acerca de los motivos que tuviera la noble española para separarse de su esposo.

«Parece ser el principal que el señor Suffolk, aun después de sus mocedades, era un tanto cuanto inclinado a los caprichos de don Juan Tenorio, y que la altiva lady Magdalena, que lo ha amado con el fuego de su raza, no se prestaba, como las mujeres corsas, a tolerar la sucesión en materias de amor.

«Ayer noche tuvo efecto la ceremonia de desposados entre el simpático Williams Suffolk y la encantadora *miss* Ophelia Edgeworth, en el palacio que nuestra augusta soberana, junto con el título de conde, obsequió al padre de mi amigo por la conveniente organización que aquél había dado al “Departamento de Comercio Exterior”, en la Secretaría del ramo, y de la cual tanto provento ha derivado el país.

«El acto estuvo conmovedor. Las flores, las luces, los perfumes, las cintas y las sedas; la música y el canto; la juventud y la belleza; todo ese conjunto que no parece de la tierra, sino reflejo de las armonías del cielo, obró en mi espíritu de un modo como yo nunca había sentido; pero cuando no pude contener mis lágrimas fue en el momento que lady Magdalena se arrodilló delante de su esposo, que, parálitico a causa de sus antiguas heridas, presidía el acto sentado en un sillón, y le dijo:

—«¡Señor, permitidme abrazar a mis hijos!

«El señor conde no pudo articular una palabra: ¡estaba profundamente conmovido! ¡Con el único brazo de que dispone, atrajo hacia

sí a aquella santa señora y estampó en su cabeza, cubierta de canas prematuras, un beso purísimo, casi paternal!...

«¡Como él mismo lo dice, ya puede morir!...

«¡Su hijo es dichoso!...

«¡Y su esposa lo ha perdonado!...».

Bomboná

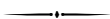
Los empíricos en el arte de la guerra han dado en censurar al Libertador la batalla de Bomboná, y más que esta, la dirección de la campaña del Sur en 1822.

Bolívar había subyugado la fortuna desde Boyacá y Carabobo; por consiguiente, bien podía disponer de ella para todo género de triunfos.

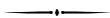
Pero es el caso que los españoles se creían invencibles después de nuestra derrota en Gauchí; que el general Mourgeon acababa de reforzar el ejército peninsular con una división, y que el Gobierno de Quito podía hacer frente al Sur o al Norte, agrupando sus fuerzas en opuestas extremidades.

Un momento de vacilación en el general Bolívar, y Sucre estaba perdido sin remedio.

Esto explica la campaña sobre Pasto.



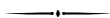
El Libertador, como de costumbre, antes de abrir operaciones reorganizó el ejército: «Dio el nombre de *Vargas* al batallón *Neiva*, y lo colocó, igualmente que al *Bogotá*, entre los cuerpos de la guardia que eran de su predilección».



Por la noche los oficiales del Vargas y del Bogotá celebraron con un baile el honor que se les discernía; pero como nunca faltan malos caracteres en reuniones numerosas, la conversación, que en un principio rodó jovial y tranquila sobre temas indiferentes, tomó después carácter obligado.

Los oficiales del Bogotá querían saber por qué el Libertador había dado al Neiva el nombre glorioso de Vargas, cuando ningún cuerpo de tropa neivano había combatido en el Pantano.

Por desgracia, Bolívar no estaba presente para explicarlo todo con una palabra; bien que en su presencia jamás se hubiera suscitado cuestión tan ingrata.



La música rompe.

Las preguntas impertinentes y las respuestas que no satisfacen se ahogan en las dilataciones de la armonía.

Emilia está de pie.

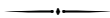
Dos jóvenes oficiales se la disputan.

¡Casta paloma, estrechada en un círculo de alamares brillantes botones dorados, aceros bruñidos!...

El uno —mirémoslo bien— es alto, delgado, bien hecho; ¡los cabellos, el bigote y los grandes ojos, parecen haber robado a la noche todo su dolor por la ausencia de la luz!...

¡El otro, blanco, menos bien conformado, peinado por el Sol, y como si mirara a la Aurora para darle gracias por los tintes con que reflejaba su rostro!...

¡Bendita Independencia la nuestra, que de todo tuvo!



—Es éste mi turno, señorita.

—Señorita, recuerde usted; mi turno es este.

Emilia tiembla.

No se decide.

El oficial moreno quiere apoderarse de la virgen payanés.

El rubio se lo impide.

Sonrisas entrecortadas, gestos, miradas terribles.



Composición simbólica de la Batalla de Bomboná, hecha en espátula por José E. Ordoñez. Colección Museo de Historia Nariñense «Juan Lorenzo Lucero». Tomado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Composici%C3%B3n_simb%C3%B3lica_de_la_Batalla_de_Bombon%C3%A1.jpg

Los padres de Emilia acuden en su favor; las parejas del baile se acercan; ruido, confusión; ¡cesa la música!...

—Tú eres un Bogotá.

—Y tú no eres Vargas, sino Neiva

¡Vaya con los insultos!...

El Libertador, airado, prohibió el duelo al siguiente día.

—Puesto que son ustedes —les dijo— abanderados de los batallones Vargas y Bogotá, luzcan su valor en el día de la batalla, que no en estériles reyertas: ¡y yo perdonaré a aquel de ustedes que mejor sepa cumplir con su deber!...

¡Vino Bomboná!

La batalla más sangrienta, relativamente, de todas las de la Independencia.

Entran los cuerpos.

Vargas y Bogotá pasan el puente.

¡Caen Torres, Carvajal, París, Luque, García, Galindo, Valencia!...

¡Todos los jefes de vanguardia están fuera de combate, y la 1.^a División trepa por la loma, porque adelante van las banderas de la Patria!...

El enemigo abandona el campo, y el general Bolívar se declara vencedor.

«Al día siguiente don Basilio García dirigió al Libertador una atenta comunicación manifestándose sensible a la pérdida que había sufrido el ejército libertador en la batalla de Cariaco (Bomboná) y remitiéndole las banderas de los batallones Bogotá y Vargas, que

recogió del suelo cuando los abanderados y cuantos los rodeaban quedaron tendidos en el campo al pie de sus parapetos y abatidas»¹²⁴.

En ella don Basilio se expresaba así:

«Remito a V. E. las banderas de los batallones Bogotá y Vargas. Yo no quiero conservar un trofeo que empaña las glorias de dos batallones, de los cuales se puede decir que, si fue fácil destruirlos, ¡ha sido imposible vencerlos!...».

124. López (Manuel Antonio), *Recuerdos históricos*.

El combate del lago de Maracaibo

El Congreso de la República acaba de expedir una ley de honores a la memoria del ilustre general José Padilla, asesinado judicialmente con motivo del acontecimiento del 25 de septiembre de 1828, según lo afirma el decreto de la Convención del Estado de la Nueva Granada—rehabilitando la memoria del general Padilla—, fecha 9 de noviembre de 1831, 21.º.

El decreto a que aludimos concluye así en su primer considerando: «Que el general Padilla fue asesinado judicialmente, sin embargo de que cada uno de los individuos de la Nación reconoce en su conciencia la arbitrariedad del procedimiento, etc., etc.».

Para más abundar en razones, copiamos las palabras del benemérito general Posada, del primer tomo de sus *Memorias histórico-políticas*:

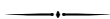
«Como se ve —dice— todas las apariencias condenaban al general Padilla; y sin embargo, me consta, y es un hecho que hoy nadie duda, que en el atentado de la noche del 25 de septiembre no solo no tuvo parte, sino que no supo lo que pasaba, ni la causa, hasta que su prisión fue invadida».

Aunque el señor Larrazábal, en su *Vida del Libertador*, afirma que «los conjurados fueron al cuartel del Granaderos, a poner en libertad a Padilla, con la cooperación del cual se contaba», esta aserción está desmentida con la carta del general Bolívar al doctor Cristóbal de Mendoza, fecha 26 de marzo (1829), desde Sativanorte, en la cual le dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Yo he mandado juzgarlo (a Padilla) conforme al decreto sobre conspiradores, para que de este modo se haga un ejemplar que sirva de escarmiento y lección a los facciosos».

¡El famoso decreto sobre conspiradores era hermano mayor del Consejo Sanguinario de Urdaneta!...

A más de todo, algún biógrafo del general Padilla conserva originales las cartas cruzadas entre el Libertador y el general Montilla, comandante general y prefecto del departamento del Magdalena, sobre la conspiración de los negros de Cartagena, el mensajero O'Leary, viaje del general Padilla a Ocaña, etc., etc.

No muy tarde, todo cuanto afirmamos será debidamente comprobado.



Por ahora basta a nuestro propósito insertar a continuación, como un pequeño tributo de gratitud a la memoria del héroe a quien acaba de honrar el Congreso nacional por medio de una ley especial, algo de lo que se relaciona con la batalla del Lago de Maracaibo. Dice así:

El general Padilla había tomado el archivo de la subinspección de infantería del ejército enemigo. Por él vino en conocimiento del total efectivo de la fuerza de Morales en Maracaibo, y de la insuficiencia de la nuestra para entrar en la ciudad a viva fuerza. En vista de esto, del hambre que cada día apuraba terriblemente, y de las enfermedades¹²⁵, convocó una junta de oficiales, la cual resolvió que Manrique siguiera a situarse con su división en Casigua; que se pidieran dos cuerpos más al general Soublotte, y a Curazao y Trujillo enseres de marina y mantenimientos.

En espera de estos recursos llegó a los Taques el capitán de navío don Angel Laborde con las fragatas Constitución y Ceres y el bergantín Hércules, buques que allí dejó por su calado; y él siguió para el castillo de San Carlos (julio 16), con tres goletas de guerra y dos mercantes, las cuales armó en seguida con los elementos que a su bordo conducían.

125. N. del A.: En los hospitales había más de setecientos enfermos, monstruosamente hinchados a causa de la carne de burro que habían comido.

Parece que Laborde trató de disuadir a Morales en el sentido de que no lo obligara a librar un combate que podía ser funesto a las armas españolas, habida consideración a la mayor capacidad y altura de nuestros buques, y a la mejor calidad de nuestros jefes y soldados.

Nosotros pudiéramos observar con Quintana, que:

«Quien no espera vencer ya está vencido»

aunque, por otra parte, no es exacto que nuestra infantería fuera superior a la española, compuesta de los restos del ejército que trajo Morillo de la Península, y amestrada en las lizas de Costa Firme.

¡La mayor altura y capacidad de nuestros buques...!

El San Carlos era de más alto bordo que el Independiente, y el Esperanza, aunque bergantín goleta, medía la misma altura que el Marte; solo teníamos, pues, la superioridad del Confianza, en tanto que ellos contaban «por todo quince buques mayores y diez y siete menores, y nosotros diez de los primeros y doce de los segundos»¹²⁶.

De esta falta de exactitud histórica, con excepción de Groot, adolecen todos nuestros autores nacionales, especialmente Restrepo y Baralt y Díaz, quienes, sin el recto criterio que sugiere la lectura de tantos y tantos documentos como existen acerca de aquella campaña inmortal, copian servilmente a Montenegro, escritor realista, apasionado y que difiere hasta de las memorias españolas de aquella época, supuesto que afirma que «no había sido equivocado el juicio que llegó a formarse Laborde cuando previó el resultado funesto que debía producir la ignorancia de Morales, culpable por su terquedad».

Si Laborde creía imposible el éxito de la batalla ¿por qué conminó de rendición desde San Carlos al Nelson de Colombia? ¿O era esto nada más que una arrogancia del contraalmirante castellano?

A las objeciones cobardes de Laborde, Morales contestó:

126. **N. del A.:** «Diferencia demasiado notable (continúa el general Padilla en su nota fecha 1.º de agosto al secretario de Guerra y Marina, publicada en la *Gaceta de Colombia*); pero el arrojo, el valor y decisión de todos los individuos que tengo el honor de mandar superaron estas dificultades».

—Pondré a bordo de sus buques un número tan considerable de tropa, que haré ilusorias con esta medida y con la superioridad numérica de sus goletas las ventajas que puedan llevarle los patriotas.¹²⁷

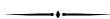
Y recalcó sobre esta última palabra, mirándolo fijamente y como queriéndole decir:

—Usted también tiene el deber de vencer por su patria.

El combate, pues, bien mirado, iba a ser de infantería de ejército contra infantería de ejército; sin más, sino que se efectuaría sobre las aguas de un lago.

De no ser así, ¿por qué aguardó Laborde, acoderado, el choque de nuestra escuadra? Siendo un marino consumado, ¿por qué se dejó tomar el barlovento?

Sea de ello lo que fuere, Laborde ancló con la escuadra real en Zapapa; protegido por los baluartes de San Carlos. Por fortuna Padilla acababa de recibir de Gibraltar un convoy de víveres, y otro Manrique de Aruba y Curazao; con los cuales, bien apertrechada la fuerza, se halló en disposición de combatir.



Copiemos ahora, del *Diario de las operaciones de la escuadra colombiana sobre el Zulúia*, aquello que hace relación a la víspera y al día del combate glorioso sobre el lago de Maracaibo.

«**Día 23.** Amanecieron los buques enemigos al N. de Punta de Palma, formados en línea, según anocharon, y el viento seguía al NN. E. fresco. Nuestras fuerzas sutiles se colocaron inmediatas a la misma Punta y al Sur de ella, y el señor mayor general pasó a los buques de la escuadra para imponer o advertir a sus comandantes del modo como debían manejarse para conservarse en buen orden e inmediatos a la costa, luego que se hiciese la señal de dar la vela, pues que convenía no separarse de ella, hasta que los enemigos rebasasen

127. N. del A.: Restrepo, *Historia*, ya citada.

de la Punta para arriba después sobre ellos, obrar con la ventaja de barlovento y frustrar los planes de aquéllos.

«A las seis y cuarto se hizo la señal de prepararse a dar la vela y a las seis y treinta y siete, viendo que se levaban los enemigos, se hizo la señal conveniente para ejecutar igual operación, y luego estábamos a la vela, poniendo en práctica desde este instante el plan meditado de mantenernos sobre bordos muy cerca de la costa: a las siete y media refrescó el viento demasiado y tuvimos que tomar rizos. A las siete y cuarenta y cinco, visto que los enemigos iban cayendo a sotavento, se hizo la señal de que cada uno ocupase su lugar: a las ocho y nueve, la de imitar los movimientos del comandante, y a los cinco minutos arribamos sobre los enemigos que seguían en línea de combate de la vuelta del Sur. A las ocho y diez y nueve se hizo la señal de que cada buque de la escuadra batiese con denuedo al que le estuviese más proporcionado de los enemigos hasta rendirlos, abor-dándolos si fuese necesario, y nosotros, como cabeza de línea, nos dirigimos sobre la vanguardia enemiga; pero los demás buques, excepto el Marte, se aguantaban a barlovento, y se atrasaban demasiado, en vez de obedecer exactamente lo que se les había mandado por sus correspondientes señales. La Espartana fue la que orzó, y a esta siguieron las demás, formando estos buques una línea por nuestra aleta de barlovento; y la Leona, que debía formar nuestra retaguardia, se hallaba bien distante y aún más a barlovento que los demás. Con este motivo se les hizo la señal de forzar la vela con el objeto de que se uniesen, y la de formar una pronta línea de combate sin sujeción a puestos, para que no se embarazasen en buscar su lugar: a las ocho y media se rompió el fuego por nosotros y fue contestado por los enemigos; pero visto por el señor general que no bastaban las señales para hacer que los demás buques de la escuadra se acercasen a batirlos, según se les tenía prevenido desde el principio, se embarcó en su bote y fue personalmente a hacerlos cumplir su deber. Los enemigos no se aguardaban a empeñar la acción: ellos forzaban de vela para eludirla, y como veíamos que casi toda nuestra escuadra se hallaba muy distante, y que, con motivo de las órdenes que el señor

general había dado a los buques atrasados, seguían sobre las fuerzas sutiles enemigas que llevaban a retaguardia, nos pareció oportuno dar un repique corto con el Independiente y el Marte, por separarnos un poco de la línea enemiga y aguardar después en facha a la reunión de los nuestros, de la misma vuelta que aquellos, como así se verificó, cesando el fuego a las nueve y cuarto.

«Los enemigos se dirigieron a las proximidades de Capitán de Chico, y fondearon entre este y Maracaibo, quedando en línea de combate; pero nosotros permanecemos a la vela, ordenando que pasasen todos los buques por la popa del Independiente para decirles a la voz que ocupasen su lugar, y lo mismo se hizo con el comandante de las fuerzas sutiles.

«A las nueve y cuarenta y nueve, estando todos formados en línea e inmediatos unos a otros, se hizo la señal de abordar al enemigo; pero estando ya en marcha para verificarlo, se quedó el viento muy calmoso y fue necesario suspender la ejecución, pero no por esto desistimos, sino que aguardábamos impacientes que refrescase el viento. A las once y diez refrescó por el S. E. y se repitió la señal de abordar, pero volvió a calmar y a estar vario, por lo cual resolvió el señor general comandante general dejarlo para el siguiente día, y dar descanso a las tripulaciones de las fuerzas sutiles, que habían estado desde bien temprano con el remo en la mano. En su consecuencia, dispuso diese fondo la escuadra en Altagracia, y se hizo la señal conveniente a la una y cinco minutos, quedando fondeados en una línea paralela a la costa. Los enemigos anochecieron fondeados en el paraje indicado, y nosotros en Altagracia, avanzando nuestras fuerzas sutiles en punta de Piedras.

«**Día 24.** Los buques enemigos permanecían en el mismo lugar y el viento estaba al E. al amanecer. Apenas permitieron los claros del día distinguir los colores de las banderas, se llamaron los comandantes de los buques; y el señor General, con motivo de lo ocurrido el día de ayer, dispuso que el comandante de la Espartana, capitán de fragata Jaime Bluck, quedase a bordo del bergantín Independiente; colocó en su lugar a su segundo el señor Marey R. Maukin, y en

lugar de este, al señor Stag; ordenó al mismo tiempo que el capitán de la Leona pasase al Marte, nombrando en su lugar también a su segundo el señor Juan Macan; reemplazó el hueco que en esta dejaba Jaime Stuart, oficial de la Espartana, destinando a este último buque al aspirante Santiago Moreno para que se entendiese en las señales.

«No contento el señor general con esta mutación, dispuso también alterar el orden de batalla, colocando los buques del modo que manifiesta el plano que se envía por separado, persuadido de que de este modo se lograría mejor la cooperación de todos. A las diez y media el señor general comandante general pasó en persona a bordo de todos los buques mayores y menores, con el objeto de arengar a sus dotaciones y animarlas de un modo eficaz para que, llegado el momento de atacar a los enemigos, lo verificasen con intrepidez y entusiasmo.

«A las diez y cuarenta roló el viento al N. E., y a las diez y cincuenta se hizo la señal de prepararse a dar la vela, pero el viento se llamó al S. flojo, y se reservó la de levar hasta que se entablase o afirmase por donde nos fuese favorable. En efecto, a la una y cincuenta y cinco logramos nuestros deseos. El viento se afirmó por el N. E. y la marea vaciaba, de suerte que lo que aquel nos podía sotaventar, aquella nos aguantaba a barlovento. Todo nos era favorable y todo nos convidaba a atacar a los enemigos que se hallaban fondeados a nuestro frente, en una línea paralela a la costa y próximos a ella.

«Dos goletas ocupaban la cabeza meridional de la línea, y a éstas seguía el San Carlos, después una goleta, y seguían alternativamente los bergantines goletas, ocupando el otro extremo, o retaguardia, todas las fuerzas sutiles.

«A las dos se mandó al comandante de estas se levase y siguiese desde luego sobre las de igual clase enemigas, en atención a que por su menor andar debíamos adelantarlas. A las dos y veinte se hizo la señal de dar la vela: a las dos y veintiocho la de formar en línea de frente para atacar a un mismo tiempo todos los buques enemigos, que, observando todos nuestros movimientos, se acoderaron. Algunos de los nuestros se atrasaban o no ocupaban sus lugares

tan pronto como era necesario, seguramente por la falta de conocimientos en esta parte, pues que todos, todos ardían por concluir con los enemigos; pero como el Marte estaba situado a barlovento y el bergantín Independiente, buque muy velero, a sotavento, fuimos proporcionando el andar de este, de modo que quedase y siguiese perfectamente bien formada nuestra línea para lograr bien el plan que nos habíamos propuesto, sin que por esto se dejaran de hacer las señales que fueran menester para cada uno de los que se desviaban de su lugar.

«A las tres y diez y siete se hizo abordar al enemigo y se dejó izada, no obstante haber sido contestada por todos los buques, para manifestarles que ninguna otra cosa nos restaba qué hacer.

»Formados como queda dicho, nos dirigimos con el mayor denuesto sobre los enemigos de un modo el más hermoso. Ningún buque salía de su posición, y todos iban sobre alguno de sus enemigos. A las tres y cuarenta y cinco empezaron éstos el fuego de cañón y a muy poco rato el de fusil, pero del modo más vivo, y sin interrupción; mas la escuadra de Colombia, acostumbrada a ver con desprecio sus fuegos, seguía siempre sobre ellos con la mayor serenidad, sin que se separase de su lugar ninguno de los nuestros y sin tirarles ni un tiro de pistola, hasta que estando a tocapenoles se rompió por nuestra parte el fuego de cañón y de fusilería, sin que se pueda decir qué fue primero, si abordar o batirlos.

«El bergantín Independiente se dirigió y rindió al San Carlos. El Confianza abordó valerosamente a una goleta. A la de tres palos Emprendedora se le rindió el bergantín goleta Esperanza, pero que voló inmediatamente, dejando a esta al Marte y a todos los demás cubiertos de humo, sin que pueda en rigor decirse la conducta que observaban en aquellos momentos los demás buques; pero sí sabemos que el Marte batió completamente y rindió varios de los enemigos, y que todos los demás cumplieron sus deberes.

«Los enemigos se vieron en las circunstancias más angustiadas. Del bergantín San Carlos se arrojó al agua la mayor parte de su tripulación; la del bergantín goleta fue por los elementos, (sic) la de

los otros buques tuvo la suerte que la del San Carlos, y el mar se veía cubierto de cadáveres y de hombres nadando; cuadro a la verdad bien espantoso.

«En medio del fuego y perdida la esperanza de salvarse al ancla, picaron los cables y trataron de hacerse a la vela, pero les fue en vano en lo general, pues que once buques de los mayores fueron hechos prisioneros: el bergantín goleta Esperanza voló, y fue igualmente hecho presa un falucho de sus fuerzas sutiles.

«La goleta Antonia Manuela tuvo la desgracia de que, aprovechándose los enemigos de su mayor proximidad a ellos, la atacaron y abordaron, no perdonando persona alguna que encontraron, ni aun los heridos y muchachos de cámara; pero habiendo seguido en su auxilio la goleta Leona y un bote armado del Independiente¹²⁸, aquella con sus fuegos protegió a este, que lo recuperó inmediatamente.

«Tres goletas escaparon únicamente, las dos que estaban a vanguardia y la Especuladora, que, acercándose cuanto pudieron a tierra, huyeron para Maracaibo, junto con la Guaireña, Atrevida, Maracaibera y flotilla de faluchos y piraguas armadas, pero hechas pedazos y con muy poca gente.

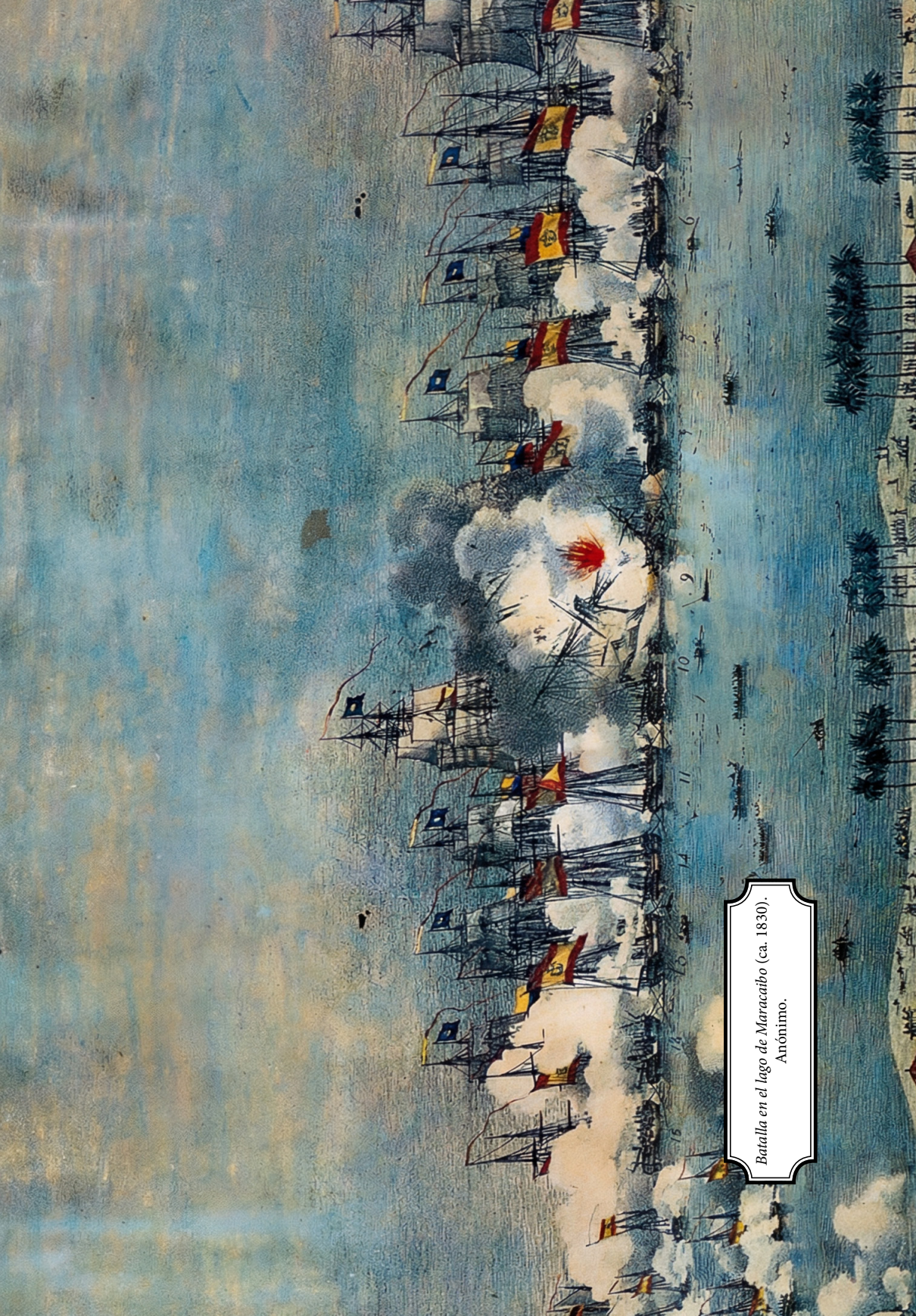
«El bergantín Independiente hizo un fuego horroroso sobre todas estas; el Marte sobre la Especuladora y sutiles, y sobre éstas también las goletas Espartana y Leona, como igualmente nuestras fuerzas sutiles que causaron daños de consideración por un lado, y por otro marinaban las rendidas, y algunas por rendir cedieron a la bravura e intrepidez de seis comandantes, dirigidos por su comandante Walter D'Chity, capitán de fragata de la armada nacional de Colombia; porque en medio de la desgracia de los enemigos, tuvieron los que huyeron la fortuna de que no se les echase a pique, ni que se les desarbolase durante el tiempo que se les fue batiendo por los buques citados, pudiendo llegar a la plaza y favorecidos del poco fondo y bajos de la costa a las cinco y media, a cuya hora nos hallábamos a dos tercios del alcance del cañón que tienen allí, de 18, por cuya razón

128. N. del A.: El cual iba al mando del célebre comandante José A. Ramírez, antioqueño.

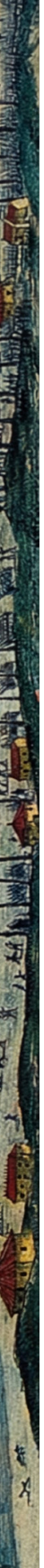
y la de estar ya los buques expresados en el puerto, cesó el fuego, hicimos la señal de unión y seguimos sobre bordos a colocarnos en las proximidades de tres goletas presas que se hallaban varadas en las inmediaciones de Capitán de Chico.

«En esta gloriosa y memorable acción hemos tenido la pérdida de ocho oficiales y treinta y seis individuos de tripulación y tropa muertos, y catorce de los primeros y ciento cinco de los segundos heridos y un oficial más contuso; al paso que al enemigo le ha costado la horrorosa de más de ochocientos entre unos y otros, habiendo quedado además en nuestro poder sesenta y nueve oficiales y trescientos sesenta y nueve entre soldados y marineros, ocho de aquellos y diez de estos heridos.

«A las seis y tres cuartos fondearon en el paraje citado los bergantines Independiente, Marte, goletas Espartana, Leona, Peacock y Emprendedora, y se reunió también el comandante de las fuerzas sutiles con algunos de sus buques, a quienes se comisionó para que salvase las goletas varadas, como en efecto lo logró a las tres y media de la mañana. El resto de los buques de la escuadra, así mayores como menores, se dirigieron a la costa de Altagracia conduciendo las demás presas».



Batalla en el lago de Maracaibo (ca. 1830).
Anónimo.



Ante el busto de un héroe

Era el general Herrera uno de los oficiales más hermosos del ejército libertador del Perú.

No solo bien acentuado de sus facciones, sino la suave rigidez de los músculos de la cara, si así puede decirse para explicar la energía que se trasparenta; todo en él, desde el fondo luminoso de la mirada, la nariz recta, el bigote sedoso, el labio superior ligeramente levantado como en señal de orgullo o de desdén, la redondez de la barba, el cuello, el pecho y las espaldas, delgada la cintura, todo, todo, repetimos, hasta el pie, leve, netamente panameño, hacía de aquel hombre superior una mezcla de Apolo y de Aquiles: idealidad realizada. El tormento de Rafael cuando buscaba la energía para sus perfiles purísimos, y de Miguel Ángel cuando buscaba para los rudos contornos alguna delicadeza.

Con razón, pues, que tal hombre fuera amado por las mujeres.

Después de Ayacucho, Herrera contaba apenas veinte años y le sentaba maravillosamente el uniforme de capitán de infantería, que vestía con orgullo.

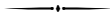
Por eso, tanto en el Alto como en el Bajo Perú, cuando paseaba en las ciudades, hacía movimiento con los hombros para que se agitaran los canelones de sus charreteras, acariciaba el bigote, se erguía, en fin, como para hacer más visible su persona. Bien se puede perdonar todo esto a la juventud, la belleza y el valor.

Yo he hablado extensamente con un benemérito de la patria, quien me hace el honor de dispensarme su amistad; como Herrera,

antiguo capitán del Voltígeros, amigo de él, y que, por lo mismo está en muchas de sus intimidades; y me contaba que, en Bogotá, en 1827, después de la peligrosa comisión que aquel fue a desempeñar ante el Libertador, desde Bolivia, le decía:

—¿Cómo es el dolor? Desearía probarlo, porque mi vida hasta aquí no ha sido más que una cadena de satisfacciones y goces.

—¡Infeliz! ¡Ojalá que el cielo no lo hubiera oído...!



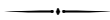
En meses pasados, por asuntos de servicio, me encontraba en la ciudad de Colón, y al regreso para Panamá me hallé en el tren con una familia antioqueña a la cual soy deudor de cariñosas atenciones. Jamás podré olvidar las que me prodigan siempre que, camino de Medellín, llamo a la puerta de la casa de la expresada familia en el pueblo X... ni que me designan como un grande honor la pieza que ocupó el general Herrera durante su permanencia en aquel lugar, después de la retirada de Abejorral y del triunfo en Rionegro.

Así pues, hice cuanto pude en su favor.

Paseos a la Sabana, a Panamá viejo, a Taboga e islas adyacentes.

Algunas noches, aprovechándonos de la alta marea, al fulgor de la luna que tan caprichosas fosforescencias hace sobre la superficie de las ondas tranquilas, serenas, de este mar de leche, bogando el remo, charlábamos y cantábamos aires de las tierras altas al compás de algunos instrumentos.

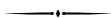
La amistad y la alegría devuelven al espíritu mucho del vigor perdido; y, lo confieso, son de los mejores días en el agosto de mi vida, ¡jestos a los cuales me refiero...!



Pero llegó la hora de la partida.

Una equivocación de fecha me había dado la satisfacción de cumplimentar a antiguos amigos, y ahora el agente de una compañía de

vapores en Colón señalaba día y hora para tomar el que debía partir para *New York*.



Son los antioqueños, en lo general, creyentes, y tienen la costumbre de oír misa o visitar los templos antes de emprender algún viaje, o cuando lo terminan.

Yo también estuve en la Catedral y oré con fervor, pidiendo para aquella familia, cara para mí, vientos tranquilos, mar bonancible.

Nos detuvimos en la plaza luego que salimos de la iglesia, y así nos hallamos frente a la estatua del general Herrera.

No comprendo todavía por qué me llamó tanto la atención en aquella mañana la gallarda figura del héroe. Como la del gran comandante, me pareció animada, solo que le faltaba la voz.

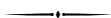
—Mamá —dijo Carolina con la inocencia de sus doce años—: ¿no le hallas a Ricardo mucho de parecido con el busto del general?
¡La madre palideció!

Yo volví a mirar a Ricardo y no pude disimular mi emoción.

Ricardo no apartaba sus ojos de la estatua.

Cuando estamos jóvenes, a fuerza de mirarnos al espejo, retratamos en la imaginación nuestra propia fisonomía; de modo que si se nos dice: Fulano se te parece, aprobamos o negamos por el conocimiento que tenemos de nosotros mismos.

—Hijo mío, descúbrete delante de las glorias de Pichincha y Ayacucho. Ya sabes que en el lenguaje de la gratitud nacional se llama padre a todo libertador.



¡Y en los párpados de aquella mujer hermosa todavía tembló una lágrima, en cuya transparencia solo Dios pudo leer los misterios que encerraba!...

Las lágrimas de Piñango

A Octavio de la Espriella

El 3 de diciembre de 1815 fue un día aciago para los defensores de la ciudad de Cartagena. Morales había forzado el paso del Estero de Pasacaballos y héchose dueño de la bahía; el sitio era riguroso y estrecho; no había subsistencia de ninguna clase; el fuego incesante y certero; más de quinientos cadáveres tendidos en los fuertes y en las calles, irrespirable el aire...

«Entonces (dice un testigo presencial), por excitación reiterada de las autoridades, algunas de las más desdichadas personas comprendidas en la categoría de bocas inútiles y acosadas del hambre salieron por tierra de la plaza, casi arrastrándose».

Pero don Toribio del Villar y Tatis, desde Palenquillo en la misma fecha del 3 de diciembre, dice lo siguiente a don Francisco de Montalvo:

«He salido hoy de esta hacienda acompañado del señor “de la Victoria” don Matías Escuti, con ocho granaderos, dirigiéndonos al puerto de esta hacienda, con el objeto de contener el escandaloso desembarco de las familias de Cartagena; y después de haber encontrado multitud de ellas, se hizo reembarcar a las que estaban con mayores alientos, en una de las canoas que las habían conducido, y acompañadas de algunos tiros por alto, se las hizo volar hacia la plaza».

Véase, pues, que no fue solo por tierra como salieron las familias a que alude el testigo presencial, sino que también por agua. En un documento público que tengo a la vista, referente a aquella época, se lee lo siguiente:

«Salida por el lado del Cabrero de varias familias que se hallaban en la plaza de Cartagena; salida precursora de grandes desgracias».

—•—

En las sabanas del Corozal, en el estado de Bolívar, hay un agrupamiento de bellas poblaciones, separadas las unas de las otras por valles risueños o fértiles praderas: la reina de esa comarca es Corozal. Fundóla don Juan Díaz Pimienta antes de 1680, y puede decirse que desde entonces gozan de merecida fama, por su belleza y discreción, las damas de esa villa.

—•—

Virginia Díaz era una joven de dieciocho años, de constitución delicada, de alma sensible. Sus pretendientes, los que contaba por docenas, la llamaban Flor de Corozal. En los bailes, en los paseos, en toda reunión de buena sociedad, ella era requebrada sin poderlo evitar; pero cualquier observador atento hubiera leído en su rostro esa complacencia fría de las mujeres cuando les dicen hermosas personas que no les interesan.

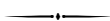
Astol Ruiz acababa de regresar de una campaña desgraciada: la que Torices y Chatillón abrieron contra la Ciénaga de Santa Marta en mayo de 1813. Salvado de la hecatombe de Papares y Toribio por un suceso providencial, había obtenido del presidente de Cartagena licencia para pasar algunos meses en el seno de su familia.

—•—

Yo no sé por qué será, pero es lo cierto, que los hechos de armas a todas las edades y sexos interesan; que pasamos horas enteras de la noche oyendo con placer que Sucre, para asegurar el triunfo, comprometió las reservas en Ayacucho; que Córdoba inventó el paso de vencedores; que Páez cargaba a la cabeza de sus jinetes, y que Bolívar mandó desensillar su caballo en San Mateo para obtener el triunfo o hundirse con la muerte; y después, cuando nos retiramos a nuestros

hogares, llevamos en el alma como un vago perfume, recuerdo de otro tiempo, que exalta nuestra imaginación con el estruendo del combate, con la figura del héroe iluminada con los resplandores de las descargas, con el ¡ay! de los heridos, con los gritos de la victoria; porque los sueños, segunda digestión de las ideas, fingen todas las fantasías.

Y luego, Astol tenía una rara elocuencia para referir sus campañas. Había hecho con Bolívar la del Bajo Magdalena y la primera de Venezuela; se había distinguido en varios encuentros, tenía dos cicatrices, y el uniforme de capitán de Cazadores le sentaba a las mil maravillas. Virginia lo oía siempre con placer.



Un día, con ocasión de una fiesta de familia en casa de Astol, recibió este de sus padres el encargo de ir en busca de Virginia: la niña, sin saber por qué, lo esperaba. De regreso, una señora que pasó cerca de ellos exclamó con entusiasmo:

—Hermosa pareja.

Virginia perdió el paso, y Astol sintió sobre su brazo que temblaba el de la virgen.

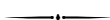
Más adelante dijo un hombre:

—Si la belleza fuera el premio del valor, Dios bendeciría esa unión.

Esta vez fue el capitán de Cazadores quien se sintió turbado. Parecióle que el calor de las batallas le subía al rostro y que el corazón se le ensanchaba como si oyera la diana del triunfo.

No hay para qué agregar más. Cuando dos jóvenes se ruborizan el uno en presencia del otro por algo que les concierne, es porque tienen el alma aprisionada.

Algún tiempo después, Astol daba su mano y su nombre a la dulce Virginia.



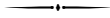
Estamos en el año de 1815, aciago para la patria.

Morillo había arribado a Santa Marta y reorganizaba a toda prisa su fuerza para hacer una expedición contra Cartagena.

El patriotismo a su vez no omitió diligencia alguna.

Astol había recibido encargo del señor Amador, jefe civil de la plaza, para recorrer las sabanas con el objeto de acopiar provisiones.

Morillo se puso en marcha, y a tal nueva, nuestros comisionados recibieron orden de regresar a la ciudad. ¡Virginia, a pesar de los ruegos de su esposo y de las lágrimas de sus padres, con su hijo de seis meses y la nodriza, tomó también el camino de la nueva Jerusalén!



El 20 de agosto principió el sitio.

La historia ha recogido los pormenores de aquellos ataques, de aquella resistencia.

Vino el 11 de noviembre, fecha clásica, y le tocó en turno a La Popa: excusado es decir que allí, como en todas partes, estaba Piñango con su ayudante de campo, el capitán Astol Ruiz.

«Morillo, que consideraba disminuida ya la guarnición y acobardada la fuerza que defendía La Popa, resolvió un ataque simultáneo sobre este punto y Tierra Bomba. La Popa fue acometida por ochocientos hombres a cargo del coronel José María Villavicencio, en combinación con José Maortúa, que conducía la fuerza con que se debían escalar los parapetos; pero colocados ya bajo de ellos, fueron descubiertos los realistas y se les hizo un fuego bien nutrido no sólo de La Popa, sino de San Felipe, hasta que tuvieron que retirarse precipitadamente e incorporarse a la caballería que mandaba Villavicencio. Costosa les fue la tentativa, pues Maortúa, dos oficiales y treinta soldados quedaron muertos en el campo, en tanto que nosotros solo perdimos al capitán Astol Ruiz y cinco soldados, y el Alférez Castro y nueve más heridos».



*Pablo Morillo (entre 1820 y 1822), de
Horace Vernet. Colección del Museo del
Hermitage, San Petersburgo, Rusia.*

Todo fue inútil, sin embargo.

Tierra Bomba quedó por fin en poder de los realistas, y el ataque al Castillo de San Ángel, aunque desgraciado para estos, les dejó el dominio de la bahía.

Así siguieron las cosas, apurando cada vez más la mala situación de los patriotas, hasta que llegó el 3 de diciembre, día aciago, como decimos al principio de esta leyenda.

Entre los cuadros de desolación y de tristeza que acobardaron el ánimo durante los ciento ocho días que duró el sitio de Cartagena, ningunos como el de la salida por mar y por tierra de las *bocas inútiles* para el campamento del feroz sitiador, y el de la noche del 5 de diciembre cuando ya iba a embarcarse la emigración.

A propósito de esto, dice el señor Restrepo: «La escena no podía ser más patética, ni inspirar sentimientos más profundos de dolor. El padre, el esposo y el hermano dejaban en el lecho de la muerte a los objetos más queridos, y se iban a entregar sin víveres y con pequeñas fuerzas a una muerte casi segura, alejándose acaso para siempre de su país natal».

¡Ah!... pero noventa mujeres, casi todas madres, arrastrándose por la puerta de Santa Catalina hasta el embarcadero de la Ciéna-ga, bogando ellas mismas, sin fuerzas ni conocimiento en el arte; reemplazándose las unas con las otras en la dura tarea; extenuadas, moribundas, desgarrada el alma con los lamentos de aquellos niños hambreados; furioso el viento, contraria la corriente; y todo esto para llegar por fin al puerto de Palenquillo y ser reembarcadas en seguida para Cartagena, bajo los fuegos de los granaderos españoles!... Perdón, Dios mío; pero si la Independencia no hubiera coronado tantos sacrificios, ¡quién sabe si yo dudara hasta de Vos!...

—•—

A la mañana siguiente, una madre, olvidada de sus miserias y en febril demencia, daba gritos a la muralla de la Tenaza, pidiendo a las olas el hijo idolatrado. Era Virginia.

La nodriza, que había andado de casa en casa demandando un mendrugo de pan para el hijo del capitán Astol Ruiz, muerto en La Popa, llegó por casualidad a la puerta de Santa Catalina, a tiempo en que se embarcaban para el campamento enemigo las bocas inútiles, y sin reflexionar, impulsada por su amor de madre, sí, de madre, tomó puesto con el niño en una de las canoas.

¿Hizo bien o hizo mal?

¡Ordinariamente se cree que una mujer tomada a sueldo para el periodo de la vida en que una criatura está en lactancia es una cabra u otra hembra que da sin conciencia su leche a la hora en que se necesita!... ¡No! Una nodriza le comunica al niño su calor a medida que lo estrecha contra su seno, y tras el seno está el corazón. Si de una pobre mujer recibimos la vida; si contenta interrumpe su sueño por nuestro insomnio; si la amamos, ¿por qué no hemos de creer que ella nos ama también, y que por salvarnos arrastraría los dolores de la vida? No comprende bien, pues, las leyes de la armonía quien piense que una mujer sin ser madre no puede inspirar el cariño de tal, y que un niño sin ser hijo no recibe en las corrientes de un seno extraño el amor maternal. ¡Quizá por eso en Grecia era doble madre la que daba de sí el fruto de su amor y después lo amamantaba en su seno!...

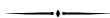
—•—

La aurora del 5 de diciembre halló a la pobre Virginia en el mismo sitio y en la misma desesperación.

A mediodía, una junta compuesta de personas civiles y de oficiales generales, presidida por el general Bermúdez, acordó la evacuación de la plaza. «La evacuación (dice el señor Pombo en sus *Reminiscencias del sitio de Cartagena*), aunque erizada de dificultades

y sujeta a peligrosísimas contingencias que había que arrostrar de frente, era el único partido racional adoptable por quienes todo lo preferían al sometimiento».

A las cuatro de la tarde, Piñango y el teniente Sucre (después Gran Mariscal de Ayacucho) recorrían la muralla desde Santa Catalina hasta La Tenaza, dando las órdenes del caso para clavar la artillería, apenas anocheciera, y para que a las diez, al favor de la oscuridad, corrieran oficiales y soldados a la playa de Bocagrande, lugar designado para el embarque de la emigración. Andando en estas diligencias, se avistó una canoa que salía del caño de Juan Angola en dirección a la ciudad.



Algún presentimiento debió de prevenir el corazón de madre de Virginia, puesto que corrió para la playa gritando loca de contento:

—¡Mi hijo, mi hijo!...

La canoa tocó en la orilla.

¡Lívidos espectros comenzaron a desembarcar!

¡Piñango, Sucre y algunos soldados ayudaban en la medida de sus fuerzas!

La canoa parecía vacía y Virginia no cesaba de gritar:

—¡Mi hijo, mi hijo!...

Entonces Piñango reparó en un bulto informe que daba contra la popa de la embarcación.

¡Se entró en la Ciénaga con el agua a las rodillas y arrancó de los brazos de la nodriza, rígidos ya por la muerte, aquel niño de once meses, de ojos hundidos y brillantes, crecido de abdomen, secos el pecho y las asentaderas, colgando el pellejo de los brazos y las piernas!...

Al calor vital, el niño se animó un instante. Dilató sus ojos sobre la playa y reconoció a su madre.

Luego se estrechó contra el pecho del héroe, y con el último hálito de vida murmuró a su oído:

—¡Pan!...

Piñango era bronco y desmañado, y sin embargo, estaba conmovido y trémulo al entregar el hijo a la madre.

Virginia, arrebatada de amor, lo arrulló en su seno, lo besó en los labios y se fijó un instante en él. Enseguida, con una energía superior a toda fuerza humana, lo lanzó lejos de sí:

—¡Comandante —dijo—, muerto no lo quiero!

Y tras una estridente carcajada, tomó camino de la ciudad, tarareando un himno muy en boga a la sazón:

«Si Dios premia morir por la patria,
¡ciudadanos, muramos, muramos!»

Piñango vio alejarse a la loca: levantó al niño de sobre las arenas húmedas y lo contempló largo rato entre sus brazos.

Sin duda debió de recordar en momento tan supremo la amistad que le unía con su ayudante, el capitán Astol Ruiz; la nobleza y el valor de aquel joven desgraciado; que Virginia, ella misma, en ocasiones les servía el almuerzo o la comida, ¡y que aquel niño, muerto ahora, había jugado sobre sus rodillas con los botones de su blusa encarnada y con la borla de oro pendiente de la empuñadura de su espada!... Piñango, al pasar en revista tan tristes memorias, sentía correr sus lágrimas sobre la cabeza del hijo de su amigo, ¡sin caer en la cuenta de que esa era una fórmula prescrita por Dios para bautizar la libertad de un pueblo!...

—Vamos, vamos, comandante, son las seis y media.

Piñango sintió que le ponían la mano sobre el hombro izquierdo y se volvió hacia su interlocutor.

Era Soubllette, jefe de día.

—Y bien, ¿qué?

—Pues que es hora de clavar la artillería... Pero ¿qué diablos es ese aire de tristeza y ese niño muerto en tus brazos? A fe que no te conozco —prosiguió el coronel Soubllette en tono jovial.

Piñango, con el envés de la mano, secó en sus ojos las últimas lágrimas; recordó que se debía enteramente a la patria, y entre apenado y corrido, contestó:

—¿Sabes que, por poco, no me hace llorar este chiquillo?

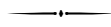
Soublette era uno de los mejores corazones de la revolución y comprendió por lo mismo todo el dolor que quebrantaba aquella voluntad de hierro. Se apartó algunos pasos en la dirección de la Ciénaga hasta tropezarse con mujeres, paisanos leprosos y soldados licenciados, todos los cuales pescaban a la orilla.

—Aquí hay —dijo— media libra de maíz tostado para el que dé sepultura a ese niño.

—Y cuatro onzas de harina de trigo —agregó Piñango.

¡Cuarenta manos ávidas se tendieron hacia aquellas miserias!

Soublette y Piñango acababan de dar cuanto les quedaba, y sin embargo, ¡regresaron conformes a cumplir cada cual su deber!...



Al siguiente día (6 de diciembre) —dice García del Río en su folleto intitulado *Una página de Oro de la Historia Americana*— ocupó el ejército español la ciudad y los castillos. Morales, que fue el destinado a tomar posesión de estos últimos, encontró en el de San Fernando sesenta soldados y dos oficiales, que, a pesar de hallarse tan desfallecidos, trataron de defenderse. Todos fueron pasados a cuchillo; pero murieron todos como hombres. «*Viva la América Libre* fue la última palabra que pronunciaron sus labios ya al expirar. ¡En los otros castillos y en la ciudad sacrificaron aquellas fieras más de seiscientas personas!».

¡La infortunada Virginia era de ese número!...

El teniente Lucas Morelo

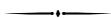
El día en que personas de estudio y de criterio se resuelvan a hacer rectificaciones a la historia (lo cual es necesario ya), algunas reputaciones van a mermar y nombres oscuros hasta hoy habrán de enaltecer.

La lista de los héroes que acompañaron al general Páez en las «Queseras del Medio», o en la acción de la Herradura, como la llaman los autores españoles, necesita correcciones.

¡No fueron ciento cincuenta los Aquiles de aquella jornada!...

¡Eran apenas ciento cuarenta y siete!...

Conservo en mi poder una lista de puño y letra del general Carmona de los que entraron en pelea; así como de aquellos cuyos nombres no figuran en la relación que trae el León de Apure en su *Autobiografía*.



El teniente Morelo era natural de Maracay; de pequeña estatura, mulato, bien formado, ¡y de los que más se distinguieron en esa afortunada temeridad llamada Las Queseras!

¿Por qué su nombre ha sido olvidado, casi proscrito de la historia?

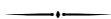
Los señores Azpúrua, Baraya, Scarpetta y Vergara, no se dan cuenta de que haya existido semejante homérico batallador.

Siendo yo niño, tuve el honor de conocerlo, como que acabó sus días en la ciudad de Santa Marta, de donde soy nativo, y como que en compañía de mi padre me tocó acompañarlo a la última morada.

Cuando regresábamos del cementerio, oí referir lo siguiente al presbítero Natera, que venía con nosotros:

—Morelo era no sólo un valeroso soldado, sino un hermosísimo carácter.

En un aniversario de la batalla de Tenerife fue a visitar al general Maza, de riguroso uniforme, y lo halló solo en su casa, moribundo sobre un colchón. Eran las dos de la tarde y hacía tres días que Maza no probaba alimento. Morelo se afligió al ver al héroe de San Mateo, Tenerife y Pichincha en aquel triste estado. Se fue a la vecindad, hizo provisión de cuanto pudo; volvió a la casa de Maza, se despojó de su rico uniforme de «Húsar del alto Llano» y dióse al trajín de la cocina. ¡Dos horas después le daba alimento al viejo veterano!...



¿No es esto heroico también?

¡Pues entonces, bien puede consolarse el teniente Morelo de que hayan suprimido su nombre en la lista de los héroes de las Queseras del Medio!...

El indio y la mariposa

El sargento mayor Domingo Torres nació en Tunja en 1801. Apenas contaba doce años, tomó servicio en clase de soldado y a las órdenes de Nariño hizo la campaña del Sur. Hallóse en Palacé, Calibío, Buesaco, Juanambú y Tacines, y cayó prisionero en los ejidos de Pasto. En 1816 estuvo con Serviez en la campaña de Casanare. Prisionero otra vez, fue enrolado en el Ejército realista hasta 1821, en que logró escapar y unirse a sus antiguos compañeros. En 1822 volvió al Sur, de donde regresó a su país natal.

Así lo afirman Scapetta y Vergara en su *Diccionario Biográfico*, otras veces citado por mí, y así es la verdad; solo que ellos no detallan la vida del héroe, lo cual me propongo hacer en la presente leyenda.

Era Torres un indiecito de raza mezclada, de facciones correctas, animoso y despejado. Si no convencido, de propio movimiento vino al servicio de la revolución. Había ascendido a cabo, y a no ser por el desastre del ejido, hubiera hecho mejor carrera.

A diferencia de sus compañeros, a Torres lo salvó en Pasto su extremada juventud. Un lego se interesó por él y con súplicas y ruegos consiguió que se lo dieran para criado de su convento (San Agustín).

Torres se mantenía resignado y triste en los oficios de su nueva condición, y el lego reparó en ello; mas como la suavidad de carácter del indiecito disponía en su favor, el presunto fraile fue haciéndole menos dura su degradante posición, hasta que lo puso consigo en el servicio de la portería.

Frente al convento vivía la familia Zamora, muy considerada en la ciudad por sus riquezas y virtudes; y era más realista que el mismo rey.

Pepilla era una mariposa.

A pesar de sus catorce años no se ajuiciaba. Don Juan de la Cruz Zamora, su padre, la dejaba correr, brincar y salir, porque le daba gusto en todo, a causa de que aquella hija milagrosamente había sobrevivido a su madre.

El indio y la mariposa andaban juntos a cada paso. Llevávala a la iglesia, al mercado; comprábale dulces y juguetes; en fin, estaba al servicio de la niña para todo cuanto ella quería.

¡Pero ya hemos dicho que el indio nació en 1801 y que Pepilla contaba catorce años!... ¡A la edad de ellos era peligroso dejarlos solos con tanta libertad!... La ley de la atracción es irresistible y se cumple; ¡y luego hay cierta curiosidad impuesta por el desarrollo físico!... ¡La niña quiere saber qué cosa es una mujer, y el niño, aunque menos malicioso, lo que es un hombre!...

Casar a Pepilla con un indio.... ¡vaya!... ¡imposible!...

Las familias ricas tienen recursos para salir de las dificultades. ¡Nunca falta un primito bien puesto, bonachón!

¡Y Pepilla, la mariposa, se casó con un primo suyo, por conveniencias de familia!

Mientras tanto, el lego, que había cobrado afecto al Tunjanito, como lo llamaba, lo despachó sigilosamente para Popayán.

Pepilla tuvo en su matrimonio una niña, a la cual pusieronle por nombre Ida.

Cuando en 1822 entró Torres a Pasto, Pepilla había enviudado.

El lego era fraile y prior de su convento.

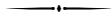
—Cásese usted, le dijo: yo tengo la obligación de exigirlo y el derecho de imponerlo.

¡Torres vacilaba, porque los hombres tienen escrúpulos en apurar el vino sobrado de una copa, aunque esta les haya pertenecido!...

Una circunstancia lo decidió.

Ida se presentó en aquellos momentos con una corona de inmortales.

—Señor oficial —le dijo—: mi madre y yo la hemos tejido para usted, ¡en tributo a su heroico valor en Bomboná!...



En 1828 volvió a Tunja el sargento mayor Torres, con su esposa y una niña. ¡Las gentes maliciosas hallaban a esta mucho parecido con el padrastro!...

Hermanos que no se parecen

(o motivos por los cuales puede hacerse serio un hombre que no había hecho más que reír)

A José Manuel Goenaga Gómez

Dígase lo que se quiera, la seriedad y la ligereza de carácter no se excluyen.

Un hombre serio puede ser ligero en ocasiones y viceversa.

Así, los dos hermanos Montillas, el uno que la echaba de serio y el otro a quien calificaban de ligero, obraron en 1799 como si hubieran tenido opuestos caracteres.

Mariano cometió la ligereza de acompañar al Príncipe de la Paz¹²⁹ en la guerra de España contra Portugal: peleó en Olivenza y recibió una herida. Tomás no quiso ser *guardia de corps*, y recorrió la Europa de cursante en las universidades y dado a las artes liberales.

Esto explica por qué Mariano, para tomar parte en la revolución del 19 de abril de 1810, tropezó con el inconveniente de hallarse al servicio del rey; en tanto que Tomás entró en ella libre como cualquier otro.

Mariano se separó del Libertador después de la desgraciada jornada de La Puerta; Tomás desde entonces lo quiso más. Mariano

129. Se refiere a Manuel Godoy y Álvarez de Faria Ríos (1767-1851), noble y político español que tuvo una participación decisiva en el Tratado de Basilea, que puso fin a la guerra de la Convención o de los Pirineos, entre la Primera República Francesa y el Reino de España.

hostilizó a Bolívar cuando este bajó del interior a someter la provincia de Santa Marta; Tomás lo acompañaba entonces como 2.º jefe y consejero íntimo. En los Cayos de San Luis, Mariano llevó su rabia hasta el extremo de insultar y desacreditar a Bolívar; Tomás, entre tanto, subía el Magdalena en una barqueta arrastrando mil peligros, en demanda de recursos para el amigo. Cuando el uno andaba por Nueva Orleans con el mariscal Grouchy y el demócrata Mina corriendo aventuras, el otro se unía a Páez y peleaba en Arichuma, Yagual y Achaguas. Mariano, arrepentido por fin de su mal proceder, vino en busca de Bolívar y le tendió los brazos; Dios había dispuesto que Tomás expirara en los del Libertador.

Era Tomás más inteligente, más ilustrado, más insinuante¹³⁰. Terrible en las cargas; de más alta graduación, de un golpe de vista infalible: ¡con todo, Bolívar prefirió a Mariano para el mando del ejército libertador de las costas de Cundinamarca!...

¡Y es que hasta los hombres grandes se alucinan con los signos exteriores!

130. Larrazábal afirma que «Montilla vino luego a Angostura a tomar parte privada en las ocupaciones del Congreso, por hallarse en él como Representante por Cumaná su hermano el General de Brigada Tomás Montilla, que había reclamado su cooperación».—Esto no es exacto. El General Montilla para nada necesitaba de la cooperación de su hermano el Coronel. Sin ella había mandado nuestra ala izquierda en San Mateo; había sido Secretario general de Bolívar, y su 2º a veces; Ministro de Estado en el Despacho de Guerra y Marina; Gobernador de la provincia de Guayana; Jefe de Estado Mayor general de Marina, y miembro del Congreso de Angostura.—«Desde las ruidosas desavenencias de Montilla (Mariano) con el Libertador en 1815, dice Restrepo, aquél no había podido obtener empleo en el Ejército que combatía por la independencia de la Patria».—A fines de 1818, arrepentido de su conducta con Bolívar, vino a Margarita, y Urdaneta lo colocó como Jefe de Estado Mayor de su División, por la enfermedad del Coronel Gilmore, que desempeñaba el empleo. Tanto Urdaneta como Montilla temieron la improbación del nombramiento, y por esto y no por otra cosa, fue por lo que vino Montilla a Angostura a encontrarse con el Libertador, que regresaba de Nueva Granada con el propósito inmortal de fundar a Colombia.

Mariano siguió serio como un religioso de San Bruno; Tomás riendo como las carátulas antiguas, zumbón y embromando a cuantos podía.

¡Qué vivacidad aquella!

En las calles o plazas, a dos muchachos que fueran juntos les daba cabeza con cabeza; les hería el amor propio, hacía que se insultaran, y se deleitaba viendo cómo se daban de puños. En los mercados, provocaba la cólera de las mujeres del pueblo para oírse insultar. A un vendedor de pollos le mató cuantos llevaba en una jaula, alegando que estaban tísicos: al pagarlos armó reyerta por el cambio, que ascendía a real y medio. Detuvo a un campesino que iba caballero en un asno, y a este le cortó una oreja. Hubo demanda, barra, alegatos, mucho ruido, es decir, todo cuanto Montilla deseaba. Condenado el campesino a una pena correccional (la ley de Mompo), lo acompañó en la cárcel de detenidos durante las cuarenta y ocho horas del arresto. Se hizo servir de fonda; trajo convidados, música, cohetes, y comieron y fumaron mano a mano, como si hubieran sido antiguos camaradas. De su casa al cuartel, en Cartagena, pasaba por delante de una tienda de quincalla en la que despachaba una joven de Birmingham. La saludó primero con profundas reverencias; luego le hizo guiños; después letras de mano; por último, le envió besos con el extremo de sus dedos. Vino a reconvenirlo el padre de la joven, y a la primera palabra no más prorrumpió Montilla en gritos desaforados:

—¡Señor! Lo que siento no es amor; ¡es locura, delirio, frene-sí!... Tome usted mi corazón (y accionaba y gesticulaba en son de arrancárselo del pecho); píselo usted.... ¡píselo usted!... ¡Ah!, ¡juste-des los británicos son incapaces de sentir como nosotros!... Fríos... ¡fríos británicos!...

Y en ese tono y con fingido arrebató siguió hablando con una verbosidad imponderable.

El serio inglés, aturdido con aquella granizada de palabras y muecas, tomó su sombrero y se marchó sin despedirse.

En Jamaica tuvo amores y arregló casamiento con una negra *medias azules*, o *culta latiniparla*, como diría Quevedo. Para salir del apuro, celoso se manifestó del gobernador de la isla, quien, sabedor del caso, y tomando la cosa en serio, vino a satisfacerlo. Tras de la explicación, Montilla fue acometido de un acceso de mortal melancolía.

—¡Ah! ¡Señor gobernador —le dijo—, usted me ha hecho desgraciado!... ¡Usted me roba mi talismán de ébano!...

En un hotel de Curazao hallóse con varios profesores de idiomas. Al almuerzo y a la comida, en mesa redonda, se preciaba de desmañado. Una vez lo estuvo tanto que caballeros y señoras se pasaron la palabra en inglés: Montilla con mucha delicadeza supo inmiscuirse en la conversación. Hablaron en francés, en italiano, en alemán; y en estos idiomas el joven caraqueño les salía al encuentro, como para prevenir una frase inconveniente. Aturdido un anciano entre aquellos políglotos, hizo un juramento en latín: Montilla tomó pie entonces para recitar de una tirada el canto III de las *Geórgicas* de Virgilio¹³¹.

Con su inquietud natural manoseaba los objetos que hallaba a mano: un cortaplumas, un lapicero, un dedal de oro. Luego, como distraído, se los ponía en el bolsillo y se marchaba, para gozar en suponer el afán ajeno, mientras llegaba la hora de la devolución.

En Río de Oro, pueblo que pertenece a lo que hoy se llama estado del Magdalena, y en donde las campanas, más que en ninguna otra parte, llaman a las iglesias, sustituyó aquellas con un plan de señales: banderas *amarilla*, *azul* y *verde*, equivalían a 1.º, 2.º y 3.º toques a misa; *negra*, casamiento; *morada*, bautizo; *roja*, misa de difuntos; *blanca*, inhumación.

Era poeta, pintor y músico.

En una retreta al Libertador en la ciudad de Mompox, tomó la batuta de manos del director de la orquesta, y con gran maestría la dirigió en un rondó sobre motivos de *Coriolano*, de Beethoven.

131. N. del A.: «Sabía varios idiomas: era ilustrado como pocos en ese tiempo». Scarpetta y Vergara.

Después todo lo echó a perder con el *serpentón* en un *solo* obligado del aria de *Fidelio*.

Hizo para sus amigos, con los lugares comunes de la época, un lenguaje convencional:

Al monstruo de la tiranía opuso el monstruo de la amistad; al León de Iberia, el Cordero del sentimiento; a la férrea coyunda, la cadena simpática, etc.

Tuvo pactos con el diablo, quien le prometió una brillante recepción en los infiernos: alféreces de la fiesta, san Agustín y san Antonio. Tenía citadas ya para las contradanzas a santa Teresa de Jesús y a la arrebatadora Magdalena, es decir, a la flor y nata del pecado.

Por último, como poseía la facultad del coronel Townshend¹³², ¡dispuso sus funerales y tomó durante seis horas todas las apariencias de un muerto!...

Es de suponer, por supuesto, que no dejó de llevarse chascos, ya con un muchacho despierto, con una mujer altiva o con un hombre malgeniado; pero Montilla no se enmendaba: tras de una caída, otra broma, otro chiste, otra originalidad. Aquello no estaba en él; lo hacía sin voluntad, a pesar de sí mismo y como si cediera a esa fuerza interior irresistible que Sócrates llamaba su demonio: era una pila voltaica, una bola de mercurio, ¡qué sé yo!... Y es de rigor apuntar aquí que nunca se le pudo reprochar una vulgaridad en su modo, ni en sus palabras. Suave, dulce, delicado, por eso mismo, tras del percanche, todos lo perdonaban.

Por fin la risa se heló en sus labios:

¡Hélo ya serio!

¿Qué ha podido producir cambio tan repentino?

132. El doctor George Cheyne, en su obra *The English Malady* (1734), refiere el caso del coronel Townshend, quien decía que podía morir y volver a la vida a voluntad. Para sorpresa de los testigos, entre ellos el doctor Cheyne, al cabo de un tiempo, el pulso y respiración del coronel cesaron; pero tras varias horas, recuperó el sentido.

¿Alguna idea?, ¿algún sentimiento?

Vamos al caso.

Como dejamos apuntado, Montilla recibió de Bolívar la peligrosa comisión de venir a Bogotá a instruir al Gobierno de la Unión acerca de los sucesos de Cartagena, y a demandar recursos para continuar la campaña sobre Santa Marta, los cuales no le fueron suministrados porque el general Morillo había arribado a las costas de Cundinamarca con el ejército expedicionario, y estaban ya en su poder los puertos de mar y todo el Bajo Magdalena.

Montilla resolvió entonces ir en busca de Páez.

Apenas hubo llegado a Cúcuta, recibió la siguiente esquela:

«Querido Tomás:

«Aunque Alberto no está aquí, debiste venir, como siempre, a esta tu casa. Estoy deseosísima de verte: te espero a tomar el refresco.

«Tu prima,

«*Elisa Navarro de Orense*».

«Vaya, nueva aventura», se dijo para sí Montilla, luego que se aseguró de las señas de la casa, y de haber despedido al criado portador de la misiva. «El pueblo me recibe bien».

Y al caer de la noche vistió su capote y se dirigió a casa de la señora Elisa.

Entrar, ver una mujer joven y hermosa, correr hacia ella y besarla y abrazarla con arrebato, sin pararse en aleluyas, todo fue uno.

Elisa, aterrada, no pudo lanzar ni un grito.

—Señora —exclamó Montilla fingiendo apenado acento—: bien veo que ambos nos hemos equivocado.

Las llamaradas de rubicundez que subieron al rostro de la encantadora Elisa contrajeron sus párpados; y sus ojos, al través de sus mal contenidas lágrimas, brillaron con una luz particular.

Montilla no halló una salida conveniente.

—Señora... —balbuceó.

La esposa ofendida permaneció silenciosa.

—Me retiraré, señora. Perdóneme usted.

Las mujeres, por más seguras que estén de su virtud, y aun cuando no hayan hecho nada que puedan reprocharse a sí mismas, vacilan y tiemblan en cualquiera situación en que se creen comprometidas. Una acción innoble, un proceder irregular, un descuido que revele sus encantos, hasta con una mirada atrevida se creen subyugadas, y por una especie de horror o de miedo no nos alejan, más bien nos atraen, como quien pide misericordia o demanda discreción.

—No hay por qué, caballero; tome usted asiento —contestó Elisa, un tanto repuesta de su turbación.

Montilla miró en derredor suyo, como si buscara una puerta por donde escapar.

Por la primera vez en su vida se hallaba contrariado y torpe. Ni una palabra le venía a los labios. Verdad también que nunca había llevado tan adelante sus bromas. Y él se decía para sí que lo que había hecho no estaba bien, y que no era chistosa la situación en que se hallaba.

—¿Viene usted de Venezuela, caballero?

Había algo de orgullo herido y de voluntad quebrantada en el acento de Elisa.

—No, mi señora, vengo de Santafé. Soy patriota o revolucionario, lo que para el caso es lo mismo. ¡Ah! ¡Cuánto diera yo porque me denunciaran!...

—Caballero, lo primero fue una falta; lo segundo es un insulto. Serénese usted.

Montilla cayó en la cuenta de la vulgaridad que había cometido, y se mordió los labios hasta hacérselos sangre.

«Está visto», pensó con tristeza; «¡no hay camino para mí!...».

—La señora está servida —dijo un criado abriendo de par en par las puertas de la sala.

—Vamos al comedor, caballero.

—Muchas gracias, mi señora. Usted se prometía tomar el refresco en familia, y yo no tengo el honor de ser el primo que esperaba usted.

—No importa —le repuso Elisa—. Todo hombre de bien puede ponerse a la mesa de mi marido.

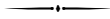
Montilla sintió un golpe en el corazón, y estuvo a punto de arrojarse contra las paredes para romperse la cabeza.

¡Estaba humillado!

Pero como los hombres de genio levantan el espíritu en los trances difíciles, el hidalgo caraqueño se repuso pronto y le dijo:

—Mi señora, acepto; pero es preciso que usted me conozca ante todo: yo soy el coronel Tomás Montilla, secretario del Libertador Simón Bolívar.

—Ofrézcame usted su brazo, señor coronel.



Lo demás era ya fácil.

Montilla halló medios para atenuar su falta.

Estuvo fino, delicado, y como al volver a la sala, Elisa recordara con ternura a su marido, corrió al piano y cantó sobre los tormentos de la ausencia como Amina en *Las mil y una noches*.

Veló, pues, su pecado con atenciones y cumplidos; y en derredor de aquella mujer hermosa, sostenida por una inquebrantable virtud, esparció vapores suaves y blandos que la hicieron olvidar el desacato de que había sido objeto.

Ya para despedirse, le dijo:

—Señora... usted...

—Caballero —le interrumpió Elisa—, ni una palabra más: todo lo he olvidado.

A pesar de esto, Montilla no salió satisfecho.

«He hecho mal» se decía. «Bien es verdad que no estaba prevenido para este lance, inusitado en mi vida. ¡Ah!... ¡Condenados godos, que hasta de nuestras mujeres hermosas y de talento se han apoderado!...».

Ya en su casa, estuvo pensativo y triste.

Algo debió de pasar en su alma al recuerdo de su mala aventura.

—A no dudarlo —exclamó—, Elisa vale más que yo. ¡Oh!, si como sufro en este momento habrán sufrido las personas que han sido objeto de mis bromas... El éxito de ellas me venía haciendo atrevido... ¡Vamos, es preciso acabar: seré serio!

Y tras de un golpe en el suelo con el pie, se metió en la cama.
Desde el siguiente día, Montilla fue otro hombre.

A pesar de todo, el recuerdo de Elisa lo martirizaba:

—Ha sido superior a mí —repetía.

Por mucho tiempo fue Elisa un punto negro delante de sus ojos, un zumbido en sus oídos, un estorbo en su camino.

Buscaba medios para levantarse a la altura de aquella hermosa señora, de quien no había vuelto a saber y a la que siempre se representaba con el perdón en los labios.

Aspiraba a un hecho heroico, a una acción nobilísima, a algo, en fin, que tuviera resonancia, para que Elisa lo comprendiera mejor y lo rehabilitara por completo en su memoria. Y es bueno que se sepa de una vez que Montilla no sentía amor por aquella beldad y que ni siquiera la había deseado. ¡Es que los hombres de educación y de talento se mortifican con la idea de que los rebajen de la posición moral que se merecen!...

Una circunstancia vino a libertarlo del purgatorio en que vivía y a abrirle de par en par las puertas de los cielos.

Estamos en la sabana de Cautaro a 12 de junio de 1819.

Don Eugenio Arana con sus 1.300 hombres provoca la batalla.

Mariño la acepta.

Montilla carga con la caballería, y tras rudos encuentros, el enemigo, que no puede resistirnos, empieza la retirada.

Se hacen prisioneros.

La noche toca llamada en nuestro campamento.

Al otro día, Mariño ordena que se les fusile.

Un joven, oficial superior, a quien le fue permitido escribir una carta de familia, llamó al jefe de Estado Mayor General del Ejército para entregársela abierta, como le estaba prevenido.

—Señor general —le dijo—, ruego a usted en nombre de Dios que haga llegar esta carta a su destino.

Montilla leyó el sobrescrito:

«Señora Doña Elisa Navarro de Orense. Cúcuta».

¡Lo que pasó en el alma del héroe es indescriptible!

¡Púsose lívido y frío!...

¡La carta temblaba en su mano como la hoja del árbol que el viento agita!

La falta perdonada, la necesidad de una rehabilitación tanto tiempo perseguida, la nobleza ingénita, el grito y las lágrimas de Elisa al caer en los brazos de su marido, los fúnebres crespones trocados en blancas galas, la luz pura del hogar, los suspiros legítimos en el lecho bendito de Dios, es decir, el pasado, el presente, lo futuro, todo lo abarcó Montilla en un solo pensamiento.

¡El también levantó la mirada al cielo para darle gracias, porque en vez de un triunfo le había concedido dos!...

El pasaporte firmado por Mariño y refrendado por el jefe de Estado Mayor general del Ejército estaba concebido en estos sencillos términos:

«El teniente coronel del ejército español don Alberto Orense regresa libre a su hogar».

La quebrada de Padilla

A Fernando Conde

Ya sabrás que el Gobierno me hizo variar el derrotero.

Destinado como estaba a los estados de la Costa, me preparaba para el viaje, cuando he aquí que recibo orden de ponerme en marcha para este cuartel general¹³³, a hacerme cargo del mando de la 2.^a División del Ejército. No hubo remedio, pues, y marché: ya sabes aquello de que «quien manda, manda, y cartucheras al cañón»¹³⁴.

Por el telégrafo se comunicó a Honda la noticia de mi viaje para que aprontaran bagajes, y esta nueva llegó a los oídos, como se dice comúnmente, del doctor Gabriel Zúñiga, joven simpático, de valor y de talento, a quien yo distingo desde niño, por relaciones de familia y porque fue mi discípulo en la Universidad del Magdalena. Entiendo que él también siente afecto por mí, y se lo agradezco, con especialidad en el tiempo presente, en que todos me han abandonado.

A mi llegada a Honda, me hallé con que Zúñiga estaba de viaje para Ambalema. No se me ocultó, por supuesto, esta forma delicada que él daba a su deseo de acompañarme. Partimos, y como antiguos compañeros hablamos de todo: de política, de literatura, de historia, etc.

Me confió su pensamiento de escribir la geografía del estado del Magdalena, en sus diversos ramos, y lo animé, ofreciéndole mi modesta

133. N. del A.: Manizales: estado de Antioquia.

134. **Quien manda, manda, y cartuchera al cañón:** «Frase con que se da a entender la precisión ineludible en que se está de tener que cumplir un mandato arbitrario, cuando no brutal, por no poder hacer frente, el inferior, al superior que tan imprudentemente se conduce». José María Sabri, *Diccionario de refranes, adagios, proverbios, modismos, locuciones y frases proverbiales de la lengua española* (1922).

biblioteca, en la cual puede consultar todo cuanto se relaciona con el descubrimiento, conquista y colonización de Tierra Firme en las costas del antiguo virreinato.

Departiendo así, llegamos a la quebrada de Padilla. Me propuso que nos bañáramos y acepté.

Mientras reposábamos, le dije:

—Aquí se bañó el Libertador por última vez en aguas corrientes.

—Sí —me contestó—: vive en Honda, anciano ya, uno de los sujetos que le acompañaban en ese viaje. De sus labios he oído, deleitado, la narración de él.

—¿Y no ha leído usted —le interrogué— lo que a este respecto trae el general Posada en sus *Memorias histórico-políticas*?». Pues a fe que pocas páginas he visto tan magistralmente escritas.

Mi *muchacho* (perdóname esta locución costeña) llegó entonces y le hice descargar mi maleta. Yo tengo la costumbre, como tú sabes, de llevar conmigo, en mis viajes, algunas lecturas favoritas. Ahora traía las *Memorias de un Abanderado* y la obra de Posada.

Bajo el sombrío que reina como sesenta metros arriba del paso común, hay un recodo que protege, a los que quieren bañarse en aquella quebrada, de las miradas indiscretas de las gentes que pasan. En ese sitio nos hallábamos en las prendas interiores, y Zúñiga me suplicó que leyera lo que yo tanto le había ponderado.

Abrí el libro y leí así:

El sol en el cenit derramaba torrentes de fuego quemando la tierra, cuando llegamos a la quebrada de Padilla, bello oasis de los llanos de Mariquita. El Libertador, en extremo fatigado y débil como estaba, quiso descansar allí, y echando pie a tierra, hubimos todos de hacer lo mismo con mucho gusto, acostándonos sobre nuestros pellones a la orilla del cristalino arroyuelo. La frescura del ameno sitio que la sombra de los árboles seculares producía: el murmullo apenas perceptible de las límpidas aguas que se deslizaban reflejando oscilantes sobre las hojas los rayos del sol que podían penetrar por el

espeso follaje; el roce de las ramas que un suave vientecillo blandamente balanceaba; el bramido sordo y lejano del río Gualí, que, estrellándose de una en otra roca sobre su lecho pedregoso, se precipita al Magdalena en rápida y espumosa corriente; el reposo de la naturaleza en aquella hora en que todo lo que vive, menos el esclavo, descansa en los campos de los climas ardientes; todo producía en nosotros un dulce sopor que excitaba a unos a la meditación, a otros al sueño.

El Libertador, levantándose apresurado, pidió a un criado una sábana de la maletera, y dijo que iba a bañarse; yo le hice algunas observaciones sobre el riesgo que había de hacerlo en aquella hora, después de una agitada marcha y acabando de llegar de un clima tan frío, respecto de Honda, como lo es el de Bogotá, y le dije:

—Recuerde V. E. que Alejandro Magno murió en la flor de su edad, por haberse bañado estando acalorado.

Mirándome con indefinible dulzura, me contestó:

—Cuando Alejandro se bañó acalentrado, estaba en el apogeo de su gloria: yo no corro ya ese peligro.

Zúñiga me interrumpió:

—¿Sabe usted, amigo mío, que aquí mismo, en donde yo estoy sentado, debió estarlo el Libertador?

—Puede que así sea —le contesté.

—Es evidente, yo no tengo duda, me repuso. Al señor Pérez, de Honda, le he oído decir que en este recodo se pusieron para favorecerse del sol, y que Bolívar se acomodó como pudo sobre esta piedra lisa, la más grande de todas. Vea usted que en efecto es la más grande.

Y así diciendo se puso de pie y se alejó algunos pasos.

—Cuando pienso —me dijo, después de un largo silencio— que Bolívar, ese hombre superior, en cuyo cerebro puso Dios un destello de su luz infinita, ha estado aquí, en donde yo estoy, y que la gratitud nacional no ha buscado las huellas de sus pasos para levantarle donde quiera monumentos a su memoria, casi me rebelo contra los hombres, y quisiera habitar otras regiones puras, serenas, para tributarle por mi parte, desde ellas, siquiera fuera el culto de mi adoración. La naturaleza en sus formas múltiples tiene mejor sentido que nosotros de lo grande: quizá será por eso por lo que nuestra existencia es tan precaria, al paso que la suya, relativamente, es casi imperecedera. Si no, repare usted. Estos árboles, en su lenguaje que nosotros no comprendemos, están diciéndonos que son ellos los que estaban aquí cuando el Libertador de un mundo vino a pedirles sombra para descansar de las ingratitudes humanas; ese viento que juega de rama en rama, perfumado, el que dio alivio a su pecho dolorido; la verde grama, la que refrescó sus plantas que había quemado el fuego que él mismo prendió sobre la tierra. Y luego, cuando se lanzó a la corriente, las sílfides y ondinas¹³⁵ transparentaron las aguas que, puras, corrieron de tributo en tributo hasta el océano, con la nueva de que se habían deslizado sobre un cuerpo de perfiles y correcciones lleno, que las doncellas de Lesbos hubieran adorado...

A mi vez, yo le interrumpí, porque con su lirismo había sacudido todo mi ser.

—¡Su entusiasmo de usted me conmueve!

Y cometí la vulgaridad de preguntarle:

—¿Nos bañamos, por fin?

—¿Aquí?... —me repuso—; ¡imposible!... ¡Sería una profanación!...

¡Nos vestimos, y tomamos el camino silenciosos!

135. **Sílfides**: genios femeninos del aire. **Ondinas**: ninfas de los lagos y ríos.

Horóscopo

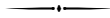
La carta que el general Santander dirigió al Libertador el 17 de octubre de 1819, y que original se conserva en la Biblioteca Pineda, principia así:

«Tengo el honor de avisar a Vuestra Excelencia que el 11 de los corrientes he hecho ejecutar públicamente a 38 oficiales del Ejército del Rey, que estaban prisioneros».

No fueron 38. Fueron 39.

Este número lo completó Juan Francisco Malpica.

Santander, en su carta a Bolívar, sin decir la verdad, no miente, puesto que Malpica no era de los oficiales del ejército del rey.



Malpica era un energúmeno realista; pero a causa de la invalidez de una pierna, nunca pudo salir a campaña. En cambio, se desquitaba vociferando contra la República y sus leales servidores.

No había corrillo en calle o mercado donde Malpica no fuera tribuno.

Se sabía de memoria los boletines que publicaban los españoles, con noticias adversas a nuestra causa; los partes de batallas las cartas que él recibía, y las que, dirigidas a otras personas, las oía leer.

Y esto era nada.

Pregonaba las ejecuciones que los jefes peninsulares decretaban, las presidía, y luego, deleitado, las relataba con todos sus bárbaros detalles.

Como es de suponerse, tal conducta le granjeó el odio de los habitantes de esta capital.

—
—

Cuando principiaron a desfilar por grupos los oficiales realistas destinados a la muerte, Malpica, que se paseaba en el atrio de la Catedral, gritó desaforadamente:

—No importa: no importa: ¡atrás viene quien las endereza!

En aquellas circunstancias tales palabras eran un reto.

Santander, que presenciaba las ejecuciones, lo oyó.

—Vaya usted —le dijo a uno de sus ayudantes—: tome cuatro soldados de la guardia de palacio, prenda a aquel hombre y entrégueselo al oficial de la escolta de capilla.

El ayudante no halló completa la orden, y esperó.

—Y que lo fusilen —agregó fríamente el vicepresidente de Colombia.

La orden fue cumplida.

—
—

«En su muerte hubo de raro (dice un ilustre historiador), que el día en que Morillo hizo fusilar a los republicanos, en la plaza, entre los cuales estaba la Pola¹³⁶, Malpica subió por la calle de la Moneda, diciendo a voz en cuello: «Se enojan los insurgentes porque hoy hemos fusilado 9; ¡pronto serán 39! ¡y sin que falte *uno solo!*!...».

¡Desgraciado!... ¡En esas palabras iba envuelto el trágico fin de su destino!...

136. Policarpa Salavarrieta (1796-1817), conocida como la Pola, fue una heroína de la causa independentista de Colombia. Se desempeñó como espía, mensajera y proveedora de los patriotas. Fue capturada por el ejército español y fusilada por Juan Sámano.

¡Siquiera supo morir!

El general Morillo, en sus *Memorias*, pone mucho empeño en justificarse de los cargos que se le hacen por los fusilamientos que ordenó en las costas de Cundinamarca, en el interior del virreinato, y después en Venezuela.

Respecto de los de Cartagena, se expresa así:

«Ni siquiera me hallaba en dicha ciudad el 24 de febrero de 1816».

El señor Restrepo, en su *Historia de la Revolución de la República de Colombia* (tomo 1.º), dice lo siguiente:

«Morillo dispuso, por medio del capitán general Montalvo, que sufrieran un juicio militar ante el Consejo de Guerra Permanente¹³⁷. Cuando ya estaba todo preparado para su condenación, quiso alucinar a los pueblos y persuadirles de que no tenía parte en ella, pues marchó hacia Mompo, emprendiendo su viaje al interior. El Tribunal los condenó a muerte como reos de alta traición: a Anguiano, que había sido militar español, a ser arcabuceado por la espalda, y los demás, ahorcados, confiscándoseles todos sus bienes».

Como es sabido, Morillo era un refinado hipócrita; y donde quiera que se hallaba con hombres débiles como Montalvo, o bárbaros y crueles como Morales, los hacía obrar por cuenta de ellos, pero en satisfacción a sus malas pasiones.

Linares, comentador de Morillo¹³⁸, anota los sucesos de Cartagena, por supuesto que a su modo. Hace mención de todos y cada uno

137. **N. del A.:** Los mártires del 24 de febrero de 1816: Castillo, Anguiano, Amador, Ribón, Stuart, Ayes, García de Toledo, Díaz Granados y Portocarrero.

138. **N. del A.:** Fue ayudante de campo en las campañas de Nueva Granada y Venezuela, y regresó con él a la Península. Aunque la lectura de su libro me irrita la bilis, reconozco que tiene razón en lo que dice respecto del infortunado general Anguiano.

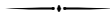
de los que perecieron en la plaza del Matadero, y cuando le toca en turno a Anguiano, agrega:

«Anguiano era español europeo. Había hecho sus estudios de ingeniero por cuenta de la Nación; sus grados los había recibido del rey, y volvió contra este los favores que le merecía».

Los historiadores están de acuerdo en que «Anguiano no quiso emigrar, confiado en la benignidad de sus compatriotas».

¿Era que iba en *albur de dos cabezas*, como suele decirse en el juego de naipes llamado *monte*?

Anguiano no brilló en España ni en América por un gran valor, pero sí por sus conocimientos en materia de ingeniería.



Durante el juicio y en las horas de capilla, no manifestó la entereza de Stuard, Ayes y Ribón; ni estuvo siquiera resignado como Amador, García Toledo y Díaz Granados. Manteníase dirigiendo cartas a los jefes peninsulares y dirigiéndoles empeños...

Sin embargo, cuando el verdugo llegó a prepararlo para el suplicio, y le dijo que tenía que vestir sus prendas de parada, para que se cumpliera la parte de la sentencia que lo condenaba a ser degradado antes de la muerte, Anguiano vino en cobro de toda su dignidad personal.

Ya en la infame tribuna que le tenían preparada, el verdugo principió así:

—Estas charreteras que un tiempo os concedió S. M. el Rey os las arranco por infame y traidor...

Anguiano le interrumpió:

—¡Miserable! ¡Dile a tu amo que a un hombre maniatado no se insulta, y que mi desprecio por él te lo boto a ti a la cara!...

¡Estas palabras fueron acompañadas de una saliva!...

—¡Viva la Independencia! —¡gritaron al pie de la tribuna los otros que iban a morir!...

¡Un redoble general sucedió a esta manifestación de patriotismo!...

¡Cuentan que Anguiano murió sin debilidad ni miedo!...

La viuda del teniente Tecla

- Vamos, no es broma lo que te digo.
—Repítelo, pues. Me gusta tanto oírtelo decir...
—¿Te burlas?
—No, por cierto.
—¿Entonces?...
—Repítelo.
—¿Y lo dudas?
—No tal, pero repítelo.
—¡Yo te amo!...
—No me consta. *¿Y qué más?*
—¿Cómo, *y qué más?*
—Por supuesto, *¿y qué más?*
—¿Te parece poco?
—No se trata de poco ni de mucho, sino de... *¿y qué más?*
—Tú acentúas mucho las interrogaciones...
—Sí, por lo que tienen de *apremiantes*, es decir, de *constreñidoras*.
—Juego retórico.
—No, simple cuestión gramatical. A una interrogación es forzoso contestar.
—¿Y tú crees en la gramática?
—Por supuesto, ¿cómo no he de creer en ella?
—Y bien, en fin de fines, ¿qué es gramática?
—La *ciencia* que trata de la teología metafísica más absolutamente abstracta.
—La definición es completa; mas veo que tal como tú defines la gramática, tampoco nos podemos entender.
—¿Entonces?...
—Apelemos a las ciencias exactas.

- Bien, apelemos a las ciencias exactas.
—Propón un problema.
—¿De álgebra?
—No, de matemáticas simples, Aritmética pura.
—¿Una regla de tres?
—Una regla de tres.
—¿Simple o compuesta?
—Simple.
—Vamos, que eres muy dado a lo simple.
—Es que le tengo miedo a lo compuesto.
—Pues bien, sea: *Primer término*, yo te amo; *Segundo*, no me consta; *Tercero*, ¿Y QUÉ MÁS?
—Se multiplica el *segundo* por el *tercero* y se parte por el *primero*, ¿no es así?
—Exacto.
—Haz la operación.
—Ya está hecha.
—¿De memoria?
—Sí, de memoria: mi memoria es un tablero.
—Dame el resultado.
—MATRIMONIO.
—¿Y no hay quebrados en esa cantidad?
—¡Cómo no! Los días más a los años de felicidad con que te brindo.
Y la que con tal llaneza se expresaba, tomó la guitarra y cantó a toda voz la siguiente cancioncilla:

Tengo un decente acomodo
Por mi difunto marido;
Te ofrezco el calor del nido...
¿Qué más quieres, Serafín?
Mas si tienes intenciones
Torferas, tuertas, torcidas,
Cuenta, te saldrán fallidas
Como el principio hasta el fin.

No hay para qué decirlo: desde el diálogo hasta la canción, todo fue rápido, en vapor, en ferrocarril, por telégrafo. Serafín era un buen chico, de esos que se burlan de todo, mientras no llegan a impresionarse; y Circuncisión, que lo conocía bastante, seguía la broma, sin ocultar que lo amaba, pero notificándole, eso sí, que no había transacción a plazo, sino de contado.

Ella obraba bien, se estimaba y tenía un nombre que respetar.

Con efecto, el teniente Tecla era benemérito de la Patria en grado eminente; se había hallado en las principales batallas de la Independencia: Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho; hizo la campaña del Alto Perú, y después de los sucesos de Olañeta, quedó de guarnición en La Paz, donde se enamoró perdidamente, con vehemencia de soldado, pudiéramos decir, de la señorita Circuncisión Melgarejo, joven de buena educación y de belleza arrebatadora. Tecla era feo, pero de esos feos que ya hoy no se encuentran, es decir, simpático, gracioso, manirroto, buen amigo, alma excelente. Circuncisión oyó sin enfado la declaración primera que le hizo, y halló natural el que un veterano de la Independencia se prendara de ella. ¿Cómo había de casarse con un realista? ¡Pues qué!, ¿su familia no había sido perseguida, aherrojada por su amor a la libertad?

Tecla fue derecho a su objeto.

—Señorita —le dijo en la segunda declaración—, es necesario que nos casemos...

—¡Señor oficial! —le interrumpió Circuncisión, encendido el rostro como una cereza.

—No se incomode usted, mi señorita. Hemos de casarnos, porque yo la amo mucho. Ya se acabó la guerra y quiero descansar de tantos años de fatiga al lado de una mujer hermosa y honrada.

Circuncisión levantó la cabeza con orgullo.

—Pero si yo no lo amo —repuso con una encantadora sonrisa—, ¿cómo he de casarme con usted?

—En primer lugar, usted tiene que casarse con alguno, porque las bonitas no nacen para vestir santos, y luego...

—Acabe usted.

—¡Usted me ama!

—¿Yo?

—Sí, señorita, usted me ama.

—No me lo figuraba tan creído —exclamó la joven un tanto picada.

—Vamos, sí, usted me ama; ¿por qué lo niega? No soy joven ni buen mozo, pero en cambio sé trabajar y me embellecen las condecoraciones que he merecido en servicio de la República.

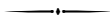
Circuncisión estaba desconcertada con aquel modo nuevo de hacer declaraciones. Sin embargo, serenóse un tanto, y con la mayor ingenuidad le repuso:

—No lo amo lo bastante para casarme con usted, y luego, yo no lo conozco; no sé sus antecedentes.

—Perfectamente, señorita, ha hablado usted como un libro.

Y después de una reverencia militar, se retiró contento, satisfecho, saboreando de antemano la felicidad que se prometía:

Al otro día, el coronel Cuervo y el general Córdoba se presentaron en la casa del padre de Circuncisión, pidiéndola en matrimonio. Llevaban una carta del Gran Mariscal de Ayacucho en abono de la conducta del teniente Tecla.



Y sucedió que después de esto se casaron, y que vivían felices, cuando de repente la división Córdoba recibió orden de marchar para Guayaquil. Tecla pertenecía al batallón Voltígeros de la expresada división.

Circuncisión no se afanó con la nueva. «Puesto que me he casado con un soldado (se dijo), debo seguirlo». Y dióse a componer las maletas, sin desanimarse con el llanto de sus padres, pues está escrito en el Libro de la Sabiduría:

«Abandonarás padre y madre por seguirlo».

En Guayaquil ordenaron la disolución del batallón Voltígeros.

Tecla se halló libre.

Recibió el valor de sueldos atrasados, liquidaciones, auxilios de marcha, etc. Dejó a Circuncisión en una casa de familia y se marchó para Lima. Cobró lo que le debían de la época de la guerra, con más la recompensa a que tenía derecho según la *ley de honores y recompensas* decretada por el Congreso; y con las *mochilas repletas*, como él mismo decía, volvió al lado de su esposa. Con ella púsose a trabajar con ahínco, y con buena fortuna hicieron en poco tiempo un modesto capital.

Pero Dios había dispuesto las cosas de otro modo.

Tecla cayó enfermo... ¡Se le abrieron las heridas!... ¡La ciencia de los médicos, los cuidados de Circuncisión, más eficaces que aquella, todo fue inútil!... El 9 de diciembre de 1829, aniversario de la gloriosa batalla de Ayacucho, el teniente Policarpo Tecla exhaló el postrimer aliento.

Fueron sus últimas palabras:

—¡A la carga! ¡A la carga!...

¡Quién sabe si, ya para morir, recordó la voz de mando que decidió el éxito de la batalla más trascendental que se libró en la época de la Independencia!...

Circuncisión con aquel golpe se creyó morir.

Pensó en volver al lado de su familia; pero como los negocios de su marido eran complicados y necesitaba tiempo para liquidarlos, consagróse a ellos con actividad y rara inteligencia. ¡Quién sabe si la pobre viuda, en una ocupación honrada, buscaba lenitivo a sus penas!...

¡Pero el tiempo corre, los negocios cansan y espanta la soledad!...

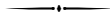
Circuncisión pensó en que tenía que envejecer, en que era rica y que, por lo tanto, no debía maltratarse con el trabajo; en fin, en que el vacío la rodeaba...

Estas reflexiones implicaban el primer olvido a Tecla. Después hizo el luto menos riguroso, puso mayor esmero en su tocado, salió a la calle y recibió visitas; esto implicaba el segundo olvido. El tercero y último consistía en oír una declaración de amor, y ya hemos visto cómo Serafín la festejaba y cómo ella se manifestaba apasionada, decidida, bien que hiciera burla de sus propios sentimientos.

Serafín quería, pero bromeaba, y el tiempo anda camino. ¡La viuda urgía, aguijoneada por los recuerdos y por la composición de nuevos pensamientos!...

Esa situación de risas y cantos y bromas es insostenible: dejémosla para los tontos.

Circuncisión, que rebosaba, tomó partido.



Los periódicos de Guayaquil anunciaron una mañana que habían llegado a la ciudad catorce náufragos franceses.

La historia de esos infelices carecía de interés.

En viaje del Callao para Guayaquil, se fue a pique el barco en que venían, a causa de una colisión con un buque de guerra inglés. Salvóse la tripulación, y como estuvieran cerca de tierra y el tiempo fuese bueno, el capitán inglés, por no apartarse de su derrotero, les dio una lancha capaz y provisiones para tres días. Antes de dos llegaron sin contratiempo alguno a Guayaquil.

Pero sucede que cierto género de desgracia excita en mayor grado la conmiseración pública en todas partes: los náufragos, por ejemplo.

Las autoridades, el comercio, la Sociedad de Beneficencia, todos a una se disputaban el deber cristiano de socorrer a aquellos infelices. Se resolvió distribuirlos en casas particulares, y Circuncisión pidió el capitán del buque, arrogante mozo del Mediodía, familiarizado con nuestra lengua y nuestras costumbres.

Serafín bramó como el toro salvaje a quien muerde una serpiente; porque los celos no son otra cosa que el amor propio herido.

El proceder de Circuncisión le pareció irregular, absurdo, depresivo de su dignidad. ¡Aquello podía acabar en mancebía!... Y él la amaba tanto... ¡Oh!, ¡qué vergüenza!, ¡cuánta humillación!...

Serafín resolvió tener una entrevista con Circuncisión: necesitaba que le explicara su conducta, hacerle reflexiones. ¿Cómo era que una mujer sin familia podía admitir en su casa, de puertas adentro, a un hombre sin comprometerse? «La insultaré por último con mis burlas y sarcasmos», se decía.

Bajo estas impresiones llegó a casa de la viuda, a quien halló departiendo con el joven capitán.



No se puede describir lo que pasó en el alma de Serafín ante aquella escena. Circuncisión, de una mirada, visto el desorden en que llegaba su amante, sí lo comprendió todo. Las mujeres tienen sobre nosotros ese gran privilegio.

¡Con efecto, venía pálido, desgredado, encendida la mirada, deshecho el nudo de la corbata, conmovido y trémulo!...

Después de la presentación ordinaria, Circuncisión, con amable modo:

—Siéntate, Serafín —le dijo.

Serafín por poco no da con la silla que tenía detrás.

—¿Este caballero es de la familia, mi señora? —interrogó el francés como para dar principio a una conversación general.

—No, señor —repuso Circuncisión—, es mi prometido.

Y fingió no poder contener la risa.

«Se burla de mí», pensó Serafín.

«Lo ama», pensó el francés.

Circuncisión, que todo lo había dispuesto con arte y con talento, estaba que no podía disimular su satisfacción.

El capitán, que era discreto como buen marino, pidió permiso para retirarse. Serafín apenas pudo disimular su enojo cuando lo vio atravesar la sala para dirigirse a las piezas interiores, una de las cuales le habían destinado.

Ya solos, Serafín, sin preámbulos, cambió el *tú* en *usted*, y abordó la cuestión.

—Señora —le dijo—, la sociedad está alarmada con el procedimiento de usted.

—¿Con el procedimiento mío? —interrogó Circuncisión, como si no hubiera comprendido la amargura que envolvían aquellas palabras.

—Sí, señora, con el procedimiento de usted —acentuó el joven con energía.

—No lo comprendo a usted, Serafín —contestó la viuda empleando el mismo tratamiento.

—Es que usted no quiere comprender, mi señora. Pues bien, seré más claro. La sociedad está alarmada porque usted vive con un hombre que no es su marido.

Circuncisión, por toda respuesta, soltó una estrepitosa carcajada.

—Hace usted bien en reír —contestó Serafín en el colmo de la exaltación—; pero no es así como se justifica una mujer honrada.

La viuda se irguió con toda la majestad de la inocencia ofendida:

—Caballero —repuso—, yo no tengo a quien dar cuenta de mis acciones. El teniente Tecla murió hace ya tres años.

—¿Y la sociedad? ¿Y Dios?

—Uno y otra están satisfechos de mi virtud.

—Pero eso no basta.

—¿Ignora Ud., caballero, que yo soy directora de la Sociedad de Beneficencia, y que he debido dar ejemplo haciéndome cargo de uno de esos desgraciados?

—Sí, pero elige usted al capitán, que es joven y culto.

—¿Quería usted que eligiera al cocinero? Por lo mismo que soy una mujer sola, he debido elegir aquel de esos hombres que mejor sepa respetarme.

Serafín quedó desconcertado con esta respuesta.

Guardó silencio.

La viuda creyó llegado el momento del ataque.

Asestó sus baterías.

—Vamos, Serafín —le dijo, envolviéndolo en una voluptuosísima mirada—. Usted está celoso.

—¿Yo?... —exclamó el joven con cierta indiferencia...

—Sí, Serafín, usted está celoso.

—¿Y en qué lo conoce?

—En sus palabras, en el desorden de su vestido, en todo, Serafín.

Este se miró al espejo que tenía enfrente y se sintió turbado. ¡Oh!, si todos los celosos tuvieran un espejo delante en los momentos en que la pasión los ciega, de seguro que se hallarían con la cara de un tonto.

—No, no estoy celoso —dijo con tristeza—; pero me atormenta la idea de que ese hombre va a dormir en su casa de usted.

—Esos son celos.

—No, es una delicadeza por usted.

—Serafín, has entrado por último en la vía racional. Créeme, yo también tengo escrúpulos.

El joven miró fijamente a la viuda y le pareció enternecida.

—Hablemos en serio, Circuncisión —dijo el amante volviendo al delicioso tuteo.

—Bueno, hablemos en serio.

—¿No te burlas?

—No me burlo.

—Yo te amo, Circuncisión.

—Vamos, no es burla, pero volvamos a las andadas. Yo sé que me amas, así como tú sabes que yo te amo.

—Por Dios, no me repita el «¿y qué más?».

—Bien, pero toma un partido, decídete.

—¡Aconsejame, Circuncisión!

—Aconsejo que te cases.

—¿Y cuándo?

—Hoy, mañana, pasado, cuando quieras.

—Pero ese hombre aquí en tu casa...

—Sé tú el amo de ella, y dispón luego lo que gustes.

—¿De veras?

—Por supuesto.

—¿Entonces?

—Que venga el cura.

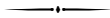
—¿Pero ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Sí, porque ese hombre... —exclamó con la entereza de un presunto amo de casa.

—Sirve para llamar al sacerdote, joven caballero —interrumpió el capitán presentándose inopinadamente en escena—. Iba para la calle —continuó— y me detuve por la conversación de ustedes; de modo que por ser discreto he sido indiscreto. Les pido mil perdones.

Y sin dar tiempo a que Serafín y Circuncisión volvieran de su sorpresa, atravesó rápido la sala, en la calle preguntó a cualquiera, y se dirigió a casa del señor cura.



En Guayaquil, por más que sea una ciudad del Ecuador, las cosas de la Iglesia se hilan más liberalmente que entre nosotros. Al cura párroco le basta saber que los cónyuges profesan la religión católica y que no tienen impedimento canónico. Allí no hay confesión previa, velación, masonismo, abjuración, mandas, etc. El que quiere se somete a esas investigaciones; el que no, prescinde de ellas.

Después de la ceremonia, a la cual asistió el capitán francés, este dio gracias a Circuncisión por la hospitalidad que le había dado y fue a despedirse de Serafín.

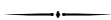
Serafín se turbó.

—A usted debo en mucho —dijo, después de una pausa— la felicidad de hallarme desposado con la mujer que amo. Acepte en cambio nuestra hospitalidad.

El náufrago, como ya lo hemos dicho, era un joven de educación y de espíritu alto, sensible, por lo tanto, a las demostraciones generosas. Sin embargo, vaciló.

—El asunto ha cambiado de faz —prosiguió Serafín tomando del brazo a su huésped y llamando a un criado para que les sirviera sendas copas de Jerez de la Frontera—. La cuestión ha cambiado de faz: mis celos, ahora, caso de tenerlos, podría justificarlos si usted nos abandona.

—Señor capitán —interrumpió Circuncisión—, usted está sometido a la tiranía de mi marido —y acompañó esta delicada ironía con una sonrisa angelical.



El resto del día y el principio de la noche fueron de risas, bromas ligeras, dulces memorias.

Después, los vecinos y uno que otro convidado principiaron a desfilar.

El capitán se retiró a su pieza.

Los esposos también se retiraron a la suya...

En el primer buque que zarpó de Guayaquil para Panamá, tomó pasaje el capitán francés. Serafín le sirvió noblemente hasta el instante de embarcarse.

Serafín es un esposo modelo, y su esposa, no se diga. Ella tiene seguridad, por fin, de que, en término ordinario, tendrá entre sus brazos un pedazo de su corazón.

¿La felicidad de que al presente goza la habrá hecho olvidar de su primer marido?

Cuestión es esta que no podemos resolver.

Sin embargo, si Circuncisión ha olvidado, no así el mundo que la conoce, puesto que ha seguido diciéndole:

—*¡La viuda del teniente Tecla!*

Por diez pesos de ocho décimos

Ocupábame de escribir la leyenda de Petión que una señora amiga mía me ha pedido con instancia, cuando golpearon fuertemente a la puerta de mi cuarto. Yo le tengo prevenido a mi criado que, siempre que me vea ocupado en trabajos serios, no le abra a nadie; y él sabe cuándo es que me ocupo en trabajos serios, porque distingue bien entre las cuartillas destinadas a la imprenta y los plieguitos de papel perfumado, con filetes, y que traen pintado un corazón partido o una paloma volando. Sabido es que yo no escribo otra cosa que leyendas y cartas de amores.

El criado abrió la puerta inconsideradamente.

—¡Bruto! —le dije.

Y antes de que pudiera desfogar mi rabia se presentó un hombre para mí desconocido.

Era que el criado había pasado la noche en tuna¹³⁹, y estaba en ese estado de somnolencia que entorpece los sentidos.

—Señor —me dijo el recién llegado—, ¿es usted quien escribe cosas de la patria?

Yo me quedé mirándolo, porque no comprendía que aquel hombre, tan mal aparejado, tuviera siquiera nociones de la patria.

Con efecto, vestía camisa de cáñamo y pantalón de lienzo, calzaba alpargatas, y la ruana y el sombrero se resentían de los estragos del tiempo.

—Sí, señor —le contesté, brindándole asiento—: de vez en cuando escribo alguna cosa relacionada con la patria.

139. **Andar de tuna:** «Andar de fiesta, de trasnocho» (Real Academia Española, *Diccionario de Americanismos*).

—Pues bien —prosiguió el desconocido acercando su asiento al mío—; yo quiero que usted me escriba una de esas cosas.

Y así diciendo, metió la mano al bolsillo, y sacó *diez pesos de ocho décimos*, y los puso sobre la mesa.

—Créame, no tengo más —agregó—; y aunque me han dicho que usted es interesado¹⁴⁰, hágame el escrito por diez pesos, se lo suplico.

Miré fijamente al hombre para incomodarme si maliciaba que se burlaba de mí; pero me hallé con su mirada limpia y serena, la que contrastaba con los rasgos de su distinguida fisonomía.

—Perdone usted —le dije—, pero yo no escribo por plata: mis *Leyendas* son el resultado de hechos cumplidos que relata la historia, de mis impresiones y de memorias que recojo aquí o allá.

—Sí, pero, de todos modos, usted me acepta los diez pesos. Es justo retribuir su trabajo.

Comprendí la idea que aquel hombre se había formado de mí, y me apresuré a decirle:

—Y luego, ¿sobre qué habría de escribir? ¿Cómo sé yo si puede agradar a usted una leyenda mía dictada sobre motivos para usted desconocidos?

—¿Desconocidos? —me repuso—; nada de eso. Yo me sé bien lo que tengo que decirle.

—Cómo —le interrogué—, ¿usted va a darme el tema para la leyenda?

—Sí, señor —se apresuró a contestar—; yo le cuento el caso y usted lo escribe.

—Vamos, así la cosa varía de especie.

Y se me abrieron las ganas, como suele decirse, y el mal humor desapareció por entero.

Una leyenda... iba a conocer una historia íntima, en la cual era probable que figurara el mismo que me la dictaba. Algún suceso trágico,

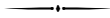
140. N. del A.: No hay de qué reírse.

de tantos como tuvieron lugar en la época de la Independencia: ¡una virtud ultrajada, alguna vida menos!...

Hice a un lado, por el momento, a nuestro amado Petión; tomé mi libro de apuntes y me dispuse a escribir.

—Puede usted principiar la relación cuando guste —le dije.

Nuestro hombre se arrellanó en una silla de brazos que puso frente a la mía, y así principió con sin igual desembarazo:



«Mi padre era español: llamábase D. Miquel Cepero. No era instruido, según he sabido después, pero sí trabajador y honrado, por lo cual lo estimaban mucho en Santa Rosa de Viterbo, lugar donde fijó su residencia.

El año dos de este siglo...»

—Pero, señor, ¿qué hace usted? —exclamó el hijo de Cepero, interrumpiendo su narración.

—Escribo cuanto usted va diciendo.

—¿Pero eso cómo? ¿Ahora se escribe en garabatos?

—Sí, señor —le repliqué—, también se escribe en garabatos. Esta escritura se llama taquigrafía, y la han inventado los hombres para llevar la palabra con la misma rapidez con que se pronuncia.

Cepero estaba como incrédulo, y hube de leer lo ya escrito para convencerlo.

Después continuó:

«El año 2 de este siglo mi padre se enamoró de mi madre. Cuentan que era esta de origen humilde, pero hermosa, que no le faltaba talento, que le habían dado alguna educación en la casa de su madrina la hermana del señor cura, y que guardaba mucho decoro en sus palabras y en sus modales, por eso, en el pueblo, la llamaban la señora.

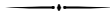
«Era mi padre lo que suele llamarse un buen partido: así fue que el matrimonio con mi madre se hizo con el beneplácito de todo el vecindario.

«Un año no más, y tuvieron una niña, a la que pusieron por nombre Irenia. Cinco años después nació yo, fruto de una promesa de mi

madre a la Virgen de Chiquinquirá, pues mi padre vivía triste a causa de que no tenía un varón.

«¿A quién dejaré mi nombre?», repetía a cada instante».

(Yo puse de mi cuenta entre paréntesis: ¡*Cosas de España!*).



«Vinieron luego los sucesos de julio de 1810 en Bogotá. Pronunciamientos, Congresos aquí y allá, desconocimiento de los presidentes, guerras, tratados, el terror, fusilamientos, qué sé yo cuántas calamidades más. Mi padre, aunque español, fue extraño a todo aquello, y vivía feliz, cada vez más enamorado de mi madre, contraído a sus negocios y al cuidado de sus hijos.

»Discurría el tiempo, cuando de repente circuló por toda la comarca la nueva de que Bolívar se acercaba con tropas de Venezuela...

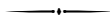
»Santander vence en Paya, y luego tiene lugar la ocupación de Socha sobre el fértil y hermoso valle de Sogamoso, donde el coronel Barreiro tenía su cuartel general.

»Mi padre creyó que en aquellas circunstancias era prudente retirarse al campo, y como tenía en arrendamiento la mayor parte de la hacienda de Bonza, tiró para allá con la familia y se situó en los *Molinos*.

»Bien pronto conoció su error, pero ya era imposible repararlo: toda la provincia estaba invadida por los dos ejércitos, y los campos no brindaban la seguridad apetecida.

»Vino Gámeza y después el Pantano. Tras estos reñidos combates, Bolívar se situó en *Corrales*, y Barreiro en los *Molinos*».

Cepero hizo una pausa, suspiró con fuerza, y con una punta de la ruana se limpió el sudor que le corría de la frente...



«Mi hermana Irenia estaba para cumplir diecisiete años. Bella, dulce, inocente. La gallardía castellana de mi padre, toda la virtud de mi madre, hallábanse mezcladas en ella, como si la naturaleza hubiera querido formar una mujer modelo, casi sin igual.

»Entre los ayudantes que vinieron con el coronel Calzada al campamento, cuando Sámano quiso deponer a Barreiro, se contaba el joven Superlado Carriaza, el cual no quiso regresar a Santafé, en espera del resultado de la batalla decisiva. Había reparado en Irenia y prendóse de ella. Mi hermana lo trataba con cariño, porque nadie podía maliciar que aquel mancebo tuviera un alma depravada.

»La noche del movimiento retrógrado del ejército libertador para ocupar a Tunja, y con el cual Bolívar tomó las ventajas que decidieron de aquella campaña inmortal, Superlado se presentó en nuestra morada, al parecer triste y abatido.

»—Irenia —le dijo—, los ejércitos se mueven; al amanecer yo estaré lejos, y quién sabe la suerte que me espera. Sellemos nuestra amistad con un vaso de este vino generoso del gasto del general en jefe, y brindemos porque algún día podamos estar tranquilos al lado de los estimables padres de usted.

»Mi hermana, enternecida y sin comprender aquellas palabras que envolvían una declaración amorosa, apuró la copa fatal.

»Estaban solos, porque mi padre había salido a recoger unas bestias para cargar la artillería, y mi madre se ocupaba con las criadas en preparar el rancho de camino que le había encargado el general Barreiro.

»Nuestra casa estaba sita en la mitad del campamento, y mis padres, por respeto, por temor, por gratitud, pues en el ejército realista todos a una se habían compadecido de nuestra situación, prestaban los servicios que les demandaban y los que buenamente podían.

»Irenia se había dormido, al parecer de un modo natural.

»Barreiro se movió en silencio. Cuando a la mañana siguiente despertó mi hermana, hallóse...».

—No pronuncie usted la palabra —le interrumpí temblando de indignación.

—Pero, cómo —me repuso—, lo que sucedió...

—Lo explicamos así —le contesté.

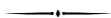
Y llené un renglón de puntos suspensivos.

.....

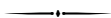
Cepero estaba pálido como un cadáver. Cerró los ojos y exclamó, por lo bajo:

—Bueno, así me evito una dolorosa confesión.

Luego prosiguió:



«Bolívar triunfa en Boyacá, entra en Santafé, organiza el gobierno civil y marcha para Venezuela, a la tercera y última invasión».

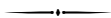


«Me han dicho que se admira el señor Restrepo, en su *Historia de Colombia*, de que sólo un soldado de Barreiro se hubiera pasado al enemigo durante la campaña que terminó en Boyacá, compuesto el ejército realista, como estaba, de americanos en su mayor parte; y lo atribuye a la dura disciplina que hacía observar el jefe peninsular. Yo no sé por qué el ilustre historiador se olvida de añadir que el desertor ni siquiera era criollo, sino español, puesto que su nombre, Superlado Carriaza, es de todos conocido.

»Carriaza había notado el desaliento en las fuerzas realistas luego que Bolívar se interpuso entre la capital y la 3.^a División; había comprendido el genio superior del Libertador y que Barreiro estaba irremisiblemente perdido.

»Hombre sin honor ni patriotismo, partidario del éxito, resolvió pasarse al enemigo, y así lo hizo.

»Fue de los que entraron con Bolívar a Bogotá, de los ascendidos y condecorados, y más tarde, por sus bajas adulaciones, de los de la privanza del general Santander».



«Un día llamaron a la puerta de la casa del capitán Superlado Carriaza; este abrió y hallóse cara a cara con mis padres, con Irenia, que llevaba un niño en sus brazos y conmigo, que había cumplido doce años.

»¿Cuál su sorpresa no sería? Al punto lo comprendió todo.

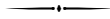
»Mi padre, sin incomodarse al parecer, le hizo presente la vergüenza de que estábamos cubiertos, que su hijo no tenía nombre y que le debía una reparación a mi hermana.

»Carriaza estuvo cortés, se avino a todo, y quedó estipulado que nos volviéramos para Santa Rosa, a donde él iría algún tiempo después a desposarse con Irenia.

»¡Por la noche prendieron a mi padre!...

»Pues qué!, ¿no era bastante motivo el haber venido a los *Molinos de Bonza*, servídoles a Barreiro, y a sus oficiales, haber cargado, en fin, la artillería realista?

»Carriaza lo afirmaba: ¡los mismos prisioneros de Boyacá no pudieron negarlo!...».



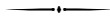
«En la espantosa carnicería de que fue teatro la ciudad de Bogotá el día 11 de octubre de 1819, tocóle a mi padre desfilas en el último grupo. Iba detrás de Barreiro.

»Carriaza, que presenciaba los sacrificios, sonreía al fuego granado que sucedió a la última descarga. ¡Me acuerdo de aquella sonrisa, así como de la contracción nerviosa en la boca de mi padre cuando se debatía con la muerte!...

»¿Quería hacerme algún terrible encargo? ¡Solo Dios puede saberlo!...».

Carriaza hizo una larga pausa.

Le ofrecí un poco de vino, que no quiso aceptar, porque, me dijo, tenía horror a ese licor. ¡Yo sí escancí la copa que me habían servido!



«Regresamos a Santa Rosa (continuó Cepero con voz triste y convulsiva). Mi madre enloqueció en el camino, mi hermana murió poco después. Yo, casi niño, quedé al frente de negocios que no conocía, con mi madre loca y con una criatura de cinco meses de nacida.

»Pero no me anonadé con tantas desgracias. Me hice hombre y supe cumplir con los deberes de mi nueva situación.

»Un día, ¡era allá por los años de 1830!

»La República se venía abajo. ¡Asesinato de Sucre, dictadura de Urdaneta, muerte del Libertador!

»Un coronel vino a Santa Rosa, con el propósito de allegar fuerzas. Bandos, contribuciones, reclutamiento. Yo me presenté a la autoridad, y llevaba de la mano a mi sobrino *Simón Bolívar*, niño de diez años de edad, a quien mi madre en su locura puso ese nombre, porque no tenía ninguno. Habíame conformado con aquella extravagancia por respeto a ella, ¡y porque ese nombre implicaba la reparación de las injusticias!

»Carrizza me reconoció, no sé cómo, cuando habían pasado tantos años.

»Hizo un gesto de menosprecio.

»—Y ese niño —me dijo, mirándolo fijamente.

»—No tiene padre —le contesté con intención.

»—¿Y su madre?

»—Siendo tan pura, murió víctima de un hombre. De sus abuelos, resta una pobre loca, porque mi padre, inocente, fue fusilado como culpable en la plaza de Bogotá.

»—Aprisionen este hombre —exclamó Carriaza considerándose ofendido.

»¡Y no contento con que sus soldados me rodearan, abalanzóse y me escupió la cara, y me abofeteó!...

»Yo perdí la cabeza.

»No sé por qué mi mano, convulsivamente, tropezó con el mango de mi cuchillo de monte que siempre tengo conmigo, y sin reflexionar, loco de dolor y de ultrajes, me abalancé sobre aquel infame autor de las desgracias de mi familia, y le atravesé por el corazón...

»A un hombre resuelto, cuando el derecho le asiste, todos le hacen paso.

»Llegué a mi casa, me arrodillé delante de mi madre y le pedí perdón por lo que había hecho.

»—La sociedad tiene sus leyes; solo Dios tiene la justicia —me contestó.

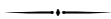
»Yo me oculté por lo pronto. Meses después, llegó la noticia de los tratados de Apulo, y que el general Caicedo se hallaba al frente del Poder Ejecutivo nacional.

»Salí, me presenté a la autoridad, y juzgado que fui, obtuve la absolucón.

»Mi madre recobró el sentido.

»Alcanzó a dirigir la educación de su nieto, y antes de morir lo vio feliz en el seno de la familia que ha formado, y a la cual yo hice la cesión absoluta de bienes. Vivo del trabajo cotidiano.

»¡Cómo es cierto que Dios nos compensa tarde o temprano los dolores de la vida!...”



Cepero aprovechó la dolorosa impresión en que me vio sumergido; se puso de pie y enjugó las últimas lágrimas.

Yo no lo vi partir.

Al otro día puse para la imprenta la relación que me había hecho.

¡Puedo haberla dañado en poco o en mucho, porque él manifestó más sentimiento que yo tengo corrección!...

Como nuestro espíritu nacional es inquisidor y caviloso, cúpleme decir que no he hallado a Cepero, a pesar de todas mis diligencias, para devolverle sus *diez pesos de ocho décimos*, los cuales he remitido en su nombre a la señora directora de Instrucción pública del pueblo en donde nací.

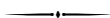
El recibo de la expresada directora queda depositado en la imprenta de *Las Noticias* para que pueda verificarlo quien quiera.

La cruz del Redentor

A Julio Barriga

Ya lo hemos dicho: la batalla de Junín decidió la campaña del Perú. Si nuestro dicho, por ser dicho nuestro, pudiere sujetarse a duda, tenemos en abono la autoridad de Larrazábal; y si esta no satisface, apelamos a los autores españoles.

Torrente se expresa así: «Si esta sangrienta acción se hubiera ganado por los realistas, habría formado el primer eslabón de la cadena de triunfos; se perdió, y lo formó de contrastes y reveses».



Bolívar había llegado a Huamanga con su ejército victorioso.

Laserna emprendió una retirada de ciento cincuenta leguas, lo cual equivalía a una segunda derrota, pues perdió en ella como dos mil hombres, novecientos fusiles, municiones, ganados y caballos.

En tan largo camino, Laserna tuvo una ventaja: la del espionaje; estaba servido a maravilla y por medio de él sabía día por día, hora por hora, hasta los designios del Libertador.

Bolívar, que se desesperaba con esto, dióse a las cavilaciones, y por el momento nada pudo descubrir.

Pabla Robinson Heredia¹⁴¹ era hija natural de un inglés, y había derramado los perfumes de su inocencia en aras del virrey del Perú. El presbítero Vicente Fuentes, confesor de este, una vez reparó en ella y la halló bien.

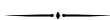
141. **N. del A.:** El señor Larrazábal trae otro nombre en su libro inmortal; pero conserva las *letras mayúsculas* del verdadero: respetamos sus motivos.

Pabla no podía amar a Laserna. La diferencia de edades, las ocupaciones del anciano, aquellos besos fríos, siempre importunos, ni una palabra amorosa, reina esclava, todo contribuía a que Pabla se hastiara con la felicidad que había soñado.

¡Y como Fuentes le daba saludables consejos, sucedió que la compañía del respetable levita érale ya indispensable!...

A la verdad, Laserna, como el pastor de Virgilio, no hacía otra cosa que gozar de los placeres que le proporcionaba una deidad¹⁴²; pero temió la risa de los nobles, los chistes de sus generales y las murmuraciones del pueblo... en fin, era necesario acabar con aquella situación, que lo podía conducir al ridículo.

Un día, Pabla hizo viaje para Huamanga. El santo padre quiso acompañarla para administrarle en el tránsito los auxilios espirituales; ¡mas el virrey, católico ferviente, observó que él no podía pasarse sin el director de su conciencia!...



En la retirada que emprendió el ejército realista, dirigida por Canterac, y de la cual ya hemos hablado, desapareció el confesor del virrey. Fue a dar a Huamanga.

Para paliar su falta le dirigió la siguiente esquila:

«Señor: en el campamento enemigo os soy más útil. Constantemente tendréis noticia de los movimientos de estos pícaros insurgentes, enemigos de la Religión y del Rey.

Vuestro humilde servidor,

Doctor Vicente Fuentes».

Y en efecto, ¡qué diligencia aquella!... ¡Cuánta discreción!

La casa de Pabla era centro de reunión de nuestros primeros jefes: Lamar, Córdoba, Lara, Miller, Gamarra, Cuervo, Plaza, Carvajal,

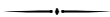
142. El pastor al que se refieren es Títilo, de la obra *Églogas*, de Virgilio.

Silva, Blanco, Brown, Medina, Olavarría... El clérigo Fuentes se había encargado de Bolívar, Sucre y del caviloso Suárez...

Pero tanto ardid no fue bastante a engañar al Libertador.

El coronel O'Connor manteníase disfrazado de peregrino, vendiendo de puerta en puerta y de camino en camino objetos de la Tierra Santa.

Bolívar se desesperaba, y el noble irlandés estaba hastiado con el papel que desempeñaba.



Una mañana entró O'Connor a la pieza privada del Libertador, disgustado, con el propósito de renunciar su inútil encargo.

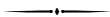
Halló a Bolívar, afiligranando, digámoslo así, una pequeña cruz de madera.

—¿Qué hace V. E.? —le dijo, previo el saludo y los cumplimientos de ordenanza.

—Me ocupo —contestó el caudillo— en retocar el talismán que debe servir a usted para aprisionar esta noche a los espías enemigos. Usted está enojado con la comisión que desempeña y viene a renunciarla. Lo he comprendido en su modo, pero no haga tal. Considere que estamos en un pueblo amigo, y que, sin embargo, hasta hoy no he sabido que la señora Pabla es querida del virrey, y que el clérigo Fuentes es su amante. Tome usted como punto de partida la casa de esa señora y no pierda de vista al sacerdote. Yo estaré con usted.

Y le entregó la cruz.

Ya sabemos que Bolívar era rápido cuando hablaba con sus subalternos en asuntos del servicio, y que todo lo amontonaba de una vez.



Los contertulios de Pabla estaban prevenidos.

Aquella noche, ¡cuánto ruido!... ¡Cuánto movimiento!...

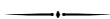
Cuervo improvisó como nunca. Gamarra, Silva y Medina representaron una comedia. Brown hizo un graciosísimo monólogo en castellano *inglesado*.

Y en medio de tantas risas y ruido, se oyó la voz del peregrino que decía:

—¡El *talismán*!... La cruz de los cedros del Líbano; ¡la que labró con sus propias manos el *Redentor*!...

Al parecer, nadie se fijó en aquello.

Siguieron la música y el canto, y la voz del peregrino languidecía a medida que se alejaba en su camino.



Un toque de corneta vino a turbarlo todo.

Bolívar había mandado hacer silencio con la seña del Cuartel general libertador. Repitió Sucre con la del ejército; los jefes de divisiones correspondieron, y tras estos, los de Brigadas y Batallones.

Luego no más, la ciudad de Huamanga quedó sumergida en pavoroso silencio.

En la vida agitada de nuestras repúblicas, ¿quién ignora lo que de noche y en el poblado es el toque repetido de silencio? ¡Los perros aúllan, los hombres cierran las puertas con precipitación, las vírgenes y los niños corren para los aposentos, y las madres, para acallar el llanto de sus hijos, les entregan el pecho convulso y frío!...

El peregrino, cuando tuvo lugar la turbación general, había dado como de casualidad con la puerta trasera de la casa de Pabla.

Entróse por ella, y nadie reparó en aquel incidente.

Vio sombras que se destacaban para acá y para allá; sintió pasos, oyó voces.

El clérigo Fuentes se deslizó como una culebra desde las piezas interiores, camino de la calle.

Tras él un hombre, otro, otro más...

El peregrino se interpuso entre ellos.

—Para que ustedes hagan buen viaje —les dijo en alta voz—, lleven consigo la cruz del *Redentor*.

Y les mostró el *talismán* a la luz de una lámpara sorda que llevaba debajo de sus toscos vestidos.

El confesor del virrey se halló descubierta y volvió cara contra el peregrino.

—¡Miserable! —le dijo.

O'Connor se puso en guardia.

—Es inútil toda resistencia, señor doctor Fuentes —contestó un hombre desde la calle—. La manzana está rodeada por un batallón; entréguese usted y se le perdonará la vida. O'Connor creyó reconocer la voz del Libertador. Fuentes y sus cómplices se entregaron.



Bolívar, el siguiente día, dictó al general Santacruz, jefe de Estado Mayor libertador, una nota, que entre otras cosas dice lo siguiente:

«S. E. el Libertador devuelve los espías para que informe a los jefes españoles. S. E. no tiene inconveniente alguno en permitir francamente a cualquier oficial del ejército realista el examen *ocular* y *prolijo* del nuestro, para evitar en adelante la remisión de infelices que, por las leyes de la guerra, debían ser víctimas, y el compromiso de personas que, sin estas circunstancias, no se vieran obligadas a hacer viajes involuntarios y penosos».

Las últimas palabras hacen alusión a doña *Pabla Robinson Heredia* y a su amante el presbítero *Vicente Fuentes*, a quienes vinieron recomendados los espías. «El Libertador hizo marchar juntos a los cinco para las filas españolas»¹⁴³.



¿Cómo explicar este procedimiento?

143. N. del A.: Larrazábal.

¿Sentía Bolívar lo que puso bajo la firma de Santacruz, o era aquello un pretexto para mortificar al virrey?

El Libertador era noble de sentimientos, incapaz, por lo mismo, de un proceder irregular.

Pudo suceder también que Bolívar, deseoso de castigar a los amantes, por lo mucho que se habían burlado de él y de sus tenientes, los enviara al virrey, ¡a quien el uno y la otra habían engañado!...

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que Laserna sintió aquel golpe en la mitad de su alma.

Hablando de esto, algún tiempo después, con el mismo Santacruz, le decía:

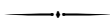
—¡Vuestra nota me ha podido más que el desastre de Ayacucho!...

Por no hacer las cosas a tiempo

Después de vencidos los españoles, quedó la lucha con las españolas. Cuento en este número a las criollas que, por educación, riqueza, hábito o pretensiones, no querían conformarse con el triunfo de la República.

Para ellas era sumamente duro, después de haber asistido a un baile en la casa del *Ilustre Ayuntamiento*, presidido por todo un virrey, y en el cual se hallaban Morillo, Enriles, Morales, etc., tener que alternar con un indio o con un mulato, y danzar con ellos, solo porque los titulaban comandante, coronel, benemérito de la Patria...

Si hubieran alegado motivos de cultura, pase, porque muchos de nuestros próceres se formaron en los campamentos, y en estos no se sobresale por la gracia y cultura, sino por la pericia y valor.



Pero bien, analicemos.

—¿Quién era Morillo, conde de Cartagena, marqués de la Puerta?

—Un plebeyo.

—¿Quién era Enriles?

—Plebeyo y monje exclaustro. Este asunto lo tratamos en otra leyenda.

—¿Quién era Morales?

—Un mulato: no como los pacificadores, por escarnio, llamaban a los americanos, sino mulato de raza, es decir, hijo de negra y blanco.

—Pues, *niña*, yo no me resigno a bailar con los oficiales de Montilla, después de haberlo hecho con los del ilustre general Morillo. Puf... ¡Qué horror!

—•—

Así decía Mariquita, hermosa joven de veinte años, a una amiga suya, en Soledad, pueblo de la provincia de Barranquilla, que había ido a invitarla para que juntas concurrieran a un espléndido baile que debía tener lugar en una noche del mes de junio de 1820, con motivo de la incorporación de las fuerzas del interior de Cundinamarca a las que habían venido de Venezuela.

Y cuenta, que si de calidad hablamos, los independientes podían pasar en revista a Córdoba, Maza, los Caraballos, González, Calle, Ramírez, jóvenes de lo más distinguido en la alta sociedad de Nueva Granada y Venezuela.

—•—

El día 1.º de enero del año de 1825, por la primera vez, el Congreso colombiano abrió sus sesiones, como estaba prescrito por la Constitución, compuesto de senadores y representantes de todos los departamentos y provincias.

¡Qué júbilo aquel!...

Casi que no hubo ciudad o pueblo donde no se festejara tan fausto acontecimiento.

Soledad no se quedó atrás.

Por supuesto que hubo bailes, porque ya se sabe que en los pueblos de la Costa, hombres y mujeres son dados con furor al baile.

¡Mariquita tenía veinticinco años!...

A los veinticinco años, las mujeres no ven las cosas como a los quince, pero confían en el porvenir, máxime si son hermosas.

Mariquita fue al baile por condescendencia y haciendo gestos y pucheritos.

Aunque no estaba en traje de rigor, porque no era más que espectadora en aposento, ya a la medianoche bailó un valse con un oficial de los que habían capitulado en Cartagena y que no quiso volver a la Península, acogiéndose a la liberalidad de los tratados.

El 9 de abril de 1828 se reunió en Ocaña la famosa Convención.
¡Dios sabe bajo qué auspicios!...

Nuevo motivo para fiestas.

Las desavenencias de Padilla con Montilla en Cartagena nada importaban, aunque todo el departamento del Magdalena estaba conmovido.

Aquello era pretexto para fiestas, y vamos a bailar. Poco importa que triunfe el partido de Bolívar o el de Santander.

Como sabemos, Mariquita iba con el siglo.

Ella, al mirarse al espejo, se hallaba como ocho años de más; pero estaba bella todavía, y la rigidez de los músculos de la cara hacía entre insinuante y seria su fisonomía. A pesar de lo bien puesta que estaba, no tuvo mayor demanda.

En los climas cálidos el desarrollo es prematuro. Quizá por eso será por lo que nos acabamos tan pronto.

Jóvenes de quince a veinte años le disputaron con éxito el suceso.

«¡Vaya!», se dijo con desdén, «¡bien se conoce que no estamos en los tiempos del ilustre general Morillo!...».

¡Mariquita no podía conformarse con que *siendo ella quien era*, y con que, habiendo descendido hasta el extremo de asistir a un baile republicano, no hubiesen corrido en tropel aquellos que del polvo se habían levantado, a prosternarse a sus pies!...

¡Qué más hubieran querido!...

¿Qué mayor favor esperaban?

¡Siguieron y siguieron los sucesos!

¡Tras la muerte del Libertador, Colombia se volvió pedazos!

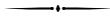
¡Vinieron las guerras civiles! La de 1840 llegó por fin, y era popular, sobre todo en las provincias de la Costa.

Carmona situó sus fuerzas entre Barranquilla y Soledad, antes de abrir operaciones sobre Cúcuta.

Por supuesto que hubo bailes.

La oficialidad de los cuerpos era de lo más pintiparado. ¡Santa Marta, Cartagena, Ocaña, Mompo y Riohacha, habían dado de las familias notables lo mejor que tenían!...

Y con todo, Mariquita no estaba satisfecha.



¡Cuarenta años!...

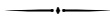
¡Esa no es edad para presentarse en bailes una mujer!

¡El amor propio nos ciega!

Y luego, lo que no hicimos en tiempo, ¿por qué lo vamos a hacer a deshoras?

¿No hay en esto mucho de ridículo?

¡Ocupemos nuestro puesto, sin disputarle a otro el que naturalmente le corresponde!



Mariquita *comió pavo*¹⁴⁴.

—¡Imbéciles! —decía—: ¿en dónde está la tan ponderada igualdad en esto que llaman república democrática?

Pero es que ella no consideraba cómo había transcurrido el tiempo. Por eso no le daba toda su extensión a la palabra *igualdad*.

—Señorita —le dijo con la más dulce galantería el alférez González Carazo, ayudante del coronel Riascos—: bailemos esta pieza como en brindis a los mejores recuerdos de usted.

¡Mariquita compuso su rostro y suspiró! ¡Quién sabe si como un relámpago de fuego, los recuerdos de 1815 vinieron en tropel a su memoria!

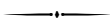
144. **Comer pavo una mujer:** «En un baile, quedarse sin bailar, por no haber sido invitada a ello» (DLE).

—Siempre he oído hablar de la hermosura de usted, de su talento —continuó el Oficial.

La sociedad de los bailes implica presentación anticipada. Nadie lleva a su casa persona por la cual no puede responder. Todos, pues, tienen patente de abono.

—Caballero, como usted guste.

¡Era esta una fórmula delicada, pero de otros tiempos!



¡Y bailaron!

Y el oficial supo buscarle el acomodo, para que lo hiciera con toda la gracia y gallardía de que fuera capaz.

Estas delicadezas jamás escapan a las mujeres.

«Ah!», se decía Mariquita para sí; «¡si los oficiales de la República fueran como este joven, pues casi que una pudiera resignarse!...».

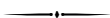
Mariquita, aunque había *comido pavo*, salió encantada del baile.

Y hubo otros y otros.

¡Y ella asistió a todos sin hacerse de rogar!

¡Y gozó mucho!

¡Y concluyó por convenir en que los republicanos eran razonables, y que con ellos también se podía ser feliz!

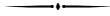


«Volvamos sobre nuestros pasos», se dijo, como si fuere fácil desandarlos en el camino del tiempo.

Fijóse en algunos jóvenes de familias principales: luego en jóvenes verdaderamente principales, de esos que estudian y saben; más tarde en hombres serios; en modestos artesanos de tantos como hay honrados, amantes del trabajo; y por último, todos los hombres le parecían buenos, hasta los indios y los mulatos, porque se había persuadido de que la felicidad en el matrimonio no depende de que el marido sea noble o plebeyo, sino de que sea digno y nos ame.

Ya era tarde: los hombres no se resignan fácilmente a cargar con mujeres llenas de años y pretensiones.

Mariquita acabó los suyos en el celibato.



Dice Dante en su *Divina comedia* que dos aves buscaban sus nidos aleteando en el Averno: «Eran tal vez espíritus de vida que, solteras, buscaban en el tiempo almas esposas, y sufrían en castigo horribles penas en la más tormentosa soledad».

Una suposición

Para conocer a Morales, basta saber que el propio Morillo lo llamaba *atroz*¹⁴⁵. Boves decía: «Se quejan de mí, sin saber que Morales me excede en barbarie y en crueldad»¹⁴⁶.

Solo Torrente, historiador realista, se deleita en perfilar los rasgos de aquella fisonomía moral, haciendo de feos vicios notables virtudes; ¡pero no analiza las reverberaciones del alma en sus manifestaciones exteriores, es decir, no nos dice si el fondo de aquella mirada estaba en Dios o en el infierno!

Desde el 7 de diciembre de 1815, Morales tomó el hábito de no descubrirse ni delante de la Majestad. Aquella irreverencia, que ha pasado a la historia, se la explicaban entonces diciendo que el aire le hacía mal en la cicatriz que llevaba sobre la sien derecha, consecuencia de una herida mortal recibida en aquella parte al asaltar el Castillo de San Fernando de Bocachica, durante el sitio de Cartagena.

Eso no es exacto. Vamos nosotros a establecer la verdad de los hechos.

Antes de la revolución, Morales había estado varias veces en Cartagena, y estrechado relaciones con Julián Lea, oficial del batallón de pardos de las milicias de aquella ciudad. Lea estaba para casarse con una señorita principal, más que todo por sus virtudes; y como la llegada de Morales en uno de sus viajes coincidiera con la ceremonia de desposorios de su amigo, fue invitado a ella. Morales estuvo sombrío aún en el momento en que los cielos se abrieron y la

145. N. del A.: RESTREPO. *Historia de Colombia*.

146. N. del A.: MONTENEGRO. *Geografía*.

bendición de Dios, por la mano del sacerdote, cayó sobre la cabeza de los cónyuges.

Ya todos para despedirse, tras los abrazos, los apretones de manos, las felicitaciones, los cumplidos, Morales sólo tuvo estas palabras para su amigo:

—Chico, te envidio.

Vino la independencia, y luego el sitio de Cartagena, la evacuación de la plaza y rendición del Castillo de Bocachica al amanecer del 7 de diciembre de 1815. El sargento mayor Julián Lea, que no quiso emigrar, hizo la entrega de la fortaleza al general Morales, jefe de la vanguardia del ejército expedicionario.

Todos fueron pasados a cuchillo, menos Lea.

A la tarde de aquel aciago día, Morales, desembarazado de sus atenciones en la ciudad, volvió al Castillo y mandó que le sirvieran de comer.

La mesa estaba pronta para dos personas.

Lea salió de su calabozo sin escolta, y vino a sentarse a ella frente a su amigo.

El deseo de la vida; una esposa bella y honrada, como decía Ney a Mr. Dupin antes de la réplica de este al fiscal de la Corona; una niña que se ha dormido sobre nuestras rodillas al calor de los besos paternos, ¡todo esto pudo hacer que Lea atropellara por entre las sombras de los suyos que vagaban en aquella estancia, para sentarse en el banquete del asesino!

La sopa fue servida.

Se habló de cosas indiferentes.

Trajeron el segundo servicio.

Luego los vinos.

El estómago de Lea no estaba para tanto.

Hubo silencio.

Morales creyó llegado el momento oportuno, y volvió a tomar conversación.

—Lea —le dijo—, el general Morillo está inflexible. No he podido obtener de él tu perdón.

Lea, a pesar de su valor, se estremeció ligeramente, y por los ojos de Morales cruzó como un relámpago.

—Él no se explica —continuó el canario— cómo es que habiendo hecho degollar yo aquí setecientas personas, te he salvado la vida a ti que eras el jefe.

—Quizás ignora nuestras relaciones —murmuró el jefe republicano.

—Las he hecho valer.

Hubo otro momento de silencio, al cabo del cual Morales continuó:

—Dime, chico, ¿eres feliz?

—Tanto como se puede ser en la situación en que me hallo.

—¿Por qué te has metido en este endriago¹⁴⁷ de *Independencia*?

—Porque soy americano.

—¿Tienes fe en ella?

—Tanto como en mi mujer.

¡La frente de Morales se oscureció!

—Conque sí, ¿eh? —exclamó en un tono que nadie podría decir si fue de reconvención o si fue un rugido.

—¿De modo que tienes fe en tu mujer?

—¿Estás loco? ¿Y cómo no tenerla?

—¿La amas mucho?

—¡Ah! —exclamó Lea—: con arrebato, con frenesí, con locura. Es tan digna de ser amada...

147. **Endriago:** Monstruo fabuloso, con facciones humanas y miembros de varias fieras.

—Y bien, y si te pusieran a escoger entre ella y la *Independencia*, ¿qué harías?

—Optar por la *Independencia*.

—¿Por qué?

—Pues está claro. Porque la *Independencia* es un bien común, y mi mujer no es más que la felicidad de un hombre.

—Vamos, mi *comandante*; bien se ve que es usted lo que se llama *todo un patriota*.

Y así diciendo, prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

Lea levantó la cabeza casi con altivez.

—Vamos, vamos, no te amostaces: bromas de amigo, y nada más. Pero tratemos de otro asunto; hablamos de tu vida, que es lo que nos interesa.

Lea palideció a pesar suyo, y Morales sonrió.

¡«La trampa está bien puesta», se dijo para sí!

—Pues, como te iba diciendo, el general está inflexible. Y cuenta que es esta la primera vez que me niega una gracia.

—¿Qué hacer?... —respondió el fiero republicano casi con desdén.

—¡Tienes una esposa, tienes una hija!...

—¡Sí, es verdad!... casi las había olvidado —y los ojos de Lea se nublaron.

—Puede ser que hallemos alguna manera de salvarle. ¿Me prometes no montar en cólera si hago una suposición?

—¿Y por qué había de incomodarme por eso?

—¿Pero me lo prometes?

—Sí, desde luego.

—Pues bien; suponte que el general Morillo ha visto a...

—¿A quién?

—A tu esposa.

—Eso no es posible.

—Te digo que voy a hacer una suposición.

—Continúa.

—Ha visto a tu esposa; ha tomado informes de ella; sabe que es una señora honrada; en fin, de su alma se ha apoderado una de esas

pasiones que atropellan por todo, y que son tanto más terribles en cuanto que nacen en un instante.

—Morales...

—No olvides que estoy haciendo una suposición. Morillo es el vencedor, el amo, el omnipotente. Así como ha mandado degollar tantos infelices aquí, me ha dado orden para que te fusile. Muerto tú, ya lo ves, ni siquiera le queda el temor de tu venganza. Tu esposa será suya de todos modos; queriéndolo él, ¿quién se opondrá? De modo que, bien mirado...

—Cómo! ¿te atreverías a proponerme que yo consintiera en mi propia infamia?

—No, no es eso; es que quiero salvarte.

—Pero a costa de mi honra.

—¿No dijiste que sacrificarías tu esposa a tu patria? ¿Por qué no la has de sacrificar a tu vida, a la de tu hija?

—Porque no es lo mismo, hombre sin corazón. Al deber se sacrifica todo, la honra a nada.

—Tu esposa deshonrada... tu hija huérfana...

—La fuerza que se impone no deshonra; en cuanto a mi hija, ella con orgullo llevará mi nombre. ¡Oh! —continuó en voz baja—, esas son dos muertes en vez de una! ¡Dios mío... Dios mío... ampáralas!...

¡Y Lea dejó caer la cabeza entre ambas manos, sollozando, rendido de dolor!...

—Vamos, chico, te has olvidado de que hacíamos una suposición.

—•—

—Pero hagamos otra. Óyeme. Lea, tu esposa va a venir.

—¿Cómo? —exclamó incorporándose el jefe republicano.

—Sí, que va a venir. Yo la hice saber que tú vivías, que deseabas y que le ordenabas que viniese.

—Mi esposa no vendrá. Se estima demasiado para que se decida a poner sus pies en un cuerpo de guardia —contestó Lea con orgullo.

—Pero cuando la vida de su marido peligra, ¿qué consideración habrá por la cual no atropelle una mujer que ama?

Y el canario reía a risa entera.

—¡Ah, una celada!... —exclamó Lea palideciendo.

—Casi...

—¡Morales, eres un infame!... —y con una mirada le botó a la cara todo su desprecio!...

—Todo será, pero acabemos. Antes de una hora habrá anochecido. Tu esposa dormirá en la pieza que le tengo preparada, y al amanecer, tú y ella, libres y felices, serán conducidos en aquella lancha que ves allí a bordo de una goleta genovesa, cuyo capitán está apalabrado y solo espera que le vise la patente para levar el ancla. Ya lo ves, soy generoso. Por lo demás, amo a tu esposa desde el momento en que la vi; soy vencedor y me impongo como tal.

El grito de rabia y de dolor que se escapó del corazón de Lea no puede describirse. Se puso de pie y, como una furia, tomó el primer objeto que halló a la mano, una botella, un vaso, un plato, qué sé yo. Morales quiso contenerlo, pero las excitaciones nerviosas son rápidas, casi eléctricas. No pudo parar el golpe y cayó cuan largo era, con la frente rota sobre la sien derecha.

Al volver en sí, estas fueron sus palabras:

—Que lo fusilen.

La orden se cumplió... ¹⁴⁸.

148. **N. del A.:** El general Juan José Nieto refiere el hecho en su obra intitulada *Geografía histórica, estadística y local de la provincia de Cartagena*, edición de 1839, del modo siguiente: «El bárbaro general Morales, jefe de una división del ejército español expedicionario, ejecutó un degüello horroroso en Bocachica, en el año de 1815, sin dispensar ni edad ni sexo; siendo de las víctimas un oficial Lea, quien usó antes la cruel felonía de ofrecerle la vida y hacerlo comer con él».

¡La noche había adelantado presurosa como para envolver en sus sombras tantas iniquidades!

Morales, vacilante, en brazos de sus oficiales, vino a dar sobre el lecho que él mismo con tanta coquetería había perfumado... Lo tiñó en sangre...

Una mujer extenuada, moribunda, un espectro, que silencioso vagaba por aquella estancia, vino a arrodillarse junto a él y a dispensarle cuidados.

¡Qué solicitud!...

—Señor Morales, esto será nada. ¿Con qué debo a usted la vida de mi marido? ¡Oh!, ¡cuán bueno es usted, señor Morales!

¡Y la pobre viuda más se consideraba en sus atenciones y delicadezas para con el amigo de su marido!

—¿Dónde está Lea? ¿Es cierto que Ud. le ha brindado con hospitalidad; que han comido juntos hoy?

—Sí, y está haciendo la digestión —contestó instintivamente aquel mal hombre.

—Vaya, pues, gracias, gracias, señor Morales. Luego nos reuniremos, ¿no es así, querido amigo nuestro?

Morales guardó silencio, y cayó de nuevo en su aturdimiento.

A la madrugada recobró por completo el sentido.

—Teniente Castro.

—Mande usted, mi general.

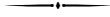
—Tome la lancha del Castillo y lleve a bordo de la goleta Grimaldi la patente, el roll y el despacho. Diga usted al capitán que puede hacerse a la mar... Y tú, Jiménez, mi amigo, mi confidente, conduce a esa señora a su hogar. No quiero verla más... ¡Su vista me hace mal...

—Y Lea, y Lea, ¡oh! imposible; ¡yo no puedo irme sin él!...

—Vaya usted, señora. ¡Lea queda aquí!

—¡Ah! Con usted, con su amigo... ¡Gracias, Dios mío!...

—¡Cuán bueno es usted, señor Morales!...



¡Queda dicho a qué precio y por qué cúmulo de circunstancias aquella pobre mártir salvó a lo menos su virtud...

El carácter de algunos próceres

A Julio E. Pérez

El carácter se revela en todo, en las acciones, el gesto, las reservas, los dichos, las miradas etc., pero más particularmente en la manera que tenemos de apreciar las cosas y los hombres. Si no, veámoslo en lo que hace relación a algunos héroes de nuestra Independencia.

Soublette, abandonado en Ocumare por Bolívar, perseguido por Morales, casi sin esperanza de salvación, pues Boves había derrotado a Piar en el Salado, a Bermúdez en Magüeyes, y a Ribas en Urica, haciéndose dueño de casi todo el territorio del Oriente de Venezuela, escribía al Libertador (1816):

«A pesar de todo cuanto nos ha sucedido, estamos contentos; pensamos en usted y su nombre es el santo y seña en los combates».

Páez, después de haber desobedecido las órdenes de Bolívar, cuando éste vino a libertar a Nueva Granada (1819).

«Felicito a V. E. por el triunfo de Boyacá. Yo no he obtenido otro semejante, porque todo me ha sido contrario, hasta los elementos».

Santander después de Paya:

«He vencido. Déme usted un voto de confianza para seguir obrando».

Sucre, al recibir la nota del Libertador en que le participa que, por la Ley de 28 de julio de ese año (1824), el Congreso colombiano lo separaba a él (Bolívar) del mando en jefe del Ejército, contesta enseguida:

«Ya que se me confía la dirección de la campaña, aconséjeme V. E.».

Ribas, en el motín de Carúpano para desconocer al Libertador (1814), arengó a los insurrectos:

«La naturaleza es más sabia que los hombres; de otro modo, Bolívar sería mi tío, yo su sobrino».

Es sabido que el general Ribas estaba casado con la señora doña Josefa María Palacios, hermana de doña Concepción, madre del Libertador.

Necoechea después de Junín. Conducíanlo en una camilla para el hospital de sangre. En el combate había recibido siete heridas de lanza y de sable. Bolívar vino a su encuentro.

«—Señor —le dijo el héroe moribundo—, sois superior a todo cuanto yo me había figurado de los hombres. Ojalá pudiera restaurar la sangre de mis heridas con una sola gota de la vuestra».

Nariño fue nombrado por el *Congresillo* de Cariaco para reemplazar a Bolívar en el mando supremo. En su discurso de posesión, contestando al señor Urbaneja, presidente de aquella ridícula farsa, decía:

«¿Qué ha hecho Bolívar hasta ahora? Comprometer con sus desaciertos la causa más hermosa de la humanidad. Tiene la actividad

de la ardilla de la fábula¹⁴⁹: con razón que el suceso no corresponda nunca a tan inútil diligencia».

—•—

San Martín: «Serviré a las órdenes de usted».

Así dijo a Bolívar en la conferencia de Guayaquil. El héroe de Maipú y Chacabuco comprendió la necesidad de ceder el puesto al genio superior.

—•—

Piar, después de San Félix:

«¡Estoy cansado con la superioridad de ese hombre!... (Aludía a Bolívar).

—•—

José Félix Blanco, dice Azpúrua, se desazonó con Piar a causa de denegarse a entrar en operación no bien calificada. Sin embargo, escribió a Piar desde las Misiones:

«Desengañese usted, general: Bolívar es quien lo hace todo. Nuestros triunfos son el resultado de su previsión; nuestras derrotas, la contravención a sus órdenes».

—•—

Frustrado el ataque a la escuadra española el 23 de julio de 1823, Laborde ancló frente a la Punta de Capitán Chico y Padilla volvió a Altagracia.

Por la noche, en una junta de oficiales superiores, Padilla exclamó:

149. La fábula de la ardilla y el caballo. La primera observa que el segundo se ejercita y se burla de él porque ella hace muchas más cosas, es más activa; el caballo responde que gran parte de la actividad de la ardilla es inútil, mientras que él emplea sus acciones en cosas de provecho.

—Triunfaremos mañana, porque mañana es el natalicio del Libertador.

—No —le replicó Manrique—, triunfaremos mañana por la justicia de nuestra causa.

En los Cayos de San Luis, Bermúdez y otros jefes superiores no quisieron someterse a la autoridad de Bolívar (1816). Montilla (Mariano), uno de ellos, desafió al Libertador con jactancia; y en el *cartel* que le envió con el señor Carlos Leneaux, su segundo, escribió:

«Lo desafío a usted por todo esto:

«1.º Porque usted es el autor de la pérdida de Venezuela;

«2.º
«3.º
«4.º ¡Porque usted es un infame!»

Brión, comisionado por Bolívar para arreglar tan ruidosa desavenencia, fuese donde Montilla, y le dijo:

—Venezuela no se restaura con lances personales. Quienquiera que sea el que se quede en tierra, luego que nos hagamos a la vela, ese sí será un infame.

¡Montilla, arrepentido, hizo cuanto pudo para que lo admitieran en la expedición, pero el Libertador se mantuvo inflexible!¹⁵⁰.

Durante el sitio de Cartagena (1815), el coronel Manuel del Castillo fue depuesto del mando en jefe de la plaza, y nombrado en su reemplazo el general Bermúdez.

Castillo vino en busca de este y le dijo:

—Los venezolanos me han destituido por satisfacer la ambición de usted.

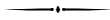
Bermúdez contestó:

150. N. del A.: En otra parte hemos publicado detalles acerca de este incidente.

—Al contrario, los cartageneros me han proclamado en satisfacción a la modestia de usted.

¡Como es sabido, tanto el uno como el otro eran ineptos, ambiciosos, desobedientes, malcontentos!

Castillo vino en rebeldía contra Bolívar desde la 1.^a invasión a Venezuela hasta las vísperas del sitio de Cartagena; Bermúdez, desde el desastre de Carúpano hasta 1820, en que, por último, resistió la orden de venir a las costas de Cundinamarca en auxilio de Brión y de Montilla.



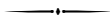
Después de Boyacá, Anzoátegui cumplimentó a Córdoba:

—Comandante —le dijo—, lo he visto a usted cargar con imponderable denuesto.

Córdoba no contestó.

Y se sabe que anduvo en murmuraciones contra los jefes divisionarios...

¡Sin embargo, Santander, que mandaba el ala izquierda, y Anzoátegui, que mandaba la derecha y el centro, sí que estuvieron *imponderables*!



El señor Zea y el Canónigo Madariaga fueron de los del *Congresillo* de Cariaco.

Después del arrepentimiento de Brión, que también anduvo en esas, un día el Canónigo dijo a Zea:

—Proscribiendo al *ambicioso*, hemos salvado la unidad de la revolución.

—Bolívar —contestó Zea— es la unidad. El patriotismo nos ha extraviado: enmendemos la plana.

¡Zea volvió al lado del Libertador, y Madariaga, impenitente, vino a morir en una playa de la península guajira!...

En la célebre proclama de don Domingo Caicedo, vicepresidente de Colombia, se lee lo siguiente, con referencia al general Urdaneta:

«¡Habéis delinquido! Habéis pisoteado las instituciones cuyo planteamiento os han costado tantos sacrificios!...».

—•—

El dictador Urdaneta, después de los tratados de Apulo:

«¡Que mi amor al Libertador justifique o minore mi culpa!»

—•—

BOLÍVAR, en su testamento:

«1.º

2.º

3.º

4.º Declaro que no poseo otros bienes más que las tierras y minas de Aroa, situadas en la provincia de Carabobo, y unas alhajas que constan en el inventario que debe hallarse entre mis papeles¹⁵¹.

5.º Declaro que solamente soy deudor de cantidad de pesos a los señores Juan de Francisco Martín y Powles y Compañía»¹⁵².

—•—

NARIÑO, en su testamento:

«Pónganme este epitafio: no quiero nada más, ni nada menos: Amé a mi patria: cuánto fue ese amor, lo dirá algún día la historia. No tengo que dejar a mis hijos sino mi recuerdo; ¡a mi Patria le dejo mis cenizas!...».

151. N. del A.: ¡Avaluadas ascendían a \$ 8 (el número es indescifrable)10–9.000!...

152. N. del A.: Las minas de Aroa no valen nada. La cantidad de pesos a que hace referencia el Libertador era superior ¡seis veces más! a las alhajas que dejaba!... Honor a quien lo merece: ni De Francisco Martín ni Powles cobraron un centavo. ¡Bolívar, pues, murió endeudado!

Castigo de un traidor

Una de las cosas que ponían de mal humor a Bolívar era el recuerdo de la infame traición llevada a cabo por Francisco Fernández Vinoni, en el combate de San Esteban de Puerto Cabello el día 4 de Julio de 1812. Vinoni era el jefe de la guarnición de San Felipe, ¡y se pasó a Monteverde con los prisioneros y la guardia!...

¿Cómo explicar este procedimiento?

Vinoni era amigo del Libertador; huésped asiduo de su casa; en fin, ¡él lo había colocado en aquel puesto de confianza!...

Dice Napoleón que son múltiples las formas del miedo: que el miedo conduce a todo lo malo: ¡hasta al sacrificio de la honra de la familia, hasta la negación de la patria!....

¿Será que, en la situación equívoca en que estuvo aquel combate, los prisioneros intimidaron a Vinoni?

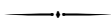
Pero entonces, ¿por qué no hizo por volverse a los suyos, y no que continuó con los realistas la campaña de Venezuela y vino luego a la de Nueva Granada?

¿Será que simpatizaba con la causa de los españoles y que se decidió por último a servirla?

Pero en tal caso ¿por qué no lo hizo desde el principio, franca y honradamente?

¿Será que se convenció al fin?

Pero siendo así, ¿por qué no buscó un motivo decente para declararse?



Sea de ello lo que fuere, Vinoni cayó prisionero en Boyacá el 7 de agosto de 1819.

Bolívar, que recorría el campo después de la batalla, y que, como sabemos, poseía la memoria de las fisonomías, y la más difícil aún de los nombres de lugares y personas, ¡reconoció a Vinoni entre más de mil prisioneros!.....

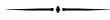
—Salga usted, Vinoni —le dijo.

Este obedeció.

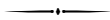
A una señal del Libertador, cuatro soldados de los que venían en la custodia salieron al frente.

Bolívar mandó:

—¡Preparen, apunten, fuego!....



—Nada tienen ustedes que temer —dijo, dirigiéndose al cuerpo de los prisioneros de Barreiro—: ¡he castigado a un traidor!



¡Qué palabras aquellas, y en qué momentos!...

¡Como que fueran destinadas a afirmar en sus convicciones a los vencidos por la suerte de las armas!...

¡Pero como que fueran destinadas también, y más principalmente, a hacer patente un acto de justicia por aquel que la representaba!...

Don Mariano Ospina

En 1844 asistió al Congreso nacional, como representante por la provincia de Santa Marta, el señor D. Francisco Wilches, teniente coronel de milicias. La comisión encargada de examinar sus credenciales trajo a cuento que este diputado había simpatizado con la insurrección de 1843 en la Ciénaga.

Esa insurrección no sé cómo la califique la historia; pero si esta es justiciera, debe considerarla como consecuencia de la desesperación: los vencidos en 1840 fueron condenados a morir en el destierro, y los que de ellos volvieron a la patria, fue en busca de una tumba.

La legislación de entonces, por más que ahora se blasona de libertad, tenía recursos que la presente niega. Todo diputado debía defender su causa, y se consideraba convicto y confeso del cargo inferido a aquel que renunciaba este derecho.

Hoy las leyes de la *delicadeza* se han antepuesto a las de la defensa natural y legítima.

Un representante acusado no se defiende: se falla su causa por lo que los amigos y partidarios aseveran, o por lo que nieguen sus contrarios.

La comisión de calificación a cargo del general Borrero evacuó su informe, y el proyecto de resolución con que termina a la letra dice así:

«Por las consideraciones que anteceden, la Cámara de Representantes resuelve. — No admitir en su seno al señor representante Francisco Wilches, mientras este no se justifique del cargo que se le

hace, de haber simpatizado con los revolucionarios de la Ciénaga en el año pasado».

Abierta la discusión, Wilches pidió la palabra, y en moderado discurso, después de algunas consideraciones, probó que la simpatía no es delito.

Para terminar, dijo:

«Señores representantes (entonces no eran «honorables», como ahora): yo he venido a ocupar este puesto por elección de los consejos electorales (ahora se dice: por el voto «espontáneo» de los pueblos) y con el propósito de contribuir, siquiera sea con mi voto, a la felicidad de esta patria, ¡que a mí también me cuesta sacrificios!...».

El general Borrero lo interrumpió con una estrepitosa carcajada.

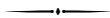
(Las barras permanecieron silenciosas, pero en ese entonces no tenían la «soberanía» de que disfrutaban hoy día).

—Pido la palabra para proponer —dijo el autor del informe, y propuso:

«Suspéndase lo que se discute, hasta que el Poder Ejecutivo informe acerca de los servicios prestados a la causa de la Independencia por el “teniente coronel de milicias”, representante por la provincia de Santa Marta, señor D. Francisco Wilches; a cuyo efecto se pasará copia de esta proposición al secretario respectivo».

—Apoyo la moción —dijo Wilches desde su asiento.

La proposición fue aprobada.



Tres días más tarde, presente el doctor Ospina, a la sazón secretario de Gobierno y Guerra (entonces no había Marina), continuó el debate de la proposición relativa a la calificación del representante Wilches.

—Señores representantes —dijo el doctor Ospina sin ambajes ni rodeos—. De la hoja de servicios formada al teniente coronel de milicias señor Wilches, resulta:

«Que el expresado comandante nació en Plato, provincia de Santa Marta, a fines del siglo pasado; que cuando en 1815 Morillo puso sitio a Cartagena, Wilches tuvo el honor de llevar el estandarte tri-color como oficial abanderado; que, ascendido a capitán durante el sitio, luchó como bueno hasta la rendición de la plaza, habiéndose salvado milagrosamente después de la ocupación de aquella por las fuerzas peninsulares; que estuvo prófugo en el cantón de su nacimiento hasta 1819, en que Córdoba y Maza bajaran el río Magdalena para librar el combate de Tenerife; que incorporado en las fuerzas de estos coroneles, se halló en aquella célebre batalla; que estuvo a órdenes del general Montilla entre los sitiadores de Cartagena, y que ha desempeñado hasta la fecha varios empleos civiles, entre otros los de jefe político de cantón y miembro de la Cámara provincial de Santa Marta».

El señor Ospina hizo una pausa.

—¿Nada más, señor secretario? —interrogó el representante Wilches.

—No, señor —contestó el doctor Ospina—. «Consta en la hoja de servicios de que me ocupo, que el teniente coronel de milicias Francisco Wilches, es «uno de los pocos próceres de la Independencia que jamás interesaron un sueldo»¹⁵³.

A estas palabras reinó en la Cámara y en las barras un silencio profundo.

—Pido la palabra —dijo el general Borrero.

Y modificó la proposición que se discutía, así:

«Suspéndase indefinidamente lo que se discute, y considérese lo siguiente:

»La Cámara de Representantes se honra de tener en su seno al teniente coronel de milicias señor D. Francisco Wilches, gran patriota, tipo del desinterés y de la moderación».

153. **N. del A.:** Estos datos también se hallan en el *Diccionario biográfico*, Scarpetta y Vergara.

El señor Ospina, que era muy diestro entonces, modificó «teniente coronel de milicias», por «TENIENTE CORONEL DEL EJÉRCITO DE LA REPÚBLICA».

Y explicó que el Poder Ejecutivo nacional el día anterior lo había ascendido al referido empleo.

La Cámara y las barras prorrumpieron en unánimes aplausos.

¡Borrero y Wilches cambiaron sus lágrimas en estrecho abrazo!...

El señor Ospina, como siempre, frío, volvió a su despacho. ¡Había abogado por la causa de un enemigo de su partido, pero tenía la conciencia del deber cumplido!...

Por una confiscación

Es un hecho comprobado hasta la evidencia y que confirma la historia, especialmente la escrita por el señor Restrepo, que el brigadier don Toribio Montes fue el más humano de los pacificadores. Salvo la muerte de Macaulay, de ninguna otra puede acusársele en justicia.

Sin embargo, el capitán Fábrega afirma, en un documento público, fechado en «San Andrés de Tumaco, a 17 días del mes de junio de 1813», que la horrorosa ejecución de la señora Rosa Zárate de Peña, de su esposo don Nicolás y de su hijo el joven Francisco, fue «en virtud de orden superior del Excelentísimo Señor Presidente de Quito».

Esta aseveración es calumniosa.

Lo que hay es que Fábrega no podía conformarse con que, siendo él realista, estuviera pobre, cuando la familia Peña, insurgente, estaba rica.

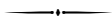
¡Visto lo ineficaz de sus denuncias al general Montes, resolvió obrar por su cuenta, y redujo a prisión a la expresada familia!...

¡Trató de rescates, donativos, por último, de fuga! La señora Zárate de Peña no se avino a nada.

Comprometido Fábrega con su atropello, y temeroso de la subsiguiente responsabilidad, los mandó poner en capilla. ¡Un paso falso trae otro, otro y ciento más!...

Volver atrás era imposible: por una parte, el ridículo; por otra, el castigo. «Llévese el diablo al demonio», se dijo, ¡y los mandó fusilar!...

La confiscación de los bienes de la familia Peña era lo esencial para el capitán. Las fincas raíces y urbanas fueron entregadas a la autoridad civil; vendidos los semovientes, cuyo producto, con el dinero y las alhajas, quedaron depositados en manos de Fábrega.



¡Un día el asesino fue ladrón y también desertor!
¡Ojalá que se hayan abierto los infiernos y esté en ellos purgando sus pecados!...

El Hato de Juana de Ávila

Don José Joaquín de Ávila, venezolano de nacimiento, ocupábase allá por los años de 1787 en negocios con la isla de Cuba. Por más lucrativos que estos fueran, los suspendió de repente, y con su esposa e hija se retiró al Hato de Juana de Ávila.

¿Qué había producido aquel cambio súbito de vida?

Los hombres de negocios no se retiran de estos repentinamente. Cansados por los años, rendidos por el trabajo y con un nombre comercial ya conocido, respaldados por un capital, se asocian a un hijo inteligente o a un dependiente honrado. Hay en esto mucho de satisfacción y vanidad; también puede haber especulación y cálculo. Una casa de comercio no se liquida en un día. Los negocios de importación y exportación, las sucursales, las consignaciones, la «Cuenta» misma «de Ganancias y Pérdidas», todo en el comercio está sujeto a tiempo. Por esto se extrañaba el proceder del señor Ávila. ¿Sería que lo atormentaba algún remordimiento, y que por eso huía de la sociedad?...

Rafael Heras, natural de la ciudad de La Habana, vino a Venezuela en 1808, recomendado por una tía al señor Ávila. Este lo acogió con particular cariño, y gustaba oír de los labios del joven las memorias que de él hacían en la casa paterna.

Tenía Heras veinte años, y Ávila una niña de dieciséis.

Simpatizaron, porque la juventud es atrayente.

¿Cómo puede prohibir un padre a su hija que reciba las delicadas atenciones de nuestro huésped? ¿No es esto un deber de cortesía?

—.—.—.—.—

Cornelia estaba en edad en que las pasiones principian a brotar de suyo. Heras, temperamento nervioso, sentía la necesidad de amar. Y luego, la naturaleza hace conjunción.

Estar en pie cuando las aves prorrumpen en sus cantos matinales; contemplar la sucesión de colores de las nubes en oriente al aparecer el astro soberano; las flores que se doblan bajo el peso del rocío de la noche; la atmósfera llena de perfumes; el viento suave que mece las hojas de los árboles; los ruidos misteriosos que éstas producen; la vaca que muge, el becerro que salta, las quejas de las aguas de la fuente al golpe que reciben en las quiebras del camino; pasión que nace, necesidad de amar, naturaleza que sonríe, todo parecía dispuesto para que aquellos dos jóvenes se amaran.

Y se amaron.

¿Cómo podría Heras hablar al señor Ávila de su amor a Cornelia? Era huérfano....

Su tía en La Habana le había dicho que no tenía bienes de fortuna, y le había aconsejado que viniera a Venezuela en solicitud de la protección de un antiguo amigo de la casa.

—.—.—.—.—

En estas estalló la revolución de Caracas.

Estamos en el 19 de abril de 1810.

Heras comprendió la justicia de la causa, y por simpatía, al fin, americana, tomó parte en ella desde los comienzos.

Guiábalo también la necesidad de posición para merecer la mano de Cornelia.

—.—.—.—.—

Estuvo al lado del Generalísimo y emigró después de los tratados de la Victoria.

Unido con Bolívar, entra por Cúcuta y hace la campaña de Trujillo; se halla en Niquitao y Horcones; en Bárbula, las Trincheras y Araure; en San Mateo y Carabobo 1.^a; en la Puerta y Aragua, en Maturín y Urica. Más tarde en Gámeza hasta Boyacá, y luego en Carabobo 2.^a.

Era coronel vivo y efectivo.

Heras estaba satisfecho.

Después del movimiento en Altagracia, escribió al señor Ávila pidiendo a Cornelia en matrimonio.

Ávila, que durante doce años había permanecido con su familia en sus posiciones de campo, considerado, ¡quién lo creyera! tanto «por los republicanos» como por los «realistas», vino al encuentro del héroe.

Tras una penosa confesión, en la cual el padre se sintió más humillado que el hijo, este pidió pruebas.

Estaban escritas.

«Ya sabe usted que es su hijo. Ampárelo, siquiera en gracia de los remordimientos que a su madre adúltera condujeron a la tumba».

Heras reconoció la letra de su tía, en la carta cerrada y sellada de la que él mismo, en otro tiempo, había sido portador.

Su amor sin esperanza, la deshonra de su madre, el nombre ajeno que había ilustrado, aquel pecador arrodillado a sus pies, cubierto de canas y de lágrimas.... ¿para qué la vida?

—Está bien, señor Ávila —le dijo, tendiéndole la mano para levantarlo y sin darle el título de padre—; yo ignoraba todo esto; de lo contrario, jamás hubiera aceptado su hospitalidad.

Esta reconversión sonó en el alma de Ávila como cuando las campanas tocan a muerte...

Un hombre llegó a caballo a todo escape y puso fin a aquella escena.

—Señor Ávila —le dijo—, los realistas han ocupado el Hato y se atrincheran en los bordes del camino. Han insultado a la señora, y se manifiestan poco respetuosos con la señorita Cornelia.

Ávila, en la mirada y en los movimientos, manifestó la entereza de un hombre de voluntad.

Golpeó en la tierra con el pie y corrió en busca de su caballo.

Por la primera vez, después de tantos años de guerra, su familia era desacatada.

Ya para partir, con voz entera dijo a Heras.

—¡Hijo mío, ven por el honor de tu hermana!...

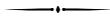
Ávila se alejó.

El héroe, silencioso, lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista...

—Ese hombre es mi padre —¡murmuró con tristeza!...

La energía del anciano, parecida a la suya, lo acababa de persuadir.

El coronel Heras mandó tocar tropa y se puso en marcha.



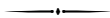
El 24 de abril, al rayar el alba, atacó al enemigo en el Hato de Juana de Ávila.

El choque fue recio.

La acción estaba indecisa.

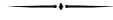
La caballería republicana no podía obrar por falta de espacio.

¡Con todo, Heras dio orden de atropellar por nuestra infantería, y a lanza restableció el combate!



¡El héroe de la jornada, al saltar a caballo las últimas trincheras, cayó acribillado de balas, cual otro Sextio Báculo¹⁵⁴, ha dicho su biógrafo, dando ánimo a sus compañeros!...

154. Publio Sextio Báculo fue un centurión romano de la Legión XII del ejército de Julio César. Participó en la campaña de las Galias, cuyo valor inspiró a sus compañeros.



¡El señor Ávila recogió el cadáver de su hijo y le dio sepultura!
¡Cornelia, inocente y pura, a cada mañana renovaba las flores de la tumba!
¡Santos amores!...
¡Bien pronto tomó el camino del cielo!
Dios allá los habrá unido en abrazo fraternal...

El Palomo Blanco

Bolívar llegó a Santa Rosa de Viterbo a principios de noviembre de 1814.

Iba a Tunja a dar cuenta al Congreso, a la sazón reunido en aquella ciudad, de los sucesos prósperos y desgraciados que habían ocurrido durante la última campaña de Venezuela.

Su alma estaba acongojada, porque a las desgracias de su patria se unía la mala voluntad de sus amigos.

Con efecto: Ribas¹⁵⁵ y Bermúdez lo persiguieron hasta Carúpano para prenderlo; y después de su arribo a Cartagena, Castillo comenzó a difundir las más negras especies contra su honor, atribuyendo la pérdida de Venezuela, no a las desgracias de la guerra, sino a la mala conducta de Bolívar.

El Libertador hizo su entrada en Santa Rosa en la bestia cansada, y no halló medio para remontarla.

Mal de su grado tuvo que esperar un día; pero como al siguiente era poco lo que la mula había reparado sus fuerzas, resolvió desembarazarla de las alforjas y contratar un peón para que las llevara, y a la vez le sirviera de guía. El dueño de la posada se le brindó para esta ocupación.

Durante el viaje, Bolívar, que iba a paso cansado, trabó conversación con su guía:

—¿Por qué no quisiste alquilarme tu yegua? —le dijo.

—Señor, porque podía abortar.

155. N. del A.: Conservo en ese nombre la ortografía de los historiadores de Venezuela.

—Pero, bien, yo te habría dado el valor del potro.

—¡Ah!, es que usted no sabe. Ese potro... ese potro...

—¿Qué?... Acaba.

—Es que mi mujer se ha soñado con que ese potro va a servir para un gran general, pero muy grande. Ella dice que lo ha visto en el sueño.

—¿Y cómo lo pinta? Vamos, cuéntame.

—Dice que es chiquito y que no es blanco.

—¡Malo! Un General tal como se lo ha soñado tu mujer, por fuerza tiene que ser muy *grandote* y muy *blancote*.

—Usted se burla; pero sepa usted que a mi mujer nunca le fallan los sueños. Pregunte en el pueblo y lo verá. Cuando señora Casilda lo dice, todo se cumple. En la villa la llaman el oráculo, aunque el señor cura la intitula la agorera.

Bolívar guardó silencio.

—Y bien —continuó el guía—, ¿usted no cree en sueños?

—Sí que creo: he vivido soñando y sigo soñando.

—Y los sueños de usted...

—¡Se cumplirán!

El guía refería más tarde que los ojos de Bolívar, al pronunciar tales palabras, habían brillado con una luz que le infundió miedo.

El presidente del Congreso, doctor Camilo Torres, al saber que se acercaba, le envió un hermoso caballo de regalo, lujosamente enjaezado, que Bolívar no quiso aceptar.

«Antes de recibir ningún presente (le contestó), yo debo dar cuenta de mi conducta en la misión que se me dio para Venezuela»¹⁵⁶.

El guía quedó aturdido, y más, cuando horas después el Libertador, al despedirlo, le dijo sonriendo:

—A Casilda, que me guarde el potro.

156. N. del A.: Larrazábal, *Historia de Bolívar*.

—•—

Bolívar se presentó en la barra del Congreso y explicó su conducta: no fue juzgado, y el presidente cerró el debate con estas hermosas palabras:

«General: vuestra Patria no ha muerto mientras exista vuestra espada. Con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un hombre grande».

Vino después la ocupación de Bogotá; la entrega, en la Costa, del mando de las fuerzas de la Unión; el viaje a Jamaica, la expedición de los Cayos, el regreso a Haití, la vuelta a Margarita, la guerra a muerte, el Congreso de Angostura y la campaña sobre Nueva Granada.

—•—

Bolívar había llegado al pie de la cordillera con la División Anzoátegui, compuesta de los batallones Rifles, Bravos de Páez, Barcelona, Albion y dos escuadrones del Alto Llano. Santander lo esperaba en Casanare con la División de vanguardia.

El invierno más riguroso de que pueda tenerse idea parecía contrariar los propósitos de Bolívar. Lluvias terribles, caños fuera de madre; desde el Manteca hasta el pie de la cordillera, inundado y pantanoso el país, ríos navegables, la laguna de Rabanantes; y luego, para colmo de tantas dificultades, montar la cordillera hasta el término de la nieve perpetua, con soldados casi desnudos, acostumbrados a los ardientes climas de Venezuela, cargados con armas sobrantes, municiones, víveres y equipajes; las caballerías despeadas, casi a trote las marchas para burlar a Morillo; y todo esto para ir a combatir con la tercera División del ejército expedicionario, compuesta de 2.500 hombres equipados, disciplinados, bien armados y prácticos del terreno... ¡Bolívar! ¡oh, Bolívar! ¡Solo tú pudiste realizar tamaños prodigios!...



Bolívar en Carabobo (1898), de Arturo Michelena. Galería de Arte Nacional, Caracas, Venezuela.

Por fin aparece en los valles de Sogamoso; y la provincia de Tunja se conmueve en su favor.

Barreiro le sale al encuentro.

Tiene este en Gámeza un escarmiento: el primer batallón de Cazadores y tres compañías de los batallones Rifles, Bravos de Páez y Barcelona bastan para arrebatarse sus posiciones.

Pero ocurre lo del «Pantano de Vargas».

«Apenas los republicanos habían pasado el pequeño río Sogamoso, cuando se presentaron las tropas de los realistas. Las de Bolívar tuvieron que ocupar algunas alturas que yacían al oriente. El coronel Barreiro dispuso que varios cuerpos de su infantería tomaran la colina más elevada que dominaba la posición de los republicanos. En efecto, los realistas consiguieron sus designios, después de una resistencia muy vigorosa. Atacando también por la derecha e izquierda, envolvieron casi del todo al ejército independiente. Sufría este un fuego horroroso y se le había encerrado en una profundidad, sin más salida que un desfiladero estrecho. Su destrucción parecía inevitable».

Entre tanto los jefes del Ejército rodean al héroe.

¡Él se reconcentra un momento para resolver entre tirar por el desfiladero o atacar en las alturas!...

Una voz lo sacó de su meditación:

—Mi general, aquí tiene su potro: se lo manda Casilda.

Bolívar miró con disgusto a aquel hombre que venía a hablarle de cosas fuera de lugar; pero con su memoria para todo, reconoció a su antiguo guía y se acordó del encargo que le había hecho para su mujer. Tomando aquel incidente como un aviso del cielo, exclamó poniéndose de pie, con el acento de la victoria:

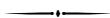
—¡Carguemos...! ¡carguemos...!

Y antes de que le hubieran ensillado aquel lindísimo animal, Rondón¹⁵⁷, Infante, Nonato Pérez, Carvajal, Mujica y Mellao a la cabeza de los escuadrones, trepan irresistibles por aquellos cerros y restablecen la batalla.

Los realistas fueron desalojados de sus posiciones, y solo la noche y una copiosa lluvia pudieron salvar a la tercera División de una derrota completa.

En Boyacá se entregaron.

Por eso, aunque la historia no lo rece, la batalla que libertó a Nueva Granada del poder peninsular fue la del Pantano de Vargas: ¡*Boyacá* no es su nombre!...



Cuando Bolívar regresó para Venezuela después de la ocupación de Bogotá, se detuvo en Santa Rosa y visitó a Casilda.

Le dio gracias por el *Palomo*.

157. **N. del A.:** Es fama que Rondón en aquel trance reanimó a Bolívar. Sobre la tumba de ese guerrero valeroso, una mano amiga escribió más tarde el siguiente soneto:

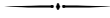
EN LA TUMBA DE RONDÓN

En esta triste y sepulcral mansión,
Como un recuerdo al parecer perdido,
Un héroe duerme el sueño del olvido
¡Sin memoria, sin nombre, sin panteón!
Es el que yace, el inmortal Rondón,
A quien dijo Bolívar, ya destruido:
—Huyó toda esperanza, estoy perdido...
No me resta siquiera una ilusión.
Habla el guerrero, el hombre omnipotente,
Con ese fuego que en su pecho ardía,
Y a Bolívar le dice frente a frente:
—Aún no perdida está la Patria mía;
Nos ha quedado un resto de la gente
¡Y Rondón no ha peleado todavía!

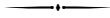
Preciosísimo animal, como lo hemos dicho; blanco como un copo de nieve; firme, eléctrico; mejor tallado que el de raza persa que para nada sirvió a Napoleón en Waterloo.

—Señora —le dijo Bolívar al despedirse—. ¿No ha tenido usted otro sueño respecto de mí? Sus sueños son vaticinios y yo creo en ellos.

—Sí, señor —repuso la honrada posadera—. Lo he visto a usted en mi caballo, entrar a las ciudades; después de las batallas.

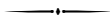


Vino Carabobo 2.^a y entró a Caracas; Bomboná, y entró a Quito. En Junín preparó a Ayacucho, y entró a Lima y a La Paz.



El Libertador estimaba su *Palomo Blanco* como a una parte de su ser. El noble bruto lo reconocía desde lejos. Al ruido de sus pasos, al timbre de su voz, relinchaba, ponía en plumero la cola, piafaba, en fin, hacía mil corvetas. ¡Al montarlo, temblaba de respeto!

Cuando en 1826 se preparaba el semidios para regresar a Colombia, el mariscal Santa Cruz, como recuerdo de afecto, le exigió el *Palomo Blanco*. Bolívar vaciló, pero no pudo negárselo.



Otro día nomás, ¡el caballo estuvo triste!...

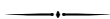
¡Murió pronto!

¡Después del Libertador, nadie puede envanecerse de haber cruzado la pierna sobre él!...

Los generales de Colombia

Alguna persona, amiga mía, ha hecho llegar a mis manos el siguiente *Escalafón*, digámoslo así, de los generales de la antigua Colombia, probablemente con el propósito de que yo le dé publicidad por la imprenta.

Me han asegurado que el gran general MOSQUERA y el ciudadano general MANUEL ANTONIO LÓPEZ se ocuparon otro tiempo en trabajos semejantes. Si esto es así, el segundo de los citados generales, que aun sobrevive a su gloriosa generación, puede hacer rectificaciones, con la autoridad que le da el hecho de haber sido actor en las principales campañas de la Independencia.



El original aludido dice así:

«De los 78 generales efectivos de brigada, división y en jefe que tuvo el Ejército de la vieja Colombia, entre los cuales están incluidos los de la antigua Cundinamarca (de 1810 a 1816), 39 fueron naturales de Nueva Granada. No comprendemos en esta lista los que, habiendo servido en la guerra de la Independencia, fueron después ascendidos a generales en Nueva Granada, sino aquellos que, a la disolución de Colombia, tenían conferido el expresado empleo.

Tampoco colocamos a los extranjeros, pues de lo que tratamos es de hacer una comparación —empezando por los generales— de los hombres que en cada uno de dichos Estados ocuparon elevados puestos en la milicia. Luego vendremos a los otros que sirvieron en la expresada guerra de emancipación y que fueron generales más tarde.

ANTIOQUIA

José María Córdoba: general de división, 1824. Natural de Rionegro.

BOLÍVAR

Naturales de Cartagena

Custodio García Rovira: general de división en 1811.

Manuel del Castillo Rada: general de brigada en 1814.

Juan Salvador de Narváez: general de brigada en 1819.

José Ucrós: general de brigada en 1827.

BOYACÁ

Juan Nepomuceno Moreno: general de brigada en 1829. Natural de Pore, provincia de Casanare.

CAUCA

José María Cabal: general de brigada en 1811. Natural de Buga.

Naturales de Popayán

José María Quijano: general de brigada en 1812.

Ignacio Torres: general de brigada en 1813.

Pedro Murgueitio: general de brigada en 1828.

Tomás C. de Mosquera: general de brigada en 1828.

José M. Obando: general de brigada en 1828.

José Hilario López: general de brigada en 1830.

CUNDINAMARCA

Naturales de Bogotá

José María Vergara: general de brigada en 1810.

Miguel Pey: general de brigada en 1810.

Antonio Nariño: general de brigada en 1810.

Joaquín Ricaurte: general de brigada en 1811.

Jorge Tadeo Lozano: general de brigada en 1811.
Luis Eduardo Azuola: general de brigada en 1812.
Ambrosio Plaza: general de brigada en 1820.
Antonio Morales Galavís: general de división en 1823.
Domingo Caicedo: general de brigada en 1827.
V. Hermógenes Maza: general de brigada en 1827.
Joaquín París: general de brigada en 1827.
Francisco de Paula Vélez: general de brigada en 1827.
Pedro A. Herrán: general de brigada en 1828.
José María Ortega: general de brigada en 1828.
Isidoro Barriga: general de brigada en 1829.

MAGDALENA

José Padilla: general de división en 1823. Natural de Riohacha.

PANAMÁ

José Fábrega: general de brigada en 1828. Natural de Veraguas.
Domingo Espinar: general de brigada en 1828. Natural de Panamá.

SANTANDER

Antonio Baraya: general de brigada en 1811. Natural de Girón.
Dionisio Tejada: general de brigada en 1811. Natural de Socorro.
Francisco de Paula Santander: general de división en 1819. Natural del Rosario de Cúcuta.
José María Mantilla: general de brigada en 1827. Natural de Piedecuesta.
Antonio Obando: general de brigada en 1828. Natural del Socorro.
Vicente González: general de brigada en 1828. Natural de Pamplona.
José Fortoul: general de brigada en 1829. Natural de Pamplona.

TOLIMA

José Díaz: general de brigada en 1811. Natural de Neiva.

Lista de los militares naturales de Nueva Granada que, habiendo servido en la guerra de la Independencia, en diferentes grados, fueron ascendidos a generales después de la disolución de la antigua Colombia.

ANTIOQUIA

Juan María Gómez: general de brigada en 1844. Natural de Antioquia.

José A. Gómez: general de brigada en 1852. Natural de Marinilla.

Miguel Alzate: general de brigada en 1860. Natural de Rionegro.

Manuel Antonio Flórez: general de brigada en 1879. Natural de Rionegro.

BOLÍVAR

Naturales de Cartagena

Joaquín Posada Gutiérrez: general de brigada en 1843.

Vicente Gutiérrez de Piñeres: general de brigada en 1851.

Juan A. Gutiérrez de Piñeres: general de brigada en 1859.

BOYACÁ

Juan José Neira: general de brigada en 1841. Natural de Guateque.

Marcelo Buitrago: general de brigada en 1844. Natural de Tunja.

Manuel María Franco: general de brigada en 1845. Natural de Guateque.

Juan José Reyes Patria: general de brigada en 1850. Natural de Chire.

Ramón Acevedo: general de brigada en 1861. Natural de Tunja.

CAUCA

Eusebio Borrero: general de brigada en 1843. Natural de Cali.

Naturales de Popayán

Juan Bautista Guzmán: general de brigada en 1850.

Laureano López: general de brigada en 1851.

Manuel Antonio López: general de id. en 1879.

Naturales de Buga

Pedro P. Prias: general de brigada en 1858.

Policarpo Martínez: general de brigada en 1861.

CUNDINAMARCA

Naturales de Bogotá

Joaquín María Barriga: general de brigada en 1843.

José Acevedo: general de brigada en 1844.

José María Gaitán: general de brigada en 1850.

Camilo Mendoza: general de brigada en 1850.

Joaquín Acosta: general de brigada en 1850.

Rafael Mendoza: general de brigada en 1851.

Natural de Guaduas

Valerio Francisco Barriga: general de brigada en 1851.

Rafael Peña: general de brigada en 1872. Natural de Zipaquirá.

MAGDALENA

José María Bustamante: general de brigada en 1828. Natural de la Ciénaga.

Naturales de Santa Marta

Juan Ucrós: general de brigada en 1880.

José de Dios Ucrós: general de brigada en 1880.

PANAMÁ

Naturales de la ciudad de Panamá

José Ayarza: General de Brigada en 1849.

Tomás Herrera: General de Brigada en 1851.

SANTANDER

León Galindo: general de brigada en 1851. Natural de Vélez.

Pablo Durán: General de Brigada en 1852. Natural del Socorro.

Rudecindo Riveros: General de Brigada en 1868. Natural de Bucaramanga.

TOLIMA

Ramón Espina: General de Brigada en 1845. Natural de Honda.

José María Melo: General de Brigada en 1850. Natural de Ibagué.

Martiniano Collazos: General de Brigada en 1852. Natural de Guagua.

Francisco de Paula Diago: General de División en 1854. Natural de Mariquita.

Juan Arciniegas: General de Brigada en 1863. Natural de Lopera.

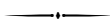
Bolívar y el último cacique

El día 23 de julio de 1815 desembarcó en Santa Marta el general Morillo con el ejército pacificador. Componíase este de ocho mil quinientos hombres de todas armas.

«Morillo, con el objeto de dar a los pueblos una alta idea de su Ejército, le pasó revista en Santa Marta, y varias veces hizo ostentosas paradas.

»A fin de mantener vivo el entusiasmo, repartió varios premios a los realistas que más se habían distinguido. El valiente Tomás Pacheco recibió el despacho de capitán vivo y efectivo del ejército; al cacique de Mamatoco le puso él mismo en el pecho, a presencia de todo el Ejército, una medalla con el busto del Rey».

Como lo dice el señor Restrepo, todo esto no era más que para mantener vivo el entusiasmo de los pueblos, porque es bien sabido que el cacique de Mamatoco no era realista.



José de la Concepción Núñez y Manigus, por otro nombre *Minca Aracataca*, el último de los caciques de la montaña, estaba resignado a la dominación española. Sus antepasados habían defendido la tierra con valor y constancia. En el Mamón de la Virgen», en «Quebrada Seca», en los callejones de Bonda, en todas partes, habían batido a los conquistadores; de tal suerte que, aterrados estos, varias veces trataron de levantar el campamento. El cacique Núñez hallaba lícito que los naturales trataran de reconquistar la tierra que a los aborígenes había sido arrebatada; pero así como con la causa realista, tampoco simpatizaba con la de la República, porque tanto la una como la otra lo desheredaban de sus legítimos derechos.

Mas, como había recibido alguna educación, y era naturalmente pacífico, diose a incrementar sus haciendas, ajeno a toda idea de reivindicación.

—•—

El general Morillo lo visitó en su pueblo dos días después de su arribo a Santa Marta; lo mimó mucho; mucho le habló de la religión y del *más deseado de los Reyes*, y por último, *le ordenó* que se pusiera a su disposición en una fecha dada, para entregarle la condecoración de que trata la historia.

El cacique fue exacto, por educación y por temor. Una vez en Santa Marta, se compró camisa, levita, chaleco y pantalones; arreglóse lo mejor que pudo, y se presentó al general Morillo.

Después de la entrega de la medalla se sintió humillado...

Temeroso de la censura de los indios, no quiso volver a Mamatoco con insignias ni con vestidos ajenos a su raza; y en la casa que se conoce en Santa Marta con el nombre de «Aduana Vieja», propiedad entonces del señor don Faustino de Mier, grande amigo suyo, y en donde más tarde se depositó el cadáver del Libertador, desnudóse de aquellas ropas y púsose las suyas ordinarias. Un criado del señor Mier recogió las prendas desdeñadas por el cacique y las guardó en un ropero de su amo.

—•—

Transcurrieron quince años. ¡Bolívar había libertado un Mundo, y para descansar de tantas fatigas, fue a dormir su último sueño sobre las arenas de una playa!...

—•—

Dice así el doctor Révérend, médico de cabecera del Libertador en su libro intitulado: *Última enfermedad y últimos momentos de Simón Bolívar*:

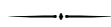
«Después de la autopista y embalsamamiento, el señor Manuel Ujue-
ta, a la sazón jefe político, me hizo presente que nadie en la casa era
capaz para vestir el cadáver, y a fuerza de empeños me comprometió
a desempeñar esta última y triste función. Entre las diferentes piezas del
vestido que trajeron, se me presentó una camisa que ya iba a ponerle,
cuando advertí que estaba rota.... No pude contener mi despecho, y ti-
rando de la camisa, exclamé:

»—Bolívar aún cadáver no viste ropa rasgada; si no hay otra, voy
a mandar por una de las mías.

»Entonces fue cuando me trajeron una camisa del general Lau-
rencio Silva, que vivía en la misma casa».

Silva, así como Montilla, Carreño, Wilson, Paredes, Glen, Recue-
ro y Mier, estaba anonadado.

A la noticia de que no había camisa para vestir al Libertador, co-
rrió a su pieza, tiró del cajón de una cómoda que había en ella, y a la
cual por respeto nunca había tocado, buscó, rebuscó, creyendo en su
dolor que aquello le pertenecía, y halló, por último, una camisa de
olán batista, rica en encajes, pero un tanto amarillada por los años.



¡Esa camisa era la misma que había vestido el cacique *Minca Ara-
catata* el día en que fue condecorado por el general Morillo en pre-
sencia del ejército realista!....